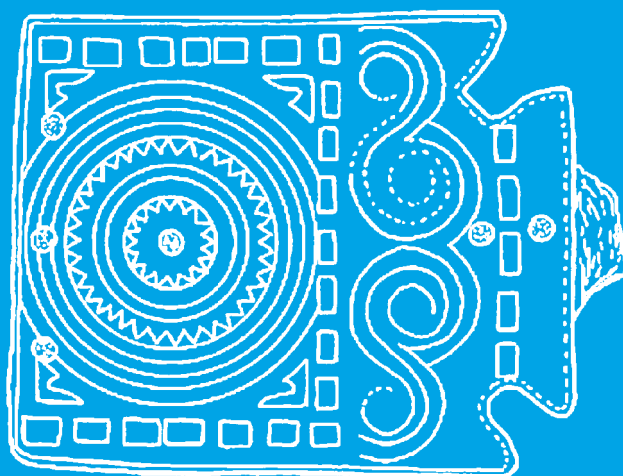


BOLSKAN

REVISTA DE ARQUEOLOGÍA OSCENSE

28



BOLSKAN

BOLSKAN

REVISTA DE ARQUEOLOGÍA OSCENSE

28 | 2021



IEA
Instituto
de Estudios
Altoaragoneses

**DIPUTACIÓN
DE HUESCA**

BOLSKAN

Revista de Arqueología Oscense

Director José Ángel Asensio Esteban

Consejo de redacción Irene Abad Buil, Rafael Domingo Martínez,
Julia Justes Floría, Lourdes Montes Ramírez y Félix J. Montón Broto

Coordinación editorial Teresa Sas

Corrección Isidoro Gracia

Maquetación e impresión Cometa, S. A.

Imagen de cubierta Dibujo de broche de cinturón protohistórico hallado entre el ajuar de una tumba infantil en el yacimiento de la avenida Martínez de Velasco de Huesca que fue excavado en 1993-1995. (María Nieves Juste, 1995, modificado por José Ignacio Royo)

IEA / Diputación Provincial de Huesca

Calle del Parque, 10. E-22002 Huesca

Tel. 974 294 120

www.iea.es / publicaciones@iea.es

Periodicidad bienal

ISSN 0214-4999

Depósito legal HU-242/1984

ISSN-e 2445-057X

Revista digital en acceso abierto

<http://revistas.iea.es/index.php/BLK>

ÍNDICE

Arqueología protohistórica

Los broches de cinturón protohistóricos del Museo de Huesca y su contexto en el valle medio del Ebro

José Ignacio Royo Guillén

| 7 |

Lengua y epigrafía paleohispánicas

De cronopaleografía íbera: el grupo arcaizante pirenaico

Jesús Rodríguez Ramos

| 35 |

Historia antigua y arqueología

Geoestrategia del *bellum sertorianum*: defensa en profundidad en el valle del Ebro en una guerra total frente a Roma

Francisco Romeo Marugán

| 57 |

Arqueología urbana

Nuevos datos arqueológicos sobre el arrabal de Haratalcomez y un depósito de residuos domésticos de la Osa romana: excavación arqueológica en avenida Monreal, n.º 5, de Huesca

Julia Justes Floría – Silvia Arilla Navarro

| 97 |

Arte rupestre

Las pinturas rupestres esquemáticas de Las Parideras de Pano (Graus)

Amor Olomí – Jordi Borràs – Miguel Bartolomé – Jaume Mas

| 119 |

Los broches de cinturón protohistóricos del Museo de Huesca y su contexto en el valle medio del Ebro

José Ignacio Royo Guillén*

Resumen El objetivo principal de este artículo es el estudio de varios broches de cinturón de cronología protohistórica depositados en el Museo de Huesca y que han permanecido prácticamente inéditos hasta ahora. Dicho estudio se centra en la descripción pormenorizada de las piezas, su documentación gráfica y el análisis de los contextos materiales que las acompañan, así como de su encuadre cronológico y tipológico con respecto al resto de piezas similares analizadas en el valle medio del Ebro y zonas adyacentes. Las piezas estudiadas se enmarcan entre el Hierro I medio y los inicios de la Segunda Edad del Hierro.

Palabras clave Protohistoria. Hierro I-II. Broches de cinturón. Tipología. Huesca. Valle medio del Ebro.

Abstract The main objective of this work is the study of several belt brooches of protohistoric chronology deposited in the Museum of Huesca and that have remained practically unpublished until now. This study focuses on the detailed description of the pieces, their graphic documentation and the analysis of the material contexts that accompany them, as well as their chronological and typological frame with respect to the rest of similar pieces analysed in the middle valley of the Ebro river and its surrounding areas. The pieces studied are framed between the middle Iron Age and the beginning of the second Iron Age.

Keywords Protohistory. Iron Age I-II. Belt brooches. Tipology. Middle valley of the Ebro river. Huesca (Spain).

INTRODUCCIÓN

En el Museo de Huesca se conservan expuestos varios lotes de materiales cerámicos y metálicos procedentes de algunas necrópolis de incineración protohistóricas localizadas en la comarca de la Hoya de Huesca y que fueron objeto, entre los años setenta y noventa del siglo xx, de hallazgos fortuitos, expolios o intervenciones arqueológicas. Su entonces director, Vicente Baldellou, intervino directamente en los depósitos de los materiales, así como en la realización de varios sondeos en alguno de los yacimientos señalados. A pesar de los años transcurridos y de las revisiones y los estudios llevados a cabo sobre la protohistoria oscense, dichos materiales han permanecido hasta el momento prácticamente inéditos, salvo por algunas referencias escuetas que nos han servido de base para proceder a la revisión de piezas significativas de esos lotes, en este caso concreto referida a los broches de cinturón de bronce del Hierro I-II, además de su contexto material y su relación con otros ejemplares de su entorno geográfico, cronológico o cultural.

El objetivo de este artículo, derivado de otro más amplio sobre los broches de cinturón protohistóricos del valle medio del Ebro, publicado recientemente (Royo, 2022), ha sido la revisión y la documentación exhaustiva de los ejemplares depositados en el Museo de Huesca, así como su estudio tipológico y decorativo, aportando, en la medida de las condiciones de su recuperación y de la existencia o no de información sobre la misma, los contextos estratigráficos o materiales que permitan su correcto encuadre cronológico y cultural, así como su relación con el resto de piezas similares repartidas por la geografía del valle medio del Ebro, territorio delimitado por las estribaciones de los Pirineos y el Sistema Ibérico y por la desembocadura

* Arqueólogo. Dirección General de Patrimonio Cultural del Gobierno de Aragón. nacho.royo57@gmail.com / ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0002-5576-5073>

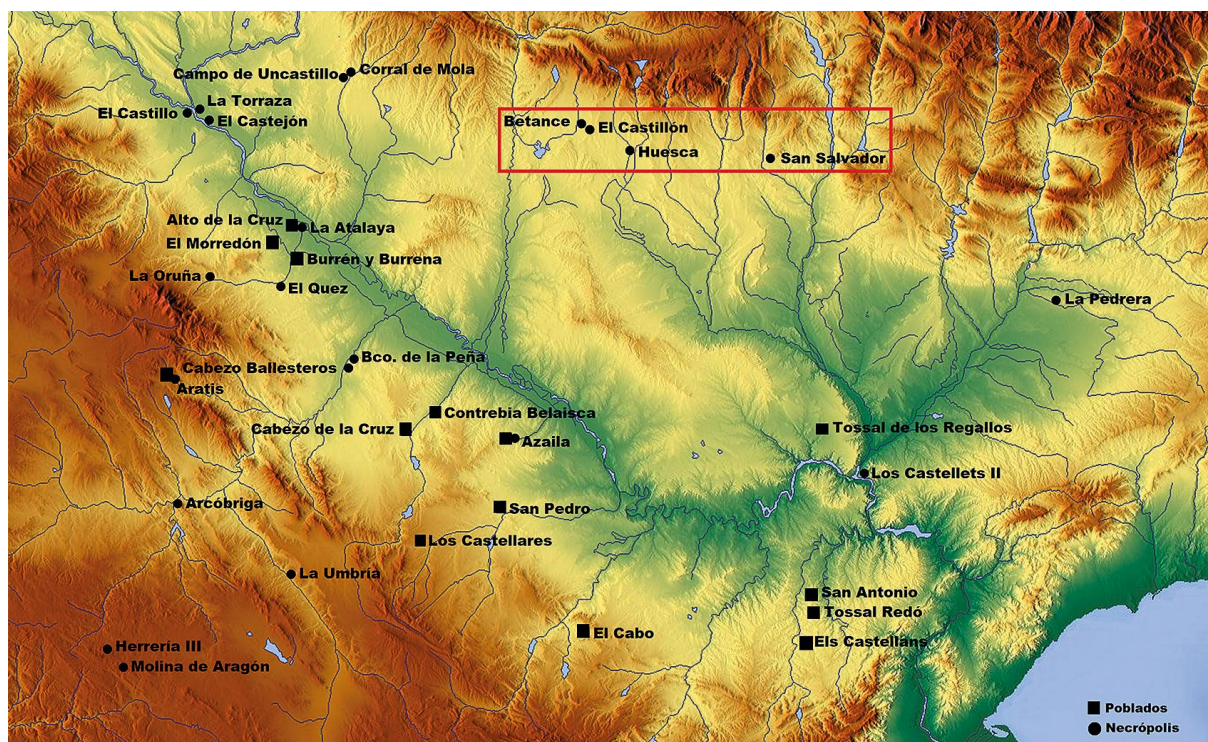


Fig. 1. Distribución de los broches de cinturón del Hierro I-II en el valle medio del Ebro y áreas limítrofes.
(Elaborado por Royo a partir de la cartografía de Google Earth)

del río Segre en el Ebro y el Bajo Aragón, en su extremo este, y la desembocadura del río Aragón y la Ribera Navarra en su extremo oeste (fig. 1).

ESTUDIO DE LOS BROCHES PENINSULARES PROTOHISTÓRICOS Y SU PRESENCIA EN LA CUENCA DEL EBRO

La investigación de algunos elementos integrantes de la vestimenta de la Edad del Hierro en Europa, como es el caso de los broches de cinturón, cuenta con una larga tradición bibliográfica. Los broches peninsulares del Hierro I-II han sido objeto de estudio desde los inicios del siglo xx, a partir de los primeros trabajos de autores como Jorge Bonsor, Pedro Bosch Gimpera o Joseph Déchelette (1910: 856-863, figs. 355-359), entre los que fueron evolucionando las teorías sobre el origen centroeuropeo o mediterráneo de estos objetos. Algunos años más tarde, Juan Cabré (1937) publicó una primera síntesis sobre los broches denominados *ibéricos*, en la que analizaba su tipología, su decoración y su encuadre cronológico y cultural. A mediados del siglo xx, Emeterio Cuadrado (1961: 215, figs. 2.8 y 3) da a conocer una primera

clasificación de los denominados *broches célticos*, en la que plantea su posible origen centroeuropeo a partir de modelos del círculo hallstático, señalando los broches de la necrópolis languedociense de Fleury como algunos de los posibles precedentes de los ejemplares peninsulares. A finales de los años setenta, los trabajos de M.^a Luisa Cerdeño (1978 y 1981) sobre los broches de tipo céltico y tartésicos marcarán un antes y un después en la investigación de dichos objetos. En ellos se ofrecía la primera clasificación cronotipológica sistemática y se daban otras opciones sobre sus orígenes, como en los tipos de broches de placa triangular y un garfio, que emparentaba con determinados modelos centroeuropeos pero sin establecer relaciones directas con los franceses del tipo Fleury (*idem*, 1978: 282 y 294, fig. 5).

El desarrollo de las investigaciones en este campo irá complementando o matizando las diversas influencias mediterráneas o europeas recogidas en las primeras producciones de broches peninsulares, tal y como refleja el estudio de Parzinger y Sanz (1986: 180-182, fig. 7), que propone una vía de expansión mediterránea a partir de los modelos jonios presentes en la península anatolia durante el siglo VII a. C. Sin descartar el foco griego y su incidencia en todo el

golfo de León, algunas investigaciones han insistido en la importancia de las intensas relaciones comerciales entre el norte de Italia y el nordeste peninsular desde el Bronce Final, constatada por la presencia de broches tipo Fleury en algunas de las necrópolis de la zona datadas por encima del siglo VII a. C. (Neumaier, 2006; Graells, 2013 y 2014: 265, fig. 34; Graells y Lorrio, 2017: 65-72).

No obstante, la ampliación de la documentación y de la investigación en el territorio de la antigua Celtiberia y el estudio de las necrópolis meseteñas han recogido un buen número de broches de cinturón, cuya ordenación tipocronológica ha confirmado la perduración durante mucho tiempo de algunos tipos y las claras relaciones entre el valle medio del Ebro y el Alto Tajo y Alto Jalón (Argente *et alii*, 2000: 100-111; Lorrio, 2005: 221-222, figs. 89-91).

Algunos autores han planteado diversas corrientes respecto al origen de los distintos broches de cinturón de la península ibérica. Por un lado, la influencia griega, que llegaría al sur peninsular a través de las importaciones jonias y focenses, manifestándose en los broches antiguos realizados en Andalucía, en yacimientos como La Joya, Acebuchal o Peña Negra. Por otro, y a partir de allí, a través del comercio colonial pudieron crearse algunos centros de producción en el golfo de León y sus productos se extenderían por el valle del Ebro y la Meseta Norte (Jiménez Ávila, 2003: 44-45, fig. 3). En este sentido, algunas síntesis locales o regionales se suman al debate sobre el verdadero origen de los diversos tipos de broches conocidos en la Meseta o en el valle del Ebro (Labeaga, 1991-1992; Soria y García, 1996; Faro, 2015: 915-935; González, 2018: 195-197).

Varios hallazgos recientes están potenciando la corriente centroeuropea como posible origen al menos de una parte de los modelos de broches del Bronce Final o del Hierro I antiguo en el valle del Ebro, debido posiblemente a diversos procesos de relación, comercio o aculturación entre las poblaciones protohistóricas del Ebro medio y las culturas hallstáticas o de la cuenca del Rin (García-Arilla, 2016; Royo, 2017: 132, fig. 55; Aranda *et alii*, 2021).

En dicho contexto actual de la investigación debe situarse el trabajo de Graells y Lorrio (2017), en el cual se realiza un completo estudio sobre los broches de cinturón del Hierro I decorados a molde y se establece una meditada, extensa y variada tipología, un completo catálogo de ejemplares, mapas y gráficos que permiten entender la difusión de estas piezas por toda la península ibérica, así como su origen y su evolución cronológica y tipológica (*ibidem*, pp. 33-

34, fig. 4). Es, sin duda, una síntesis imprescindible que se ha visto notablemente incrementada y complementada ahora con la publicación de una nueva monografía (Graells *et alii*, 2022).

Todos los intentos de síntesis sobre los broches de cinturón protohistóricos de la península ibérica realizados hasta el momento han precisado de una clasificación previa de los diferentes modelos tratados, traducida en diversas propuestas tipológicas, de las cuales las más utilizadas en la investigación son las de Cerdeño (1978: 282-283, figs. 5-13) para el ámbito peninsular, de Argente y su equipo (2000: 100-111, fig. 47) para su entorno regional, de Lorrio (2005: 222, figs. 89-92) para la Celtiberia y la Meseta o de Faro (2015: 915-935, fig. 584) para la Navarra Media, y como última actualización, la propuesta tipológica de Graells y Lorrio (2017: 33-34, fig. 4) que recoge, ordena y sistematiza todas las anteriores, englobando los ejemplares conocidos entre el golfo de León y el sur peninsular.

Al igual que en el resto de la península ibérica, en la cuenca media del río Ebro también han aparecido diversos ejemplares de broches de cinturón del Hierro I-II, muchos de los cuales precisan de estudio y clasificación. Teniendo en cuenta las tipologías y definiciones citadas para el cuadrante nororiental de la península ibérica, y ante la necesidad acuciante de una síntesis para los broches de cinturón protohistóricos del valle medio del Ebro (Royo, 2022), hemos propuesto una clasificación formal y funcional adaptada a las características tipológicas y decorativas de los broches conservados en el área definida. Dicha propuesta tipológica se resume, a continuación, en un esquema descriptivo utilizado en diversos trabajos (Royo, 2022; Royo y Aguilera, 2022, e. p.) y también para la realización de este artículo, al que hemos añadido los ejemplos gráficos de cada tipo propuesto (fig. 2), lo que resulta muy útil en la clasificación de los modelos de broches analizados:

GRUPO A. *Broches de cinturón sin escotaduras y un garfio*

- A.1. De placa cuadrada o rectangular
 - A.1.1. De placa cuadrada o cuadrangular
 - A.1.2. De placa rectangular
- A.2. De placa triangular
 - A.2.1. De placa triangular sin apéndices
 - A.2.2. De placa triangular con apéndices
 - A.2.3. De placa triangular con talón incipiente
- A.3. De placa discoidal
- A.4. De placa ovalada
- A.5. De placa con contorno lobulado

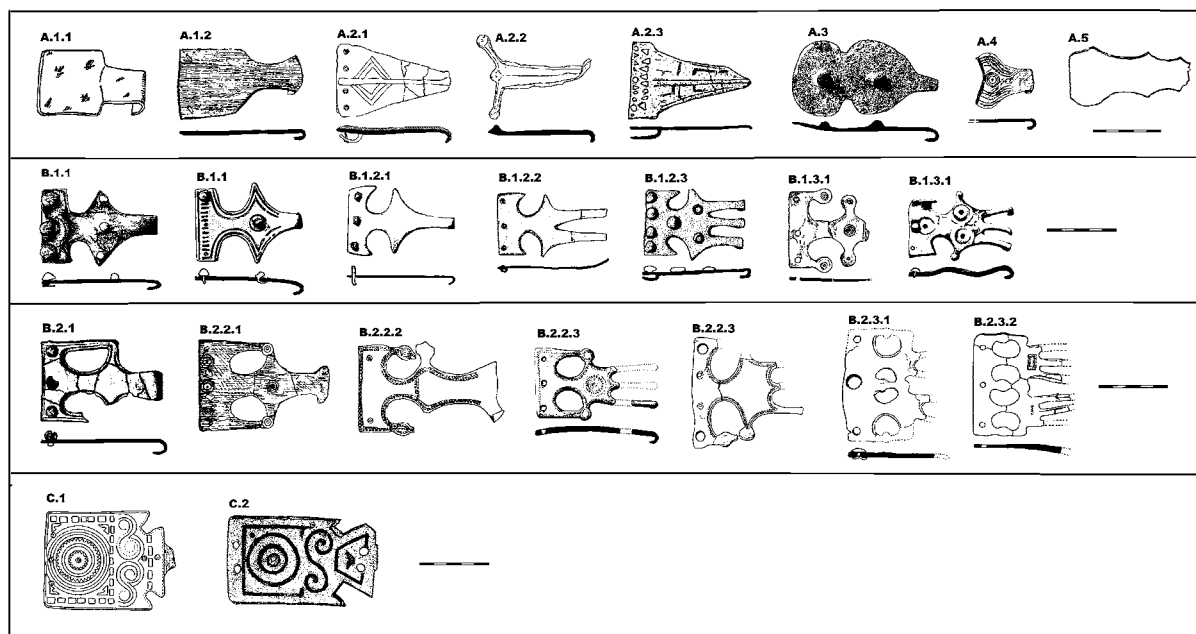


Fig. 2. Tipología de los broches de cinturón del Hierro I-II en el valle medio del Ebro, según Royo y Aguilera (2022, e. p.).

GRUPO B. *Broches con escotaduras laterales*

- B.1. Con escotaduras laterales abiertas
 - B.1.1. De talón rectangular
 - B.1.2. De talón rectangular con apéndices apuntados
 - B.1.2.1: un garfio
 - B.1.2.2: dos garfios
 - B.1.2.3: tres garfios
 - B.1.3. De talón y placa con apéndices discoidales
 - B.1.3.1: un garfio
 - B.1.3.2: dos garfios
 - B.1.3.3: tres garfios
- B.2. Con escotaduras laterales cerradas
 - B.2.1. De talón y placa sin apéndices laterales
 - B.2.2. De talón y placa con apéndices laterales discoidales
 - B.2.2.1: un garfio
 - B.2.2.2: dos garfios
 - B.2.2.3: tres garfios
 - B.2.3. De doble escotadura (cuatro y seis garfios)
 - B.2.3.1: cuatro garfios
 - B.2.3.2: seis garfios

GRUPO C. *Broches de placa decorada, pestaña recortada y un garfio*

- C.1. De placa cuadrada
- C.2. De placa rectangular

LOS BROCHES DE CINTURÓN DEL HIERRO I-II DEL MUSEO DE HUESCA Y SU CONTEXTO ARQUEOLÓGICO

Las piezas que se describen a continuación forman parte de las colecciones depositadas en el Museo de Huesca y en la actualidad expuestas al público. Proceden de cuatro yacimientos situados en la mitad norte de la Hoya de Huesca: Betance o Betanz, El Castellón, San Salvador y Huesca (fig. 1), aunque solamente ha sido publicado de forma muy somera el aparecido en la capital altoaragonesa. El resto ha permanecido inédito hasta este momento, así como los contextos arqueológicos de sus respectivas apariciones. En todos los casos, tras una revisión bibliográfica exhaustiva, con la estrecha colaboración del personal técnico del Museo de Huesca y los datos aportados por alguno de sus descubridores, hemos intentado contextualizar los diversos hallazgos y las actuaciones llevadas a cabo por quien fuera director de esta institución, Vicente Baldellou, entre finales de los años setenta y comienzos de los noventa del pasado siglo xx.

Broches de cinturón de Betance (Bolea)

A tenor de los datos recuperados, uno de los hallazgos más antiguos de este tipo de piezas se realizó en el término municipal de Bolea, cerca del

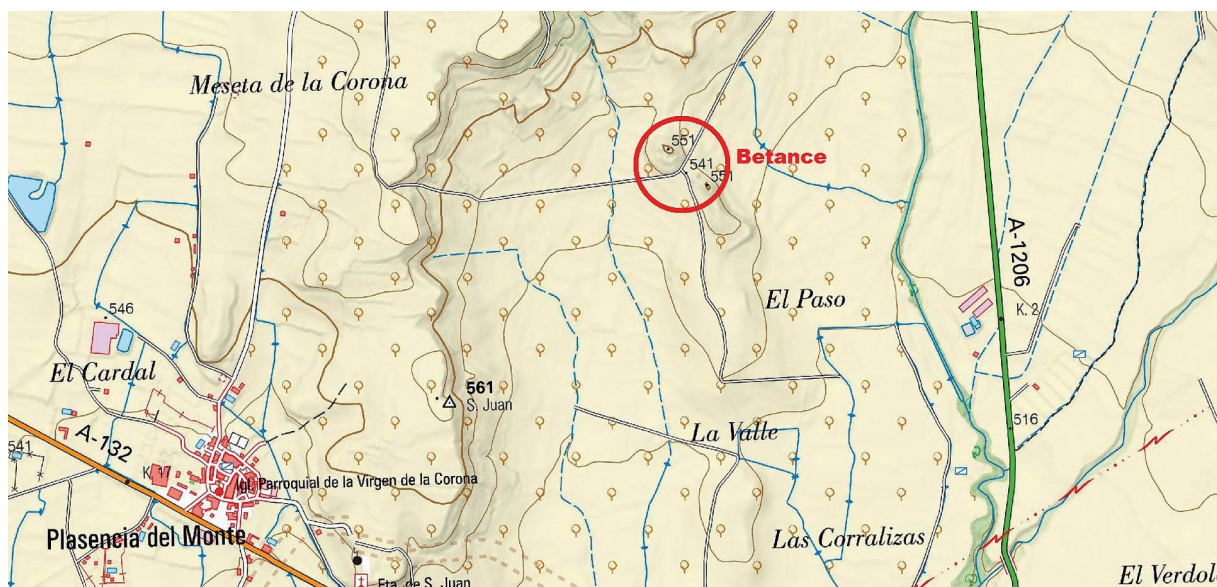


Fig. 3. Localización del yacimiento de Betance, según Royo a partir de la cartografía del IGN.

río Sotón, en el yacimiento de Betance o Betanz. Aunque este yacimiento ha sido citado en repetidas ocasiones, los datos más precisos para su localización proceden de la *Carta arqueológica de Huesca*, donde se recoge la bibliografía que se refiere al mismo y a sus materiales (Domínguez *et alii*, 1984: 67). En la ficha correspondiente a este enclave se describe aproximadamente su localización, en dos cerros con una cota de 550 metros sobre el nivel del mar, situados al sur de la localidad de Bolea y cerca de la de Plasencia del Monte (fig. 3). Los restos de superficie parecen ubicar en ese lugar un poblado protohistórico y su necrópolis. En el yacimiento Vicente Baldellou realizó varios sondeos inéditos que documentaron restos de una necrópolis de incineración, con cerámicas a mano, entre ellas una urna manufacturada de perfil en S actualmente expuesta en el Museo de Huesca (fig. 4). Además de la urna funeraria, se produjeron otros hallazgos relacionados, como varias fibulas de botón terminal aplastado o navarroaquitanas que permanecen sin ningún tipo de estudio (fig. 5).

Del primer broche de cinturón localizado en contexto funerario, solo se comenta que se trata de una placa de cinturón de tres garfios y que se fecha en el siglo VI a. C. (Domínguez *et alii*, 1984: 67, lám. xxiii). En las vitrinas del Museo de Huesca, además de la urna cineraria y las fibulas citadas, se conservan expuestos dos broches de cinturón, al parecer ambos procedentes de la necrópolis, con la siguiente descripción:



Fig. 4. Urna manufacturada de la necrópolis de Betance, en el Museo de Huesca. (Foto: Royo)



Fig. 5. Fibulas de la necrópolis de Betance, en el Museo de Huesca. (Foto: Royo)

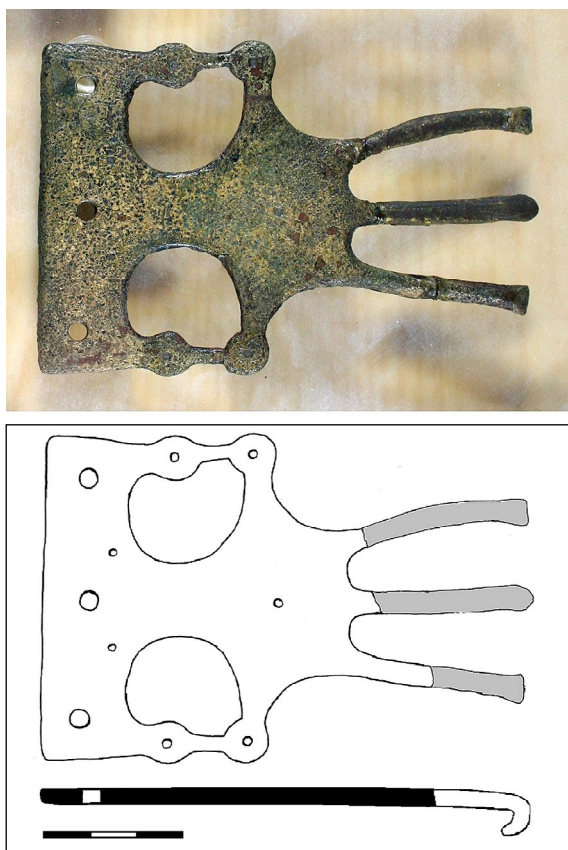


Fig. 6. Broche de cinturón de Betance. (Foto: Museo de Huesca; dibujo: Royo). En gris, los añadidos en la restauración de la pieza.

— Broche de cinturón de placa romboidal, talón rectangular con tres perforaciones para su sujeción al cinturón, escotaduras laterales cerradas con apéndices discoidales y tres garfios. Número de Inventario General del Museo: 03989. Hemos comprobado que una excesiva limpieza y la reconstrucción de los garfios han alterado la superficie de la pieza, afectando a su primitiva forma y decoración, de la que se conserva un hoyuelo o cazoleta central en cada apéndice discoidal, otros dos en el talón y uno más en el centro de la placa romboidal (fig. 6). Este broche se corresponde con el tipo D.III.3 de la tipología de Cerdeño, que se documenta en las necrópolis de Aguilar de Anguita, Quintanas de Gormaz, Higes o La Olmeda, entre otras necrópolis meseteanas, con cronologías que abarcarían todo el siglo V a. C. (Cerdeño, 1978: 283, figs. 11, 7-9 y fig. 12, 4). También está presente en las necrópolis del valle medio del Ebro, en especial en las navarras, como La Atalaya o el Castillo de Castejón, así como en la necrópolis de Azaila, pero también en el poblado de El Cabo de Andorra (Royo,

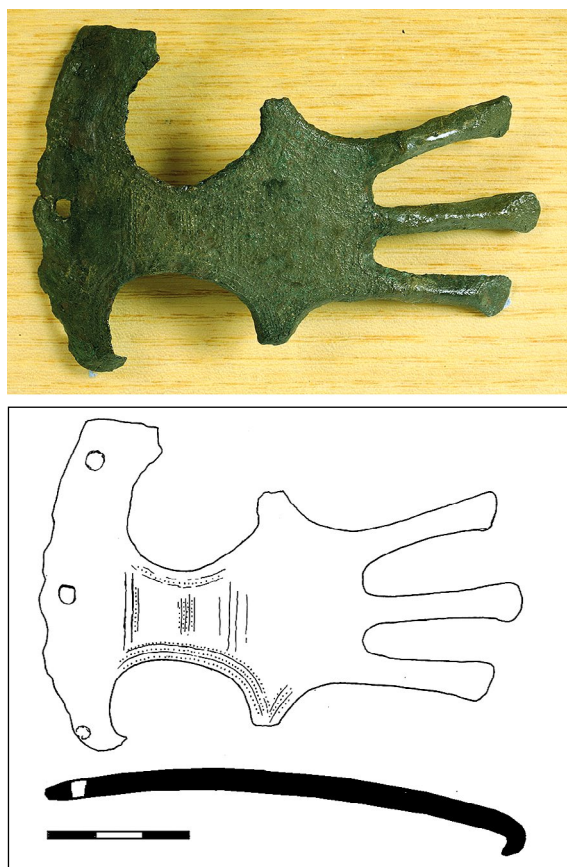


Fig. 7. Broche de cinturón 2 de Betance. (Foto: Museo de Huesca; dibujo: Royo)

2022: figs. 2, 6, 15 y 17). Siguiendo nuestra propuesta de clasificación tipológica, este broche se incluiría en nuestro tipo B.2.2.3 (fig. 2).

— Broche de cinturón de placa romboidal, talón de tendencia rectangular y tres perforaciones, con escotaduras laterales cerradas no conservadas y tres garfios. Número de Inventario General del Museo: 06952. Es una pieza muy alterada y deformada posiblemente por la cremación, que debido a una restauración o limpieza antiguas muy agresivas ha perdido gran parte de su decoración. Solamente conserva en la zona de las escotaduras, entre el talón y la placa romboidal, parte de la combinación de líneas y puntos incisos que debieron de contornear la pieza (fig. 7). Dicho tipo de decoración es muy común en este tipo de broches de tres garfios, tanto en el noreste peninsular como en el sureste de Francia, donde también se denomina *grènetis* (Rodrigues, 2013: 26, fig. 15). Se trata de un ejemplar del mismo tipo que el anterior, por lo que sus paralelos pueden considerarse muy similares, excepto por la decoración. En este caso, la

— Broche de cinturón de talón rectangular con extremos incipientemente apuntados y tres perforaciones para su sujeción, escotaduras laterales abiertas, placa romboidal con apéndices muy apuntados y un solo garfio corto de anchura significativa. Número de Inventario General del Museo: 06935. La pieza presenta una decoración realizada a molde, desarrollada en dos líneas paralelas que enmarcan los contornos de la hebilla y que junto a la línea interior desarrolla 17 y 19 hoyuelos o cazoletas que siguen dicho contorno interior. En el centro de la placa romboidal aparece un círculo en cuyo centro se ve otra perforación, posiblemente para colocar un cabujón o aplique de un botón semiesférico de bronce (fig. 9). El presente ejemplar encaja plenamente en nuestra propuesta tipológica como tipo B.1.1.

Estamos ante una pieza con decoración a molde, de la que contamos con notables paralelos en cuanto a su decoración de cazoletas en ejemplares de las áreas extremeña y portuguesa, en los yacimientos de Medellín, O Castro o Vinha das Calças, así como en el yacimiento alicantino de Peña Negra, todos ellos clasificados por Graells y Lorrio (2017: 60-61, fig. 20) en su grupo BC1-2, fechados entre el 575 y el 550 a. C. Otro broche muy similar procede del castro abulense de El Raso de Candeleda, este sin contexto arqueológico pero con una decoración de cazoletas similares (González, 2018: 212-213, fig. 15). No obstante, en

En este caso el yacimiento, descubierto durante la década de los setenta del siglo xx, se localiza al sur de la localidad de Puibolea, un gran cabezo en el que se ha constatado la presencia de un posible poblado ibérico, con perduraciones hasta el Imperio, a juzgar por el rico monetario documentado (Domínguez *et alii*, 1984: 136) (fig. 8). Con posterioridad, Vicente Baldellou localizó en sus proximidades una necrópolis tumular de incineración, con enterramientos en cistas. En uno de ellos recuperó alguna urna con un ajuar consistente en fíbula de resorte bilateral y pie acodado en botón, junto a un brazaletes y una anilla de hierro (*ibidem*, p. 137). Procedente de algún otro enterramiento de dicha necrópolis, se conserva en el Museo de Huesca, sin que tengamos datos de su contexto, la siguiente pieza:

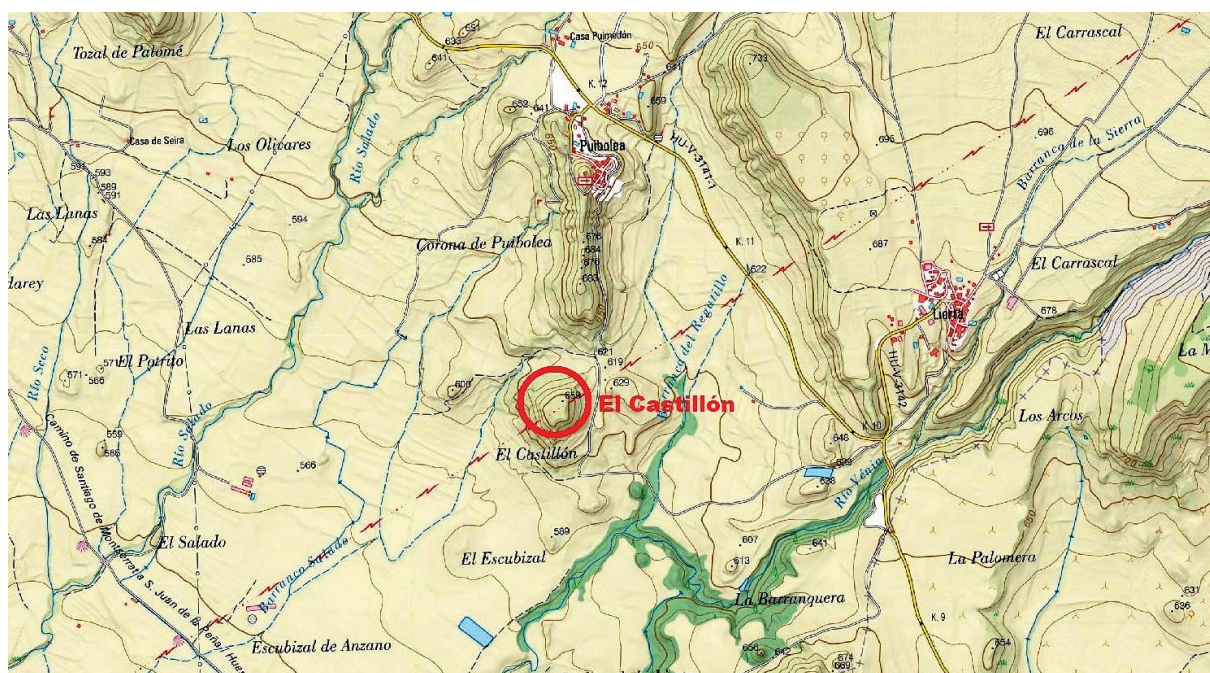


Fig. 8. Localización del yacimiento de El Castellón, junto a Puibolea, según Royo a partir de la cartografía del IGN.

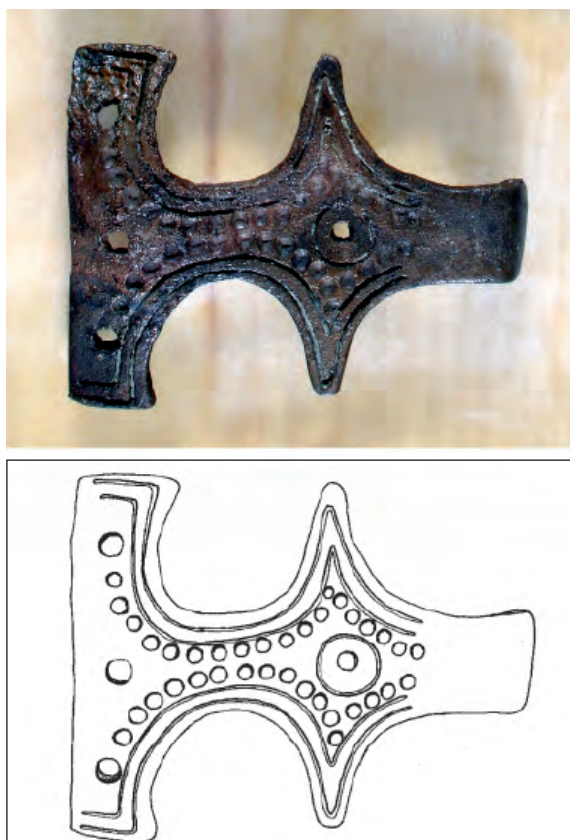


Fig. 9. Broche de cinturón de El Castellón.
(Foto: Museo de Huesca; dibujo: Royo)

el valle medio del Ebro y su entorno más inmediato también encontramos algún broche de nuestro tipo B.1.1, como en la necrópolis navarra de El Castillo, aquí asociado a un torques estriado de tampones y una fibula navarroaquitana que lo fecharían entre fines del siglo VII y la primera mitad del VI a. C. (Faro, 2015: 921-922, fig. 587). También podría compararse con otro ejemplar de la sepultura AB51 de La Atalaya, asociado a cuentas y brazaletes abiertos (Maluquer y Vázquez, 1956: fig. 30). Otros ejemplares con decoración similar a la del broche de El Castellón los encontramos en una pieza de la necrópolis leridana de La Pedrera o en un hallazgo descontextualizado posiblemente cercano a Mequinzenza, así como en otro broche del Tossal Redó o San Antonio de Calaceite de los tipos CII y CIII de Cerdeño, todos ellos con decoración a molde (Cerdeño, 1978: 284, fig. 8, 5; Graells y Lorrio, 2017: figs. 125, 130 y 141).

Del mismo modo, este tipo de broches suele estar presente en algunas necrópolis del reborde nororiental meseteño, clasificado por Cerdeño (1978: 284, fig. 8, 1 a 5) en su grupo CIII, con ejemplares

muy similares localizados en Almaluez o Carabias, este último también con presencia de hoyuelos junto a las líneas de contorno. Por último, y ya en contacto con el valle del Ebro, citaremos los ejemplares con decoración a molde de Molina de Aragón y Herrerías III (Graells y Lorrio, 2017: figs. 120 y 121) y, ya más alejado, en la serranía turolense, el ejemplar a molde de la necrópolis de Griegos, clasificado en el tipo CII de Cerdeño (1978: 284, fig. 7, 8).

La prueba de la posible fabricación de este tipo de broches en el valle medio del Ebro parece sustentarse cada vez más no solo por la dispersión del tipo B.1.1, sino también por la presencia de un molde del mismo tipo e idénticas dimensiones que los broches conocidos aparecido en el poblado de San Pedro de Oliete (Graells y Lorrio, 2017: 191-193, fig. 141) y que ahora debe contextualizarse con una fase previa de habitación del Hierro I en este yacimiento, todavía por documentarse, aunque sí se ha constatado la existencia de una necrópolis tumular junto al recinto fortificado.

Broche de cinturón de San Salvador (Labata, Casbas de Huesca)

Sobre este hallazgo y su contexto arqueológico, debemos la información a la encomiable colaboración de la restauradora del Museo de Huesca M.^a José Arbués y la conservadora Silvia Abad, las cuales pudieron contactar con el descubridor del yacimiento y depositante de los materiales que actualmente se encuentran en el Museo de Huesca. A partir de las informaciones recuperadas, sabemos que en 1996 Antonio García Omedes depositó en el Museo de Huesca un conjunto de piezas metálicas procedentes del cerro de San Salvador, en la localidad de Labata (municipio de Casbas de Huesca), al noreste de esta ciudad y en pleno somontano. El yacimiento se ubica en el extremo de un gran promontorio situado al oeste de la localidad de Labata, junto al río Calcón, y se han podido diferenciar dos enclaves: el primero de cronología ibérica, localizado junto a la ermita de San Salvador, y el segundo correspondiente a la posible necrópolis tumular de la Edad del Hierro I y situado a unos 200 metros al noroeste de la ermita (fig. 10). Entre dichas piezas depositadas en el Museo de Huesca, destacan varias fibulas de pie vuelto y resorte bilateral (fig. 11) y un cuchillito de hierro con empuñadura cilíndrica nielado con oro que, por los datos aportados por su descubridor, debían de pertenecer a la necrópolis de incineración de la Edad del Hierro localizada por él, sin que sepamos con seguridad si todo el material

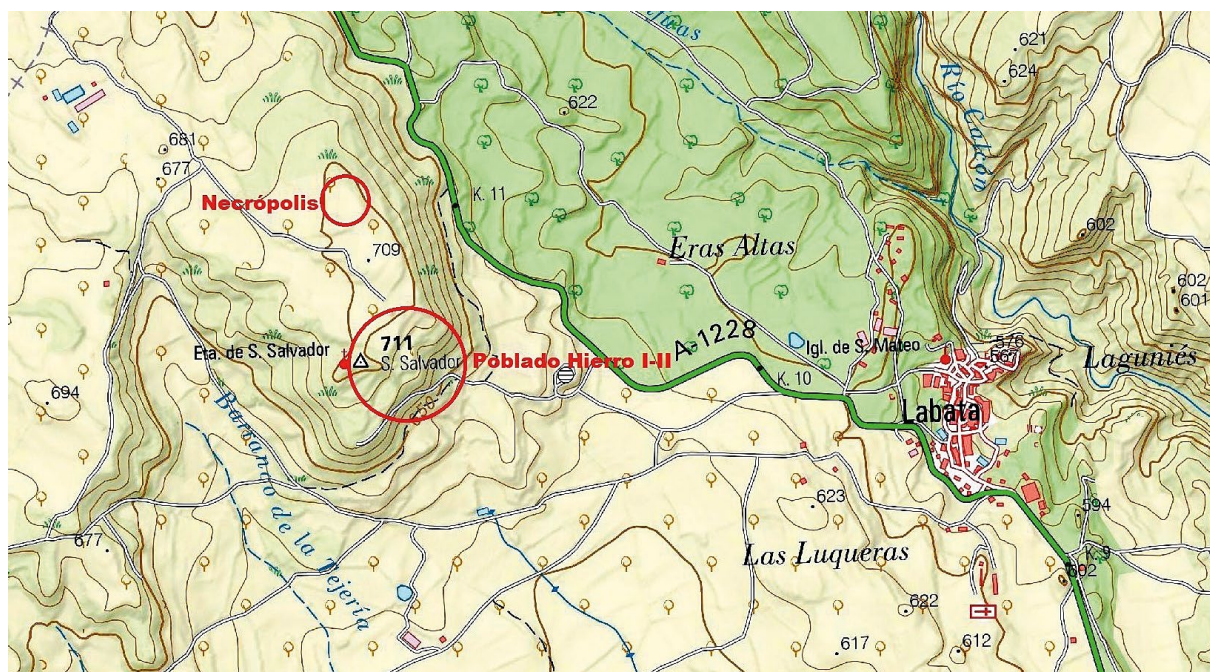


Fig. 10. Localización del yacimiento en las cercanías de Labata, según Royo a partir de cartografía del IGN.

correspondería a una sola sepultura. Junto a este conjunto también recuperó un pequeño broche de cinturón que pasamos a describir siguiendo nuestra propuesta tipológica (fig. 2):

— Broche de cinturón de escotaduras cerradas con apéndices discoidales y tres garfios. Número de Inventario General del Museo: 04175. Se trata de una pieza de muy pequeño tamaño (6,5 centímetros), posiblemente perteneciente a un individuo infantil, completa pero fracturada por las escotaduras. En general, manifiesta una factura algo descuidada, ya que ni el talón ni la placa ni las escotaduras se ajustan a los parámetros morfológicos de este tipo de piezas. Los garfios son demasiado cortos y gruesos en relación con el resto de la placa, la cual aparece decorada con una línea de puntos incisos que siguen su contorno, así como las escotaduras y los apéndices (fig. 12). Aplicando nuestra propuesta tipológica, se trataría del tipo B.2.2.3. Estamos ante un ejemplar del tipo D.III.3 de Cerdeño (1978: 283, fig. 11, 5), con piezas similares aparecidas en la necrópolis de Aguilar de Anguita, tanto en morfología como en decoración, o bien del tipo B3B3 de Lorrio (2005: fig. 91, 10-14), tipo propuesto para las necrópolis del área celtibérica, con ejemplares en Quintanas de Gormaz, Carratiermes o Higes. Sin embargo, el paralelo más exacto es una pieza procedente del barrio exterior del poblado del Cabo de Andorra, de tamaño, morfolo-



Fig. 11. Fíbulas de bronce aparecidas en la necrópolis de San Salvador, en el Museo de Huesca. (Foto: Royo)

gía y decoración casi idénticos a los de este ejemplar (Royo, 2022: fig. 17), fechado por las dataciones radiocarbónicas en la primera mitad del siglo V a. C., cronología que parece ajustarse al contexto material aparecido en San Salvador.

Broche de cinturón de la avenida Martínez de Velasco (Huesca)

El yacimiento de la avenida Martínez de Velasco se descubrió en 1985, debido a unas obras de remodelación urbana de la ciudad de Huesca. La excavación, dirigida por María Nieves Juste (1993 y 1995), permitió constatar la presencia de una necrópolis tumular de incineración con túmulos cuadrados y circulares y una larga pervivencia de utilización, al menos entre el Hierro I medio y la época iberorromana. Además de

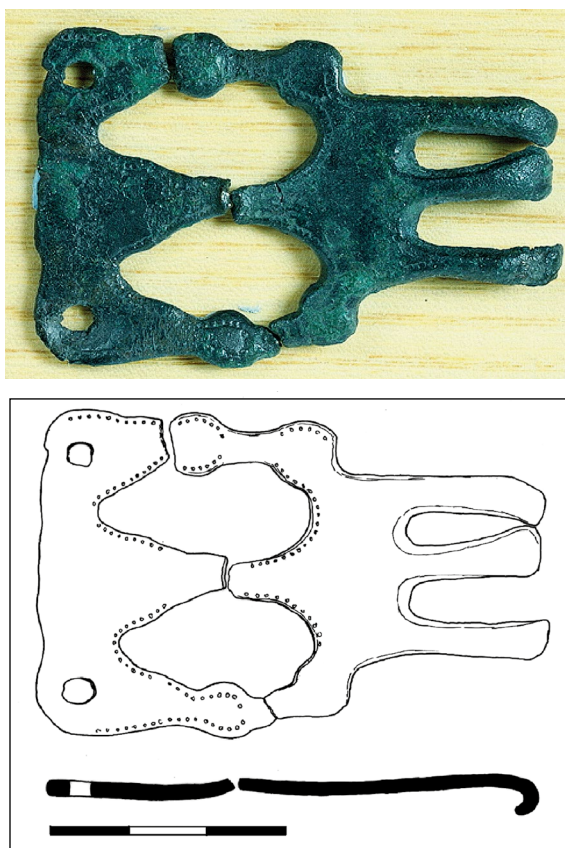


Fig. 12. Broche de cinturón de San Salvador.
(Foto: Museo de Huesca; dibujo: Royo)

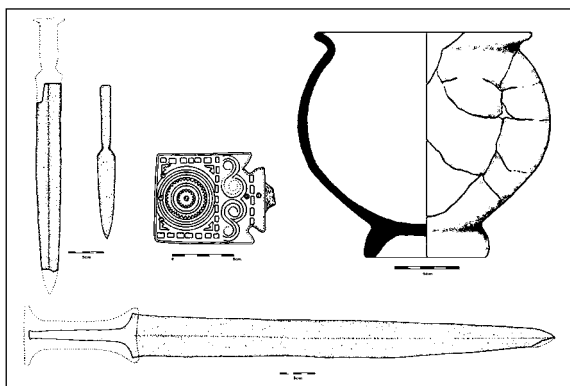


Fig. 13. Ajuar de la sepultura infantil documentada en la avenida Martínez de Velasco de Huesca, a partir de Juste (1995). (Modificado por Royo)

un nutrido grupo de materiales protohistóricos, con urnas acanaladas, brazaletes de tampones y cuchillos afalcatados (*idem*, 1992 y 1994), destaca la aparición entre los enterramientos de un conjunto escultórico de época ibérica compuesto por al menos dos

personajes, uno de ellos inédito con casco jonio que lo vincularía a la estatuaria del sur peninsular (*idem*, 1995: 46-48). De lo hallado en esta necrópolis,¹ señalaremos el hallazgo entre los restos del túmulo 11 de una sepultura de inhumación infantil con un ajuar de armas de hierro —espada larga, espada corta y puñal— clavadas en el suelo y un broche de cinturón de los denominados *de tipo ibérico*, junto a una urna globular de pie resaltado manufacturada (*ibidem*, p. 33, fig. 7, A-B) (fig. 13). El estudio de las armas y la cerámica ha propuesto recientemente para este ajuar una cronología de mediados del siglo v a. C. (Royo y Aguilera, 2022, e. p.).

Entre el ajuar de la tumba infantil apareció un ejemplar de broche identificado con nuestro tipo C.1, muy poco conocido en los catálogos de broches ibéricos, el cual presentaba una profusa decoración damasquinada documentada mediante metalografías. Se trata de una placa activa cuadrangular con pestañas recortadas y un garfio que presenta una decoración nielada de círculos concéntricos enmarcados con rectángulos y orlas enfrentadas (fig. 14). Este ejemplar se puede englobar en el tipo C3C1 de Lorrio (2005: 223, fig. 92, 13-14), en el que las placas activas de algunos yacimientos como El Atance o La Revilla presentan decoraciones casi idénticas a las del ejemplar de Huesca. También conocemos diversos ejemplares de placas pasivas caladas y con decoración damasquinada procedentes del comercio de antigüedades, como sería el caso de algunos ejemplares del Museo del Land de Maguncia (Graells *et alii*, 2018: fig. 17), uno de los cuales presenta una tipología y una decoración casi idénticas a las del ejemplar de Huesca (*ibidem*, pp. 47-50, figs. 26-27). Sin embargo, uno de los paralelos más completos del ejemplar oscense corresponde a una placa del tipo C2 procedente de la ciudad o necrópolis de Aratis, en Aranda de Moncayo, con origen en el expolio y la posterior recuperación de materiales vinculados a los cascos celtibéricos y a la operación Helmet I y II (Lorrio *et alii*, 2019), cuyo modelo decorativo, muy bien conservado, reproduce casi al completo el esquema del ejemplar oscense (Romeo y Fatás, 2021: 9) y donde además se han recuperado varias piezas similares, pendientes de estudio y publicación.

¹ Debo expresar mi agradecimiento a Nieves Juste Arruga, directora de la excavación de esta necrópolis, quien me ha aportado importantes novedades sobre el conjunto, así como sobre los materiales depositados en la sepultura ibérica donde aparecieron las armas y el broche de cinturón de placa decorada con nielados.



Fig. 14. Broche de placa cuadrangular, aletas y un garfio de tipo C.1, según Juste (1995). (Modificado por Royo)

Los demás ejemplos de placas denominadas *de tipo ibérico* o *celtibérico* que presentan decoración nielada o damasquinada conocidos en el valle medio del Ebro y áreas limítrofes son muy escasos. Su aparición se limita a necrópolis ibéricas o celtibéricas de la margen derecha del Ebro o del Sistema Ibérico, como Azaila, Arcóbriga, La Oruña o La Umbría de Daroca, piezas y yacimientos sobre los que volveremos más adelante.

Pese a que el contexto de los paralelos citados puede plantear una cronología para el broche ibérico de Huesca algo más tardía, lo cierto es que el conjunto de materiales con el que apareció, así como la presencia en el lugar de un conjunto escultórico ibérico de marcada influencia oriental y tradición antigua, nos permiten mantener con cierta prudencia una cronología relativamente elevada para dicho ejemplar, aunque quizás debería matizarse esa datación y situarla a lo largo de la segunda mitad del siglo v a. C. a la espera del estudio detallado de la

citada sepultura y del entorno de la necrópolis tumular.

LOS BROCHES PROTOHISTÓRICOS DEL MUSEO DE HUESCA Y SU RELACIÓN CON LA CUENCA MEDIA DEL EBRO

La presencia de varios ejemplares de broches de cinturón del Hierro I en el Museo de Huesca nos ha permitido plantear no solo el contexto arqueológico de su aparición, también los pone en relación con piezas similares de la cuenca media del Ebro que recientemente han sido objeto de un trabajo de síntesis (Royo, 2022). De su estudio pueden extraerse algunas consideraciones sobre las que podemos extendernos en este punto. Tanto de los contextos analizados como de su propia morfología se plantea una tipología muy concentrada en dos grupos: los de escotaduras abiertas y un garfio, representados por el tipo B.1.1, aparecido en El Castellón, y los de escotaduras cerradas y tres garfios, representados por los broches de Betance y San Salvador, todos ellos de nuestro tipo B.2.2.3. Todas las piezas presentan cierta simpleza decorativa y una cronología avanzada dentro del Hierro I, centrada posiblemente entre la segunda mitad del siglo vi y mediados del v a. C.

No obstante, todos estos broches solo representan un periodo concreto de la protohistoria oscense, además de concentrarse en un área muy concreta de la provincia, el sector norte de la Hoya de Huesca y el contacto con el somontano pirenaico (fig. 1), dejando casi sin hallazgos el resto del territorio, en el que los broches estudiados recientemente sí abarcan un amplio periodo cronológico. Es muy posible que la ausencia de actuaciones arqueológicas en los poblados y necrópolis protohistóricas del territorio al norte del Ebro sea la causa principal de una aparente ausencia de piezas que solo respondería a la falta de excavaciones arqueológicas.

Broches de Betance, El Castellón y San Salvador y su relación con otros del Bronce Final y del Hierro I de su entorno

Los recientes trabajos de síntesis sobre este tipo de elementos de la vestimenta (Graells y Lorrio, 2017; Graells *et alii*, 2018; Royo, 2022) han demostrado la presencia más que significativa de broches de cinturón de una variada tipología a lo largo de toda la Edad del Hierro I-II, y asimismo se ha planteado su presencia muy importante al menos desde el Bronce

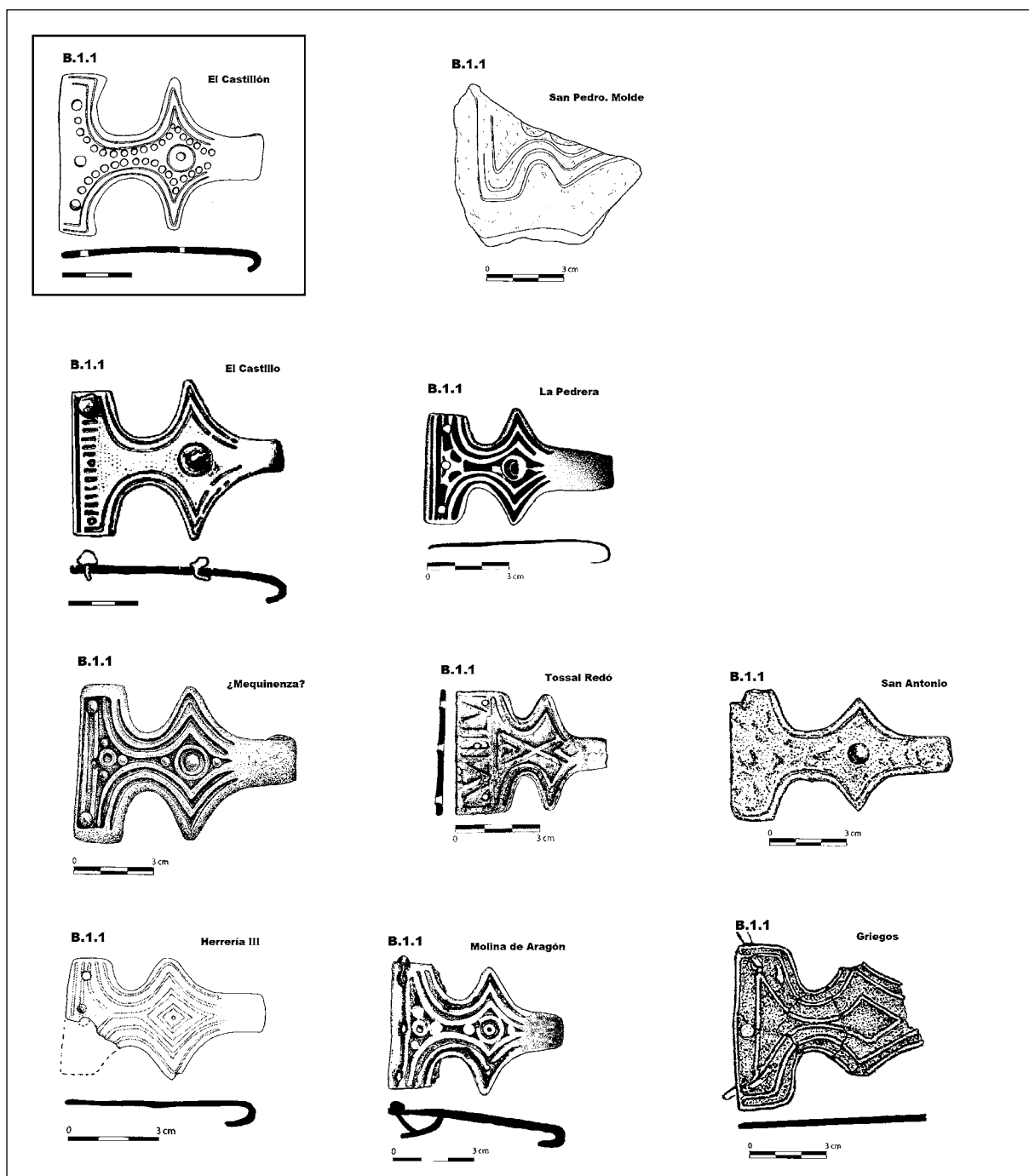


Fig. 15. El broche de El Castellón, de tipo B.1.1, y su relación con otros ejemplares del valle medio del Ebro y áreas limítrofes, a partir de Graells y Llorio (2017). (Modificado por Royo)

Final III y Hierro I antiguo, con ejemplares de nuestros tipos A.1 a A.5 (fig. 2) en yacimientos como la necrópolis de Castellet II o el poblado del Tossal de los Regallos, pero también en la necrópolis del Corral de Mola, en la de La Atalaya o en los poblados de

Burrén y Burrena, Morredón y Alto de la Cruz (Royo, 2017: 129-132, fig. 55, y 2022: fig. 22).

Si nos centramos en los tipos documentados en Huesca, veremos que el tipo B.1.1 aparece ampliamente representado en el valle medio del Ebro y áreas

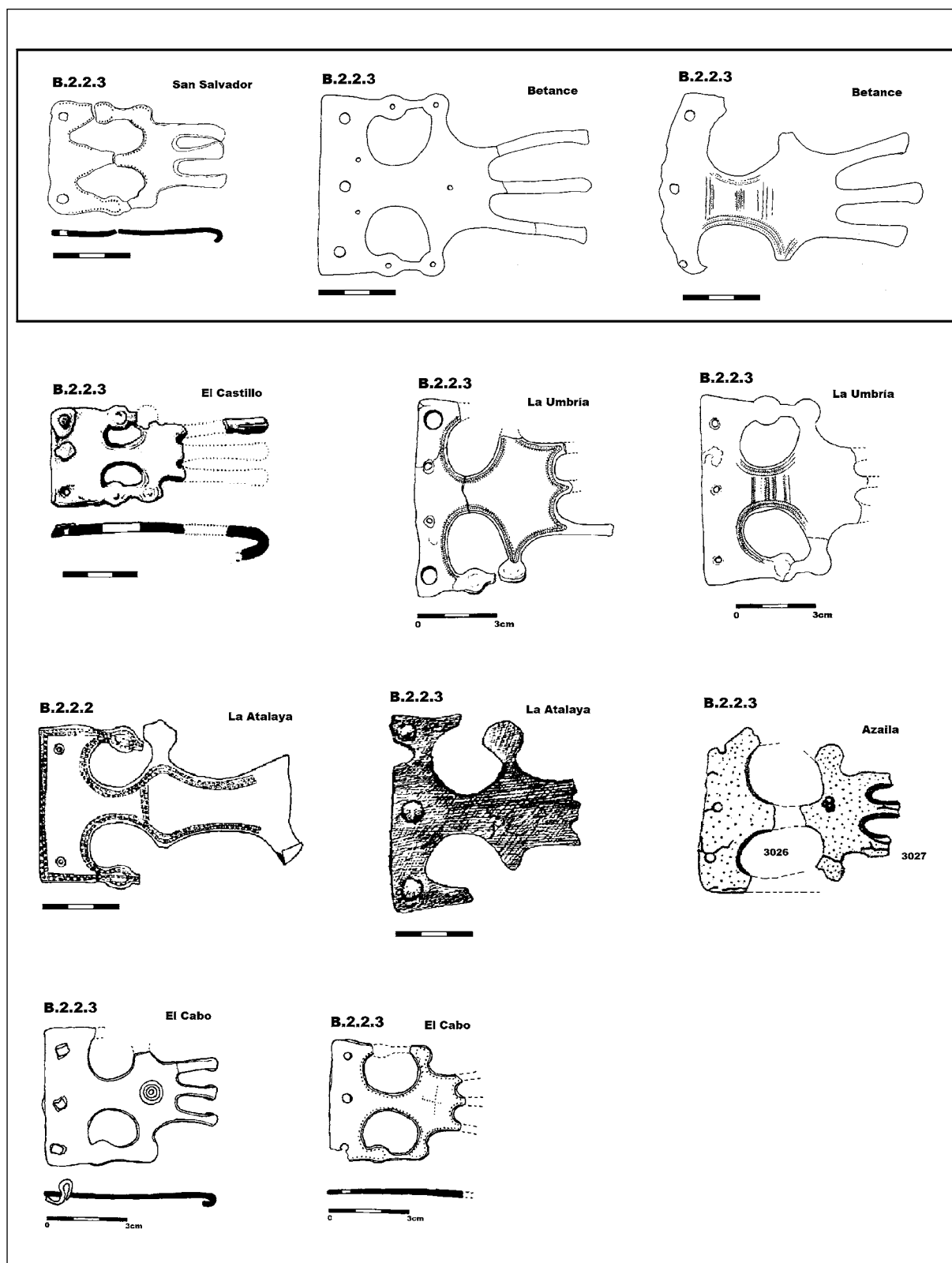


Fig. 16. Los broches de Betance y San Salvador y sus paralelos en el valle medio del Ebro, a partir de Faro (2015), Maluquer y Vázquez (1956), Beltrán Lloris (1976) y Royo (2022). (Modificado por Royo)

límitrofes, con ejemplares idénticos en su morfología y muy similares en cuanto a su decoración, realizada a molde (fig. 15), como en el caso de la necrópolis de La Pedrera (Graells y Lorrio, 2017: figs. 129-131) o en el hallazgo suelto cercano a Mequinenza (*ibidem*, fig. 141), a los que hay que sumar otros en el Bajo Aragón, en los poblados de San Antonio y Tossal Redó de Calaceite (*ibidem*, fig. 125). También aparece este tipo bien representado en alguna necrópolis navarra, como El Castillo (Faro, 2015: 921-922, fig. 587), y sobre todo en necrópolis de tradición celtibérica como las situadas en las estribaciones del Sistema Ibérico Herrerías III, Molina de Aragón y Griegos (Graells y Lorrio, 2017: figs. 107, 119-121). Además de un más que seguro comercio o intercambio con el área catalana, este tipo de broches también se fabricó en la cuenca media del Ebro, como prueba la aparición de un molde de fundición para broches decorados a molde en el poblado de San Pedro de Oliete (*ibidem*, fig. 142), lo que demostraría que estos broches podían producirse en todo el territorio donde aparecen y representarían una producción artesanal muy repartida por todo el valle del Ebro y áreas limítrofes.

En cuanto al tipo B.2.2.3, no cuenta con una dispersión tan acusada como el anterior. Sus hallazgos se concentran en algunas necrópolis del sector central y occidental del valle medio del Ebro, como la de Azaila, aunque en este caso muy deteriorados (Beltrán Lloris, 1976: 59-61, fig. 28, 3025-3027 y 3029-3030). Pero es en las necrópolis de La Umbria y La Atalaya donde se pueden identificar ejemplos de este tipo, aunque no de forma muy significativa (Royo, 2022) (fig. 16). No obstante, y aunque sus paralelos en el área de referencia no sean muy abundantes, lo cierto es que se trata de un tipo de broche que suele aparecer con asiduidad en las necrópolis de la Meseta Norte, sobre todo en las celtibéricas, con ejemplos en Torresabiñán, Higes, La Olmeda, Aguilar de Anguita o Quintanas de Gormaz, en todos los casos con broches de tres garfios y decoraciones más o menos elaboradas en *grènetis* (Cerdeño, 1978: 285, figs. 11-12).

Además de su presencia bien contrastada en el valle medio del Ebro y zonas limítrofes, nuestros tipos B.1.1 y B.2.2.3 también aparecen al otro lado de los Pirineos, como en la necrópolis del Grand-Bassin II, fechados para el primer tipo entre el 600 y el 575 a. C., y del 525 al 475 a. C. para el segundo (Graells y Lorrio, 2017: fig. 41), o en la de Saint-Julien de Pézenas, donde también aparece el tipo B.1.1 (*ibidem*, pp. 194-195, figs. 145-147), así como en Agde – Rochelongue (*ibidem*, p. 196, fig. 153).

Broche ibérico de Huesca y su relación con los de placa ibéricos o celtibéricos de la cuenca media del Ebro

La publicación de los broches de cinturón del Museo de Huesca, y especialmente del aparecido en la necrópolis de la avenida de Martínez de Velasco, nos ha permitido aprovechar este trabajo para insistir en este tipo de piezas de las que muy recientemente se ha publicado una monografía en la que se incluye un nuevo intento de inventario, catalogación y síntesis (Graells *et alii*, 2018). En ella se propone abandonar la vieja denominación de *broches ibéricos* o *de tipo ibérico* y sustituirla por la definición «broches de cinturón de placa cuadrangular, aletas y un garfio» (*ibidem*, p. 25, figs. 14-15). Este tipo de broches cuenta con una amplia distribución por la península ibérica, con más de 400 ejemplares conocidos, aunque concentra sus hallazgos en las siguientes zonas: el sureste, la Meseta y, especialmente, la zona celtibérica, el Alto Ebro, la costa mediterránea y el área catalana (*ibidem*, pp. 27-31, fig. 16). En dicha dispersión la existencia de este tipo de broches es escasa en el valle medio del Ebro, salvo en el área celtibérica con el ejemplo de la necrópolis de Arcóbriga (*ibidem*, pp. 29-30).

La presencia de nuevos broches de placa cuadrangular, aletas y un garfio en esta zona, algunos poco conocidos y otros totalmente inéditos, nos permite rellenar un mapa demasiado vacío de este tipo de objetos que se encuentran emparentados en su tipología y su decoración con las producciones ibéricas o celtibéricas repartidas por la Meseta, Alto Ebro y Cataluña (fig. 1).

Hasta la fecha no se ha realizado un estudio de catalogación y síntesis de las piezas existentes en la cuenca media del Ebro, cuestión que se aprovecha para relacionar el ejemplar oscense con el resto de hallazgos aparecidos en la zona de referencia. Los únicos descubrimientos de broches de placa con aletas y un garfio de tipología ibérica o celtibérica conocidos en el valle medio del Ebro se concentran en los siguientes yacimientos: ciudad y necrópolis de Aratis (Aranda de Moncayo) (Romeo y Fatás, 2021: 9), necrópolis de La Oruña (Vera de Moncayo) (Bona *et alii*, 1983: 81, lám. XIII, n.º 145), necrópolis de La Umbria (Daroca) (Aranda, 1990), ciudad y necrópolis de Arcóbriga (Monreal de Ariza) (Lorrio y Sánchez, 2009: 205-209 y 286-288, figs. 100-101), en la provincia de Zaragoza, y la ciudad y necrópolis del Cabezo de Alcalá (Azaila), en la de Teruel (Beltrán Lloris, 1976: 176, fig. 43, 3021 y 3095). Otros broches ya

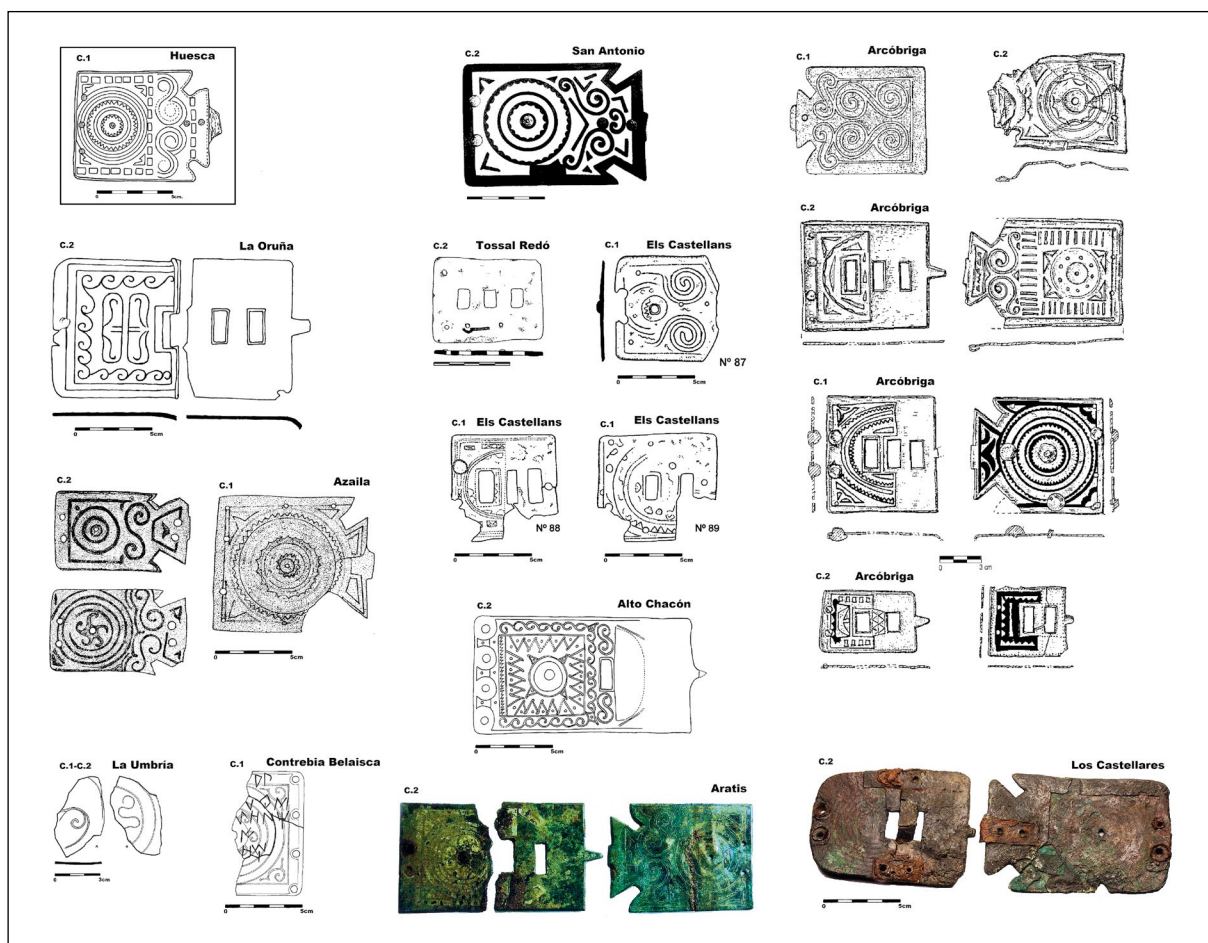


Fig. 17. El broche ibérico de placa, aletas y un garfio de Huesca y sus paralelos en el valle medio del Ebro, a partir de Cabré (1937), Beltrán Lloris (1976), De Sus (1992), Beltrán Martínez (1992), Lorrio y Sánchez (2009), Fatás (2016) y Romeo y Fatás (2021). (Modificado por Royo)

publicados con esta morfología se han identificado en el poblado turolense de San Antonio de Calaceite (Cabré, 1937: 109-110, fig. 39, lám. xv) o en el Tossal Redó de la misma localidad (Fatás, 2016: 154-155, fig. 77); en el poblado de Los Castellares (Herrera de los Navarros) (De Sus, 1992: 125-126, fig. 111) y en la ciudad de Contrebia Belaisca (Botorríta) (Beltrán Martínez, 1992: 89-91, figs. 56-57), ambos en la provincia de Zaragoza, así como en el poblado del Alto Chacón (Atrián, 1976: 54, fig. 29, d; Beltrán Lloris, 1996: 116, fig. 104), en Teruel, o en el entorno de Nonaspe (Graells *et alii*, 2018: 29-30), en Zaragoza. A esta pequeña nómina de hallazgos habría que sumar el conjunto de piezas aparecidas en el poblado navarro de La Custodia (Viana), situado en el inicio del Alto Ebro (Labeaga, 1991-1992: 322, figs. 3, 6-7, y 7) y, por lo tanto, fuera del ámbito geográfico de nuestro estudio.

Aunque incluimos, a continuación, la descripción y el contexto arqueológico de los ejemplares de los yacimientos citados, podemos adelantar algunas cuestiones de interés sobre su tipología y su dispersión geográfica. La práctica totalidad de los ejemplares aparecidos en el valle medio del Ebro y áreas limítrofes como la serranía ibérica, pueden englobarse en dos grandes grupos: los broches de placa cuadrada o cuadrangular y los de placa rectangular que hemos incluido en nuestros respectivos tipos C.1 y C.2, siguiendo la tipología propuesta recientemente (Graells *et alii*, 2018: 31) (fig. 17).

La totalidad de las piezas están realizadas en bronce, con decoración exclusiva en una sola cara, en la que los motivos, siendo muy variados, se pueden agrupar en motivos circulares o solares, cuadrados y orlas más o menos elaboradas. De dichos motivos, solo el ejemplar de broche calado de La Oruña

plantea un diseño un tanto diferente, mientras que únicamente contamos con placas decoradas en ambas caras en un broche de Azaila y en el fragmento de placa de La Umbria. Las decoraciones son o troqueladas o incisas, para luego ser damasquinadas o nieladas con oro o plata, tratamiento que desgraciadamente se pierde en la mayoría de los casos. En cuanto a la cronología de los broches revisados, abarcan un periodo prolongado de uso, desde los ejemplares más antiguos, presentes en La Oruña o Huesca, a caballo entre los siglos V y IV a. C., y los más modernos, como los de Azaila o Arcóbriga, que pueden llegar a finales del siglo III o inicios del II a. C.

Broches de placa cuadrangular, aletas y un garfio de Aratis

El *oppidum* de la ciudad celtíbera de Aratis, en Aranda de Moncayo (Zaragoza), representa un ejemplo extraordinario del tremendo expolio llevado a cabo en una ciudad en la que, gracias a la poca diligencia o la pasividad de varias administraciones y la actividad delictiva de excavadores clandestinos, se produjeron daños irreparables en el yacimiento entre finales de los ochenta y el año 2013, además de perderse miles de piezas y su correspondiente contexto arqueológico. Entre ellas destaca, por su repercusión internacional, una impresionante colección de cascos hispano-calcídicos (Lorrio *et alii*, 2019: 107-110, fig. 2). Como consecuencia de las denuncias públicas en congresos y en la prensa, realizadas por los profesores Graells y Lorrio junto con otros investigadores de reconocida solvencia, la maquinaria administrativa por fin se puso en marcha y el 13 de febrero de 2013 el grupo de Patrimonio Histórico de la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil puso fin a muchos años de expolio continuado y procedió a la detención de los dos implicados en el mismo, así como

a la recuperación en los correspondientes registros domiciliarios de 6835 piezas arqueológicas que fueron objeto de un detenido estudio pericial realizado por dos técnicos del Gobierno de Aragón designados al efecto, todo ello en el contexto de las operaciones *Helmet I y II* (*ibidem*, pp. 111-113, fig. 3; Fatás y Romeo, 2021). La ejemplar y dura condena impuesta a los implicados en los hechos, de 16 de julio de 2018, puso fin a uno de los episodios de expolio arqueológico más sangrantes en nuestra comunidad autónoma y permitió la recuperación de un ingente volumen de material arqueológico, el inicio de los trabajos arqueológicos en el propio yacimiento y el descubrimiento de otras necrópolis relacionadas con esta ciudad (*ibidem*, pp. 113-115), así como la recuperación de al menos siete de los cascos celtibéricos expoliados, actualmente depositados en el Museo de Zaragoza (Romeo y Fatás, 2021: 6-8), los cuales han sido objeto de un estudio exhaustivo interdisciplinar (Fatás y Romeo, 2021).

Sobre el tema que nos ocupa, hay que decir que entre el material recuperado de este yacimiento se cuenta con un número impreciso de broches de cinturón de placa cuadrangular, aletas y un garfio, con una rica decoración de damasquinados en plata y oro, de los que hasta el momento solo se ha dado a conocer un ejemplar fotografiado (Romeo y Fatás, 2021: 8-9), pero posiblemente puedan superar en número y en calidad a los aparecidos en la necrópolis de Arcóbriga, hasta la fecha el yacimiento que más ejemplares de este tipo de broches ha dado en el valle medio del Ebro. A la espera de que se publique este conjunto de materiales, solo puede constatar la presencia muy significativa de estos broches en Aratis y sus necrópolis, y que la única pieza de la que se ha publicado una fotografía se correspondería con un broche de nuestro tipo C.2, con una decoración muy similar en

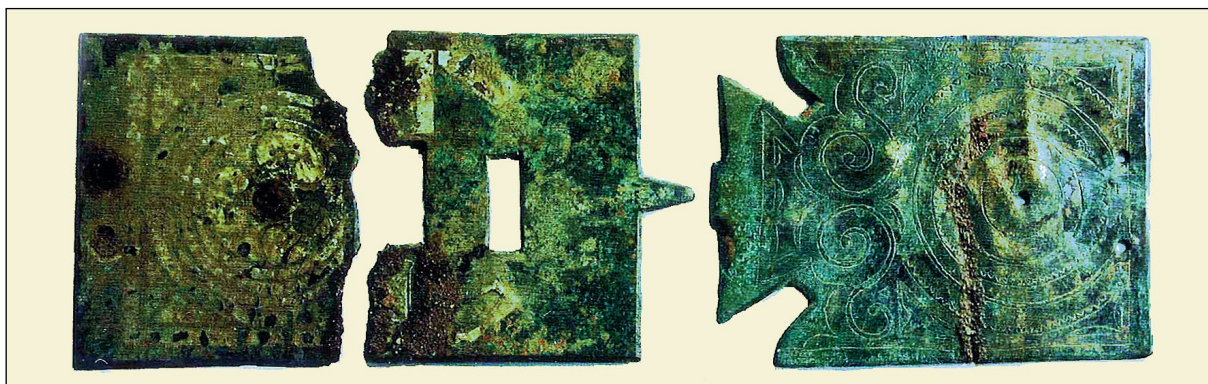


Fig. 18. Broche procedente de Aratis, según Romeo y Fatás (2021). (Modificado por Royo)

cuanto a su desarrollo al ejemplar de Huesca, como ya hemos citado, que se corresponde con la serie 6.^a, variante A, de la clasificación propuesta en su momento por Cabré (1937: 107) (fig. 18).

Broche de la necrópolis de La Oruña

Los estudios realizados hasta el momento en el oppidum celtibérico de La Oruña (Vera de Moncayo, Zaragoza) o en su armamento, así como la existencia de su necrópolis,² han constatado la presencia de un broche de placa calada decorada con nielados (Bona *et alii*, 1983: 81, lám. XIII, n.º 145), actualmente en paradero desconocido. En cuanto a su falta de contexto arqueológico, el hecho de que dicha placa de bronce aparezca partida y amortizada permite plantear su localización entre los ajuares funerarios del cementerio celtibérico recientemente estudiado (Royo y Aguilera, 2022, e. p.).

Se trata de la pieza pasiva de un broche de cinturón de placa calada partida y ligeramente doblada, con tres aberturas rectangulares y un apéndice en uno de los extremos. La parte del talón aparece decorada con motivos incisos y nielados (el nielado de plata no se ha conservado) de orlas enmarcadas en dos cuadrados, cuyo motivo central se asemeja a un escutiforme (fig. 19). Su contexto cronológico, asociado a otros materiales como las espadas latenienenses o varias grebas recuperadas en la necrópolis (Lorrio *et alii*, 2019: 106-107, fig. 1, e.-f.; Royo y Aguilera, 2022, e. p.), permite situar su cronología entre fines del siglo v y el siglo iv a. C., es decir, en el tránsito del Hierro I al II.

Este tipo de broches de placa calada y nielada, identificado en nuestra tipología por su placa rectangular como tipo C.2, se clasifica dentro del tipo C de Lorrio para el territorio celtibérico, concretamente los subtipos C3B1 y C3B2 que presentan calados en las placas pasivas, apareciendo en necrópolis como Numancia, Osma I, La Revilla o Arcóbriga, dentro de las fases II-III de su periodización (Lorrio, 2005: 222-223, fig. 92, 14-15). En cuanto a los paralelos de su decoración, podemos encontrar algunas similitudes en ejemplares de las necrópolis de Alcacer do Sal

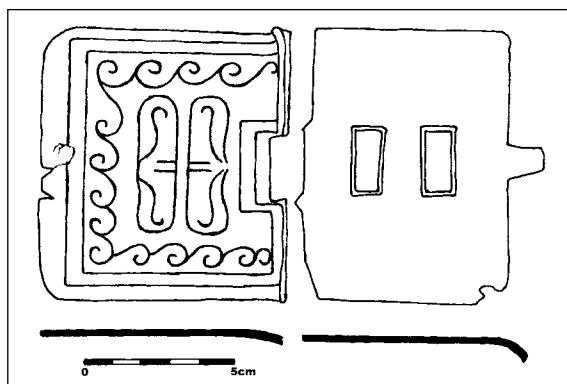


Fig. 19. Broche de La Oruña, según Royo.

o Tútugi en Galera, clasificados por Cabré en su serie 5.^a (Cabré, 1937: 106, figs. 30-31). Estudios recientes sobre este tipo de broches, permiten conocer su dispersión peninsular, concentrándose los hallazgos en la Meseta Norte, Cataluña o el sudeste con una cronología propuesta para nuestro modelo que se sitúa entre el 325 y el 225 a. C. (Graells *et alii*, 2018: 25-32, figs. 14 y 16). Se trata, en todo caso de un tipo de broches poco documentado hasta la fecha en el valle medio del Ebro, donde solo contamos con los ejemplares ya citados de San Antonio de Calaceite, Azaila, Los Castellares de Herrera, Arcóbriga, Huesca y La Umbria, a los que habrá que sumar en su momento los que vayan apareciendo en las publicaciones futuras sobre la ciudad de Aratis.

Broches de tres garfios y fragmento de placa de la necrópolis de La Umbria

Descubierta en los años ochenta del siglo xx en Daroca (Zaragoza), en La Umbria se realizaron excavaciones entre 1987 y 1990 que documentaron una necrópolis tumular de incineración de tradición celtibérica, con varias decenas de sepulturas y una potente estratigrafía en la que se vieron hasta tres niveles de ocupación —B, C y D—, con restos que van desde la transición del Hierro I-II hasta época iberorromana (Aranda, 1990: 103-109, figs. 2-5). A pesar de la riqueza de estructuras y materiales de este cementerio, aún permanece casi inédito a la espera de su estudio definitivo.³

² A partir de los primeros trabajos realizados en el yacimiento (Batllori, 1930) y los estudios llevados a cabo en los años ochenta y noventa del siglo xx (Bona *et alii*, 1983; Bona y Hernández Vera, 1989: 54-61; Aguilera, 1986, y 1995: 228; Quesada, 1997), las últimas publicaciones han permitido conocer otros aspectos de su cultura material y su cronología, así como del expolio sufrido por la necrópolis (Cebolla *et alii*, 2013: 64; Lorrio, 2016: 240-242, fig. 12, y Lorrio *et alii*, 2019: 106-107, fig. 1, e.-f.).

³ Quiero agradecer la ayuda prestada por el director de la excavación de La Umbria, Ángel Aranda, quien me ha proporcionado importante documentación sobre la misma. De igual modo, debo agradecer la colaboración del Museo de Zaragoza y de su director, Isidro Aguilera Aragón, en la revisión de los materiales depositados en él.

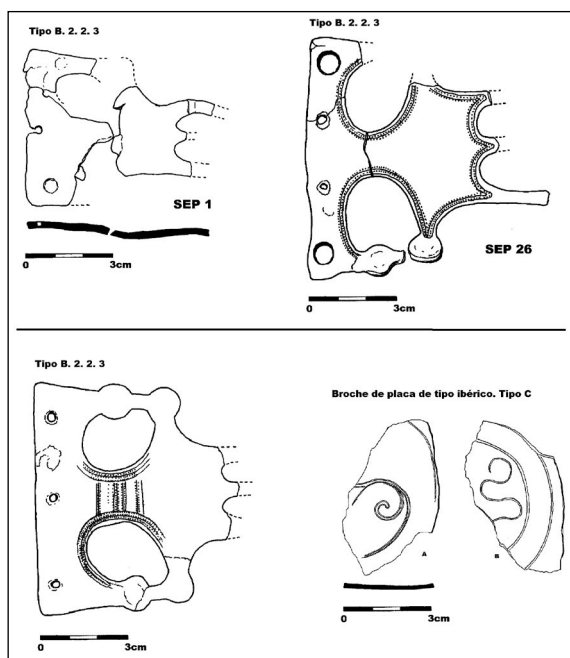


Fig. 20. Los broches de tipo B.2.2.3 y C de La Umbria, según Royo y Aguilera (2022, e. p.).

En los niveles más antiguos, el C y el D, con túmulos o anillos pétreos cuadrangulares y circulares, aparecen las cerámicas manufacturadas asimilables al Hierro I pero más evolucionadas, tanto en formas como en decoraciones (Aranda, 1990: 104-105, fig. 2). En lo referido a los ajuares metálicos, destaca la presencia de armamento de hierro (*ibidem*, p. 107). Con todo, son las fíbulas el material metálico más significativo, con tipos como las de doble resorte con puente acintado, las de botón terminal, las navarroaquitanas o las de pie vuelto y cabujón, junto a varios modelos de La Tène I-III asociados en este caso al nivel más moderno, el B (*ibidem*, pp. 107-108, fig. 5, 1-3 y 6-8).

De los tres broches de cinturón publicados, uno corresponde al primer hallazgo en el contexto de esta necrópolis, y los otros dos, a los tipos C.IV.1 y D.III.3 de Cerdeño (Aranda, 1990: 108, fig. 5, 4-5, y 1991: 145, fig. 2, 4-5). La revisión del material depositado en el Museo de Zaragoza y en el Museo de Daroca, así como la consulta del Archivo Ceres del Ministerio de Cultura, nos han permitido identificar hasta seis ejemplares de broche de cinturón, que han sido objeto de un estudio pormenorizado (Royo, 2022: fig. 12). Los ejemplares directamente relacionados con las piezas del Museo de Huesca serían los que a continuación se exponen, siguiendo nuestra propuesta tipológica:

— Broches de cinturón del tipo B.2.2.3. De los tres ejemplares reconocidos, el primero de ellos corresponde a la sepultura 1, que fue la primera en documentarse de la necrópolis (Aranda, 1986: 266, fig. 57). El modelo, desde un punto de vista tipológico, debe llevarse a lo largo del siglo V a. C., máxime con el ajuar que lo acompaña, que no permite mayores precisiones. Los otros dos ejemplares ya presentan una clara evolución, puesto que las escotaduras aparecen enmarcadas con apéndices discoïdales, y ambos muestran una superficie decorada a base de puntos incisos, decoración también denominada *grènetis* (Rodrigues, 2013: 26, figs. 12-15). El ejemplar de la sepultura 26, en el nivel B, apareció asociado a un pequeño cuchillo con remaches y a un fragmento de urna a torno, por lo que no podemos fecharlo más allá del siglo III a. C. El último ejemplar presenta una morfología casi idéntica y la decoración parece más elaborada, pero su estado de conservación solo permite señalar su esquema decorativo, también a base de líneas incisas y puntos o *grènetis* (fig. 20).

— Fragmento de broche de placa rectangular del tipo C, de los denominados *broches ibéricos* o *celtibéricos* de un garfio. Posiblemente correspondería a la placa activa y se muestra con decoración incisa en las dos caras: en la A se advierte parte de un círculo enmarcando restos de una decoración a base de roleos, mientras que en la B aparecen dos círculos concéntricos enmarcando un motivo meandriforme. El deterioro del fragmento conservado impide mayores precisiones, pero el ejemplar viene a sumarse a los escasos broches de este tipo aparecidos en el valle medio del Ebro (fig. 20). Por el tipo de decoración documentada, puede tratarse de un ejemplar similar a uno procedente de la acrópolis de Azaila, citado por Cabré dentro de su serie 8.^a y fechado entre los siglos III-I a. C. (Cabré, 1937: 114-115, figs. 62-63). De parecida opinión es Lorrio (2005: 216, fig. 92), que clasifica estos broches como de tipo C3C1, característicos de la zona del Alto Tajo – Alto Jalón, como en Arcóbriga, y con una cronología muy avanzada.

La ausencia de contextos claros en la mayoría de las piezas expuestas no nos permite más que proponer unas dataciones muy amplias, teniendo en cuenta el prolongado uso de la necrópolis. Se puede plantear una datación a partir de finales del siglo V a. C. hasta finales del III o primera mitad del II a. C., tal y como señalan también el resto de materiales de este yacimiento, en especial fíbulas, armas o cerámicas.

Broches de la necrópolis de Arcóbriga

Aunque descubierto y excavado por el marqués de Cerralbo a comienzos del siglo xx (Aguilera y Gamboa, 1909), el estudio sistemático del yacimiento de Arcóbriga, en Monreal de Ariza (Zaragoza), y de sus materiales se ha dado a conocer en los inicios del siglo xxi gracias al excelente trabajo de Lorrio y Sánchez (2009), que han sistematizado los hallazgos depositados en el Museo Arqueológico Nacional. Los materiales de Arcóbriga representan uno de los pocos ejemplos más tardíos de la evolución de los broches de cinturón de placa cuadrangular y aletas y un garfio de las necrópolis celtibéricas en el valle medio del Ebro, en este caso cerca de su límite sur geográfico, como sucede con las de La Umbria de Daroca o la de La Oruña, junto al Moncayo.

Resultan muy interesantes los broches de Arcóbriga, todos ellos incluidos en nuestra propuesta

tipológica como tipos C.1 y C.2, por su paralelismo morfológico con el ejemplar procedente de La Oruña o con el de Huesca. De ellos, al menos cuatro o cinco ejemplares cuentan con calados cuadrangulares en sus placas pasivas, junto a una decoración damasquinada más evolucionada y elaborada que en el de La Oruña (*ibidem*, pp. 205-209 y 286-288, figs. 100-101) (fig. 21). En el estudio de los broches de la necrópolis de Arcóbriga se plantea que se trata de modelos ibéricos o de la Meseta y se remite a la clasificación que a partir de su decoración hiciera en su día Cabré (1937), por lo que, a tenor de los paralelos y sus contextos, se propone para ellos una cronología entre fines del siglo iii e inicios del ii a. C. (*ibidem*, pp. 390-392, fig. 173, 2-3 y 7-9) y se encuadran en el grupo C3C1 definido por Lorrio (2005: 223, fig. 92, piezas 12, 15 y 19) para los broches procedentes de las necrópolis celtibéricas de la Meseta Norte y del Alto Jalón.

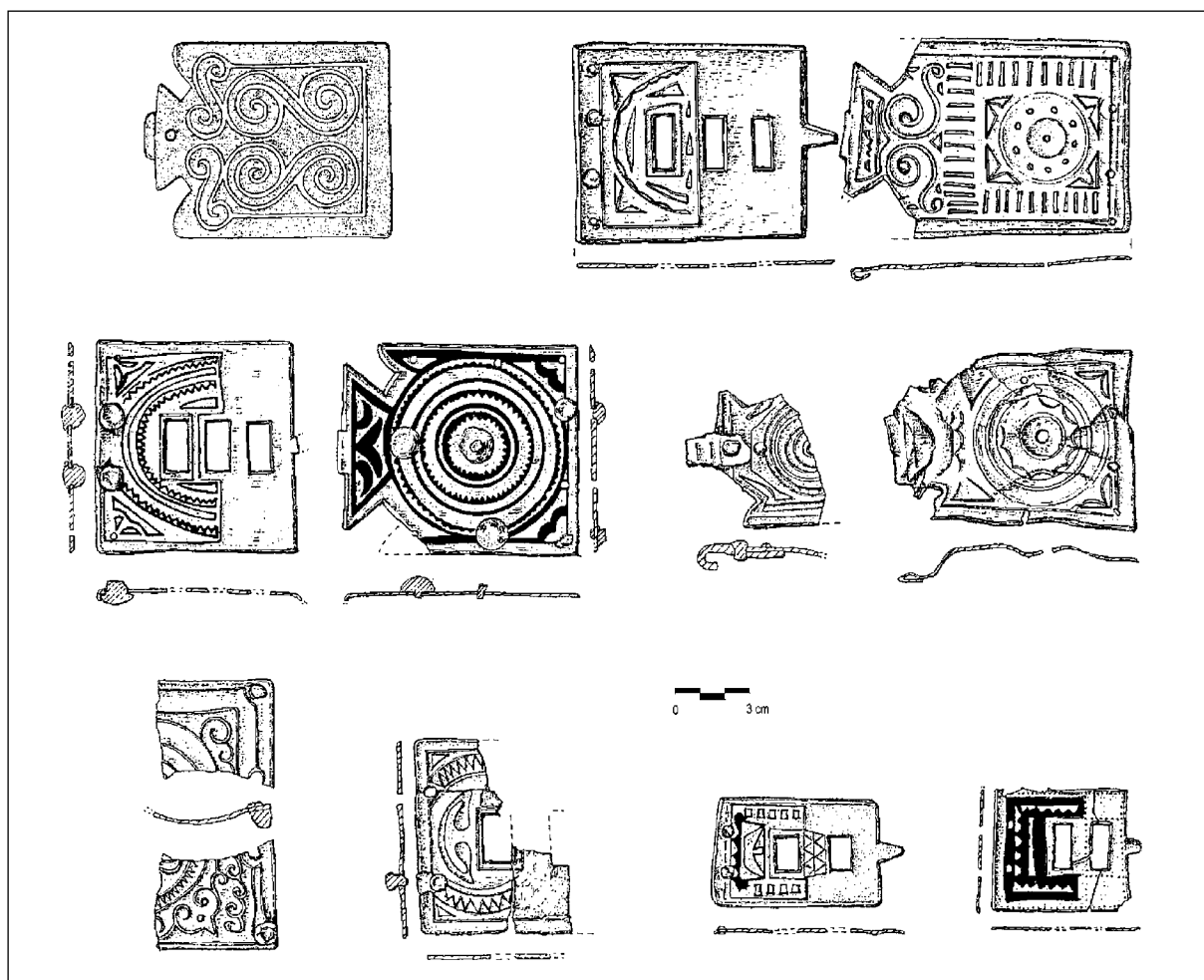


Fig. 21. Broches de Arcóbriga, a partir de Lorrio y Sánchez (2009). (Modificado por Royo)

Broches ibéricos del Cabezo de Alcalá

El conjunto de ciudad y necrópolis del Cabezo de Alcalá, en Azaila (Teruel), fue descubierto por Pablo Gil y Gil, quien realizó los primeros trabajos entre 1868 y 1872. Muy pronto suscitó el interés de Juan Cabré, que estudió de forma sistemática el yacimiento entre 1919 y 1944. A partir de 1960 Antonio Beltrán y Manuel Pellicer llevaron a cabo trabajos en el conjunto que fueron culminados por Miguel Beltrán, quien publicó un estudio completo de la ciudad y su necrópolis (Beltrán Lloris, 1976: 19-23). Entre los años 2000 y 2009 se realizaron trabajos de excavación y consolidación de los restos que dieron lugar a una actualización del estudio sobre este yacimiento, pues aportaron nuevos datos sobre él (*idem*, 2013).

La secuencia estratigráfica del Cabezo de Alcalá abarca un periodo prolongado desde su primer asentamiento, en el siglo VIII a. C. De esta primera fase de ocupación destaca la necrópolis tumular de incineración, con túmulos circulares y cuadrados, que cuenta con una ocupación de entre los siglos VII y V a. C. La segunda se produce entre el siglo IV y finales del III, y la última ciudad desaparece con las guerras sertorianas, en el 76 a. C. (*idem*, 1976: 451-456).

Procedentes de las excavaciones de la necrópolis, se conocen varios fragmentos de broches de cin-

turón del Hierro I, muy alterados por las cremaciones, junto a otros materiales metálicos entre los que destacan tres fibulas navarroaquitanas (*ibidem*, pp. 59-61, fig. 28, 3025-3027 y 3029-3030). De época ibérica tenemos dos ejemplares completos de broche de placa rectangular, aletas y un garfio, uno de ellos dado a conocer previamente por Cabré, procedente del gran túmulo ibérico, y el otro reutilizado, aparecido en la casa 2, calle H (Cabré, 1937: 27, figs. 62-63; Beltrán Lloris, 1976: 176-177, fig. 43, 3021 y 3095). Su descripción es la siguiente (fig. 22):

— Pieza activa de un broche de placa rectangular con aletas y un garfio y decoración damasquinada en plata a base de círculos concéntricos. Número de inventario Beltrán: 3021. Los datos aportados por Beltrán Lloris (1976: 176, fig. 43, 3021) indican que este broche apareció en el «gran túmulo ibérico», entre su ajuar, al parecer acompañado de su pareja, que no se recoge en la publicación, suponemos que la pieza pasiva (número de inventario Beltrán: 3020), y se clasifica dentro de la serie 6D de Cabré. Quedaría incluido en nuestro tipo C.1.

— Pieza activa de un broche de placa rectangular con aletas y un garfio, decorado con damasquinados en plata por sus dos caras. Número de inventario Beltrán: 3095. De tipología similar al anterior, incluido en nuestro tipo C.2, en este caso y según Beltrán Lloris (*ibidem*, 3095), estamos ante

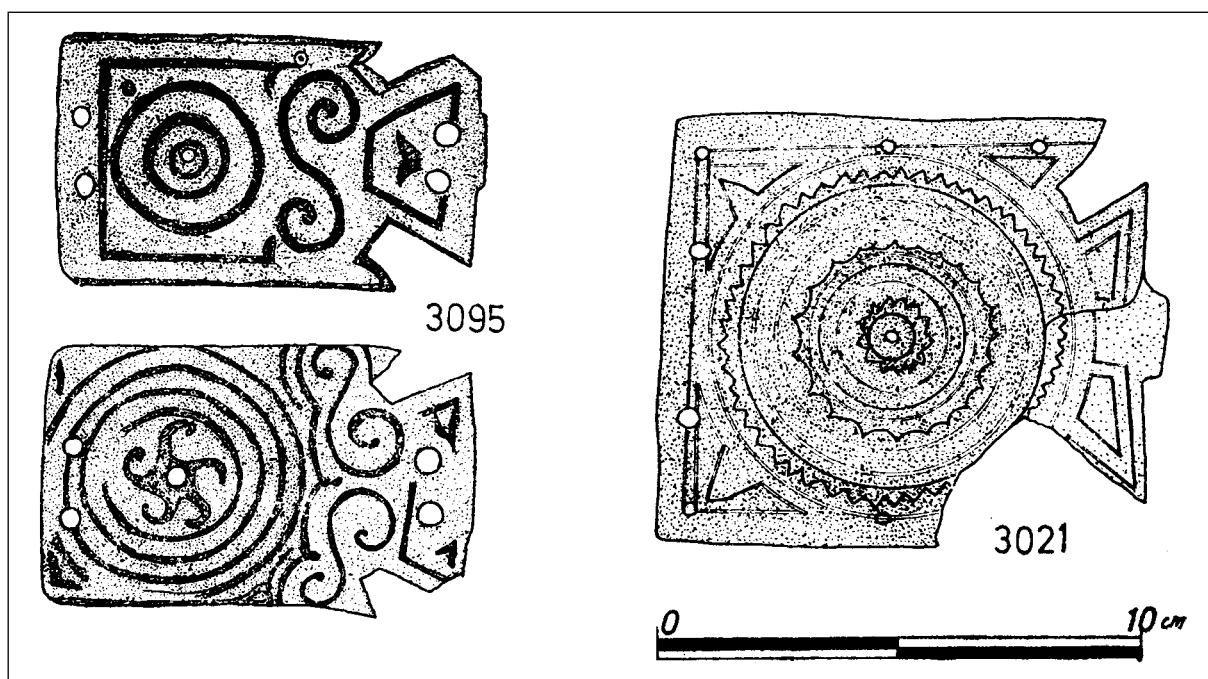


Fig. 22. Broches de cinturón de placa, aletas y un garfio de Azaila, según Beltrán Lloris (1976).

una placa recortada y reutilizada más antigua y que apareció en la casa 2 de la calle H de la acrópolis de Azaila. La decoración de la cara A es de círculos concéntricos que enmarcan una rueda solar de cinco radios, mientras que la B presenta una decoración similar pero más sumaria, y ambas se engloban en la serie 8 de Cabré.

Los broches de cinturón de Azaila de tipo ibérico tienen dataciones más imprecisas, teniendo en cuenta la reutilización de uno de ellos y su aparición en un contexto mucho más tardío. El hallazgo de uno de los broches entre los restos de ajuar del gran túmulo ibérico, así como su tipología y su decoración, lo situarían por encima del siglo III a. C., posiblemente con una datación similar al otro ejemplar reutilizado y claramente relacionados con el conjunto de broches estudiados en Arcóbriga, con uno de cuyos ejemplares presentan una afinidad incontestable (Lorrio y Sánchez, 2009: 390-391, fig. 173, 3).

Otros broches de placa cuadrangular, aletas y un garfio del valle medio del Ebro y áreas limítrofes

Además de las piezas ya descritas de esta tipología, aparecidas en poblados y necrópolis celtibéricas e ibéricas del Ebro medio y áreas limítrofes, existen otros ejemplares publicados que deben incluirse en nuestros tipos C.1 y C.2 y que recientemente han sido citados en algunos trabajos de síntesis (Graells *et alii*, 2018: 29-30) aunque sin aportar el correspondiente aparato gráfico, que incluiremos a continuación, así como una descripción pormenorizada de cada uno de los ejemplares. Con ello completamos el conocimiento de todos los broches de placa cuadrangular, aletas y un garfio aparecidos en el valle medio del Ebro hasta este momento, a la espera de la publicación de algunos conjuntos inéditos como el de Aratis.

Broches de San Antonio y Tossal Redó

Procedentes de los poblados de San Antonio y Tossal Redó de Calaceite (Teruel), conocemos al menos dos ejemplares de nuestro tipo C.2, es decir, con la placa rectangular. En el caso del de San Antonio (fig. 23, 1), aunque Cabré (1937: 107, fig. 39, lám. xv) publica una placa activa con decoración de círculos concéntricos dentados y eses enfrentadas, característica de su serie 6.^a, cuya cronología se situaría en el siglo III a. C., también comenta la existencia de otras placas rectangulares incompletas de la misma localidad que no han sido publicadas (*ibidem*, p. 110). Del poblado del Tossal Redó se ha publicado recién-

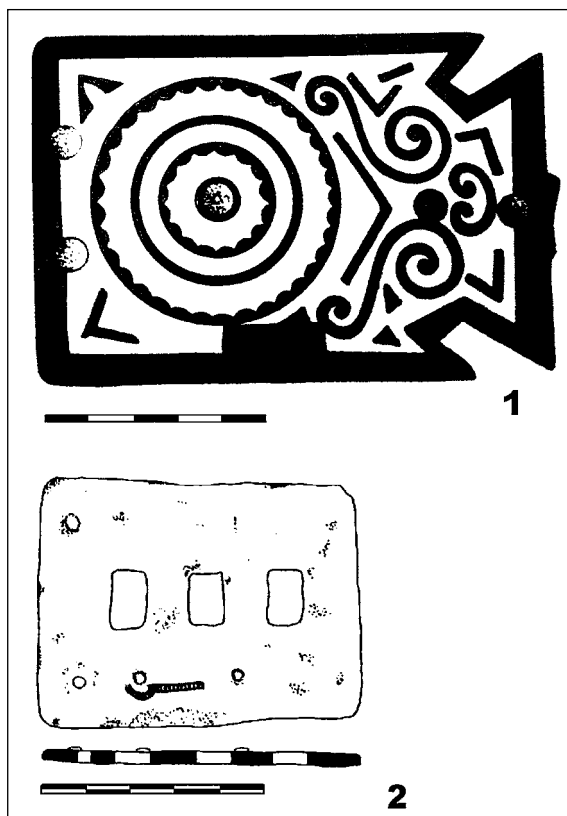


Fig. 23. 1. Broche de San Antonio de Calaceite, según Cabré (1937). 2. Broche de Tossal Redó, según Fatás (2016). (Modificado por Royo)

temente una placa pasiva rectangular calada con tres perforaciones rectangulares (fig. 23, 2), restos de una decoración incisa que recorrería el contorno de la pieza y que pertenece a nuestro tipo C.2 (Fatás, 2016: 154-155, fig. 77).

Broches de Els Castellans

Del poblado de Els Castellans, en Calaceite – Cretas (Teruel), excavado por Bosch Gimpera y Pérez Temprado, han sido documentadas tres piezas que permiten su clasificación tipológica y decorativa (fig. 24). La primera de ellas es una placa activa cuadrangular de nuestro tipo C.1 a la que le falta el garfio y que presenta una decoración incisa con dos espirales enfrentadas que enmarcan un pequeño motivo de círculos concéntricos (Fatás, 2016: 213, fig. 114, n.º 87). La segunda corresponde a una placa pasiva, también del tipo C.1, que todavía conserva el damasquinado en plata, con un esquema decorativo a base de semicírculos y rectángulos que solo afectan a la

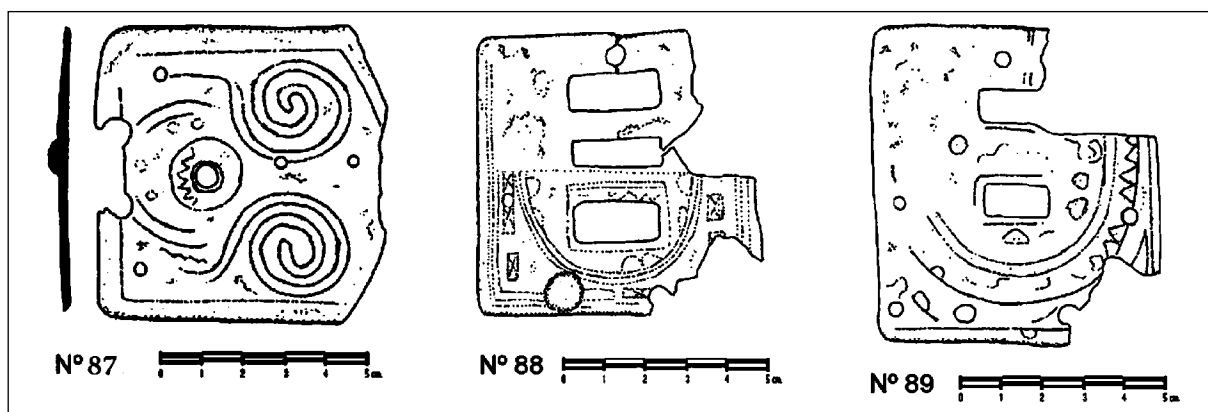


Fig. 24. Broches de cinturón de Els Castellans, según Fatás (2016). (Modificado por Royo)

parte descubierta de la placa, que cuenta con tres calados (*ibidem*, pp. 213 y 451, n.º 88). La tercera pieza corresponde a otra placa pasiva del tipo C.1, con dos calados y restos de una decoración incisa a base de círculos concéntricos dentados (*ibidem*, pp. 213 y 451, n.º 89). La presencia de diferentes importaciones y la constatación de varias fases de ocupación de este asentamiento, además de la ausencia de un contexto claro de las piezas descritas, solo permiten apuntar una cronología centrada en la segunda fase del poblado, fechada entre la segunda mitad del siglo IV y los inicios del III a. C. (*ibidem*, p. 215).

Broche de Los Castellares

De este pequeño poblado celtibérico de la serranía ibérica zaragozana, ubicado en Herrera de los Navarros, procede un broche de cinturón completo (fig. 25), compuesto por las placas rectangulares activa y pasiva y, por lo tanto, correspondiente a nuestro tipo C.2. Aunque solo se conoce por su exposición temporal en 1992, de la cual se publicó una fotografía en blanco y negro, sabemos que apareció en el nivel de destrucción del poblado, en la estancia III de la casa 2, excavada por Francisco Burillo en los años ochenta del siglo XX (De Sus, 1992: fig. 111). La escasa descripción de la pieza indica que tanto la placa activa como la pasiva contienen una decoración a base de círculos concéntricos incisos que pudieron tener un acabado damasquinado en plata, el cual no se ha conservado, y que podrían incluirse en la serie 6.^a de Cabré (1937: 107). Las dos placas tienen reparaciones antiguas, para mantener utilizable el broche, mediante plaquitas remachadas, una junto al garfio y la otra en uno de los tres calados rectangulares de la placa pasiva (De Sus, 1992: 125-126). Aunque el nivel en el que apareció el ejemplar descrito está datado

a comienzos del siglo II a. C. (*ibidem*, p. 230), lo cierto es que este debe fecharse al menos en la segunda mitad del siglo III a. C. a tenor de las reparaciones que sufrió, que demuestran el valor económico y posiblemente de estatus social de este tipo de piezas. Atendiendo al interés de este broche, y gracias a la colaboración del director del Museo de Zaragoza, hemos incluido en estas páginas una imagen actualizada del mismo que no se había incluido hasta la fecha en ningún catálogo de broches de placa cuadrangular, aletas y un garfio.

Broche reutilizado de Contrebia Belaisca

Entre los hallazgos muebles e inmuebles que se han descubierto en la ciudad celtibérica de Contrebia Belaisca, en Botorrita (Zaragoza), que ha sido fechada entre el siglo III a. C. y mediados del I a. C., y que fue destruida en el 49 a. C. tras la batalla de Ilerda (Beltrán Martínez, 1992: 239-242, figs. 213-214), figura un fragmento de placa activa de tendencia cuadrangular de nuestro tipo C.1, reutilizado como soporte



Fig. 25. Broche de cinturón de Los Castellares, en el Museo de Zaragoza. (Foto: José Garrido)

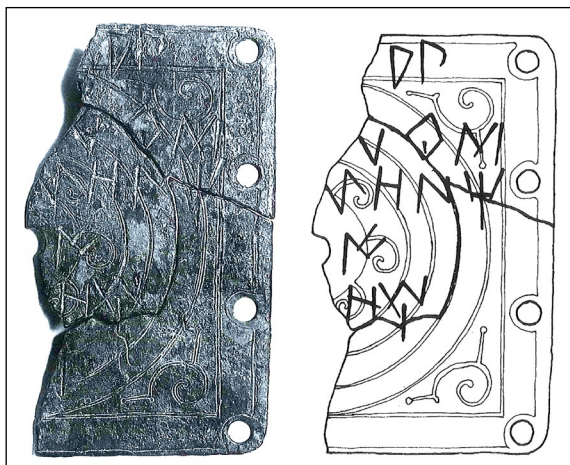


Fig. 26. Fragmento de placa de broche reutilizado para una inscripción ibérica, según Beltrán Martínez (1992).

para una inscripción ibérica que afecta a las dos caras de la pieza (*ibidem*, pp. 89-90). Lo conservado de la placa, correspondiente al talón y la parte central de la misma, todavía mantiene cuatro perforaciones laterales y una en el centro del esquema decorativo, consistente en cuatro círculos concéntricos enmarcados en un cuadrado con las esquinas con motivos en espiral y, en el centro de la pieza, un círculo con extremos de espirales que enmarca la citada perforación central de la placa (*ibidem*, pp. 52-53) (fig. 26). Aunque la pieza se recuperó por expolio y no se conocen su contexto arqueológico ni su ubicación en el yacimiento, su propia amortización y su reutilización, así como la tipología decorativa, que la situaría en la serie 6.^a de Cabré, nos permiten plantear una cronología para ella cuyo origen estaría en el siglo III, posiblemente en su segunda mitad.

Broche del poblado del Alto Chacón

Las excavaciones de Pura Atrián en el Alto Chacón (Teruel) entre los años 1969 y 1972, además de documentar un poblado ibérico con un urbanismo muy elaborado, con manzanas de casas enmarcadas por varias calles (Atrián, 1976: fig. 2), recuperó en el departamento 16 una pieza excepcional: la placa pasiva de un gran broche de cinturón de placa rectangular y un calado con una riquísima decoración damasquinada en plata, para cuya descripción seguimos la publicada en su momento: «El motivo central de la decoración es el símbolo solar enmarcado por una crestería de triángulos abiertos todo ello dentro de un recuadro, uno de cuyos lados presenta una línea de dientes de sierra; exteriormente se completa

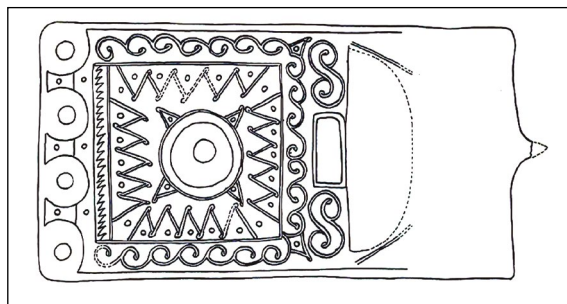


Fig. 27. Broche del Alto Chacón, según Atrián (1976).

el conjunto, por tres de sus lados, por una teoría de roleos, o crestas de olas, y por el cuarto por tres pilares enmarcando los cuatro orificios por los cuales, mediante remaches, se sujetaría la placa al resto del cinturón; todavía, en la parte de delante, lleva dos eses a ambos lados del orificio de enganche con la placa móvil» (*ibidem*, p. 54, fig. 29, d). El barroquismo de su decoración lo ha clasificado en la serie 6.^a de Cabré (Beltrán Lloris, 1996: 116, fig. 104), aunque su tipología lo encuadra en nuestro tipo C.2 (fig. 27). A tenor de los diferentes niveles documentados en Alto Chacón, y teniendo en cuenta su tipología y su decoración, consideramos que se trata de un broche del siglo III a. C. (Atrián, 1976: 83).

RECAPITULANDO: SOBRE LA NECESIDAD DE LOS ESTUDIOS TIPOLÓGICOS Y SU CONTEXTUALIZACIÓN

A pesar de las nuevas tendencias en la investigación, la necesidad de los estudios tipológicos sobre la cultura material sigue plenamente vigente, ya que estos son la base de cualquier documentación arqueológica, dado que la mayor parte de las evidencias recuperadas son objetos. Su clasificación morfológica y funcional y su contexto arqueológico son absolutamente necesarios para cualquier investigación. Por este motivo se siguen reivindicando este tipo de trabajos, a veces tediosos pero siempre gratificantes, porque el análisis de las piezas siempre aporta nuevos datos sobre aspectos como la economía, la tecnología, la sociedad o la simbología de un determinado grupo humano. Las páginas que anteceden a este punto son una buena prueba de ello. No obstante, no podemos concluir este artículo sin plantear algunas cuestiones derivadas del análisis realizado y sus posibles derivaciones.

El estudio de los broches de cinturón protohistóricos del Museo de Huesca ha permitido llenar un vacío en la nómina de hallazgos de este tipo de piezas en el valle medio del Ebro, aportando nuevos yacimientos, algunos contextos, tipos y decoraciones que, sin ser extraños a lo ya estudiado en el resto del valle del Ebro y áreas limítrofes, sí permiten completar el mapa de su difusión en el noreste peninsular. Los broches analizados representan un momento muy concreto de nuestra protohistoria, el situado entre el periodo más avanzado del Hierro I y los comienzos del Hierro II, aunque en otras zonas cercanas al límite oriental de la provincia de Huesca se hayan documentado algunos ejemplares que pueden situarse en el Bronce Final III.

Aunque el broche de El Castellón, clasificado como tipo B.1.1, solo cuenta con un ejemplar en la provincia altoaragonesa, sí aparece muy bien representado en otros broches con escotaduras abiertas, un garfio y decoración a molde, tanto del área catalana (La Pedrera) como del Bajo Aragón (San Antonio, Tossal Redó y Mequinenza) y del área celtibérica del Sistema Ibérico (Griegos, Herrería III y Molina de Aragón), llegando hasta la Navarra Media (El Castillo) e incluso al sur de Francia (Grand-Bassin, Saint-Julien de Pézenas y Rochelongue). Se trata de un tipo muy difundido y que debió de fabricarse de forma artesanal en varios núcleos, como atestigua la aparición de un molde de este tipo en el poblado de San Pedro de Oliete. Por su parte, el tipo B.2.2.3, que representa una clara evolución tardía de los modelos de broches y que aparece representado en los yacimientos oscenses de Betance y San Salvador, también encuentra paralelos en contextos tardíos de la Edad del Hierro e incluso ya de la Segunda Edad del Hierro. Aparece en el Ebro medio en yacimientos como las necrópolis navarras de La Atalaya y El Castillo, o en poblados como El Cabo, así como en los cementerios de La Umbria y Azaila, y es un modelo especialmente difundido por las necrópolis de la Meseta Norte (Torresabiñán, Higes, La Olmeda, Aguilar de Anguita o Quintanas de Gormaz). Como en el tipo anterior, en este caso también se detecta la presencia de broches de escotaduras cerradas y tres garfios en algunas necrópolis del sur de Francia (Grand-Bassin II).

En lo referido a los tipos C.1 y C.2, o broches de placa cuadrangular, aletas y un garfio, el estudio del ejemplar de Huesca, del tipo C.1, la publicación de varias piezas inéditas semejantes y la revisión reciente de otros hallazgos poco difundidos nos han permitido ampliar una nómina de casos, cada vez mejor representada, con yacimientos en los que este tipo de piezas cuenta con varios ejemplares, como sería la

necrópolis de Arcóbriga, la ciudad de Aratis o el poblado de Els Castellans. La presencia de reparaciones o refuerzos antiguos en varias de las piezas estudiadas nos está indicando un uso muy prolongado de estos objetos, posiblemente debido a su valor como piezas de prestigio o estatus, lo que obligaría a las necesarias reparaciones para prolongar su vida útil.

En cuanto al reparto de los hallazgos de broches altoaragoneses, ya hemos comprobado que se centra en el sector norte de la Hoya de Huesca, con algún ejemplar aparecido en el sector oriental de la provincia. El resto de ejemplares conocidos se reparten por el valle medio del Ebro entre el Bajo Aragón, el área localizada al sur del Ebro, el Sistema Ibérico o las Cinco Villas, pero el área del sector central situada al norte del Ebro sigue siendo un vacío total, muy posiblemente por falta de investigación y excavaciones.

Sobre el origen y la difusión de los distintos modelos, tipos o decoraciones de los broches de cinturón, comprobamos las grandes similitudes de algunos ejemplares, lo que nos permite plantear posibles centros de producción o bien la copia de modelos decorativos muy extendidos, sobre todo en los ejemplares de la Segunda Edad del Hierro con decoración incisa y damasquinados en oro o plata, donde hemos encontrado modelos decorativos que se repiten en yacimientos muy distantes. La presencia de moldes de fundición en poblados de la Edad del Hierro del valle medio del Ebro indica que entre el Hierro I antiguo y el Hierro I medio la producción de este tipo de piezas pudo realizarse de forma artesanal, pero la estandarización de los tipos en cuanto a morfología y decoración nos demuestra que dichos objetos, a partir del Hierro I tardío, también fueron elementos de comercio o intercambio, con centros de producción y canales de distribución que deberán sistematizarse en posteriores investigaciones. Los análisis de la composición metálica de los broches y un mejor conocimiento de sus técnicas de fabricación deberían en un futuro próximo permitir identificar posibles talleres y áreas de distribución de estos elementos de prestigio que muy bien pudieron suponer un elemento de estatus identitario de etnia, grupo o élite social a lo largo del Hierro I y, sobre todo, a partir del Hierro II.

Los broches de cinturón protohistóricos del Museo de Huesca son plenamente representativos de este tipo de hallazgos en el valle medio del Ebro y participan de su misma problemática. No obstante, deberá comprobarse en el futuro su relativa escasez frente a otros territorios de la zona y estudiar si se corresponde con un área marginal de distribución o uso, o posiblemente solo se trate de áreas de vacío en

la investigación. En este sentido, este tipo de trabajos de catalogación contribuyen, sin duda, a un mejor conocimiento del estado real de nuestro patrimonio arqueológico y, sobre todo, permiten avanzar en el desarrollo de estrategias para mejorar su estudio y su difusión.

AGRADECIMIENTOS

Este artículo se ha podido realizar con el concurso y la colaboración de varias instituciones museísticas, junto con diversos profesionales e investigadores. En primer lugar, debo expresar mi profundo reconocimiento al Museo de Huesca —en especial a su director, Fernando Sarriá; a su conservadora, Silvia Abad, y a su restauradora, M.^a José Arbués—, los cuales nos facilitaron el estudio y la documentación de los broches depositados en esa institución. También he de reconocer la colaboración del Museo de Zaragoza —en la persona de su director, Isidro Aguilera, y de su fotógrafo, José Garrido—, quienes posibilitaron la revisión de materiales y la documentación de alguna de las piezas allí depositadas. Por último, quiero expresar mi reconocimiento y mi gratitud a Raimon Graells, de la Universidad de Alicante, experto en el estudio de los broches de cinturón protohistóricos peninsulares, que me animó en el trabajo de catalogación de este tipo de piezas en el valle medio del Ebro y revisó los textos previos de cara a su publicación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguilera, Isidro (1986). Sobre dos moldes para fundir agujas de cabeza de aro del Museo de Zaragoza. *Boletín del Museo de Zaragoza*, 5, pp. 143-155.
- (1995). El poblamiento celtibérico en el área del Moncayo. En Francisco Burillo (coord.), *Poblamiento celtibérico: III Simposio sobre los Celtiberos*, Zaragoza, IFC, pp. 213-233.
- (2019). El valor del origen: materiales prehistóricos y protohistóricos de la Colección Tejerizo en el Museo de Zaragoza. *Boletín del Museo de Zaragoza*, 20, pp. 349-374.
- Aranda, Ángel (1986). *El poblamiento prerromano en el suroeste de la comarca de Daroca (Zaragoza)*, Daroca/Zaragoza, Centro de Estudios Darocenses/IFC.
- (1990). Necrópolis celtibéricas en el Bajo Jiloca. En Francisco Burillo (coord.), *Necrópolis celtibéricas: II Simposio sobre los Celtiberos*, Zaragoza, IFC, pp. 101-109.
- Aranda, Paloma, Ignacio Montero, José M.^a Rodanés y José Ignacio Lorenzo (2021). Mediterráneo y Atlántico: arqueometalurgia del Bronce Final y Primera Edad del Hierro en el poblado de El Morredón (Fréscano, Zaragoza). *Zephyrus*, LXXXVII (enero-junio), pp. 105-124 <<https://doi.org/10.14201/zephyrus202187105124>>.
- Argente, José Luis, Adelia Díaz y Alberto Bescós (2001). *Tiermes V: Carratiermes, necrópolis celtibérica*, Valladolid / Madrid, Junta de Castilla y León (Arqueología en Castilla y León, Memorias, 9) / Iberdrola.
- Atrián, Purificación (1976). *El yacimiento ibérico del «Alto Chacón» (Teruel): campañas realizadas en 1969-1970-1971 y 1972*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia (Excavaciones Arqueológicas en España, 92).
- Batlloori, Miguel (c. 1930). *Monasterio de Veruela: antigüedades griegas y romanas del museo*. Copia inédita manuscrita depositada en la biblioteca del Museo Arqueológico Nacional.
- Beltrán Lloris, Miguel (1976). *Arqueología e historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza (Monografías Arqueológicas, 19).
- (1996). *Los iberos en Aragón*, Zaragoza, CAI (Colección Mariano de Pano y Ruata, 11).
- (2013). Azaila: estado de la cuestión en el año 2013. *Caesaraugusta*, 83. Zaragoza, IFC.
- Beltrán Martínez, Antonio (1992). Placa de cinturón de bronce reutilizada como soporte de escritura en signario ibérico. En Miguel Beltrán Lloris (coord.), *Arqueología 92: Museo de Zaragoza, mayo-setiembre de 1992*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, pp. 89-90.
- Benavente, José Antonio, y Fernando Jesús Galve (2000). Informe preliminar de la excavación arqueológica del poblado ibero de El Cabo, Andorra (Teruel). *Revista de Andorra*, 2, pp. 17-52.
- Bona, Javier, Juan J. Borque, Elena Giner, Milagros Alcalde, Ana Bernal y José Carlos Escribano (1983). Catálogo de la colección arqueológica del monasterio de Veruela. *Turiaso*, IV, pp. 9-92.
- y José Antonio Hernández Vera (coords.) (1989). *El Moncayo: diez años de investigación arqueológica, prólogo de una labor de futuro* [exposición del 30 de diciembre de 1988 al 30 de diciembre de 1989], Tarazona, Centro de Estudios Turiasonenses. (La Oruña, en pp. 54-61).

- Cabré, Juan (1937). Broches de cinturón de bronce damasquinados con oro y plata. *Archivo Español de Arqueología*, 38, pp. 93-126.
- Castiella, Amparo (2005). Sobre los ajuares de la necrópolis de La Atalaya. Cortes. Navarra. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 13, pp. 115-210.
- Cebolla, José Luis, José Ignacio Royo Guillén y Francisco Javier Ruiz Ruiz (2013). Novedades sobre la extensión y cronología del oppidum celtibérico de “La Oruña” (Vera de Moncayo y Trasmoz, Zaragoza). *Turiaso*, xxi, pp. 33-66.
- Cerdeño, M.^a Luisa (1978). Los broches de cinturón peninsulares de tipo céltico. *Trabajos de Prehistoria*, 35, pp. 279-306.
- (1981). Los broches de cinturón tartésicos. *Huelva Arqueológica*, v, pp. 31-57.
- y Teresa Sagardoy (2007). *La necrópolis celtibérica de Herrería III y IV (Guadalajara)*, Zaragoza, Fundación Segeda / Centro de Estudios Celtibéricos; Junta de Comunidades de Castilla – La Mancha.
- Cuadrado, Emeterio (1961). Broches de cinturón de placa romboidal en la Edad del Hierro Peninsular. *Zephyrus*, xii, pp. 208-220.
- Déchelette, Joseph (1910). *Manuel d'archéologie préhistorique, celtique et gallo-romaine. Première partie: Âge du bronze. Deuxième partie: Premier âge du fer ou époque de Hallstatt*, París, Librairie Alphonse Picard et fils.
- De Sus, M.^a Luisa de (1992). Broche de cinturón. En Miguel Beltrán Lloris (coord.), *Arqueología 92. Exposición del Museo de Zaragoza*, pp. 125-127, Zaragoza, Gobierno de Aragón.
- Domínguez, Almudena, M.^a Ángeles Magallón y M.^a Pilar Casado (1984). *Carta arqueológica de España: Huesca*, Huesca, Diputación Provincial de Huesca.
- Faro, José Antonio (2015). *Ritos funerarios en el valle medio del Ebro (ss. VI-III a. C.): necrópolis de El Castillo (Castejón, Navarra)*, vol. I: *Las necrópolis*, vol. II: *Ajuares*. Madrid, UNED (Escuela de Doctorado). Recuperado de <<http://e-spacio.uned.es/fez/view/tesisuned:ED-Pg-HHAT-Jafaro>>.
- Fatás, Luis (2016). La Edad del Hierro en el valle del Matarraña (Teruel): las investigaciones del Institut d'Estudis Catalans en el Bajo Aragón. *Caesaraugusta*, 85. Zaragoza, IFC.
- y Francisco Romeo (2021). Las operaciones Helmet I y II: desde las primeras denuncias hasta la sentencia final. En Ricardo Villaseca y Raimon Graells (coords.), *El retorno de los cascos celtibéricos de Aratis: un relato inacabado*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, pp. 147-172.
- García-Arilla, Andrés, y Miriam Mesa (2016). A propósito de un broche o aplique de cinturón hallado en el yacimiento de Burrén y Burrena (Fréscano, Zaragoza). *Cuadernos de Estudios Borjanos*, LIX, pp. 29-45.
- González Hernández, Pablo (2018). Aproximación al estudio de los broches de cinturón con escotaduras laterales y placa romboidal en la provincia de Ávila. *ArkeoGazte*, 8, pp. 193-218.
- Graells, Raimon (2013). De Italia al Bajo Aragón: la dinámica de intercambios indígena entre el siglo VII y el VI a. C. En Anne Colin y Florence Verdin (dirs.), *L'âge du fer en Aquitaine et sur ses marges: mobilité des hommes, diffusion des idées, circulation des biens dans l'espace européen à l'âge du fer. Actes du 35^e Colloque international de l'AFEAF (Bordeaux, 2-5 juin 2011)*. Aquitania, supl. 30, Burdeos, Fédération Aquitania, pp. 257-273.
- (2014). Problemas de cultura material: las fibulas itálicas de la Primera Edad del Hierro en el golfo de León occidental. *Madriditer Mitteilungen*, 55, pp. 212-315.
- y Alberto J. Lorrio (2017). *Problemas de cultura material: broches de cinturón decorados a molde de la Península Ibérica (ss. VII-VI a. C.)*, Alicante, Universidad de Alicante.
- Alberto J. Lorrio y Pablo Camacho (coords.) (2018). *La colección de objetos protohistóricos de la Península Ibérica*, 1: *Broches de cinturón, placas y fibulas*, Maguncia / Alicante, Römisch-Germanischen Zentralmuseums / Universidad de Alicante.
- Pablo Camacho y Alberto J. Lorrio (coords.) (2022). *Problemas de cultura material: ornamentos y elementos del vestuario en el arco litoral Mediterráneo-Atlántico de la Península Ibérica durante la Edad del Hierro (ss. X-V a. C.)*, Alicante, Universidad de Alicante.
- Jiménez Ávila, Javier (2003). Las sandalias de Apolo: sobre el origen griego de los cinturones «célticos». *Archivo Español de Arqueología*, 76, pp. 31-46.
- Juste, María Nieves (1992). Estudio de los materiales de la avenida Martínez de Velasco. *Arqueología Aragonesa*, 1990, pp. 265-269.
- (1993). Hacia los orígenes de Bolskan: documentada en Huesca una necrópolis tumular protohistórica. *Revista de Arqueología*, 141, pp. 30-37.
- (1994). Estudio de los materiales de la avenida Martínez de Velasco y Coso Alto, n.º 56, de Huesca. *Arqueología Aragonesa*, 1991, pp. 129-133.

- Juste, María Nieves (1995). *Huesca: más de dos mil años. Arqueología urbana (1984-1994)*, Huesca, Ayuntamiento de Huesca. (La necrópolis de la avenida Martínez de Velasco, en pp. 29-35, figs. 4-7).
- Labeaga, Juan Cruz (1991-1992). Los broches de cinturón en el poblado de La Custodia. Viana-Navarra. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 10, pp. 317-336.
- Lorrio, Alberto J. (2005). *Los celtíberos*, 2.^a ed. ampliada y actualizada, Madrid, Real Academia de la Historia / Universidad Complutense (Bibliotheca Archaeologica Hispana, 25 / Complutum Extra, 7).
- (2016). La guerra y el armamento celtibérico: estado actual. En Raimon Graells y Dirce Marzoli (eds.), *Armas de la Hispania prerromana: actas del encuentro Armamento y arqueología de la guerra en la península ibérica prerromana (ss. VI-I a. C.): problemas, objetivos y estrategias*, Maguncia, Römisch-Germanischen Zentralmuseums (RGZM, 24), pp. 229-272.
- y M.^a Dolores Sánchez de Prado (2009). La necrópolis celtibérica de Arcóbriga (Monreal de Ariza, Zaragoza). *Caesaraugusta*, 80. Zaragoza, IFC.
- Raimon Graells, Michael Müller-Karpe, Francisco Romeo y José Ignacio Royo Guillén (2019). La destrucción del patrimonio celtibérico: el caso del valle del río Huecha y de la sierra del Moncayo. En Gloria Munilla (ed.), *Musealizando la protohistoria peninsular*, Barcelona, Universitat de Barcelona (Estudis del GRAP, 2), pp. 101-125.
- Maluquer, Juan, y Luis Vázquez de Parga (1956). Avance al estudio de la necrópolis de La Atalaya, Cortes de Navarra. *Príncipe de Viana*, LXV, pp. 389-454.
- Francisco Gracia y Gloria Munilla (1990). *Alto de la Cruz (Cortes, Navarra): campañas, 1986-1988*, Pamplona, Gobierno de Navarra (Trabajos de Arqueología Navarra, 9).
- Neumaier, Joaquim (2006). Mito, artesanía e identidad cultural: los «campos de urnas» peninsulares y languedocienses a la luz de elementos «italianizantes». A propósito del paradigma de los *urnenfelder* «norte» y «sur» entorno del 1300-700 arq. ANE. *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 25, pp. 147-166.
- Parzinger, Hermann, y Rosa María Sanz (1986). Zum ostmediterranen Ursprung einer Gürtelhakenform der Iberischen Halbinsel. *Madriider Mitteilungen*, 27, pp. 169-194.
- Pérez Casas, Jesús Ángel (1990). Las necrópolis de incineración en el Bajo Jalón. En Francisco Burillo (coord.), *Necrópolis celtibéricas: II Simposio sobre los celtíberos (celebrado en Daroca del 28 al 30 de abril de 1988)*, Zaragoza, IFC, pp. 111-121.
- Picazo, Jesús Vicente, y José M.^a Rodanés (2009). *Los poblados del Bronce Final y Primera Edad del Hierro: Cabezo de la Cruz, La Muela, Zaragoza*, Zaragoza, Gobierno de Aragón.
- Quesada, Fernando (1997). *El armamento ibérico: estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la cultura ibérica (siglos VI-I a. C.)*, Montagnac, Monique Mergoïl (Monographies Instrumentum, 3), vols. I y II.
- Rodrigues, Vanessa (2013). Les agrafes de ceinture et les fibules du premier âge du fer du Sud-Ouest de la France: approches historiographique et stylistique. *Archéologie des Pyrénées Occidentales et des Landes*, 30, pp. 22-38.
- Romeo, Francisco, y Luis Fatás (2021). El retorno de los cascos: del saqueo de Aratis a la recuperación de los cascos celtibéricos. *Aragón es otra Historia*, 1, pp. 6-11.
- Royo Guillén, José Ignacio (2005). Los poblados de «El Morredón» y «El Solano» (Fréscano, Zaragoza) y la cultura de los Campos de Urnas en el valle del río Huecha. *Cuadernos de Estudios Borjanos*, XLVIII, pp. 17-178.
- (2017). La necrópolis del «Corral de Mola» (Uncastillo, Zaragoza) y su contexto en el Ebro medio durante la Edad del Hierro. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, 43, pp. 67-164.
- (2019). La influencia mediterránea en el valle medio del Ebro durante la Primera Edad del Hierro: imitaciones de *holmoi*, soportes y *thymia-terea*. *Lucentum*, XXXVIII, pp. 27-75 <<http://dx.doi.org/10.14198/LVCENTVM2019.38.02>>.
- (2022). Los broches de cinturón del Bronce Final – Hierro I en el valle medio del Ebro y su contexto arqueológico. En Raimon Graells, Pablo Camacho y Alberto J. Lorrio (coords.) (2022), pp. 285-319.
- e Isidro Aguilera (2022, e. p.). Las necrópolis protohistóricas del río Huecha (Zaragoza) y su contexto: muerte y ritual durante la Edad del Hierro en la depresión del Ebro. *Boletín del Museo de Zaragoza*.
- Ruiz Zapatero, Gonzalo (1985). *Los Campos de Urnas del N. E. de la península ibérica*, 2 tomos, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- Soria, Lucía, y Helena García (1996). *Broches y placas de cinturón de la Edad del Hierro en la provincia de Albacete: una aproximación a la metalurgia protohistórica*, Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses (Serie 1 – Estudios, 86).

De cronopaleografía íbera: el grupo arcaizante pirenaico

Jesús Rodríguez Ramos*

*A Joan Maluquer de Motes y Leandre Villaronga,
pioneros de la paleografía íbera*

The aim of this work has been to produce a chronological framework for the study of archaic Greek inscriptions, [...]. But the analysis of letter-forms must remain in most cases the chief aid for dating any archaic inscription [...].

I have tried throughout to remember that, particularly where archaic inscriptions are concerned, epigraphy is a branch of archaeology; the letters are written on objects of varying type and material, and inscription and object must be considered in relation to each other. The epigraphist may not agree with the absolute date assigned by the experts concerned to a vase or figurine, but he cannot afford to ignore it. (Lilian H. Jeffery)

Resumen Siguiendo el método de la tipología cronopaleográfica, se prosiguen los estudios sobre los signarios íberos arcaizantes de la zona pirenaica gracias a la aparición de nuevas inscripciones en las que destaca la presencia de **be-11**, con lo que se logra una mucho mejor definición de las características paleográficas de este conjunto. Los datos apuntan a que fue una variante de la escritura íbera de finales del siglo III a. C. la que dio origen al grupo de variantes locales, que conservan formas de letras antiguas y que se utilizaron desde Lérida hasta Navarra. Es probable que fuera entonces cuando se introdujera el uso de la escritura en esa región, probablemente en relación con las necesidades administrativas de Indibil. Según la información actual, parece que su sustitución por la escritura estándar ibérica tardía (iberorromana) no comenzó hasta finales del siglo II a. C., con el impulso de la urbanización romana, pero que las escrituras arcaicas se siguieron utilizando incluso en el siglo I, al menos en Huesca y posiblemente también en Navarra.

Palabras clave Escrituras íberas epigráficas. Paleografía. Escritura íbera en Lérida, Huesca y Navarra.

Abstract Following the method of chrono-paleographic typology, this paper proceeds with the studies of the Pyrenean Iberian archaic local scripts, thanks to the emergence of new inscriptions in which the presence of **be-11** stands out, achieving a much better definition of their paleographical features. Evidence suggests that it was a variant of the Iberian script of the late 3rd century BC which gave rise to the group of local variants, that preserve old letter forms and were used from Lérida to Navarra. It is likely that it was then when the use of writing was introduced in that region, probably in connection with Indibil administrative needs. According to the current information, it seems that their replacement by the late Iberian standard script (Ibero-roman) only began at the end of the 2nd century BC, motivated by the Roman urbanization, although the archaic scripts continued to be used even in the 1st century, at least in Huesca and possibly also in Navarra.

Keywords Ancient Iberian local scripts. Paleography. Iberian script in Lérida, Huesca and Navarra (Spain).

* Doctor en Historia Antigua. jrr_ib@hotmail.com

INTRODUCCIÓN

Es un error común en la arqueología enfrentarse a las inscripciones íberas con complejo de inferioridad respecto a los filólogos, en la creencia de que lo que tenga que ver con una lengua es cosa harto difícilísima e inabordable. No solo es un extraño equívoco (leer latín ayuda para el íbero lo mismo que para el chino), sino dañino, puesto que ha conducido a negligir los aspectos arqueológicos de las piezas y la tipología paleográfica.

Para clasificar una producción cerámica no espera el arqueólogo a consultar con un fabricante de loza o con un ceramista de *souvenirs*. Para la clasificación hay unos criterios tipológicos: se aplican, se revisan, se añade la nueva evidencia y, en su caso, se corrigen. Como en el proceso dialéctico: tesis, antítesis, síntesis. Nadie espera que el primer modelo sea el definitivo, pero todo el mundo entiende que, si este no se plantea, *nunca* se llegará a la síntesis final.¹

La cronología paleográfica es una tipología arqueológica más, en la que la evolución de las formas puede tratarse al margen del significado del texto. Es una tipología artesanal, con un margen de variación mayor que la industrial:² los signos no pueden cambiar aleatoriamente de forma, puesto que necesitan comunicar, pero sí que puede haber casos de *mala caligrafía*, donde algún signo se haga mal, y es más propensa a arcaísmos.³

Pero, aunque no tenga las ventajas de la tipología industrial, sí posee la ventaja de la multiplicidad de rasgos. No depende de un solo elemento. Cada letra nos da una información, pero es su conjunto el que da la información. Algunos signos dan mucha, otros solo matices o probabilidades. Cuantos más signos distintos y más repeticiones se documenten,⁴ mejores serán su información y su fiabilidad. Es fundamental el enfoque holístico, según el conjunto de signos y la filiación de estilos paleográficos.

¹ Piénsese en cuánto ha evolucionado la clasificación preliminar de Lamboglia (1952) pero en qué poco se habría podido hacer sin ese primer paso.

² A diferencia de las tipologías de producciones industriales de formas cerámicas, donde el producto se hace en cantidades masivas y donde cambiar de patrón formal supone un mayor esfuerzo.

³ Para este fenómeno de un signo que acaba teniendo una forma real diferente a la ideal pretendida utilizo el término *cacografía*.

⁴ Precisamente por las cacografías. Es fácil de comprobar que, en inscripciones largas donde una forma de un signo es claramente mayoritaria, de manera ocasional aparece con una realización anómala que, de no haberse conservado las restantes, consideraríamos canónica. A veces los errores son debidos a falta de espacio, colisiones con otros signos o cuestiones del soporte.

Desde un punto de vista teórico, es relevante destacar que la cronología paleográfica tiene tanto un componente inductivo como otro deductivo. Prima el inductivo, puesto que es el resultado de un proceso empírico en el que las diversas formas y sus asociaciones en signarios se analizan cronológicamente para establecer su grupo y su secuencia, concluyendo de ella su valor como prueba o indicio para atribuir a una inscripción determinada cronología o su afiliación a un subsignario. Son, pues, los datos, no nuestras creencias previas, los que nos han de indicar hasta dónde se puede ir, confirmándose, modificándose o corrigiéndose conforme aparezcan más.

Por otro lado, no es menester esperar una total seguridad en todos los detalles (como, de hecho, tampoco se espera para técnicas tan reputadas como el ¹⁴C),⁵ puesto que la mayor o menor probabilidad de un rasgo es también información útil.

Aunque para algunos detalles pueda llegar a ser necesaria una cierta especialización (como también pasa en la clasificación cerámica), una información útil y a menudo suficiente es posible obtenerla por cualquiera simplemente comparando la carta de formas. Mejor aún, esta información puede permitir el planteamiento de hipótesis razonadas que contrastar con el resto de datos. Incluso allí donde se encuentren usos excepcionales, como arcaísmos, localismos o innovaciones, esa información es relevante, puesto que ¡esos mismos fenómenos lo son para un historiador!

Por otra parte, no debe subestimarse el componente deductivo. Este consiste en que, como en la biología, la evolución de las formas sigue una lógica interna. Un buen ejemplo es el de *be*, desde su relación con la forma meridional a la de finales del siglo II a. C., siguiendo una evolución paulatina donde las mutaciones intermedias explican las siguientes (fig. 1).

Un tipo de evolución más genérico lo tenemos en el llamado *asentamiento* de diversos signos como *a*, *l*, *í*, *i*, *n* y *u*; desde formas con rasgo distintivo claramente superior que se levanta sobre un claro apéndice vertical, hasta que el rasgo va descendiendo y el apéndice disminuye y desaparece. En estos casos tenemos una cronología relativa de innovaciones y la duda puede estar en determinar en qué momento, más o menos temprano, se inicia o se concluye el proceso

⁵ Es bien sabido que la seguridad en las dataciones por ¹⁴C se obtiene a partir de la cantidad de muestras, mientras que cada una por separado está expuesta a contaminación, intrusiones o errores de laboratorio, así como que lo que se obtiene solo es un lapso de probabilidad donde sus extremos son improbables pero no descartables.












									
meridional	be-1	be-4	be-2a	be-9a	be-10a	be-11b	be-7	be-6	
									
							be-8		

Fig. 1. Principales fases evolutivas del signo be.




































Meridional					
	i				
	n				
	l				
	r				
	a				
 bi	u				
 u	m				

Fig. 2. El proceso de asentamiento de signos.

en cada uno de estos signos, pero no en qué formas son anteriores y cuáles posteriores. No es casualidad que la secuenciación cronológica de los soportes coincida con este esquema (fig. 2).

Conviene también recordar al historiador la obvia relación entre escritura y área política, y que en esto la paleografía tiene mucho que decir: las variantes paleográficas pueden utilizarse como marcadores de fronteras y sus sustituciones masivas relacionarse con eventos sociopolíticos.⁶

Así, antes de la gran simplificación del ca. 200 a. C. (que como fenómeno se relaciona con las consecuencias del control romano), pueden apreciarse claramente dos grandes subsistemas del levantino: uno en el sur de Francia y el norte de Cataluña;⁷ otro en el norte de Valencia, en lo que sería zona edetana. La propia frontera inicial de lo levantino respecto de lo meridional coincide sospechosamente con la frontera cuyo cruce causa la Segunda Guerra Púnica. Otra zona política, presumiblemente contestana, la constituiría la del uso de la escritura grecoibérica, mientras que algunas diferencias paleográficas del sistema meridional parecen marcar una distinción entre la zona bastetana y la oretana, que puede sumarse a la lista de indicadores bastetanos que han venido definiéndose a partir del estudio de Almagro-Gorbea (Rodríguez Ramos, e. p.).

Incluso en el *reino* de las estelas *tartésias*, donde prácticamente no se entiende nada,⁸ se puede extraer información: hay una clara diferencia entre las inscripciones del Algarve y el resto, que se corresponde con unos límites naturales claros y que seguramente nos esté informando de una frontera política, mientras que su distribución espacial nos señala rutas comerciales entre los asentamientos costeros y las zonas mineras del interior (Rodríguez Ramos, 2002: 92 ss.).

Pero, pese a la utilidad de la paleografía, esta ha sido negligida en la paleohispanística, donde ha primado un enfoque excesivamente filológico-literario (no se confunda con lingüístico, que es algo muy diferente y mucho más técnico), con escasa atención a cuestiones cronológicas.

Los estudios paleográficos del íbero fueron iniciados por Villaronga y Maluquer de Motes. Los de Villaronga se centraban en las cecas monetales, don-

de la información era reducida y cronológicamente muy parcial. Por ello resultó más interesante el intento de Maluquer de Motes en su manual (1968), pero muy pocas personas le han prestado atención. Si se lee, es fácil ver que se trata de un trabajo preliminar, donde la clasificación de las piezas es genérica dentro de grandes grupos, sin un proceso de revisión al detalle, y las conclusiones, muy preliminares. Un análisis de los propios datos *obsoletos* que presenta hubiese permitido unas conclusiones más ambiciosas al lector diligente.⁹

No critico con ello al gran Maluquer de Motes y su genuino espíritu investigador, solo indico que el diseño del estudio es preliminar, pues obviamente no disponía de una cantidad de medios y de tiempo ilimitada para todos sus proyectos. Sí critico lo que se hizo después: nada. Se ignoró por completo hasta hacerlo caer en el olvido. Mientras, los recursos de investigación se concentraron en los *léxicos*: ejercicios metodológicamente muy simples que por su propio diseño no tienen carácter investigador, sino recopilador, además de resultar escasamente adecuados para el íbero, pues siguen un método pensado para lenguas que se conocen con segmentos identificables. Eso por no comentar peculiares errores de criterio y realización.¹⁰

Pero, por si esta estrategia cuestionable no hubiese sido lo bastante desafortunada, resulta que incluso los nuevos estudios paleográficos de 1997-2004 no se consideraron dignos de apoyo ni de becas ni de proyectos de investigación, sino, de hecho, de una generosa cantidad de antiapoyos. Esta *estrategia* ha perjudicado seriamente a la materia, que de otra manera estaría en la actualidad mucho más avanzada. Las cosas, como son.¹¹

Comparta o no el lector este diagnóstico (que pone de manifiesto que no es solo el método investigador, sino también la estrategia, lo que ha de cuidarse si *realmente* se quieren resultados), aquello de lo que el historiador ha de ser consciente es de que el

⁹ Añádase a ello la aparente presencia de algunas erratas inconvenientes.

¹⁰ Así, los errores de criterio del léxico de Siles (1985) han distorsionado la imagen de las investigaciones antiguas, al destacar hipótesis dudosas o totalmente peregrinas pero no explicar al lector ideas realmente interesantes. El caso paradigmático es *šalir*, no prestando atención nada menos que a Michelena.

¹¹ Dentro de esta reivindicación de la paleografía hay que recordar que desde hace décadas esta ha defendido la presencia colonial fenicia en Tartessos en el siglo IX a. C. (por la forma de los signos que se adoptan del fenicio), por más que lo hacía entre un escepticismo generalizado e incluso categóricos comentarios tan despectivos como producto de la ignorancia. En los últimos años se ha visto que la paleografía siempre tuvo razón.

⁶ Véase Rodríguez Ramos (2001).

⁷ Aunque es verosímil que la frontera estuviese en el Ebro, el límite meridional todavía no está claro, al faltar datos de la zona entre Tarragona y Castellón.

⁸ Como mucho, que algunos segmentos iniciales serían nombres de personas, pero a menudo no puede ni asegurarse dónde termina el nombre.

enfoque filológico se ha despreocupado demasiado por cuestiones como las dataciones. No porque esta deficiencia sea *pecado* imperdonable (nadie puede entender de todo), sino para evitar errores por exceso de fe en *expertos*. Este desinterés se aprecia especialmente en los libros publicados, pero, como la auténtica comprensión se logra mediante ejemplos, podemos hacernos una idea de la fiabilidad con algunos casos muy elementales al tratarse de piezas áticas.

Así, nada menos que Untermann (Campmajó y Untermann, 1993: 504), para datar las inscripciones rupestres en el siglo II a. C., nos argumenta que esta centuria es el contexto arqueológico de inscripciones con segmentos similares a los de los plomos de la tumba de Orlelyl (ajuar de cerámica ática de barniz negro y de figuras rojas) y de grafitos Ullastret, lo que no solo es inverosímil, al ser bien sabido que es un poblado abandonado apenas iniciado el siglo II a. C., sino que en sus ejemplos encontramos áticas como C.2.17 y C.2.22.¹²

Similarmenete, Moncunill (2010: 91) data D.7.1 en 150-100 a. C., con la única observación adicional de que hay quien, para plantear otra lectura, la fecha en el siglo IV a. C. Pero, pese a lo serio de esta discrepancia cronológica, no le presta mayor atención ni considera necesario explicar al lector de dónde concluye su datación en el periodo 150-100 a. C. Descubre los estudios hechos sobre esta pieza de libro¹³ y la define como cerámica campaniana, sin ver nada llamativo en que la referencia que cita sobre el siglo IV a. C. la califica como ática.

Incluso cuando efectivamente se accede a cronologías detalladas y correctas, el interés por ellas es escaso. Así, cuando Garcés (2013: 484, y Sabaté y Garcés, 2018: 807) se toma un gran esfuerzo para ratificar que la ática L.06.01¹⁴ no solo es del siglo IV

a. C. (como se venía diciendo),¹⁵ sino de su primera mitad, en la crónica de Velaza (2019: 259) la única información cronológica que se da supone un claro retroceso: «Se trata definitivamente de una pieza datable entre los siglos IV y III a. E.».

En este contexto, quizá sea una mera extensión del desinterés el que, de forma similar a como se ignoró por completo el trabajo de Maluquer de Motes, los estudios paleográficos de treinta años después solo tuviesen una cierta repercusión entre los arqueólogos pero fuesen relegados por parte de los filólogos. Es sumariamente despachada en una nota a pie de página por Velaza (2001: 640, n. 3): «[...] no podemos estar de acuerdo con diversos aspectos de sus conclusiones. Mucho queda todavía por hacer en este campo», comentario que no tendría más relevancia que la propia de una opinión de una persona no familiarizada con los materiales arqueológicos de no ser por la parte práctica: teniendo su Grupo de Investigación Littera casi el monopolio de la publicación de nuevas inscripciones, son tan pocas las veces en que se utiliza el modelo paleográfico que ha creado un cierto recelo contra el mismo.¹⁶

El relegamiento queda claro en la obra de referencia editada por Sinner y Velaza (2019), donde el tema ni se trata, ni se incluyen en su bibliografía los dos artículos sobre datación paleográfica (Rodríguez Ramos, 1997a y 2000). Tampoco aparece la bibliografía paleográfica en la monografía de Untermann (2014), pese a que la paleografía de diversos plomos que revisa recibe un estudio específico ya en Rodríguez Ramos (1997a) y Untermann hace observaciones sobre las formas de los signos. La misma ausencia se aprecia en la bibliografía del corpus de inscripciones tarraconenses de Panosa (2015), donde igualmente edita plomos que han recibido un estudio específico. No menos significativo es el que las llamadas *descripciones paleográficas* al publicar nuevas inscripciones suelen consistir en numeraciones de signos, pero para estas el estándar no es la clasificación paleográfica,

¹² Tampoco es correcta la tercera de Palamós, que sus arqueólogos datan en el periodo 300-250 pero que aquí es dada como de los siglos III-II. Por otra parte, que nadie copie el disparate de datar inscripciones por palabras similares. Si esto ya es dudoso con palabras idénticas, tamaño laxitud permitiría fechar el *Cantar de mio Cid* en el siglo XX.

¹³ Cf. Rodríguez Ramos (2004 y 2014: n. 3).

¹⁴ En las referencias doy prioridad a la de los *Monumenta Linguarum Hispanicarum* (en adelante, *MLH*) cuando es una inscripción efectivamente publicada en ellas. Cuando no, utilizo la referencia del Banco de Datos Hesperia de Lenguas Paleohispánicas (BDHesp <<http://hesperia.ucm.es/index.php>>), cuyo empleo hasta hace poco resultaba inadecuado porque no era de acceso público y, por ende, solo tenía sentido para quienes podían acceder internamente (yo, por ejemplo, nunca he tenido ninguna relación con el proyecto). Con todo, la información de zonas tan importantes como la C y la D en agosto de 2021 sigue estando muy limitada.

¹⁵ Datada correctamente en su *editio princeps* de 1973, la pérdida de precisión la atribuye Garcés a su edición por Panosa en 2001 como ática del siglo IV a. C. Pero esta pieza ya era discutida, indicando la datación estratigráfica de Junyent de finales del siglo V a la primera mitad del IV a. C., en Rodríguez Ramos (2001: 24, n. 18), precisamente al tratar la cuestión de los inicios de la escritura en Lérida.

¹⁶ La única excepción relevante que aprecio en Littera serían las publicaciones de Sabaté. Las otras pocas ocasiones en que sí se menciona suelen coincidir con la presencia de coautores arqueólogos que lo usan o con la utilización solo de *be*, como si consultar más signos fuese demasiado trabajo.

sino la de los *Monumenta Linguarum Hispanicarum* (Untermann, 1975-1997), pese a que estos, al haber sido diseñados como índices sin criterio homogéneo ni paleográfico, sino intuitivo, resultan inadecuados.¹⁷ El mensaje entre líneas, en el vacío absoluto entre líneas, es muy claro.

Es ineludible, pues, hacer un comentario. Obviamente en todo modelo hay aspectos revisables y las novedades aportan nuevos datos que suponen ampliaciones, precisiones y correcciones. Es evidente que lo mismo ha de pasar con la paleografía, como ya se indicaba en Rodríguez Ramos (1997a: 13). ¡Por supuesto! Pero ¿qué base argumental tiene esa marginalización del modelo paleográfico?

El problema es que nunca se ha considerado necesario explicar o justificar ese escepticismo, sino que se ha dejado en el acomodaticio universo de las opiniones magistrales. Tras veinte años, esto equivale a no tener argumentos y, salvo que pensemos que los artículos científicos son cuestión de fe, a su rechazo automático. ¿Sería, pues, posible que no hubiese una justificación explícita pero que esta pudiera deducirse? La respuesta vuelve a ser negativa. No puede reconstruirse una motivación científica implícita, puesto que no se aprecian indicios de un conocimiento no ya mejor, sino siquiera alternativo. No hay indicios de un modelo propio diferente.

En las numerosas publicaciones de Velaza y su equipo (con muchas *editiones principes*), en el aspecto de cronología paleográfica solo encontramos alguna que otra opinión *magistral* (sin explicación) o breves comentarios basados en un puñado de paralelos que normalmente ni se datan. A esta deficiencia expositiva hay que sumar que estos criterios, que por cómo se presentan serían los presuntamente propios, no revelan ninguna sabiduría propia, sino que vienen a coincidir con los del modelo paleográfico, y que, en caso de que conciban ellos alguna diferencia, no la indican.

Así, es fácil de comprobar cómo el criterio fundamental (y generalmente único) de datación que se

aplica es el de si la inscripción usa o no el sistema dual, pero que esto suele hacerse sin dar referencia alguna o, cuando se hace, sin mencionar ni la primera vez que se estableció esa datación (Rodríguez Ramos, 1997a) ni la extensamente documentada (Rodríguez Ramos, 2004), sino el breve resumen hecho por Ferrer (2005).¹⁸ ¿Por qué?

Otras evaluaciones *independientes* de más detalle paleográfico son escasísimas, pero tampoco se diferencian. Así, las opiniones magistrales de Velaza (2019: 252 ss.) sobre **ki**, la de Ferrer (2014: 23) sobre **ki** y **be** citando unos pocos paralelos sin datar o el redescubrimiento en toda regla de Ferrer (2011: 219-220)¹⁹ de que **be-2**²⁰ es una forma típica de soportes sobre cerámica ática, en especial cuando se aplica a una discusión sobre un epígrafe de Sant Julià de Ramis que no deja de causar una sensación de *déjà vu* cuando se compara con la de Rodríguez Ramos (2004: 107) sobre la misma pieza y con las mismas conclusiones. Similarmente, la críptica discusión que hace Velaza (Artigues *et alii*, 2007: 246) sobre el colgante de Can Gambús indicando que «el estilo paleográfico del epígrafe invitaría a pensar en una cronología no excesivamente anterior, tal vez en torno a mediados del siglo II a. C.», no solo es científicamente criticable por ser una afirmación sin explicación, sino que de forma tácita coincide con lo que se deriva del modelo paleográfico (**te-4b** y **be-7**).

Una vez expuesta mi perplejidad sobre este curioso fenómeno de indudable honda raigambre académica, pasemos a la revisión puramente científica.

PERIODOS Y FASES DE CAMBIO: EL PROBLEMA DEL SIGLO III

Para poder entender mejor la cuestión de la zona arcaizante conviene un resumen básico de las fases evolutivas previas. No solo como marco expositivo, sino también para comprender mejor los problemas derivados de la irregularidad de la documentación y sus lagunas. Revisaremos de paso algunas cuestiones.

¹⁷ La más notable es que ninguno de los volúmenes recoge todas las formas, sino que cada cual indexa las correspondientes y, además, sin seguir el mismo patrón (por ejemplo, a 1 del vol. II es el a 6 del III, o **te 1** del II es el **te 16** del III, con el agravante de que en ambos casos son en realidad formas de **bu**). En otras ocasiones no diferencia formas que hay que diferenciar (como en el **s-1** del III), mientras que en otras la distinción es paleográficamente irrelevante como para merecer un número propio. Pero eso no es culpa de Untermann, pues su numeración son índices de la obra, no un estudio paleográfico (y, por eso, cualquier estudio paleográfico serio ha de partir de establecer una clasificación propia); el problema surge si no se percibe la diferencia. Ni el propio Untermann usa la numeración de los *MLH* en su estudio sobre plomos ibéricos (2014).

¹⁸ Por ejemplo, entre otros muchos casos, Moncunill y Morrell (2008: 249), que remiten para la datación a sus compañeros de equipo Ferrer y Velaza.

¹⁹ Apartado 7.7.8, n.º 3. Los números de página de la versión corregida publicada por Ferrer, en <https://www.researchgate.net/publication/251734731_Iberic_baikal_un_nou_testimoni_en_un_escif_atic_de_Sant_Julia_de_Ramis>, difieren de los de la impresa.

²⁰ Para la numeración de las variantes véase la tabla de Rodríguez Ramos (2004: 143-146), así como las descripciones de las páginas precedentes (109-138). De forma más reducida, Rodríguez Ramos (1997a y 2000).

Es conocido que el fósil director de la paleografía es el signo **be** por sus muchas variantes, fáciles de distinguir y en sucesión. Dentro del modelo evolutivo otro indicio digno de atención, aunque menos preciso, es el nivel de asentamiento de diversos signos, que pasan de tener una marca básicamente superior a ir descendiendo esta incluso hasta empezar en la base (véase la figura 2). Con todo, parece que solo el asentamiento completo y solo el de algunos signos es un indicio probatorio. Tal sería el caso de **a**, **l**, **u**, **m** y **í**.²¹ Formas avanzadas de **n** o de **i** se pueden documentar en el siglo IV a. C., por más que en varios de estos casos a menudo da la impresión de que los más asentados responden a condicionantes de la inscripción, como signos de pequeño tamaño replegados por la superficie convexa de la cerámica.

Es muy posible que esta tendencia acabe revelando una distinción entre una fase antigua inicial (un Paleoiánico 1a) y una posterior (Paleoiánico 1b). Por desgracia, la documentación del Paleoiánico es insuficiente y adolece del agravante del conocido fenómeno de la perduración del uso de la cerámica ática (excepcionalmente hasta tres siglos). No está claro el *post quem* que podría sugerirse para esta evolución (¿350 a. C.?, ¿400 a. C.?),²² pero es un rasgo que hay que tener presente para futuras investigaciones.

Por ello resulta desafortunado que, aunque recientemente han aparecido dos plomos de datación arqueológica antigua, el uno (Grau Vell V.04.61) presente serios problemas por el desgaste de los signos,²³ mientras que el otro (Tos Pelat V.21.01) solo muestre signos que pueden atribuirse a cualquier momento del Paleoiánico.²⁴ De todas formas, el asentamiento de signos es más típico de inscripciones más modernas, y cuando **n** o **i** adquieren formas asentadas bien tra-

zadas, especialmente cuando están inclinadas, suele ser un indicio claro de iberorromano.²⁵ Esto no implica que las formas que mantienen la marca ocupando un pequeño porcentaje superior sean antiguas: son formas clásicas. Si bien puede ser recomendable notar cuándo esta marca es más superior de lo normal, como estilísticamente un signo *esbelto*.

Desde el principio (Rodríguez Ramos, 1997a: 14) en el modelo paleográfico se ha indicado que era válido principalmente para las zonas costeras, pues eran las únicas bien documentadas, señalando para el interior indicios de signarios arcaizantes, tanto en la zona de Teruel como especialmente en la zona pirenaica entre Huesca y la Cerdeña.

Otro problema ya discutido entonces es el de las limitaciones de dataciones arqueológicas. Es muy serio en cuanto afecta sobremanera a la precisión de las periodizaciones. No solo se aprecia un sobredimensionamiento de documentación de plomos del periodo de conquista (220-180 a. C.), pues estos suelen cesar su reciclaje cuando se destruye el poblado, sino que hay periodos que las tipologías cerámicas rara vez permiten concretar. Dentro del siglo II a. C. cuesta precisar en el periodo 180-150 a. C., así como hay ciertos rasgos datables en un perfil posterior al 150 que, por su asociación excesiva a ciertos soportes, puede sospecharse que sean en realidad posteriores al 135.

Pero donde el problema es realmente dramático es en el siglo III a. C.: entre el 300 y el 220, sobre todo en su primera mitad. Las principales diferenciaciones dependían del soporte en ática, el plomo de Palamós (datado en la primera mitad del siglo III a. C., con dos rasgos paleográficos cruciales en **be** y **ba**) y la necrópolis de Ensérune (que se abandona edificándose encima en el último cuarto del siglo III a. C.). Dentro de este periodo hay que encajar las novedades del Paleoiánico 2, pero sobre todo las del Neoiánico 1. De ahí el lapso de inicio propuesto para el Paleoiánico 2 (300-275 a. C.), al sospechar que diversos soportes áticos fueran inscritos a inicios del siglo III a. C.²⁶

²¹ De estas, las formas intermedias de **a** y de **l** parecen menos fiables como indicadores.

²² Hay pocas inscripciones cuyo soporte permita hacerlas remontar a inicios del siglo IV a. C. o antes, con el problema que supone que, a falta de contexto estratigráfico claro, la inscripción puede ser posterior. Paleográficamente, tampoco es fácil documentar este estilo o fase inicial, puesto que en su evolución se correspondería con **be-1** y quizás con **be-4**, pero de cada uno solo se conoce un caso. Si lo comparamos con la relativa abundancia de **be-2**, es fácil estimar que serían muy pocas las inscripciones conservadas de esta fase inicial.

²³ Como puede apreciarse por las notables diferencias en las lecturas propuestas. En las fotos cuesta identificar los signos que se transcriben y da la impresión de que tampoco de origen se escribió muy bien.

²⁴ Naturalmente, resta la posibilidad teórica de que algún día se documenten formas previas no conocidas que hagan que alguna forma que consideramos originaria se revele como innovación.

²⁵ Así, en la jarra de la Joncosa (BDHesp B.11.01), los plomos de Yátova (F.20.1-3) y las estelas de Sagunto F.11.5 y 6, y de forma similar también en la estela de Cabanes (F.5.1). El plomo La Carencia 3 (Velaza, 2013: 544 ss.) muestra unos claros **n** y **u** asentados en un uso tardío confirmado por **be-7**, **te-4b** y **ti-3**, pero en **i** no resulta tan claro. Sin embargo, aunque más inseguro, no es muy diferente el trazado, al menos de **i**, en la pequeña base de piedra F.11.7, donde aparece junto a un **be-8**, en principio de 225/210-180 a. C., este con un trazado que apunta más a una forma inicial que a una final. ¿Quizás ese estilo particular se desarrolló en Sagunto?

²⁶ Frecuentemente, son producciones de finales del siglo IV a. C., y en la necrópolis de Ensérune hay claros indicios de uso tardío, con piezas reparadas e incluso segundas inscripciones sobre

Conviene volver a incidir en la cuestión del tránsito entre las formas arcaicas y las medias de **be**, que es la que señala el tránsito al Paleoibérico 2. En Rodríguez Ramos (2004: 109) indicaba que tanto la conocida perduración del material ático como la aparente escasez de soportes datables en la primera mitad del siglo III a. C. me hacían plantearme la posibilidad de que las formas más evolucionadas hubiesen tenido uso en parte del siglo III a. C. Algo lógico si tenemos en cuenta que en un principio se prioriza la escritura sobre soportes de gran calidad y que no son pocas las áticas implicadas identificadas como producciones de finales del siglo IV a. C. Esta sospecha la refuerza la tendencia, que veremos *infra*, a que la mayoría de las piezas protocampanienses con inscripción de Ensérune sean formas de la segunda mitad del siglo III a. C. Revisemos el caso.

En Rodríguez Ramos (2004: 109 ss.) se considera originaria la forma **be-1**, según el criterio evolutivo, en cuanto que puede explicarse como un derivado del signo **be** meridional, seguida de **be-4** y **be-5**. De modo que las formas **be-2** constituirían una innovación cuya datación «sería de 350-300/275,²⁷ tal vez con más tendencia a 325-275, al menos en lo que concierne a 2-D».

En la necrópolis de Ensérune puede comprobarse la aparición de **be-2a** en B.1.25, cuyo soporte consideraba (Ensérune 22: Rodríguez Ramos, 2004: 195 y 214) similar a la forma Morel 3521a4, concluyendo una datación de 345 ± 30 que posteriormente sería datada por Dubosse²⁸ en 350-325 a. C. Aparte de **be-2**, presentan posibles indicios de corresponder a una fase arcaica avanzada tanto la forma bastante asentada de **i** (pero no de **n**) como la de **e**, de solo dos trazos transversales.

Por su parte, la forma todavía más avanzada **be-2d** aparece también en la necrópolis de Ensérune en B.1.22, pieza con grafía algo atípica, no solo por el **be-2** triangular, sino por las formas achatadas, asentadas, de **i**, **n** y **u**. Por motivos paleográficos le proponía

un lapso de 325-275 (Rodríguez Ramos, 2004: 213, Ensérune-19) y su soporte ha sido datado por Dubosse²⁹ en un concordante 325-300 a. C.

Naturalmente, todavía nos falta mucha documentación para poder establecer un esquema sólido de la evolución paleográfica del siglo IV a. C., pero cabe indicar que este modelo de ordenación lógica encuentra apoyos en la secuencia de producción cerámica y que es perfectamente posible que la forma **be-2d** se usara a inicios del siglo III a. C.

Desde el punto de vista arqueológico, el problema de la falta de datos del siglo III a. C. se relaciona con que el material cerámico fósil director de esta fase, protocampaniense, principalmente producciones de Rhode, que cubriría entre 300 y 225 a. C., ni permitía grandes precisiones ni estaba suficientemente estudiado. En esto la buena noticia es que se ha producido la tan ansiada revisión de Ensérune (Dubosse, 2007, y Ruiz Darasse, 2017)³⁰ y la tesis doctoral de Puig (2006) sobre la cerámica de Roses. Esto hubiese debido aclarar mucho, pero el problema es que Puig demuestra que esta producción perdura hasta el 200 (donde, eso sí, acaba bruscamente) y que Ruiz Darasse muestra que la mayoría de los grafitos de Ensérune aparecen precisamente sobre formas avanzadas, de la segunda mitad o incluso de finales del siglo III a. C. Es así que, cuando esperábamos una mayor claridad, al menos entre antes y después del 225, volvemos poco menos que al punto de partida.³¹

Uno de los problemas que esto supone es el qué hacer con formas como **a-4a** cuyo inicio situaba en el periodo 250-225 a. C. Si hacemos caso al número de ejemplares de cerámica de Roses identificados en que aparece, puede plantearse subir su momento de inicio a ca. 250 a. C., pero si tenemos en cuenta la relación con formas finales de la producción el argumento se relativiza. A su vez, respecto a la primera mitad del siglo III a. C. se repite la pregunta: ¿en ese periodo se escribía muy poco, o es que todavía se prefería usar para ello el material ático? El siglo III a. C. sigue siendo un gran problema. Permite una cronología relativa de los signos, pero solo aproximada en fechas.

las primeras. Mucho depende también en este caso de si las interpretamos como marcas de propiedad en vida o hechas para el ajuar funerario. Un aparente caso de perduración es el de Ensérune-56 (B.1.59) comentado sobre **ba** en Rodríguez Ramos (2004: 117), que sería el único caso claro (en otros la fragmentación es sospechosa) de **ba-2** en soporte del siglo IV a. C. La paleografía, con una o no arcaica (aunque clásica), una **i** totalmente asentada y, sobre todo, una **e** de dos trazos (muy rara o inexistente en el siglo IV a. C.; Rodríguez Ramos, 2004: 124), da cierta verosimilitud a que sea en realidad una inscripción del siglo III a. C.

²⁷ Naturalmente, el inicio del lapso es algo especulativo y sirve más bien para mostrar que no sería la forma originaria.

²⁸ Dubosse (2007: n.º 1881), citado en BDHesp HER.02.025 (consulta: 16/8/2021).

²⁹ *Ibidem*, n.º 1894, citado en BDHesp HER.02.022 (consulta: 16/8/2021).

³⁰ En todo caso, extraña el que compare la revisión solo con las identificaciones obsoletas de los *MLH* (vol. II), obviando aportaciones posteriores (como Jully, 1983, o Rodríguez Ramos, 2004).

³¹ Así, para la innovación **l-2** sería pertinente que B.1.115 (Ensérune-111) no fuera una campaniense, sino una producción de Roses (forma Puig 18; Ruiz Darasse, 2017: 180), pero ya no podemos atribuir al soporte un pre-225, en especial al ser una forma típica del final de la producción.

En todo caso, la revisión del material de Ensérune permite, si no cambios revolucionarios, sí algunas precisiones.

B.1.27 la tenía catalogada (Rodríguez Ramos, 2004: 195 y 214; Ensérune-24) como Lamboglia 40 similar a Morel 3533a1, producción etrusquizante que coexiste con el taller de las pequeñas estampillas, e indicaba que podía ser ática o protocampaniense y la databa en 325-250 a. C. La pieza proviene de la necrópolis (pre-225) y es posible una amortización tardía; por sus innovaciones (**m-2a** y una forma dañada de **a-4**, quizás **a-4a**), me decantaba por una datación en 250-225 a. C. Sin embargo, Ruiz Darasse (2017: 181, n. 14) la incluye en la serie de soportes «à comprendre comme des céramiques attiques». Es una nota sospechosamente demasiado vaga para una pieza completa, y efectivamente, en el cuadro de la página 187 le añade un signo de interrogación,³² pero me permite revisar la discusión sobre el problema que esta pieza y B.1.15 suponían para la datación de **m-2a** (Rodríguez Ramos, 2004: 137 ss. y 195).

La pieza B.1.15 es otra Lamboglia 40 también de la necrópolis, muy similar a la 27. Es una ática similar a la forma del ágora de Atenas 704 y a Morel 3521a4, que fue datada por Jully (1983: 960, n.º 1415) en el periodo 325-300 a. C. Además de **m-2a**, presenta **a-3** con una variante que es casi **a-4** y un aparente **a-5a** que posiblemente se trate de una cacografía por la limitación de espacio, puesto que en el trozo de la secuencia donde hay espacio tenemos el casi **a-4**.³³ En mi análisis me decantaba por priorizar la cuestión de las amortizaciones tardías en la necrópolis, algo que se aplica muy bien en B.1.15, donde tenemos una inscripción griega y luego una ibérica borrada por otra superpuesta con un nombre distinto. Sin embargo, si se confirma que 1.27 y 1.15 son áticas, seguramente conviene revisar las fechas al alza y proponer para **m-2a**, como primera de las formas de la serie **m-2**, un inicio en el segundo cuarto del siglo III a. C. (pasando de post-250 a post-275 a. C.), y con alguna duda también para **a-4** (pasando de post-250 a post-275-250 a. C.), aunque en este caso hay que tener en cuenta que ambas son casi proto-**a-4**, intermedias entre **a-3a** y **a-4a**, en las que el trazo vertical es corto. Por ello es posible que para las formas realmente en R se mantenga un post-250 a. C.

³² En todo caso, lo que indica de que previamente se clasificaba como solo campaniense indeterminada no es correcto, y el que se diga esto de una Lamboglia 40 me plantea incluso si hay una confusión o una errata en el código.

³³ Algo coherente con la forma muy asentada de la u y la disimetría de **§**, que resulta casi una m etrusca: la escritura es un tanto torpe.

Es interesante la identificación de B.1.172 (Ensérune-168) como producción de Roses. Aparte de **m-2** y **l-2**, tenemos **be-8**. Los dos primeros serían innovaciones del Neoibérico, fechados en el modelo como post-225 a. C.). Para **be-8** la datación propuesta en el modelo es «225/210-175, más bien 210-175, enfatizando la posterioridad respecto a BE-10 y BE-9», observación que sigue un criterio evolutivo, por lo que deja abierto el lapso de coexistencia. Pero sobre la datación de **be-8** ya indicaba (Rodríguez Ramos, 2004: 112 ss.) que es problemática, al basarse más en indicios que en pruebas, en especial el criterio de co-presencia: con qué signos aparece (casi siempre con **l-2**, pero se asocia a formas de ca. 200 como **ki-3**) y con cuáles no (la serie de innovaciones de post-150 y signos de post-175 a. C. como **bi-1** y **bo-3**). Naturalmente, por la nueva datación de la producción de Roses, el post-210 a. C. propuesto sigue siendo técnicamente posible, pero reivindica el periodo 225-175.

En otros casos las revisiones arqueológicas ratifican la consistencia del análisis paleográfico. Así, la de Ruiz Darasse (2017: 182), que la clasifica como campaniense A, confirma lo sospechado para **be-8** en B.1.233 (Ensérune-229; Rodríguez Ramos, 2004: 112 y 214), que tanto por esta forma como por la de **e** y **te** no sería una campaniense B. También se resuelve la dificultad observada en B.1.333 (Ensérune-328), que había sido publicada como ánfora itálica pero que presentaba una paleografía más propia del siglo III a. C. (en especial **a-3** e **i-2**, pero también el aparente uso del sistema dual). Efectivamente, ha resultado ser un ánfora massaliota con un tipo de borde que apunta al periodo 325/310-200 a. C. (Ugolini y Olive, 2004: 43 y 47, fig. 67, n.º 2).³⁴ Dada la presencia de **m-2a**, se le puede proponer una datación del 275 al 200 a. C.

Esto es solo una muestra de las dificultades que conlleva precisar el momento de algunos cambios en épocas poco documentadas, en el sentido de que faltan materiales que se puedan adscribir a ellas con precisión.

Más interesantes, así como directamente relevantes para nuestra exposición, son los nuevos datos

³⁴ La paginación se corresponde con la separata <<https://univ-amu.academia.edu/UgoliniDaniela>> publicada por Ugolini, que difiere de la versión en papel. En la base de datos Dicocer (http://dicocer.cnrs.fr/type/view?indexation=A-MAS_A-MAS+bd8), aunque la inmensa mayoría de los casos coincide con esa datación, se prolonga el final del lapso de uso del borde tipo 8 hasta el 150 a. C.; el yacimiento crítico al respecto parece ser La Marduel (dos casos del periodo 175-125 a. C.). Pero, al tratarse de una producción industrial, y ser tan grande la muestra, resulta muy sospechoso que sea el único caso que vaya más allá de inicios del siglo II a. C.

sobre el fin del uso de la forma originaria, curvada, de **ba** (**ba-1**) y su sustitución por la barra vertical de **ba-2**. En general, el momento de cambio se produce en el siglo III a. C., y el testimonio principal es el plomo de Palamós (C.4.1; Palamós-01, Rodríguez Ramos, 2004: 147 ss., 181 y 158, fig. 17), para el que se ha propuesto un contexto arqueológico de la primera mitad del siglo III a. C. Este presenta una forma media de **be** (**be-9**) y muestra tanto formas rectas como curvadas de **ba**. En los soportes del siglo IV a. C. no aparece **ba-2**,³⁵ mientras que en los de la segunda mitad del III a. C. no lo haría **ba-1**. Así pues, Palamós se presenta como el momento de transición, que puede situarse en un ca. 275 a. C. por más que, si tenemos en cuenta la sospecha de que **be-2** se usara todavía a principios del siglo III a. C., podríamos sugerir más bien el segundo cuarto de siglo.

Pero he aquí que aparece el plomo de Olriols (HU.03.01; Ferrer y Garcés, 2005), donde encontramos un **ba** muy curvado, casi con forma C, en una inscripción sin indicio alguno de uso del sistema dual, con utilización de la forma **be-11** y de los signos idiosincrásicos en forma de espiga (como en **sesars** / **suisars**) y **ke** tumbado (como en **bolśken**). De acuerdo con el modelo paleográfico, habría que datarlo en la fase transicional 210/200-180 a. C.

La única duda real es si se trata del testimonio de una perduración de **ba-1**, que no es completamente desplazado por **ba-2**, o si es una reinvención de **ba-1**, tal vez coadyuvada por el hueco formal que deja **ke** al inclinarse. En principio, una perduración local resulta más probable, por más que el que la forma sea tan curvada apunta a lo segundo.³⁶ Es incluso muy verosímil que esta misma forma se encuentre en la ceca de Granada, donde, en vez de **ilturiř** : **keřtin**, la lectura **bařtin** sustituye un término oscuro por una filiación bastetana (Rodríguez Ramos, 2014: 156).³⁷ Esto sugiere que la zona de origen tanto de la escritura en Huesca como de la *intrusión* levantina en Granada sería la misma, puesto que los posibles casos de **ba**

curvado tardíos son tan pocos que parece un uso muy excepcional.

Se interprete como una perduración arcaizante (lo más sencillo) o como una recreación curvada desde el **ba** moderno (hipótesis no carente de ventajas), este rasgo resalta el carácter idiosincrásico y arcaizante del plomo de Olriols. Y con esto pasamos a analizar las inscripciones pirenaicas del interior.

EL CONJUNTO EPIGRÁFICO ARCAIZANTE

Las inscripciones rupestres de la Cerdaña

Aunque hay muchas inscripciones rupestres de la Cerdaña cuya edición es poco fiable, gracias a la impropia revisión llevada a cabo por Ferrer disponemos de una muestra adecuada. En estas inscripciones pueden distinguirse claramente dos grupos paleográficos.

El primero se caracteriza por la presencia del **be** transicional **be-11** y en él pueden incluirse las inscripciones PYO.07.01, PYO.07.03, PYO.07.04, PYO.07.10 y PYO.07.16,³⁸ y PYO.03.09, PYO.05.05 y GI.01.01c. Aparte de **be-11**, sus rasgos más propios son la forma clásica **ti-1a** y las formas típicamente duales de **ta** y de **ti-1b** y **te-3a**, mientras que le son típicas las formas arcaicas de **e** (con tres o cuatro trazos transversales ascendientes), **s** (tipos **s-4** y **5**) y **r-2**. Es probable que a este grupo haya que adscribir otras inscripciones como PYO.07.06, PYO.07.07, PYO.07.09, PYO.07.11, PYO.07.13, PYO.07.17, PYO.07.22, PYO.07.40, PYO.03.04, PYO.04.01 y GI.03.01. De ser así, lo más significativo es que les correspondería la forma de **ke** tumbada (PYO.07.11 y PYO.07.13).

Un aspecto relevante de este grupo es que no solo en sus inscripciones extensas parece usarse el sistema dual de forma aparentemente coherente,³⁹ sino

³⁵ Sobre cerámica ática hay algún caso en el que podríamos tener **ba-2**, pero sospechosamente se trata de inscripciones muy dañadas, sin signos enteros, y caben dudas. Veremos si en el futuro hay que adelantar la aparición de los primeros casos.

³⁶ Esta recreación, probablemente por error, es en cambio la explicación más verosímil para el hecho de que en algunos ejemplares de la ceca celtibérica **kontebakom** aparezca un **ba-1**.

³⁷ Posible es también su aparición en Liria (F.13.7 **hami-ekiar**), como defienden Ferrer y Escrivà (2015: 148), aunque resulta erróneo afirmar que en los **MLH** el primer signo solo se lee **ke**, puesto que precisamente Untermann señala que es posible que en realidad se trate de **ba**, argumentando que como **ke** esa forma no se usa en Liria.

³⁸ Destaca que estas de Osséja tienen, además, una grafía muy similar entre sí, lo que en menor medida parece ser también el caso en el segundo grupo. Esta idiosincrasia podría argüirse en contra de la idea de que las rupestres de la Cerdaña sean inscripciones de viajeros, por más que yo mantendría que al menos una parte sí tienen relación.

³⁹ En contra de la creencia extendida, el uso de la notación dual solo está aceptablemente aclarado para las inscripciones de la costa desde el sur de Francia hasta el Ebro. Es razonable asumir que el mismo sistema se usara en la Cerdaña, pero posiblemente habrá que volver a evaluarlo cuando haya un mayor testimonio. Por el contrario, se ha de ser muy crítico con la aceptación *de facto* de que en la zona edetana se usaba el mismo sistema. No hay problema en que se apunte como conjetura o hipótesis (es posible que al final todo se reduzca a algunas diferencias fonéticas

que incluso en las demasiado breves para evaluar con claridad se tiene la misma impresión. Es decir, no se aprecia un uso no dual de este estilo paleográfico.

El segundo grupo se caracterizaría por la utilización de la forma tardía de **ti**, **ti-3a**, y de la de **e** con dos trazos transversales unidos. En este no se documentan muchos casos de **be**, pero parece usar **be-7**.⁴⁰ Típica del mismo es la aparición de formas de signos más modernas, como la **a-5a** y posiblemente incluso **a-5b**, la **e** de dos trazos (no unidos), **s-1** o la forma normal de **r** (**r-1**), y el uso de formas asentadas de **n**, **l**, **i** y **u**, así como el de **ř** (**ř-2b**) junto con la casi asentada **ř-3b**. Aparte de la **e** de trazos unidos, merecen reseñarse dos desarrollos peculiares: el **ku** con un trazo central (en vez de un punto) y la **te** romboidal con un único trazo diametral en sentido vertical. Este trasunto romboidal de **te-1** (que llamaré **te-4c**) puede haber sido desarrollado precisamente para evitar confusiones con el **ku** de trazo central. A este grupo pueden adscribirse PYO.07.14, PYO.07.21, PYO.07.26, PYO.07.30, PYO.07.41,⁴¹ PYO.07.45, PYO.07.46, PYO.03.01, PYO.05.01a, GI.01.03 y GI.02.02. Quizás pueda integrarse también B.08.01.

Aparte de estos dos claros grupos, hay unas pocas inscripciones que presentan asociaciones de signos atípicas y por ello merecen especial atención. Se trata de inscripciones con formas de signos que en el conjunto del íbero levantino desaparecen a lo largo de la primera mitad del siglo II a. C., o incluso en su primer cuarto, tales como la **e** de más de dos trazos transversales, las **s** complejas (que no son las sencillas **s-1** y **s-2**) y **r-2**.⁴² Relevantes al respecto son tam-

bién las que presentan las formas R-oides y B-oides, cuya identificación como variantes de **r** ha quedado clara.⁴³ Nominaré **r-3** a las B-oides y **r-4** a las R-oides (**r-4a** al signo con forma R, **r-4b** a su forma especular hacia la izquierda).

En este contexto podemos considerar copresencia atípica la de **e** arcaica de tres trazos junto con **be-7** (post-190/175 a. C.) en PYO.03.01, pero sobre todo los casos en que signos arcaicos coinciden con **ti-3**: **e** de tres trazos en PYO.05.01c, **r-2** y **s-4** en PYO.05.03 y **s-5** en PYO.05.04.⁴⁴ Por su parte, coinciden con una especie de **te-1** las variantes **r-3** y **r-4** en las repeticiones de **karte** de GI.01.03c y GI.01.03d.

El testimonio de estas asociaciones irregulares no es realmente tan excepcional. Para empezar, la forma **te-1**, a diferencia de su semejante circular **te-2**, sí se documenta tras el 150 a. C., por más que como poco frecuente (325/300 – 50 a. C., en Rodríguez Ramos, 2004: 134; cf. *ibidem*, 2000: 49 ss.). Por otra parte, incluso entendiendo que **r-4** sea una derivación de **r-3** (y, por ende, posterior), e intuyendo cierta inspiración de la forma latina, no hay suficientes datos como para suponer que el inicio de su uso sea muy tardío.

Tampoco es forzosamente problemática la coexistencia de **be-7** con la **e** de tres trazos, puesto que el momento inicial de **be-7** (una simplificación de **be-11**) estaría hacia el 190-175 a. C., mientras que el final de las **e** arcaicas hacia el 175 a. C. es solo considerado como indicario.⁴⁵ Es decir, tanto una datación en el

dialectales), pero da una imagen muy pobre el que se acepte a falta de que se presente una argumentación que lo defienda (ausencia que tras tantos años ha de considerarse significativa) mientras se opta por olvidar los contraargumentos que sí se han publicado e incluso siguen aumentando (cf. Rodríguez Ramos, 2018: 192, n. 8). Por desgracia, la aceptación de propuestas parece depender de quién las firme, tanto para lo nuevo como para el rescate de ideas a las que, en pluma de otros, nadie presta atención. A menudo no se ve más criterio propio de aceptación que el seguir la moda para quedar bien, al más puro estilo del nuevo traje del emperador.

⁴⁰ PYO.05.01, pese al dibujo. Es posible que se use también **be-6**, pero en GI.02.02 es indeterminable y en B.08.01 su identificación no resulta clara; geográficamente, queda algo distante de la zona, y tiene dos rasgos que aconsejan diferenciarlo: su **s** y el uso de **te-4b**. Ahora bien, merece ser tenida en cuenta porque su **s**, especie de **s-1** invertida, recuerda las formas de algunas cecas *vasconas*.

⁴¹ En esta quizás sea preferible entender el penúltimo signo, en vez de **bi**, como una forma **ka** verticalizada similar a las de L.17.01, GI.02.02 o B.08.01, en tanto que la lectura resultante, **tiuka**, tiene buenos paralelos.

⁴² El modelo paleográfico considera solo probable que las formas complejas de **e** desaparezcan antes del 175 a. C., y solo

como indicio que suele dar buenos resultados (Rodríguez Ramos, 2004: 123). Sobre las formas complejas de **s**, **s-3** y **s-4**, serían pre-150 a. C., mientras que **s-5** quizás desapareciera algo antes (pre-175/150 a. C., preferiblemente pre-175 a. C.), si bien se indica el uso de **s-4** en el «signario arcaizante oscense» (Rodríguez Ramos, 2004: 133). Ello por no hablar de su aparición muy minoritaria en Azaila (**s-3** en E.1.337, **s-4** en E.1.67), que se relacionaría con la otra zona arcaizante (turolense); en todo caso, numéricamente pueden considerarse residuales. Para **r-2** el modelo también considera que su uso sería pre-175 a. C. (Rodríguez Ramos, 2004: 129).

⁴³ A partir de tres nuevas inscripciones de Vilademuls donde formas B-oides ocupan claramente la posición contextual de **r** y que Ferrer y Sánchez (2017) relacionan con el origen de la R-oides de la ceca de arsaos, la aparición de sendas variantes en el **karte** rupestre no hace sino reforzar esta propuesta.

⁴⁴ Parece significativo que ambos casos sean ocurrencias de **tiukas**.

⁴⁵ Rodríguez Ramos (2000: 48). La cuestión de si **be-7** se inicia ya en el primer cuarto del siglo II a. C. depende de lo discutido en Rodríguez Ramos (2004: 113) sobre su asociación minoritaria con las formas **s-3**, **s-4**, **te-2** y **bi-5a** en el plomo de El Solaig F.7.1 (Rodríguez Ramos, 2004: 153, n.º 16). Es decir, de si finalmente podemos concretar el fin del uso de estos signos en ca. 175 a. C. o pre-150 a. C. Actualmente, el modelo se inclina por contemplar su supervivencia dentro del segundo cuarto de siglo.





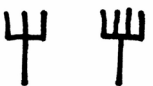


















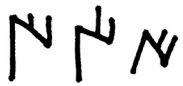


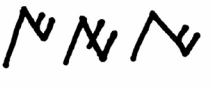









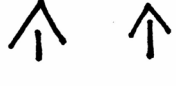











GRUPO 1: OSSÉJA	GRUPO 1: OTROS		GRUPO 2: OSSÉJA	GRUPO 2: OTROS
		be		
		ti		
		e		
		r		
		s		
		a		
		i		
		n		
		l		
		u		
		f		
		ku		
		te		

Fig. 3. Principales rasgos de cotejo entre los grupos 1 y 2 de la Cerdaña.

periodo 190-175 a. C. como la alternativa en el 175-150 a. C. son técnicamente defendibles sin apartarse del modelo original.

Sin embargo, la cuestión de **ti-3** tiene más enjundia, pues es un signo considerado post-150 a. C. pero cuyo testimonio crítico lo constituyen los *dipinti* de las ánforas de Vieille-Toulouse, datables en 175-150/140 a. C. o 170-140/130 a. C.⁴⁶ Incluso aunque las consideráramos previas al 150 a. C. (lo que no es evidente), el conocido hecho de que las grafías en inscripciones pintadas suelen ser más innovadoras con las formas de los signos permitiría sugerir que se trata de un origen de la forma previa a su adopción en inscripciones incisas. Pero en este caso sí que entran en colisión sus apariciones rupestres con formas complejas de **s** y, en especial, con **r-2**.

Una opción posible es adelantar el inicio de **ti-3**, relacionándolo con Vieille-Toulouse como una innovación local que posteriormente se extiende, y retrasar ligeramente el final de **r-2**. Es decir, estas ocurrencias atípicas de signos en las inscripciones rupestres de la Cerdaña podrían incorporarse con mínimas reformas al conjunto general; no en vano son infrecuentes incluso dentro del propio grupo. Ello no obstante, parece preferible relacionarlas con la supervivencia de arcaísmos hace tiempo señalada para esta zona y en la que abundaremos a continuación.

El grupo **be-11** del interior

Lo planteado en el modelo paleográfico sobre **be-11** (Rodríguez Ramos, 1997a: 15; 2004: 111 ss. y 230), que apunta a una datación en el periodo 210/200-180/175 a. C., puede mantenerse tras los nuevos hallazgos para la zona costera sin apenas cambios. Su uso se documenta en un espacio restringido, pues aparece sobre todo al sur del Ebro y no más al norte de Barcelona.⁴⁷ Es importante notar que no parece una forma frecuente y que incluso en zonas donde conocemos una secuencia documental amplia (como Liria) resulta minoritario.

Un porcentaje de casos costeros respetable permite su datación coincidiendo con la fase de *pacificación* romana, entre el 210/200 y el 180 a. C. No

sería imposible extenderla un poco más,⁴⁸ pero el hecho de no haberse documentado en inscripciones de pleno siglo II a. C. parece significativo. Esta datación se ve apoyada por los casos recientes de Puig Castellar (B.40.03), que Moncunill y Morell (2008: 245) relacionan con una fase del poblado de fines del siglo III – primer cuarto del II a. C., o de La Palma (Nova Classis), que guarda relación con el campamento romano desde el que salieron las tropas para asaltar Cartago Nova en 209 a. C. (Ferrer, 2014: 18 y 28). Esto apoyaría el inicio del uso del signo en 210, o incluso algo antes, si bien en el yacimiento aparecieron también restos del siglo II a. C. y es obvio que, como base logística, no debió de abandonarse inmediatamente. Datación similar tendría su derivado sin apertura **be-13**, del que hay que notar que no siempre es fácil diferenciarlo de **be-11**.

En cambio, si ya en su momento era sospechoso el elevado porcentaje de casos de **be-11/13** que provenían de Osséja (cuatro frente a siete u ocho), los subsiguientes hallazgos han incrementado todavía más la notoria desproporción a favor de la zona interior. A los ya ocho casos documentados en la Cerdaña seguramente haya que añadir el **be-13** de Roda de Ter (D.3.1), en el interior de la provincia de Barcelona.⁴⁹ Más al interior tenemos el grafito de Tornabous (L.15.02) y una serie de recientes hallazgos en lámina de metal en los que, cuando se documenta **be**, este es **be-11**. Son cinco: tres en Lérida (dos en Monteró, L.01.02 y L.01.03; uno en Tosal del Mor, L.17.01), otro en Huesca (Olriols, HU.03.01) y otro cerca de Pamplona (Aranguren, NA.05.01).⁵⁰

Estas láminas (incluyendo L.01.01 de Monteró, donde **be** no se documenta), las cinco sobre plomo, presentan signos de tipo arcaizante: **s-3**, **s-4** y **s-5**, **te-2** y **te-3**, **r-2**, **bo-2**, **bi-5** y **ko** con barra central. Respecto a **e**, tenemos tanto el arcaico de tres trazos (L.01.01 y L.01.03) como el más moderno de dos (L.01.02 y L.17.01). Merece observarse que el ejemplar de Olriols (HU.03.01) no solo es el que más similitudes muestra con las letras especiales de las llamadas *cecas vasconas* (**ke** tumbado y signo de espiga), sino que se advierte en él el mencionado caso de **ba-1** en forma de **C**. Por su parte, el navarro, aparte de un

⁴⁶ Véase la discusión en Rodríguez Ramos (2004: 201 ss.).

⁴⁷ En principio, podría incluirse un caso del sur de Francia sobre cerámica de Roses (B.I.182), pero los signos están fragmentados. Solo se ha publicado un dibujo, el supuesto **ti**, que sería clave para determinar la dirección del signo, pero es una forma que no se corresponde con la cronología de la pieza y según Untermann tiene un trazado muy irregular. Por consiguiente, no puede descartarse que se trate de **be-10** o incluso de **a-4b**.

⁴⁸ El quid de la cuestión está en el momento final de Liria. Lo conocido por las fuentes escritas hace improbable encajar semejante destrucción después del 180/175 a. C.

⁴⁹ El signo podría ser **be-11**, pues, como indica Maluquer (1976), la edición es «totalmente provisional» por haberse hecho en una breve visita.

⁵⁰ Esta inscripción se publicó en 1993, pero ilustrada solo con unas pésimas fotografías inservibles.

	L.01.02 plomo	L.01.03 plomo	L.17.01 plomo	HU.03.01 plomo	NA.05.01 bronce	L.01.01 plomo	L.15.02 grafito
be							
e							
s							
r							
ti							
ke							
te							
ba							
bi							
otros							

Fig. 4. Principales rasgos del grupo interior be-11 ampliado.

posible pero cuestionable **ta** arcaizante,⁵¹ presenta formas no arcaicas, como **s-1** y la **e** de dos trazos, pero especialmente el **ti-4**. Con todo, esto no es más que una llamativa cuestión de estilo diferente del resto del conjunto, puesto que incluso la más moderna de estas formas empezaría hacia el 200 a. C. o como muy tarde hacia el 175 a. C.

A nivel arqueológico, hay que lamentar que la mayoría de estas piezas procede de rebuscas ilegales, de modo que como mucho pueden asociarse a un yacimiento, y este suele tener una cronología demasiado amplia. En el caso de Aranguren, podría relacionarse con lo que ha sido identificado como un pequeño campamento militar romano, operativo al menos durante las guerras sertorianas (Armendáriz, 2005); aparece en la zona material datable en el primer tercio del siglo I a. C. del que lo más precisable es la munición, de entre 76 y 74 a. C. Técnicamente, no es imposible que acabe encontrándose material más antiguo en Aranguren y no es segura la relación con el campamento, pero en principio parece razonable asociar esta inscripción con la facies 125/100-75 a. C. (e incluso sospechar una relación directa con los suministros del campamento y, por ende, 76-75 a. C.). Si el primer signo de la secuencia **beltine** es, como parece, efectivamente **be**,⁵² este sería un dato muy importante.

Más sólida es la cronología de L.01.03, puesto que procede de una habitación almacén del yacimiento Monteró-1, identificado como la sede de una guarnición con una breve ocupación aproximadamente entre 133/125-75 a. C. (Camañes *et alii*, 2010: 236 ss.; Principal *et alii*, 2015: 314 y 318),⁵³ que es claramente posterior a lo que el modelo paleográfico indicaría.⁵⁴

⁵¹ Pues de hecho, excepcionalmente en época tardía, puede aparecer usado para **bo** (La Joncosa, BDHesp B.11.01).

⁵² El punteado hace este signo especialmente confuso y se observa que la barra vertical encaja o *continúa* la del signo superior, pero, aunque esto pudiera plantear dudas, no se aprecia interpretación alternativa mejor que **be**.

⁵³ Ferrer (2015: 335) escribe que «esta cronología debería ser interpretada como una cronología *ante quem* para este plomo, puesto que pertenecía al pavimento de la estancia 12, no al nivel de uso», pero esto no es en absoluto lo que afirman sus excavadores al editarlo en la referencia que él mismo da. Ahí es descrito como un almacén de objetos, y el plomo, parte de los objetos que había almacenados, no como relleno del pavimento. Tampoco es correcta la afirmación de que Camañes *et alii* (2010: 236) indican que en la superficie había materiales más antiguos, sino que plantean justo lo contrario. Lo más extraño de este error de referencia es que contradice lo indicado en Ferrer y Garcés (2013: 108).

⁵⁴ Como aprecia Sabaté (2016: 45 ss.), que propone un pre-175 a. C. e indica que parece algo más antiguo que los otros de

Garcés (2020: 468) aprecia la discrepancia entre la datación arqueológica y la más antigua paleográfica y sugiere «la possibilitat d'una vella recuperació per al reciclatge del metall».⁵⁵ Naturalmente, la hipótesis de que estuviese en el almacén como metal para ser reaprovechado no es imposible; que tenga tres textos con borrados sí indica un uso previo y el fragmento que lo acompaña sí que se interpreta como materia prima para subsiguientes trabajos. Sin embargo, incluso así parece más sistemático plantearlo como no muy anterior. Por otra parte, también puede interpretarse como que ambos son *papeles para notas* relacionados con el movimiento del almacén; uno usado varias veces, otro por usar. En esto la pregunta sería si realmente es necesaria una explicación especial que justifique un uso muy anterior. El que concuerde con otros indicios de usos arcaizantes sugiere que no.

Otro aspecto paleográfico para este grupo de inscripciones sería el uso o no de notación dual. Por desgracia, pese a algunas afirmaciones optimistas, los datos no son concluyentes. Yo me inclinaría por considerar dual L.17.01 (en especial, por la forma de **ko**),⁵⁶ pero, al carecer de cronología, su consideración aporta poco. Sabaté lo plantea para el texto a de L.01.03, lo que sería mucho más interesante a la hora de considerar una perduración de algún tipo de notación dual, pero, aunque su observación sobre la forma del **ka** de **sakař** es un buen argumento, tampoco es incontrovertible. Por el contrario, en el texto b2 del mismo plomo la forma para **iunstir** aboga contra un uso dual.

De este modo, parece que hay que diferir la decisión de si dentro de los rasgos arcaizantes de la zona pirenaica hay que incluir algún sistema dual. Es posible, incluso muy plausible si tenemos en cuenta que tendría la ventaja de resolver la extraña dicotomía observada en las rupestres, pero faltan datos.⁵⁷

Monteró. En parte, influye la evaluación de que al menos el tercer texto sería dual. Argumenta correctamente la forma de **ka** y resulta muy oportuna su crítica a la facilidad con que se concluye el uso del sistema dual en los textos al menor indicio.

⁵⁵ La idea de que fuese un material más antiguo almacenado para reaprovechar el plomo se encuentra ya en Ferrer y Garcés (2013: 108). Merece indicarse que ya contemplan la alternativa de que «si la cronología estratigráfica del darrer plom de Monteró correspon al moment de la realització del darrer text, aleshores es podria pensar en una escola epigráfica local de tipus arcaitzant».

⁵⁶ También Ferrer y Garcés (2013: 111).

⁵⁷ Con todo, obsérvese que no parecen duales las dos inscripciones monumentales de Binéfar (D.12.1 y 2), donde, si bien es cierto que aparece **be-7** y no **be-11**, por su uso de **s-3** y un **ti-2** de aspecto sospechosamente edetano o son antiguas (pre-175 a. C.) o son arcaizantes. Más problemático es el caso de L.00.01, con una

Las llamadas *cecas vasconas*

Es interesante el testimonio monetar tanto por su paleografía especial como por su pervivencia hasta incluso el siglo I a. C. Por desgracia, la información que proporciona es muy reducida, pues deja muchos signos sin documentar que no podemos precisar si eran normales o singulares. Tampoco conocemos si todas las cecas de signos singulares del sector usaban un signario similar. Lo que parece claro es que, independientemente del criterio que se use para definir un conjunto de cecas vasconas (y el de la calificación por Ptolomeo es muy endeble), paleográficamente no forman un grupo homogéneo.

Un aspecto llamativo de las cecas llamadas *vasconas* es que por sus textos pueden dividirse en dos grupos mayoritarios: uno muestra una terminación en *s*, como si fuese (o siendo) la misma terminación del ablativo de las monedas celtibéricas;⁵⁸ el otro presenta finales en *-n*, como si fuesen los de un genitivo íbero.⁵⁹ Lo curioso paleográficamente en las acabadas con *s* es su uso de una *s-1* invertida, poco habitual en íbero pero igual a la del bronce celtibérico Res (K.00.14). Comoquiera que dicho bronce también es un ejemplo de *ke* tumbada, este fenómeno deja abierta para el futuro la cuestión de su posible origen común.

Paleográficamente, estas cecas que acaban en *s-1* invertida parecen ser de un grupo diferente y más innovador.⁶⁰ En principio, las separaría del grupo arcaizante pirenaico propiamente dicho. Respecto a las arcaizantes, con los datos actuales (cada leyenda

datación paleográfica del periodo 275/250-175 (Rodríguez Ramos, 2004: 220), que podría interpretarse sin problemas como dual de no ser por la forma de *ti* en *iumstir*. En este caso, dado el porcentaje de aspectos concordantes, me inclinaría por sospechar que sí que es dual, pero el dato sirve de poco al no tener ni cronología ni más procedencia que una muy vaga y supuesta (zona Ebro – Segre, en territorio ilergeta) que Untermann (1989) afirma creer pero no explica.

⁵⁸ En especial las acabadas en *-es*. Naturalmente, los vasco-iberistas puros están invitados a considerar la alternativa de un instrumental.

⁵⁹ En todo caso, no un locativo vasco, como se suele repetir con excesiva convicción a partir de una antigua tímida sugerencia de Caro Baroja. Las monedas no usan marcas tipo *made in China*, pues no interesa el lugar de producción, sino la autoridad que las emite y se responsabiliza de su valor y su patrón.

⁶⁰ No hay lugar para profundizar en la cuestión pero, aparte de poder corresponder a un inicio más tardío de emisión (en una época donde otras prefieren mantener la caligrafía original), algunas serían simplemente celtibéricas. La aparición de *be-7* y *6* en la ceca de *bentian* y en la de *bařškunes* se corresponde con emisiones tardías del siglo I a. C. Más interés tiene la aparición de una *e* de tres trazos en el *etaon* de *arsakios*.

incluye muy poca muestra) cuesta definir un grupo unitario. Desde un punto de vista de mínimos, las que pueden incluirse en este estudio, como más *interesantes*, son *bolśken*, *śsars*, *tiřsos*, *arsaos* (pese a usar *s-1*) y *uTanba/ate* (con dudas por *oTtikes*).

Reviste interés secundario la ceca de *iltiřta*, pese a que por su antiguo inicio debiera ser crucial, pues no proporciona información útil al no documentar signos clave como *e*, *s*, *be* o *ke*. Pero este mismo problema, el que la muestra sea tan reducida, no hace sino remarcar la importancia de las singularidades que pese a ella sí encontramos en otras cecas y que quizás solo fuesen la punta del iceberg. Las más significativas de estas singularidades son la *r* R-oide, la *s* arcaica, el *ke* tumbado⁶¹ y el signo en forma de espiga.

Sobre este último, tradicionalmente leído *e* en *śsars* pero que es plausible entender como un nexo leyendo *śuesars* o *śuisars*, como en «ciudad suesetana»,⁶² no hay todavía una solución razonable, por más que sí alguna posibilidad nueva. El problema es que es casi imposible que el signo tenga en todas las regiones el mismo valor (dado que en el sur de Francia es un alomorfo de *bo*⁶³ y una lectura *śbosars* resulta problemática) y que en algunas ocasiones posiblemente no es más que un dibujo.⁶⁴ Recientemente, Ferrer (2015: 333)⁶⁵ ha planteado que fuese un derivado de la *u* marcada edetana, invirtiendo la forma, lo que podría intentar relacionarse con la lectura *ui*. Con todo, su aparición en HU.03.01 es un indicio a favor de que no sea un nexo, reivindicando la lectura *e* (la interpretación más plausible en su contexto, por más que no es descartable *u*), que, de hecho, podría relacionarse con la *e* algo irregular de L.15.02.

⁶¹ Sobre la lectura de *bolśken*, véase Rodríguez Ramos (1997b), en especial la diferencia con el *ka* de *iaka*.

⁶² La lectura *śuisars* es preferible a la de Villaronga *śuesars* si nos atenemos a una ortografía íbera.

⁶³ Parece una simple evolución morfológica desde el *bo* normal. El único caso francés donde sería tentador leer *u* (por *w*) es B.1.294, pero aquí merece atención la comparación que hace Untermann (2014: 21) de su lectura como *labois* con *labeis*, paralela a la de *ebōřir* con *ebařir*.

⁶⁴ Formas *espiga* son habituales en diversas epigrafías mediterráneas, en especial sobre contenedores, tal vez indicando el contenido.

⁶⁵ «Quizás el signo espiga fuera en origen una *u* marcada que habría adquirido carácter propio con un valor relacionado con *u*, pero ya no de la misma forma que en las dualidades canónicas».

bolšken / bon	⋈IMAM ⋈M
arsaos / on	DASDHS HM
u?anba ate /etaon	↑TDM PΦ EXHM
s?sars	ΣΥΣ PDS
tirsos	ΥΦΣ HΣ

Fig. 5. Cecas *vasconas* de signario claramente arcaizante.

La fase urbanizadora de fines del siglo II a. C.

Hemos citado al principio la dificultad que existe para relacionar inscripciones con algunas décadas concretas y los problemas que ello conlleva. A finales del siglo II a. C. se produce un potente proceso urbanizador (estimulado por el final de las guerras celtibéricas),⁶⁶ con una creación de nuevos asentamientos que permiten fijar un claro *post quem*, información que a veces puede completarse con los *rastros* del conflicto sertoriano como *ante quem*.

Lo curioso es que aquí se produce un fenómeno que recuerda la dicotomía observada en las inscripciones rupestres, donde una grafía arcaica y quizás dual solo contrasta con otro conjunto con un extraño predominio de formas tardías como *ti-3*. Tanto en las nuevas fundaciones como en los materiales datables tardíos (como campaniense B y similares) encontramos el mismo perfil iberorromano que en las zonas costeras: Ieso (Pera, 2003), Solsona (D.5), el ánfora grecoitalica de la Fogonussa (L.16.01)⁶⁷ o las diversas zonas excavadas de Ilerda (Garcés y Sabaté, 2017), junto con materiales datables de Sorba (D.4) o la estela de Fraga (D.10.1). Puede sospecharse que precisamente el fenómeno urbanizador y los movimientos demográficos que comportó coadyuvaran a una estandarización epigráfica, desplazando a las formas arcaizantes.

⁶⁶ Cf. Principal *et alii* (2015: 314).

⁶⁷ Este caso, al ser un contenedor, podría tener un origen costero, pero resulta interesante para documentar el momento de uso de *ti-3* al ser identificada (Garcés y Torres, 2011: 47) como una de las últimas producciones greco-italicas, para la que se propone una datación en el periodo 140/130-120/110 a. C., que indica su similitud con las piezas del campamento romano de Numancia (133 a. C.).

Donde encontraríamos presencia moderna de formas arcaizantes es, como hemos comentado, en el yacimiento de Monteró-01 (L.01.03). Con todo, precisamente allí se localizan otras dos piezas con grafía más moderna: una marca *i* sobre campaniense B (Ferrer *et alii*, 2009: 129; no en BDHesp), con una *i* muy asentada e inclinada,⁶⁸ y un fragmento de Calena (L.01.04) con un *be-6*.⁶⁹ Puede especularse sobre si la diferencia es que es un pequeño hábitat militar en vez de uno urbano, sobre si constituye una fase de coexistencia o si refleja el momento de transición (donde, si aceptamos dicho plomo como material reciclado, podría ser incluso ligeramente anterior al yacimiento).

CONCLUYENDO

Aunque los datos no son incontrovertibles, sí que hay muy buenos motivos para interpretar el conjunto de inscripciones de *be-11* como un indicador de la pervivencia de un estilo paleográfico arcaico que podría ir desde Lérida, o incluso el interior de la provincia de Barcelona, hasta Navarra.

Tenemos, en primer lugar, lo ya señalado en Rodríguez Ramos (1997a: 14; 2000: 53): la existencia de signos atípicos y especiales en las cecas monetales llamadas *vasconas*, alguno de los cuales aparecía en las inscripciones rupestres de la Cerdaña conocidas en ese momento. La pervivencia del uso de letras arcaizantes es incontrovertible en las cecas monetales.

En segundo lugar, tenemos la excesiva presencia de la forma *be-11* en las inscripciones de esta zona y en las mencionadas rupestres respecto a su uso en la zona costera. Excesiva incluso planteando una sobrerepresentación de plomos en las fases de destrucción, tanto porque esperaríamos que más formas de *be* se asociasen a ese fenómeno, no solo *be-11*, como porque no se observa una relación con yacimientos destruidos en esa época.

Más definitorios son, en tercer lugar, el bronce de Aranguren y el plomo de Monteró (L.01.03). Que L.01.03 corresponda a una amortización como materia prima de un plomo anterior técnicamente no es imposible, pero en principio debe primar la cronología arqueológica y solo buscar una excepción ante un buen motivo. En este caso, al coincidir con los otros

⁶⁸ Aunque esto solo es un indicio de modernidad, coherente con una datación tardía pero no incompatible con otras anteriores.

⁶⁹ Merece comentarse el trazo interno de *be* que sus editores (Ferrer *et alii*, 2009: 130) parecen considerar casual pero que en la fotografía se muestra bien trazado. ¿Un atavismo de *be-11*?

indicios a favor de una perduración de grafías arcaizantes, es dudoso que sea necesaria. Por otra parte, estaríamos hablando de un reciclaje de un material de entre cincuenta y cien años de antigüedad, lo que no se corresponde bien con un plomo. Por ello es improbable datarlo antes del 150 a. C. Finalmente, tanto la ubicación geográfica del bronce de Aranguren como su técnica de escritura y el soporte sugieren una datación tardía, que concordaría con su posible relación con un campamento romano pompeyano. A esta paleografía arcaica podría pertenecer también la inscripción de Olite (NA.06.01).

Desde el punto de vista histórico, la existencia de un grupo paleográfico diferenciado puede ponerse en relación con los ilergetes, tanto por su predominio político a finales del siglo III a. C. (que no debía de ser fruto de la casualidad, sino de motivaciones socioeconómicas estables) como porque debieron de beneficiarse de las conquistas romanas por no participar en la revuelta del 197 a. C. De hecho, nuestra fuente más antigua (Estrabón III, 4, 10, de finales del siglo I a. C.) indica que Osca es de los ilergetas, lo que apoyaría esa interpretación.

Pero un aspecto inesperado es lo que la sobreprevalencia de **be-11** nos indica de la introducción de la escritura en la zona. Es extraordinariamente sorprendente que no encontremos las formas de **be** media, las propias del siglo III a. C. Da la impresión de que la escritura se introduce con **be-11** a finales de ese siglo;⁷⁰ como mucho había un uso previo marginal de la misma, pero solo a finales del siglo se extendió, imponiendo un modelo concreto. Ambas interpretaciones sugieren un factor político contundente. Si, como parece, es **be-11** el signo más característico de esta introducción, dada la zona geográfica donde se documenta y las posibles vías geográficas, es probable que la escritura del interior proviniera de un signario de la zona de la desembocadura del Ebro.

Esto se ve apoyado tanto por la concentración de la forma en La Aldea (T.15.01) como en Tivisa

(T.07.02 y quizás T.07.01), en especial si consideramos también el uso peculiar de **ke** tumbado. Pues resulta que en T.07.02 hay una forma similar que podría ser **ke** (BDHesp T.07.02, consulta: 26/8/2021; sin acceso a la pestaña de comentarios), aunque su forma es más estrecha, más como un **r** tumbado, mientras que en el atribuido a Tivisa T.07.01 se usa en uno de los dos textos. Ambos son casos de uso precisamente de **be-11** y aparentemente no duales, lo que propone una datación coherente con su procedencia atribuida (Tivisa) en los comienzos del siglo II a. C. La cuestión es que Tivisa está situada defendiendo la entrada de la ruta de acceso natural desde la desembocadura del Ebro a Lérida (vía Pas de l'Ase – Flix), con inicio en Les Masies de Sant Miquel.

Desde este punto de vista, cobra más vigencia la idea de Cura (1993) de que en el interior de Cataluña las piezas antiguas con escritura eran tan pocas que podrían corresponder a inscripciones tardías sobre materiales más antiguos o a recomercializaciones de piezas escritas de la zona costera (Sabaté y Garcés, 2018: 805, n. 13). De hecho, las piezas sobre soporte más antiguo merecen un comentario.

La primera es L.06.01. Su tipología y su estrato de procedencia concuerdan en datarla en el periodo 400-350 a. C. Su texto se ha intentado leer de diversas maneras, la última como dual **kirgugebe** (Sabaté y Garcés, 2018: 808). Pero el segmento resultante no se parece a nada conocido y solo **ki** y **ku** tienen una forma normal. La **r** es deforme, el **be** se parece a **be-2** pero tiene un trazado extraño y de **ke** no solo sería sorprendente encontrar una forma de **ke** tumbado en una cronología antigua, sino que tiene un tamaño desafiado, totalmente desproporcionado. Me temo que a la posibilidad ya apuntada de que la realizase una persona muy torpe escribiendo, he de sumar la de que en realidad solo sean signoides que imitan escritura sin serlo.

La segunda es L.14.1 (**kulešufir**). Es una producción tardía de finales del siglo IV a. C. y presenta una **e** de dos trazos que es tan infrecuente sobre piezas áticas que encaja bien con esa datación tardía e incluso apunta a una perduración dentro del III a. C. En todo caso, lo que sugeriría que efectivamente fuera una inscripción local es la terminación en **-ir**, que parece ser una forma dialectal de **-er** (Rodríguez Ramos, 2017: 128 y 140 ss.). Si esto ha de entenderse como un uso limitado de la escritura ya en el siglo III a. C., o si se trata de una inscripción sobre una pieza ya antigua a finales de ese siglo, es algo indeterminable. La impresión que da el trazado elegante de sus signos y de **r-2** invita a sospechar que sea anterior al 200 a. C.

⁷⁰ Algo que podría relacionarse con las reformas administrativas para la logística de los complejos ejércitos de Indibil. Sobre este conviene advertir en contra de la costumbre de calificar a gobernantes y pueblos íberos como *caudillos* y *tribus* (o similares), puesto que estos términos no tienen base real en los textos; son invención de traductores que perpetuaban un enfoque ideológico colonialista, decimonónico y victoriano (la época en que se hicieron las traducciones, en las que algunos *se inspiran* demasiado), por el que un mismo término se traducía de forma *civilizada* si se refería a griegos, cartagineses o romanos pero *salvaje* si se trataba de íberos. A veces incluso en una misma frase y cuando solo hay una única palabra que califica a ambos, esta mágicamente se desdobra.

Otro problema lo tenemos en determinar hasta cuándo durarían las formas arcaicas. No las monetales, que indican signos especiales hasta el siglo I a. C., sino las formas con **be-11** en toda la zona y las arcaicas tipo **s** compleja en Lérida, así como eventualmente las que muestran algún tipo de notación dual.

Hemos visto el extraño fenómeno de las rupestres de la Cerdaña, donde se opone un primer grupo con **be-11**, signos complejos arcaicos y aparentemente siempre duales, frente a otro con **be-7** y el muy moderno **ti-3**. El auténtico problema lo supone el absoluto predominio de **ti-3** en este segundo grupo, puesto que **ti-1** es frecuente en el siglo II a. C. y como mínimo bien representado en el I. No es descartable un atípico predominio local de **ti-3**, pero la sospecha más obvia es que este segundo grupo es efectivamente muy tardío. Concuere da con esta idea el que las formas especiales de este grupo (la **e** de dos trazos conectados y la **ku** con tracito interior) tienen paralelos datables muy tardíos, por más que los casos son pocos.

Una explicación minimalista posible sería que estos santuarios rupestres de la zona de paso de la Cerdaña hubiesen sido utilizados justamente en momentos de conflictos bélicos: el primer grupo entre 218-180 a. C., el segundo durante las guerras sertorianas. La otra opción es suponer que el primer grupo perduró en uso hasta su sustitución en algún momento de la segunda mitad del siglo II a. C., quizás a finales. Esta idea encajaría bien con los textos arcaizantes, salvo por el detalle nada baladí de la notación dual, que no está nada claro que fuese parte de estos textos, pues existen datos contradictorios. Naturalmente, no es imposible que en el futuro pueda identificarse un grupo arcaizante rupestre no dual que cubra el hueco.

Respecto a los textos arcaizantes, desde Monteró a Aranguren, incluyendo quizás otros como Binéfar, sí que es probable que perduraran hasta al menos el 125 a. C. (L.01.03) y quizás incluso hasta inicios del siglo I a. C. (Aranguren). Esto encaja perfectamente con la tradición arcaizante de la grafía de varias de las cecas vasconas. Es decir, que la utilización de las cecas no hubiese sido una mera perduración de grafías tradicionales en estos usos oficiales (interpretación de por sí algo forzada), sino que efectivamente refleje la escritura normal de la zona. En cuanto a si eso incluye el sistema dual, falta evidencia: parece que algunas arcaizantes no lo utilizan, pero no es imposible que otras atestigüen su uso durante gran parte del siglo II a. C.

En todo caso, queda claro que en un territorio que va desde la provincia de Lérida (y posiblemente zonas limítrofes de la de Barcelona) hasta Navarra hay

que contar con que haya inscripciones ibéricas que usen formas de signos arcaizantes durante al menos el siglo II a. C.; que este grupo parece caracterizarse por la forma **be-11**, aparte de otras distintivas pero no de uso generalizado; que una derivación de este grupo serían las grafías especiales de las cecas vasconas, y que culturalmente es probable que nos esté señalizando tanto un alto grado de autonomía cultural como una influencia ilergeta.

Este grupo paleográfico habría empezado a ser sustituido por el iberorromano estándar a finales del siglo II a. C., pero quizás (según cómo interpretemos Aranguren) no a la vez, sino paulatinamente de este a oeste. Aunque esta última *impresión* parece lógica, podría deberse solo a que tenemos muchos más datos de la zona este.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Armendáriz, Javier (2005). Propuesta de identificación del campamento de invierno de Pompeyo en territorio vascón. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 18, pp. 41-64.
- Artigues, Pere Lluís, Dolors Codina, Noemí Moncunill y Javier Velaza (2007). Un colgante ibérico hallado en Can Gambús (Sabadell). *Palaeohispanica: revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 7, pp. 239-250.
- Buriel, Josep Maria, Consuelo Mata, Anna Lorena Ruiz, Javier Velaza, Joan Ferrer, M.^a Amparo Peiró, Clodoaldo Roldán, Sonia Murcia y Antonio Doménech (2011). El plomo escrito del Tos Pelat (Moncada, Valencia). *Palaeohispanica: revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 11, pp. 191-224.
- Camañes, M.^a Pilar, Noemí Moncunill, Carles Padrós, Jordi Principal y Javier Velaza (2010). Un nuevo plomo ibérico escrito de Monteró 1. *Palaeohispanica: revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 10, pp. 233-247.
- Campmajó, Pierre, y Jürgen Untermann (1993). Les influences ibériques dans la Haute Montagne Catalane – le cas de la Cerdagne. En Francisco Villar y Jürgen Untermann (eds.), *Lengua y cultura en la Hispania prerromana*, Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 499-520.
- Costa, Gerard, y Víctor Sabaté (2018). Nuevas inscripciones ibéricas de la comarca de la Noguera (Lleida). *Palaeohispanica: revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 18, pp. 153-169.

- Cura i Morera, Miquel (1993). Nous grafits ibèrics en el Molí d'Espígol (Tornabous) i la cronologia de l'escriptura ibèrica a l'interior de Catalunya. *Gala*, 2, pp. 219-225.
- Dubosse, Cécile (2007). *Ensérune (Nissan-lez-Ensérune, Hérault): les céramiques grecques et de type grec dans leurs contextes (VI^e-IV^e s. av. n. è.)*, Lattes, Association pour le Développement de l'Archéologie en Languedoc-Roussillon.
- Ferrer i Jané, Joan (2005). Novetats sobre el sistema dual de diferenciació gràfica de les oclusives sordes i sonores. *Palaeohispanica: revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 5, pp. 957-982.
- (2011). Ibèric *baikar*: un nou testimoni en un escif àtic de Sant Julià de Ramis. En Josep Burch, Josep Maria Nolla y Jordi Sagrera (eds.), *Les defenses de l'oppidum de *Kerunta*, Gerona, Documenta Universitaria (Excavacions arqueològiques a la muntanya de Sant Julià de Ramis, 4), pp. 203-217.
- (2014). El plom ibèric del campament romà de la Palma – Nova Classis (l'Aldea). *Sylloge epigraphica Barcinonensis (SEBarc)*, 12, pp. 17-28.
- (2015). Las dualidades secundarias de la escritura ibèrica nororiental. *Estudios de lenguas y epigrafía antiguas (ELEA)*, 14, pp. 309-364.
- y Vicent Escrivà (2015). Tres nuevas inscripciones ibéricas del Museo Arqueológico de Llíria. *Palaeohispanica: revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 15, pp. 143-159.
- e Ignasi Garcés (2005). El plomo ibèric d'Olríols (Sant Esteve de Llitera, Osca). *Palaeohispanica: revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 5, pp. 983-994.
- e Ignasi Garcés (2013). El plom escrit del Tossal del Mor (Tàrraga, Urgell). *Urtx: revista cultural de l'Urgell*, 27, pp. 102-113.
- Ignasi Garcés, Joan-Ramon González, Jordi Principal y Josep Ignasi Rodríguez (2009). Els materials arqueològics i epigràfics de Monteró (Camarasa, la Noguera, Lleida): troballes anteriors a les excavacions de l'any 2002. *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló (QPAC)*, 27, pp. 109-154.
- y Marina Sánchez (2017). L'enigma B'oïde al descobert: *kaštaum* i *baikar* en sengles inscripcions ibèriques sobre una tortera i un vaset de Camps de l'Hospital (Vilademuls). *Revista d'arqueologia de Ponent (RAP)*, 27, pp. 221-236.
- Garcés, Ignasi, y Miquel Torres (2011). Inscripció ibèrica, grafits i marques amfòriques procedents de la Fogonussa (Sant Martí de Maldà, Riucorb, Urgell). *Sylloge epigraphica Barcinonensis (SEBarc)*, 9, pp. 39-58.
- Garcés Estallo, Ignasi (2013). Nuevos epígrafes ibéricos de la comarca del Segrià (Lleida). *Palaeohispanica: revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 13, pp. 483-500.
- (2020). L'epigrafia ilergeta des dels MLH III fins al present. En Miquel Torres Benet, Ignasi Garcés Estallo y Joan-Ramon González Pérez (eds.), *Projecte Ilergècia: territori i poblament ibèric a la plana ilergeta. Centenari de les excavacions del poblat ibèric del Tossal de les Tenalles de Sidamon (1915-2015). Actes de la XLV Jornada de Treball, Sidamon, 11 i 12 de febrer de 2017*, Sant Martí de Maldà, Riucorb, Grup de Recerques de les Terres de Ponent, pp. 459-484.
- Garcés, Ignasi, y Victor Sabaté (2017). Nous esgrafiats ibèrics i llatins d'Ilerda (Lleida). *Revista d'arqueologia de Ponent (RAP)*, 27, pp. 237-265.
- Jeffery, Lilian H. (1961). *The Local Scripts of Archaic Greece: A Study of the Origin of the Greek*, Oxford, Clarendon Press.
- Jully, Jean-Jacques (1983). *Céramiques grecques ou de type grec et autres céramiques en Languedoc méditerranéen, Roussillon et Catalogne: VII^e-IV^e siècles avant notre ère et leur contexte socio-culturel*, París, Université de Franche-Comté.
- Lamboglia, Nino (1952). Per una classificazione preliminare della ceramica campana. En *Atti del I. Congresso internazionale di studi liguri (Monaco, Bordighera, Genova, 10-17 aprile 1950)*, Bordighera, Istituto internazionale di studi liguri / Museo Bicknell, pp. 139-206.
- Maluquer de Motes, Juan (1968). *Epigrafia prelatina de la península Ibérica*, Barcelona, Universidad de Barcelona.
- (1976). Nuevas inscripciones ibéricas en Catalunya. *Pyrenae: revista de prehistòria i antiguitat de la Mediterrània Occidental*, XII, pp. 183-189.
- Moncunill Martí, Noemí (2010). *Els noms personals ibèrics en l'epigrafia antiga de Catalunya*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans.
- y Núria Morell (2008). Reexcavando en los museos: novedades epigráficas en soportes de plomo. *Palaeohispanica: revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 8, pp. 243-255.
- Panosa, M.^a Isabel (2015). *Inscripcions ibèriques de les comarques de Tarragona*, Tarragona, Institut Català d'Arqueologia Clàssica.
- Pera, Joaquim (2003). Epigrafia ibèrica a la ciutat romana de Iesso (Guissona, La Segarra). *Revista d'arqueologia de Ponent (RAP)*, 13, pp. 237-245.

- Principal, Jordi, M.^a Pilar Camañes y Carlos Padrós (2015). Un edifici singular al *castellum* romano-republicà de Monteró 1 (Camarasa, la Noguera), i l'urbanisme complex d'un post avançat del nord-est de la Citerior. *Revista d'arqueologia de Ponent (RAP)*, 25, pp. 309-325.
- Puig i Griessenberger, Anna M. (2006). *Rhode: caracterització del jaciment i de les produccions dels seus tallers ceràmics* <<http://hdl.handle.net/10803/7847>>, tesis doctoral, Universitat de Girona.
- Rodríguez Ramos, Jesús (1997a). Primeras observaciones para una datación paleográfica de la escritura ibérica. *Archivo Español de Arqueología (AespA)*, 70, pp. 13-30.
- (1997b). Sobre el origen de la escritura celtibérica. *Kalathos*, 16, pp. 189-197.
- (2000). Nuevas observaciones de cronopaleografía ibérica levantina. *Archivo Español de Arqueología (AespA)*, 73, pp. 43-57.
- (2001). La cultura ibérica desde la perspectiva de la epigrafía: un ensayo de síntesis. *Iberia*, 4, pp. 17-38.
- (2001-2002). Okelakom, Sekeida, Bolśken. *Kalathos*, 20-21, pp. 429-434.
- (2002). Las inscripciones sudluso-tartésicas: su función, lengua y contexto socioeconómico. *Complutum*, 13, pp. 85-95.
- (2004). *Análisis de epigrafía íbera*, Vitoria – Gasteiz, Universidad del País Vasco (Anejos de Veleia. Series Minor, 22).
- (2014). Nuevo índice crítico de formantes de compuestos de tipo onomástico íberos. *Arqueoweb*, 15/1, pp. 81-238.
- (2017). La cuestión del dativo en la lengua íbera. *Philologia Hispalensis*, 31/1, pp. 119-150.
- (2018). Estudio de fenómenos consonánticos de la lengua íbera. *Veleia*, 35, pp. 189-211.
- (e. p.). La inscripción del plomo de sierra de Gádor y la escritura bastetana.
- Ruiz Darasse, Coline (con la colaboración de Michel Bats) (2017). Révision des supports de l'écriture paléohispanique du site d'Ensérune (Hérault, France). *Palaeohispanica: revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 17, pp. 177-193.
- Sabaté Vidal, Víctor (2016). Novetats sobre epigrafia ibèrica (2007-2014). *Revista d'arqueologia de Ponent (RAP)*, 26, pp. 35-71.
- e Ignasi Garcés (2018). Epigrafia ibèrica conservada a Ponent: revisions i novetats. En Alejandra Guzmán y Javier Velaza (eds.), *Miscellanea epigraphica et philologica Marco Mayer oblata*, Barcelona, Universitat de Barcelona, pp. 797-815.
- Siles, Jaime (1985). *Léxico de inscripciones ibéricas*, Madrid, Ministerio de Cultura.
- Sinner, Alejandro G., y Joan Ferrer (2018). Novedades epigráficas de Ilduro (Cabrera de Mar, Barcelona). *Palaeohispanica: revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 18, pp. 203-216.
- y Javier Velaza (eds.) (2019). *Palaeohispanic Languages & Epigraphies*, Oxford, Oxford UP.
- Ugolini, Daniela, y Christian Olive (2004). La circulation des amphores en Languedoc: réseaux et influences (VI^e-III^e s. av. J.-C.). *Arqueo Mediterrània*, 8, pp. 59-104.
- Untermann, Jürgen (1975-1997). *Monumenta Linguarum Hispanicarum*, I-IV, Wiesbaden, Dr. Ludwig Reichert Verlag.
- (1989). Nova inscripció ibèrica sobre plom, procedent del país dels Ilergetes. *Acta Numismatica*, 19, pp. 39-44.
- (2014). *Iberische Bleiinschriften in Südfrankreich und im Empordà*, Berlin, De Gruyter.
- Velaza Frías, Javier (2001). *Chronica epigraphica Iberica II*: novedades y revisiones de epigrafía ibérica (1995-1999). En Francisco Villar y M.^a Pilar Fernández Álvarez (eds.), *Religión, lengua y cultura prerromanas de Hispania*, Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 639-662.
- (2013). Tres inscripciones sobre plomo de La Carençia (Turís, Valencia). *Palaeohispanica: revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 13, pp. 539-550.
- (2019). *Chronica epigraphica Iberica xv* (2017-18). *Palaeohispanica: revista sobre lenguas y culturas de la Hispania antigua*, 19, pp. 231-263.

Geoestrategia del *bellum sertorianum*: defensa en profundidad en el valle del Ebro en una guerra total frente a Roma

Francisco Romeo Marugán*

Resumen Este artículo pretende profundizar en la estrategia utilizada por Quinto Sertorio en Hispania, y especialmente en el valle del Ebro, mediante el análisis de las fuentes clásicas cotejadas con los principios y procedimientos militares del siglo I a. C., junto con la geografía del territorio. El objetivo es tratar de determinar un discurso coherente en los movimientos de tropas durante el *bellum sertorianum* y estudiar un modelo defensivo puesto en práctica por el sabino, basado en una defensa en profundidad y formado por una red de núcleos urbanos fortificados y reforzados.

Palabras clave Sertorio. Metelo. Pompeyo. *Bellum sertorianum* (82-72 a. C.). Estrategia. Defensa en profundidad. Valle del Ebro.

Abstract This paper aims to deepen in the strategy used by Quintus Sertorius in Hispania, and especially in the Ebro Valley, through the analysis of classical sources compared with the military principles and procedures of the 1st century BC together with the geography of the territory. The aim is to try to determine a coherent discourse on troop movements in the *bellum sertorianum* and to study a defensive model put into practice by the Sabine, based on an in-depth defense and formed by a network of fortified and reinforced cities and settlements.

Keywords Sertorius. Metellus. Pompey. *Bellum sertorianum* (82-72 BC). Strategy. In-depth defense. Ebro Valley (Spain).

INTRODUCCIÓN

«Compared to war, all other forms of human endeavor shrink to insignificance». Esta frase que Coppola pone en labios del general Patton durante la invasión de Sicilia en la célebre película de 1970, y con la que no puedo estar más en desacuerdo, se aproxima a los hechos sucedidos en el valle del Ebro durante el *bellum sertorianum*, un conflicto que realmente asoló esta zona de la península ibérica. La extensa nómina de ciudades y poblados que presentan potentes niveles de destrucción de finales del primer cuarto del siglo I a. C. dan verosimilitud, como veremos, a la frase de Pompeyo de finales del 75 a. C.: «Hispaniam citeriorem, quae non ab hostibus tenetur, nos aut Sertorius ad internecionem vastavimus» (Sal., *Hist.* II, 98).

Quinto Sertorio es una de esas figuras de la historia de Hispania que ejerce una atracción casi ineludible. A partir de sus dotes objetivas como comandante militar (Pina, 2009b: 227), y basándose en su papel en el partido de los llamados *populares* (Antela, 2011: 400), Plutarco construyó sobre Sertorio el modelo de *homo novus* virtuoso (Konrad, 1994; García, 2019: 233), un arquetipo que ha sido retomado en numerosas ocasiones tanto en la Antigüedad como en fechas recientes. Atendiendo más al de Queironea que a otros autores como Livio o Apiano, como veremos, la historiografía de comienzos del siglo XX amplió una visión romántica de Sertorio al ver en este conflicto el trasunto del levantisco y ardoroso carácter independiente de los pueblos hispánicos, comandados por un general romano rebelde, indómito y visionario (Mommsen, 1861; Schulten, 1949). Actualmente hay un claro y definitivo consenso en

* Dirección General de Patrimonio Cultural del Gobierno de Aragón. fromeo@aragon.es / ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0003-2391-9418>.

que este no fue sino el epílogo del enfrentamiento descarnado entre *optimates* y *populares* que estalló en el seno de Roma (Gabba, 1973; Pina, 2009b: 228; Salinas, 2014b: 16), una auténtica guerra civil cuyo final adquirió personalidad propia en el solar hispano, como vamos a ver.

Mi intención es analizar los movimientos de tropas descritos en las fuentes y reconstruir el modelo geoestratégico que los actores de este conflicto pusieron en práctica en la península ibérica desde el 79 a. C., especialmente en el valle del Ebro, hasta el 71 a. C, fecha en la que Cneo Pompeyo Magno erige su triunfo en los Pirineos y vuelve a Italia. Pretendo dejar la arqueología en un segundo plano en este trabajo, y no porque quiera hacer arqueología filológica, en palabras de Morillo (2014: 48), sino porque precisamente estoy de acuerdo con este autor en el peligro que supone incluir una destrucción que se sitúa a grandes rasgos en la primera mitad del siglo I a. C. como inequívocamente sertoriana.

Clausewitz (1984: 89) consideraba las guerras como un fenómeno global, formado por tres elementos básicos: los sentimientos viscerales de violencia, odio y enemistad, por un lado; el juego de incertidumbre y probabilidad, donde encuentra su lugar la formación y la experiencia de los protagonistas, por otro, y la guerra como elemento de la política. En este artículo me centraré exclusivamente en los movimientos de tropas y sus razones, dejando a un lado las otras dos dimensiones. Analizaré la estrategia, pero no las tácticas. Conviene acotar y deslindar estos términos, que en ocasiones se utilizan indiscriminadamente: la estrategia, en palabras del general francés André Beaufre (1965: 12), «es el arte de hacer que la fuerza concurra para alcanzar las metas de la política», mientras que la táctica es la utilización de los recursos, armas y tropas en un enfrentamiento determinado y concreto (Romeo, 2018: 179). La estrategia, de este modo, posee una visión holística y un alcance finalista mediante una planificación general del enfrentamiento, mientras que la táctica se utiliza para resolver cada uno de los episodios con los recursos disponibles en ese momento. No entraré, de este modo, en el análisis de batallas como la del Lauro o la del Sucro, que excederían los límites razonables para un trabajo de estas características.

Otra de las bases fundamentales para el desarrollo de este artículo es el concepto que Quesada (2008: 30) sintetizó con el acrónimo PMI: probabilidad militar inherente. Se han analizado los datos disponibles a la luz de la consecución de los resultados militares buscados por los protagonistas (Romeo, 2021: 68),

teniendo siempre presente la orografía y las vías de comunicación más adecuadas para cada caso. Ha sido para ello necesario un detallado ejercicio de lectura y análisis de las fuentes clásicas, que adolecen siempre del sesgo e inclinaciones de los distintos autores, además de las limitaciones inherentes a la conservación íntegra de las obras.

Para poder dilucidar con cierto grado de verosimilitud las posibles razones de los movimientos de tropas es necesario intentar aproximarnos a la visión espacial que se tendría del terreno en aquel momento. Las propuestas realizadas hasta ahora (García Morá, 1991a; Salinas, 2014a; Manchón, 2016) se han venido plasmando en representaciones geográficas actuales, pero hay que pensar que el familiar perfil de la península ibérica era sustancialmente diferente en la época de nuestros protagonistas y que el marco geográfico determina movimientos y estrategia (Pontijas, 2020: 400). Como dijo Cohen (1980: 23), el mundo está dividido por el hombre, pero la geografía refuerza y potencia ese deseo. A la geografía hay que añadir necesariamente lo que se denomina actualmente en estrategia militar *ambiente*, es decir, la suma de las características climáticas, históricas, culturales, el tipo de terreno, la flora y hasta la fauna (Braudel, 1976), unos elementos cuya consideración estratégica no varió sustancialmente desde la Antigüedad hasta Clausewitz o Jomini (Pontijas, 2020: 403).

Estoy de acuerdo con Pierre Moret cuando afirma que la concepción de los mapas que tendrían griegos y romanos sería sustancialmente idéntica a la que tenemos nosotros, con la salvedad de los códigos de representación (Moret, 2017: 14). Los mapas serían de uso habitual por parte de estadistas, comerciantes, militares y simples viajeros; el problema es que, como dice el autor galo, la mayor parte de estos mapas de la Antigüedad no tuvieron la fortuna de grabarse en mármol o en bronce.

Frente a los que consideran que los mapas en la Antigüedad estarían restringidos a reducidos círculos académicos (Brodersen, 2012), estoy absolutamente convencido de que los distintos ejércitos en ese momento poseerían representaciones geográficas de las zonas por las que pensaban transitar con la precisión necesaria para una campaña militar; de hecho, se sabe que una de las razones de la campaña del viejo Marco Porcio Catón por el interior de la península ibérica a comienzos del siglo II a. C., aparte de sofocar una revuelta (Liv. xxxiv, 20; App., *Hisp.*, 41), fue la de conocer los recursos y la morfología de una zona ignota para Roma y sobre la que ya habían posado sus ojos (García Ríaza, 2006: 82-86; Romeo, 2016: 83).

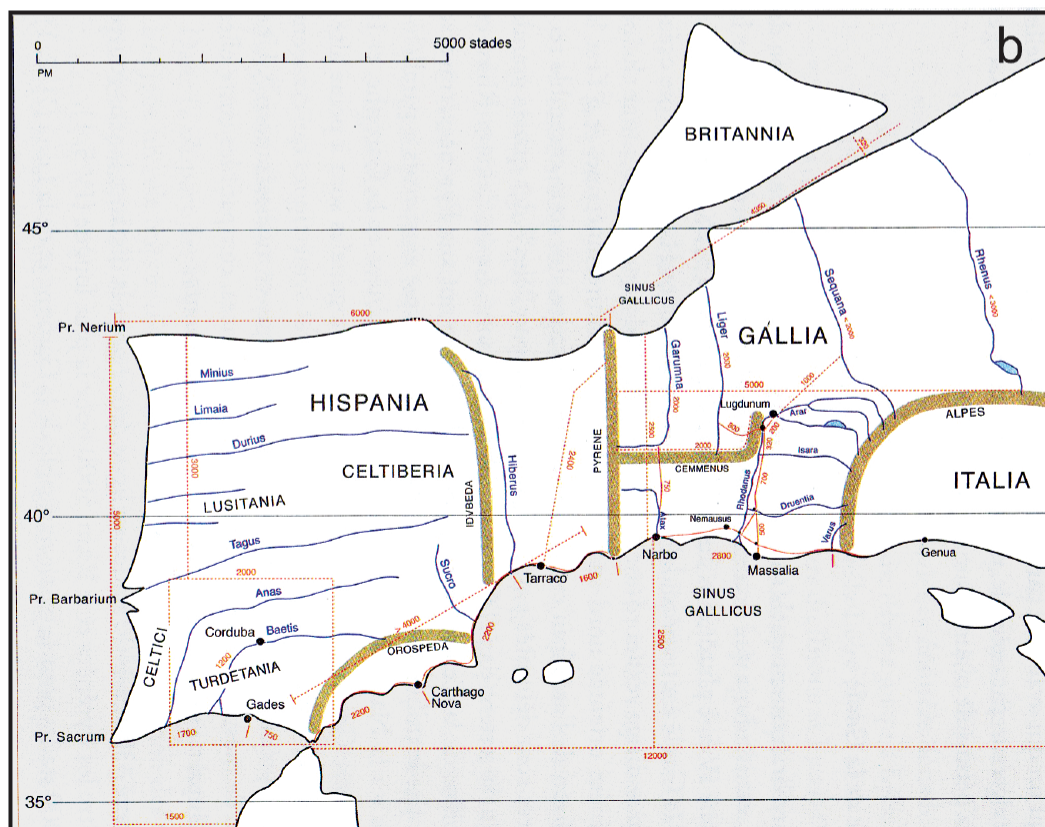
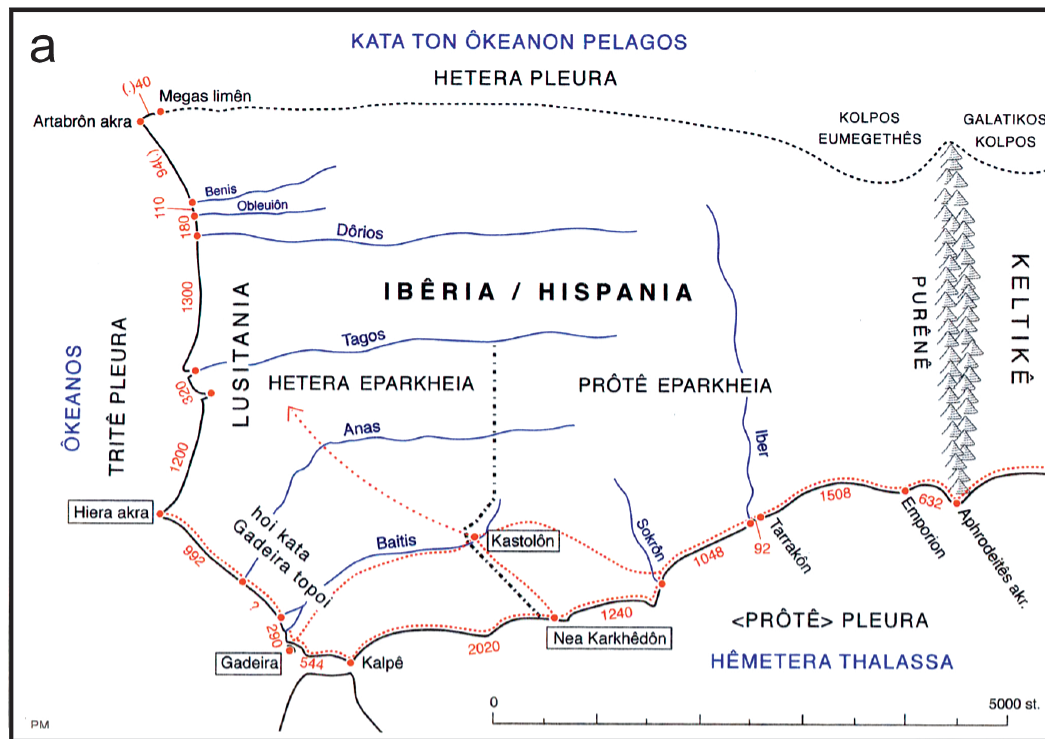


Fig. 1. Iberia e Hispania según Artemidoro (a) y Estrabón (b), por Moret (2017).

Para elaborar un soporte geográfico sobre el que plasmar los movimientos de tropas he tenido en consideración las magníficas propuestas realizadas por Moret sobre el papiro de Artemidoro (Moret, 2017: 242-250, fig. 22) y la *Geografía* de Estrabón (*ibidem*, pp. 271-276, figs. 30 y 31). Artemidoro realizaría un viaje a la península ibérica entre el 137 y el 108 a. C. (Gazzali *et alii*, 2008: 102, y 2012; Moret, 2017: 205), mientras que la obra de Estrabón está elaborada entre el 29 a. C. y el 7 d. C. y sintetiza los datos geográficos conocidos hasta ese momento (Cruz, 2008: 199-202; Moret, 2017: 252-253; Nicolai, 2020: 197). Tenemos que pensar que la visión geográfica que tendría el ejército romano de comienzos del siglo I a. C. de la península ibérica sería esencialmente la reflejada por las obras de estos dos autores, seguro que con más detalles que no nos han llegado. Ambas propuestas (fig. 1) se han unido y sintetizado en el soporte que voy a utilizar, llevado a la misma escala de una presentación actual de la geografía peninsular (fig. 3).

Las fuentes recogen sumariamente los movimientos de los ejércitos en términos finalistas; como mucho nos llega que Sertorio, o Metelo, o Pompeyo, fue de esta ciudad a la otra pasando por tal sitio o cruzando tal río. Lo que no se nos transmite es la multitud de movimientos menores de tropas y contingentes, cómo guarnecían los flancos del grueso del ejército en los desplazamientos, las acciones punitivas y la preparación del terreno que solían anteceder al paso de las tropas o las actuaciones de cuerpos de ejército en zonas periféricas. Un ejército solo se desplazaba en formación laxa con cierto relajamiento en zonas totalmente seguras; en territorio hostil los desplazamientos eran mucho más complejos y distaban mucho de responder a una simple línea en un mapa. Todos estos movimientos menores y periféricos pasan absolutamente desapercibidos en las fuentes y solo los podemos intuir cuando nos encontramos amplias zonas, como el valle del Ebro, realmente devastadas por la guerra, donde la magnitud de la destrucción, en amplitud geográfica e intensidad, nos está señalando la actividad de cuerpos de ejército menores en los flancos, controlando valles paralelos, ríos subsidiarios y zonas geoestratégicamente relevantes.

Estoy de acuerdo con los que opinan que hacer coincidir los datos arqueológicos con las fuentes es una aventura arriesgada, algo habitual por otra parte con el episodio sertoriano (Morillo, 2014: 48-49; Romeo, 2021: 84-86). Las evidencias deben ser claras, y el registro arqueológico explícito, para poder

identificar en un yacimiento determinado los rastros de un conflicto concreto (Morillo y Adroher, 2015). Por este motivo, como ya he comentado, no se han analizado yacimientos arqueológicos más allá de los contrastados y estrictamente necesarios para hilar los acontecimientos dentro del discurso general de este trabajo (véase para ello Beltrán, 2002), así como tampoco comentaré las interesantes y relativamente abundantes ocultaciones monetarias relacionadas con este episodio (Salinas, 2014b: 35-41). En ciertos casos, y el *bellum sertorianum* es uno de ellos, las fuentes son lo suficientemente explícitas y detalladas como para poder reconstruir un discurso coherente, siendo consistentes con los datos arqueológicos (Gamo, 2011: 183).

LAS FUENTES SOBRE SERTORIO

No pretendo entrar en el estudio de las fuentes clásicas que tratan a Sertorio para lo que existe una amplia y excelente bibliografía (Neira, 1986; Manchón, 2014; García Domínguez, 2018), ni en los distintos sesgos de los autores clásicos (Salinas, 2014a y 2014b: 16-18), aunque a lo largo del texto sí que será necesario realizar alguna acotación en este sentido. Nos vamos a contentar con saber que hubo dos posturas distintas frente a la figura de Sertorio: una más moralista, prosertoriana, encabezada por Plutarco, y otra crítica con el sabino, que lo consideraba un traidor a Roma, sobre todo a partir de la obra de Tito Livio.

Las fuentes originales en las que se basaron los distintos historiadores clásicos, algo especialmente relevante, hay que buscarlas en memorias, escritos y cartas de varios personajes (Manchón, 2014: 154): el propio Sila en sus memorias, Lucio Cornelio Sisenna, Marco Terencio Varrón con *Legationum libri* y *De Pompeio* (Cichorius, 1922: 193 ss.), Posidonio con su *Historia de Pompeyo Magno* (Malitz, 1983) y un relator desconocido, al parecer muy próximo a Sertorio y que constituiría una de las bases de los textos de Salustio (Neira, 1986: 190-191). Considero imprescindible realizar una rápida síntesis para ubicar a los principales autores y sus textos en relación con Sertorio, en orden cronológico, que encontramos magníficamente representada en García Domínguez (2018: 60, fig. 1) y que traslado bajo estas líneas (fig. 2), para pasar a centrarnos en el objeto de este artículo.

Diodoro de Sicilia escribiría entre el 59 y el 36 a. C. (Neira, 1986: 191) e influiría definitivamente en autores posteriores como Livio, dejando una marcada

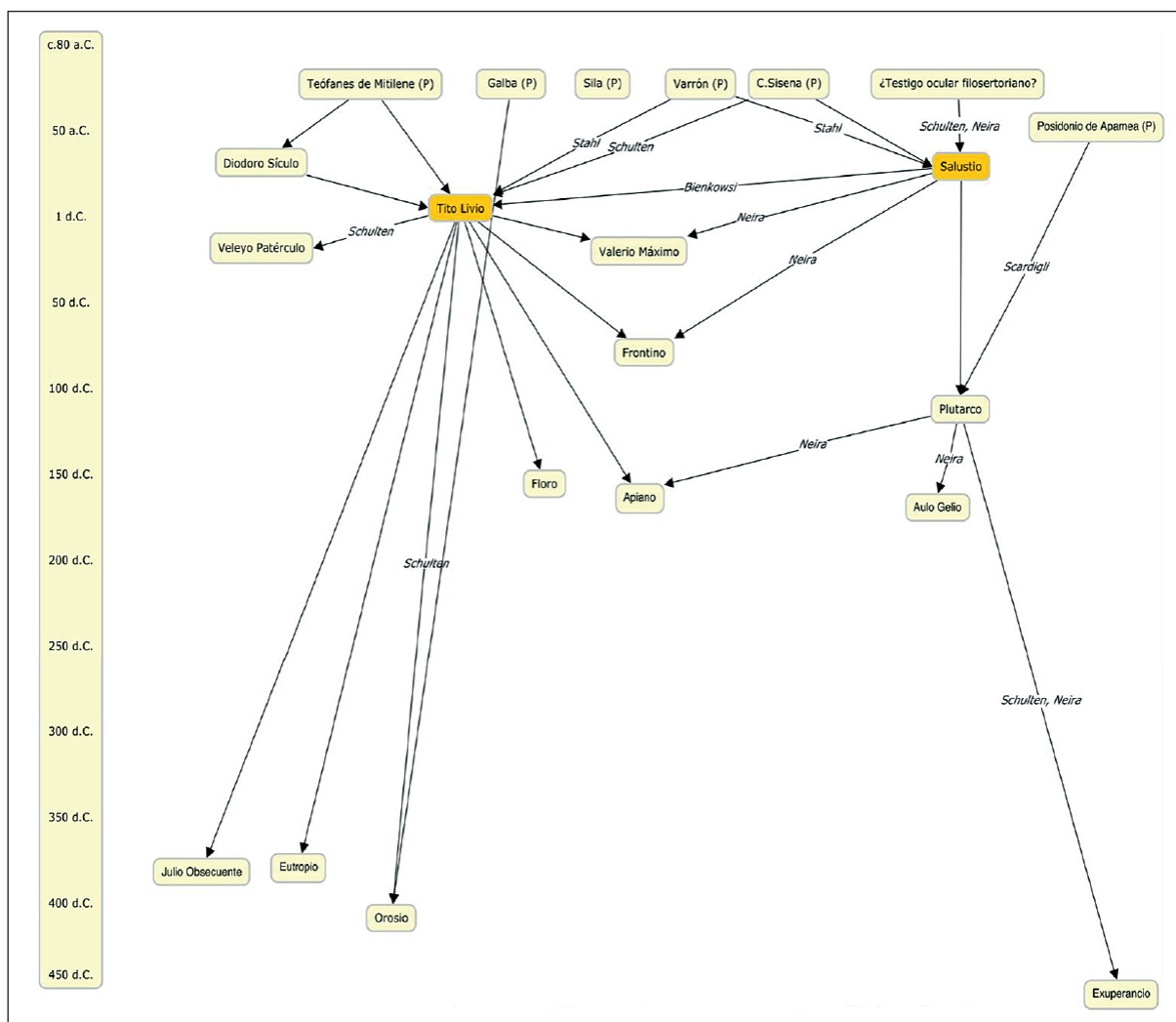


Fig. 2. Esquema cronológico de las fuentes sobre Sertorio, según García Domínguez (2018).

impronta antisertoriana, posiblemente por haber utilizado los textos de Varrón, legado de Pompeyo durante la guerra, o las *Memorias* de Sila, quien, obviamente, no era demasiado imparcial. Salustio escribe sus *Historias* entre el 44 y el 35 a. C. (*ibidem*, pp. 192-194) y comparte con Sertorio su ascendencia sabina y ciertos rasgos ideológicos, lo que hace que se aproxime a la figura del general con cierta amabilidad, resaltando vicios y defectos de sus enemigos, como la supuesta incompetencia de Metelo. Especialmente relevantes serán las *Periochae* de la obra de Tito Livio, redactadas por Lucio Anneo Floro, ya que los libros de la colosal obra del patavino sobre estas fechas se han perdido. Además de Varrón, Livio parece que usó en su obra original para estos pasajes las *Historias* de Sisenna y los *Anales* de Valerio Anicia. Plutarco,

quizás la fuente principal para analizar este episodio (Konrad, 1998; Salinas, 2006: 154), escribe una vida de Sertorio, en paralelo con la de Eumenes, entre el 96 y el 120 d. C., centrada en la definición moral de nuestro protagonista. Parece aceptado que Plutarco se basa en la *Historia* de Salustio y en Poseidonio (Scardigli, 1971: 33-64, y Konrad, 1995). Apiano escribe su *Historia romana* entre el 160 y el 165 d. C. (Salinas, 2014a: 23) y se basa para el asunto que nos ocupa en Tito Livio y Plutarco; las descripciones de los pasajes están muy influenciadas por las fuentes que el autor maneja y el tiempo transcurrido desde los acontecimientos (Gabba, 1956).

El resto de autores que se aproximaron al tema de nuestro interés irán apareciendo en este artículo conforme sus aportaciones sean de relevancia.

ET UBI SERTORIO VENIT?... ANTECEDENTES

Quinto Sertorio ve la luz en la ciudad sabina de Nursia el 123 a. C. Huérfano de padre, su madre Rhea se encargó de su formación y su educación, muy probablemente ayudada por un familiar varón cercano como tutor (García Morá, 1991b: 2). Formó parte de una de las dos tribus más relevantes de esa zona: la Velina o, más posiblemente, la Quirina. Tras obtener la toga viril marchó a Roma (Plut., *Sert.* II, 2), donde a los veinte años comenzaría la carrera militar y establecería relaciones clientelares o de simple *amicitia* con sus primeros comandantes, Quinto Servilio Cepión y Tito Didio (García Morá, 1991b: 30). Con el procónsul Cepión estuvo en el norte de la Galia durante tres años, participando en la derrota de Arausio el 105 a. C.

Tras el relevo de Cepión por el nuevo comandante Cayo Mario, Sertorio se especializó en la exploración y el reconocimiento del territorio enemigo (Plut., *Sert.* III, 2-4) con rango destacado, posiblemente *praefectus turmae* o *alae*. Esta especialización será especialmente relevante para el desarrollo de sus actividades bélicas posteriores.

A comienzos del siglo I a. C. Sertorio comenzó a ascender en el *cursus honorum*, accediendo al tribunnado militar de mano del cónsul saliente, Tito Didio (Sal., *Hist.* I, 88), que había recibido la magistratura de la Hispania Citerior (García Morá, 1991b: 73). Sertorio, que pertenecía al orden ecuestre y no había ejercido magistratura alguna en su municipio sabino (García González, 2019: 233-239), sería un *tribunus militum pfuli* elegido por el cónsul Tito Didio el 98 a. C. y no por los comicios (García Morá, 1991a: 143), una tendencia generalizada, al parecer, a comienzos del siglo I a. C. (Harmand, 1967: 393).

No se sabe a ciencia cierta el tiempo que Sertorio estuvo en Hispania con Didio en esta época, pero hay quien opina que permanecería en el solar ibérico hasta el 93 (Katz, 1983: 53). De ser así, tenemos al sabino cinco años en Hispania, del 98 al 93 a. C., familiarizándose con sus *populi* y su geografía. Sabemos que Sertorio combatió como tribuno militar contra los celtíberos con Tito Didio, quien venció a arévacos y destruyó Termes y Colenda entre el 98 y el 94 a. C., recibiendo por ello un triunfo sobre los celtíberos en el 93 a. C. (Liv., *Per.*, 70; App., *Hisp.*, 99-100). Didio decretó que las ciudades estipendiarias de la provincia fuesen declaradas libres y muchas de ellas, además, inmunes (Manchón, 2014: 162), y si hemos de hacer caso a Spann (1987a: 42) liberó muchas ciu-

dades de la imposición de acuartelar romanos y se granjeó las simpatías de numerosos líderes indígenas.

No entraré a dibujar el panorama de la guerra civil romana de comienzos del siglo I a. C. más allá del espacio y el tiempo que nos interesan, dejando a un lado las causas del conflicto entre *populares* y *optimates*, entre Cayo Mario y Lucio Cornelio Sila Félix, y su desarrollo en el solar itálico (Konrad, 2006; Sampson, 2013). Si hemos de hacer caso a Plutarco (Plut., *Sert.* VI), la aproximación de Sertorio al bando de los *populares* trae causa del hecho de que Sila impidiese en su momento su candidatura al tribunado de la plebe (Salinas, 2014a: 24).

Nuestro protagonista fue, en cualquier caso, elegido pretor el 83 a. C., en plena guerra civil, y se le asignó el gobierno de Hispania Citerior (Pina, 2009b: 227), aunque recientemente se ha afirmado que se le otorgó un *imperium* proconsular, siendo nombrado magistrado de las dos provincias hispanas (García González, 2012-2013). Esta elección no fue casual; la existencia de importantes clientelas marianistas en el estratégico solar hispano justificaba la presencia de Sertorio para construir un baluarte de resistencia *popular* frente a los *optimates*. El invierno del 82 Sertorio se encamina a tomar el control de su provincia. Como hemos visto (Sal., *Hist.* I, 93), pisaba un terreno conocido.

Sila, tras asaltar el poder el 81 a. C., destituye inmediatamente a Sertorio y nombra en su lugar a Cayo Annio Lusco con la orden de capturarlo (Ridley, 1981: 280; Manchón, 2016: 64-65). El sabino abandona la península ibérica desde Cartagena hacia Mauritania (Spann, 1987: 47), embarcando, al parecer, en 120 navíos y 800 transportes (Antela, 2011: 401; Plut., *Sert.* VII-IX; Sal., *Hist.* I, 95-102; Val. Máx. VII, 3, 6; Floro II, 10, 2; Orosio V, 21, 3; Eutropio VI, 1, 2). Este complejo desalojo lo realizaría, al parecer, con ayuda de los piratas cilicios, estableciendo de este modo una estrecha relación con los mismos (Sala *et alii*, 2013: 202-203). Tras un intento de desembarcar en Mauritania, sin éxito, acabó recalando en Ebusus, perseguido por Annio. La breve estancia en Ebusus además afianzó contactos del de Nursia para asegurar una vía marítima (Antela, 2011: 405; Sala *et alii*, 2013: 203), algo que, como veremos, será uno de los ejes de la estrategia sertoriana hasta el último momento. Con la ayuda de los piratas cilicios se trasladaría después al norte de África buscando apoyos y aliados (Antela, 2011; Manchón, 2016: 65). Se desconocen los resultados concretos de esta aventura africana, pero sabemos por Plutarco que entre su ejército había fuerzas libias (Plut., *Sert.* IX).

Antes de entrar en materia, hay que subrayar que existe un amplio consenso sobre que Sertorio nunca quiso crear un estado independiente de Roma, un concepto heredado de la visión romántica de Schulten. En todo momento su intención no fue otra que acabar con Sila y su régimen, restableciendo Roma a la legalidad de la que había sido privada (Gabba, 1973: 287; Santos, 2009; Salinas, 2014b: 18-19). De hecho, Sertorio consideró siempre y hasta el último momento que él era el gobernador legítimo de Hispania, como certifica la habitual leyenda *procos* que se encuentra en proyectiles de honda del ejército del sabino (Chic, 1986; Manchón, 2014). Esto resulta especialmente importante para entender la estrategia de los contendientes en la península ibérica, como veremos; el fin último de unos era volver a Italia a restablecer la legitimidad usurpada por Sila, y el de los otros, aislar al enemigo y acabar con los últimos focos rebeldes. Aunque contravenga los ideales sertorianos, a partir de ahora cuando cite al ejército de Roma me estaré refiriendo al ejército fiel al Senado de la República. Veamos ahora, año por año, los movimientos de tropas y los principales acontecimientos recogidos por las fuentes.

80 a. C.

Tras el periplo africano, y con un contingente que Plutarco detalla en 7300 hombres, Sertorio desembarca en la península ibérica el año 80 a. C. atravesando el estrecho de Gibraltar (Sal., *Hist.* 1, 104). Para ello tuvo que entablar batalla naval con el propretor Cotta, que patrullaba el estrecho ante la proximidad de la llegada del sabino, cerca de Mellaria (Konrad, 1989; Plut., *Sert.* XII, 3). Tras la derrota de Cotta, Sertorio estableció sus tropas en la proximidad del yacimiento de la Silla del Papa (Moret *et alii*, 2014: 153), en la ensenada de Valdevaqueros, cerca de Tarifa (París *et alii*, 1923; Manchón, 2016: 66).

El único autor que trata estos dos primeros años en la Península con cierto detalle es Plutarco, aparte del famoso pasaje de la cierva blanca (Plut., *Sert.* XI, 3-8; Val. Máx. 1, 2, 4; Plinio, *NH* VIII, 117; Frontino, *Strat.* 1, 11, 13; App., *BC* 1, 110; Aulo Gelio XV, 22). Tras desembarcar, Sertorio volvió a vencer en las orillas del Betis a un ejército comandado por Lucio Fufidio (App., *BC* 1, 108), que se encontraba al mando de la Ulterior tras la derrota de Cotta (Díaz, 2015: 545). Fufidio solicita entonces, quizás durante el otoño del 80 a. C. (Manchón, 2016: 68), la ayuda de Lucio Domicio Calvino, procónsul de la Citerior, quien acudiría casi dos años más tarde, al ser requerido por Quinto Cecilio Metelo Pío (fig. 5).

García Morá considera, con acierto a nuestro parecer, que tras el desembarco Sertorio se dirigió a Lusitania (Plut., *Sert.* XI, 1), entre el Tajo y el Duero (Badián y Konrad, 2012). Las fuentes nos comentan que los lusitanos llamaron a Sertorio para rebelarse contra Roma, asunto que no está claro y que no encuentra demasiada explicación (García Morá, 1991a: 85-86). Dado que nos encontramos ante un episodio de una guerra civil romana, solo podemos pensar que los lusitanos decidieron tomar partido en esta confrontación, posiblemente por la existencia de una potente red de clientelas marianistas entre ellos, como hemos visto (Antela, 2011: 409). Este movimiento de Sertorio solo tiene una justificación: contando con la existencia de una red clientelar, buscaba fortalecer su contingente con el apoyo de tropas indígenas, lusitanas, vetonas y celtibéricas, en concreto, estando además alejado de la costa controlada por Roma, el Mediterráneo, donde quizás podía desembarcar un contingente transportado por una flota y atraparlo entre dos frentes. Así, tenía el Atlántico a sus espaldas y posibles aliados al frente; solo necesitaba consolidar su frente sur, evitando una batalla frontal y desgastando al enemigo.

El invierno suponía la paralización de las campañas militares, muy dependientes de los ciclos anuales (Romeo y Garay, 1995: 251-252). Era una época para reforzarse, avituallarse y planificar las campañas del año siguiente, que solían dar comienzo en primavera o principios del verano, buscando la mayoría de las veces una climatología favorable que abriese puertos de montaña y facilitase el tránsito por los caminos de tierra, y en ocasiones durante el verano, cuando los productos del campo habían madurado, con el fin de destruir las cosechas o ser consumidas por el propio ejército invasor. Esta es una de las bases de las incursiones rápidas sobre un territorio; se cuenta con el grano del campo enemigo para la propia subsistencia, además del factor psicológico y real que provoca el hambre sobre la ciudad cuyos territorios y cosechas son asoladas (Garlan, 1974: 22-26). Ese invierno el sabino preparó y planificó los movimientos del año siguiente.

79 a. C.

Las derrotas del año 80 a. C. hacen que Roma envíe el 79 a uno de sus generales más experimentados, Quinto Cecilio Metelo Pío, como procónsul de la Ulterior (Manchón, 2016: 69), con dos legiones (Heras, 2014: 156), por lo que el ejército de la República en la península ibérica ascendería en esos momentos a un mínimo de seis legiones (Brunt, 1971: 449).

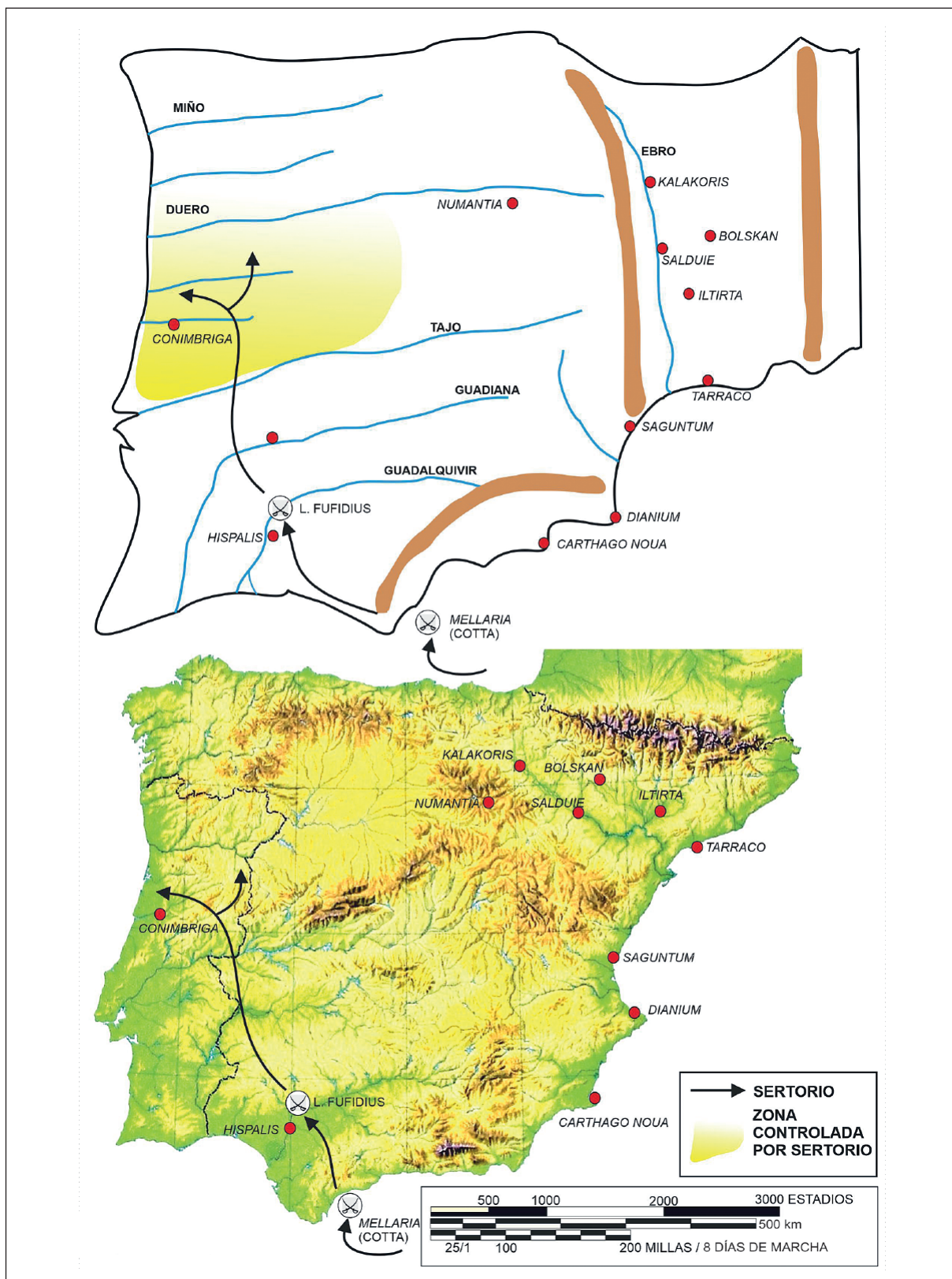


Fig. 3. 80 a. C. Primeros movimientos de Sertorio en la península ibérica. (Elaboración propia)

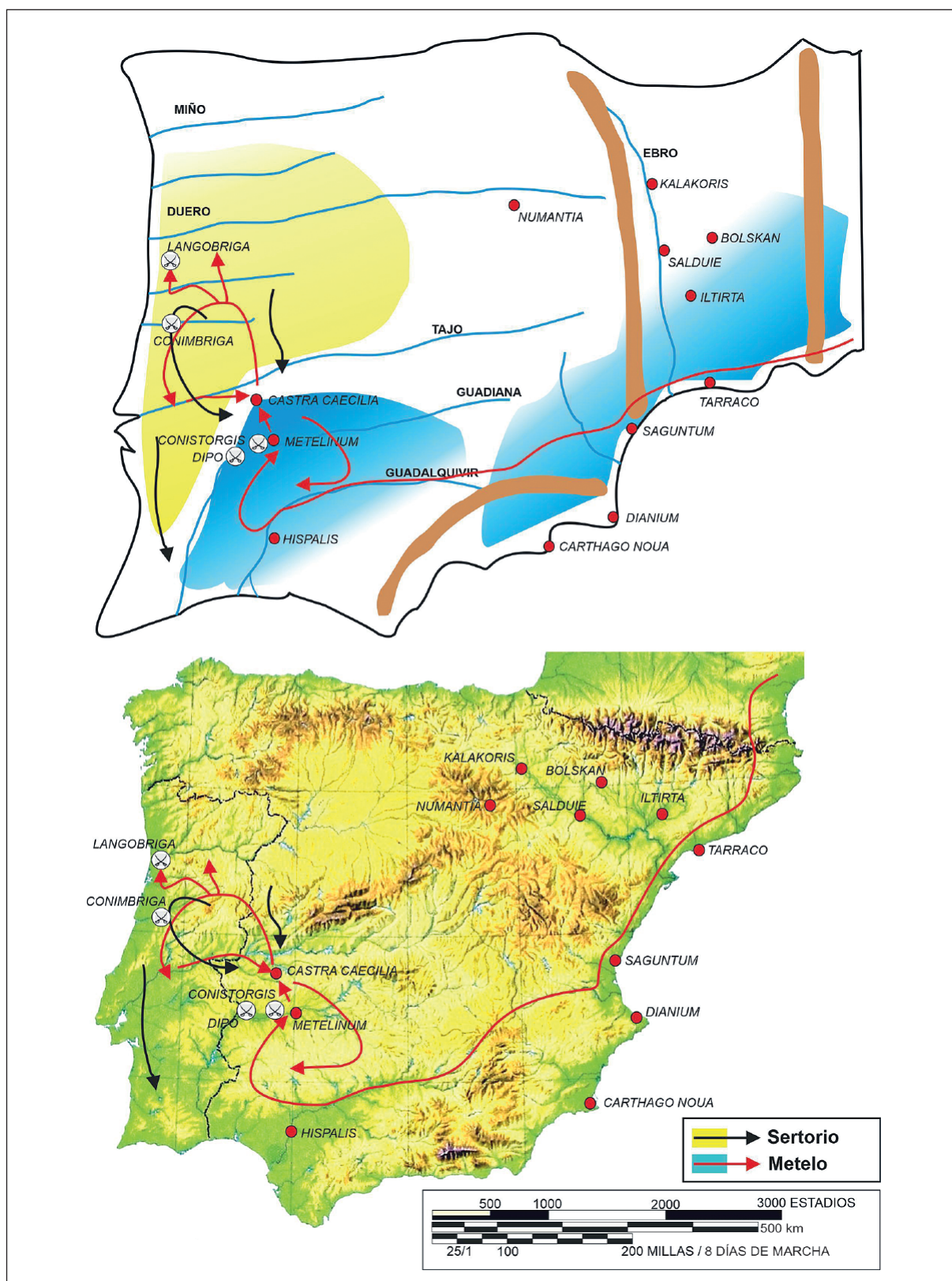


Fig. 4. 79 a. C. Llegada de Metelo y primeros enfrentamientos en el suroeste. (Elaboración propia)

Si hemos de creer a Plutarco (*Sert.* XII, 6-7), Metelo se desplazó directamente a la zona controlada por Sertorio para entablar combate, cosa que el sabino procuró evitar en todo momento. Citas como la relativa al asedio de Langobriga por Metelo, con la orden previa de avituallar a su ejército para una marcha de cinco días y atacar esta ciudad (*Plut., Sert.* XIII, 7-12), parecen reforzar la teoría de que el control efectivo de las tropas sertorianas se circunscribiese a la zona al norte del Tajo, quedando el sur bajo el control de Roma. En este contexto se refuerza el frente, con la construcción de campamentos como *Castra Caecilia* (García Morá, 1991a: 95 ss.; Heras, 2014: 163).

La ubicación de *Castra Caecilia*, en las proximidades de Cáceres, deja clara la intención de Metelo de aislar a Sertorio al otro lado del Tajo, cortando sus posibles líneas de suministro desde el sur peninsular. Los combates en las proximidades de ciudades como Dipo y Conistorgis (Ribagorda, 1989: 757) ponen de manifiesto que la zona occidental de la Península distaba mucho de estar controlada por Metelo, quien tras varias derrotas, como la de Langobriga (*Plut., Sert.* XIII, 7-12), se retiró a invernar a *Castra Caecilia* o quizás más al sur (fig. 4), pidiendo entonces ayuda al procónsul de la Citerior, Lucio Domicio Calvino.

Resulta especialmente interesante la táctica de Sertorio de evitar en todo momento el combate formal con Metelo. García Morá llega a afirmar que Metelo controlaba los valles y Sertorio lo acechaba en los macizos montañosos, lo que obligaba al general silano a ir atacando y destruyendo poblados y ciudades (1991a: 101). Esta va a ser una de las dramáticas características que adoptará este conflicto en la península ibérica. Sertorio y sus aliados pivotan sobre una estrategia basada en la fortificación y el apoyo de las ciudades y los asentamientos indígenas, que se constituyen en el puntal principal de las tropas y sus movimientos. De hecho, Plutarco precisa que Metelo se ve desbordado por la movilidad del ejército sertoriano (*Plut., Sert.* XIII, 1-6), que rehúye la confrontación directa en combate formal para ir desgastando y desmoralizando en su lugar al enemigo. Esta movilidad implica la destrucción al paso del silano de poblados y ciudades para evitar tanto golpes de mano desde su retaguardia como el fracaso absoluto de la campaña, lo que supone un continuo desgaste de las tropas sin que haya enfrentamientos decisivos.

Hay que abandonar completamente el presupuesto de que esta mal llamada *táctica de guerrillas* se debía al importante peso del contingente indígena en el ejército sertoriano. Efectivamente, la presencia

de cuerpos de ejércitos completos provenientes de distintas ciudades y *populi* favorables a Sertorio es un hecho más que contrastado en las fuentes y que comienza a ser intuido en el registro arqueológico (Romeo, 2021: 82-84), pero también lo es que en la península ibérica existían ejércitos indígenas con una formación táctica muy desarrollada (Quesada, 2002: 55-56, y 2006: 160-167), capaces de formar en *acies instructa* ya a comienzos del siglo II a. C., según Livio, y de formar en orden de batalla dejando cuerpos de ejército de reserva en campamentos en la retaguardia (*Liv.* XXXIX, 31) y modificando la formación durante el combate de forma ordenada (Ciprés, 2002: 142). El patavino describe en dos ocasiones la formación de celtíberos en cuña (*Liv.* XL, 40). Debemos erradicar, de este modo, el mito del noble y salvaje bárbaro a la hora de pensar en estos contingentes indígenas.

Sea como fuere, Metelo se vio obligado a retirarse a invernar al sur del Tajo, muy posiblemente incluso al sur del Guadiana, dejando *Castra Caecilia* como puntal de la defensa del frente.

78 a. C.

El año siguiente Metelo se centra en asegurar el sur peninsular, penetrando en primer término hacia Évora y llegando al Atlántico. El avance de las tropas sertorianas lo obligará a retirarse a la seguridad de *Castra Caecilia* y posteriormente más al sur, hacia *Metellinum* (Heras, 2014: 164-165). Torio, general de Metelo, es derrotado cerca del río Anas (*Plut., Sert.* XII, 4; *Floro* II, 10, 6), lo que sitúa al general silano en desventaja y a la defensiva en este frente, que hay que retrasar hasta el curso del Guadiana (García Morá, 1991a: 110).

Finalmente, acuden en ayuda de Metelo tanto Domicio Calvino (*Plut., Sert.* XII, 4; *Sal., Hist.* I, 111) como el procónsul de la Narbonense, Lucio Manlio (*Liv., Per.*, 90). Calvino, quien no contaría con más de dos legiones (García Morá, 1991a: 109), se dirigió rápidamente a unir sus fuerzas con las de Metelo. Pese a que las fuentes no dan demasiados datos al respecto, sabemos que Lucio Hirtuleyo, sabino proscrito por Sila que había huido con Sertorio el 82 a. C. y era su mano derecha, sale al paso de Calvino y lo derrota entre el Guadiana y el Tajo (Manchón, 2016: 68-69). Pese a que García Morá (1991a: 111) es de la opinión de situar la batalla en las proximidades del Tajo, considero que el procónsul de la Citerior se debía dirigir con premura a unirse con Metelo, por lo que tomaría el camino más corto, al sur de los Montes de Toledo.

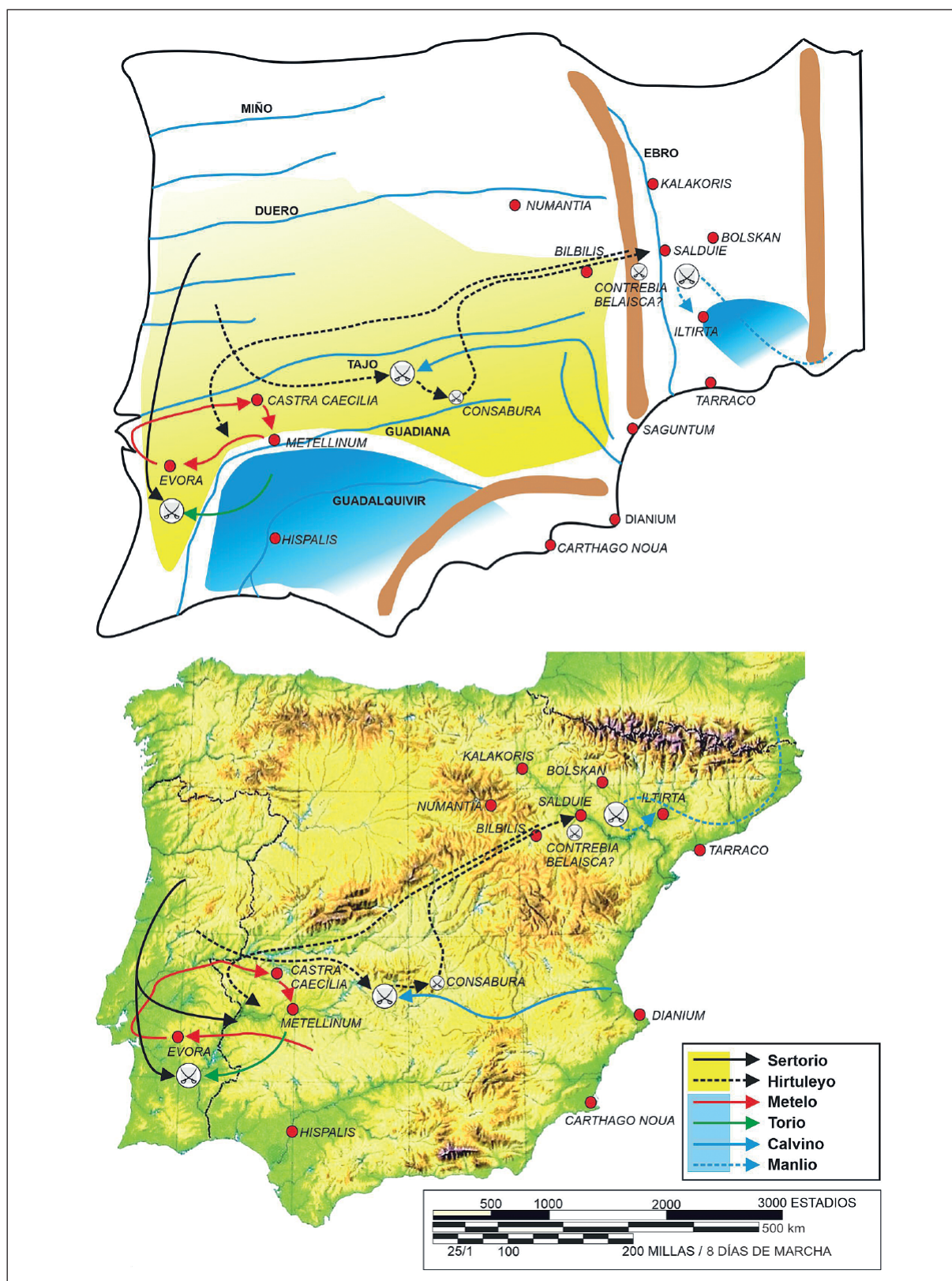


Fig. 5. 78 a. C. Expedición de Hirtuleyo al valle del Ebro. (Elaboración propia)

Allí es donde le saldría al paso Hirtuleyo, derrotándolo (Plut., *Sert.* XII, 4; Liv., *Per.*, 90; Floro II, 10, 6; Orosio V, 23, 3-4). Tras esta victoria, Hirtuleyo asedia y toma Consabura, fortaleciendo el frente sureste de Sertorio. Acto seguido, asciende por el valle del Cigüela a la cabecera del Tajo para alcanzar el Sistema Ibérico y subir por el Jalón hasta el valle del Ebro.

Las razones de esta incursión son varias: por un lado, el general sertoriano se interna en el corazón de Celtiberia quizás para tantear posibles alianzas, pero con seguridad para asegurar una vía de entrada al valle del Ebro y abrir de este modo un nuevo frente hacia Roma. Hay que comentar en este sentido la trascendencia del bronce de Ascoli (*ILS*, 8888), conservado en los Museos Capitolinos de Roma, por el que se concede el 17 de noviembre del 89 a. C. la ciudadanía romana a una serie de hispanos en el contexto de la guerra de los aliados, un grupo de jinetes al parecer procedentes de Salduie, de ahí el nombre de *turma salluitana* con el que se les reconoce en este bronce epigráfico. Posiblemente fueron reclutados por el mismo Valerio Flaco que había derrotado a los celtiberos solo dos años antes (Pina, 2009b: 226-227) y combatieron en el asedio de Asculum bajo las órdenes de Pompeyo Estrabón. Cabe preguntarse sobre el posicionamiento de estas élites indígenas en el nuevo conflicto, pero es muy posible que se mantuviesen fieles a Roma (Amela, 2000 y 2002).

Por otra parte, Sertorio, sabedor de la llegada de Manlio, es muy probable que encargase a su general frenar al procónsul de la Narbonense para evitar verse entre dos enemigos (fig. 5). Según algunos autores, como Spann (1987a: 72), la cita de Orosio (V, 23, 4) sugiere que el ejército de Hirtuleyo era superior al de Manlio, quien tras su derrota (Pina, 2009b: 228) se retiraría a las proximidades de Ilerda (Sal., *Hist.* I, 222) para crear una línea defensiva en la zona baja de los ríos Segre y Cinca, mientras Hirtuleyo haría lo propio en el curso del Ebro (García Morá, 1991a: 114). El procónsul romano sin duda quería mantener a toda costa una cabeza de puente en la Citerior, sabedor de su importancia estratégica y del interés de Sertorio en consolidar una zona que hiciese posible el paso hacia Roma (Salinas, 2014a: 26). Hirtuleyo realizaría las acciones que estimase necesarias para aunar las voluntades de las ciudades de esta zona, y hasta quizás hiciese una primera toma de contacto con grupos galos que el año siguiente atacarían la propia Narbo (Cicerón, *Pro Fonteio*, 9, 20, y 20, 46). De hecho, parece que Manlio se retira este mismo año a Galia y es atacado por tribus aquitanas (Manchón, 2016: 69).

El general sabino había abierto una vía directa de penetración hacia el valle del Ebro, preparando el terreno para la campaña del año siguiente. Una de esas acciones pudo ser el sometimiento de Contrebia Belaisca, una ciudad que, como veremos inmediatamente, con muchas probabilidades fue fiel a Roma pero que tendría que ser controlada en ese momento por Hirtuleyo, dentro de sus acciones contra Manlio, para evitar así un núcleo hostil importante en su retaguardia directa.

Aunque las fuentes no son explícitas, el hecho de que Sertorio se quedase personalmente a hostigar y bloquear a Metelo es un claro indicador de la importancia de inmovilizar al veterano y experimentado general, mientras Hirtuleyo derrotaba a ejércitos menos avezados y abría vías hacia Roma. Carecemos de datos concretos sobre los movimientos desarrollados por ambos contendientes en el sur, pero dudo mucho de que no se produjesen enfrentamientos y acciones punitivas por ambos bandos.

77 a. C.

El año 77 a. C. da paso al momento de mayor poder de Sertorio en la península ibérica. El sabino decide trasladar a Hirtuleyo al frente sur para mantener a Metelo inmovilizado con la orden expresa de no entablar combate directo con él. Presumiblemente tras una reunión con su lugarteniente para determinar acciones y movimientos, Sertorio remonta el Tajo accediendo al valle del Ebro por la vía abierta el año anterior. Antes asegura la zona de Carpetania, tal y como indican las fuentes con el asedio y la toma de la ciudad de Caraca, ubicada en el cerro de la Virgen de la Muela, en Driebes, Guadalajara (Gamo y Fernández, 2017), en el corredor del Henares (Cerdeño y Gamo, 2016: 179), pese a que en su momento se propuso asimilar esta Caraca con la Contrebia que citará inmediatamente Livio (García Morá, 1991a: 153).

A la necesidad de dejar esta zona, la Carpetania, controlada, se suma la de mantener un acceso abierto al Mediterráneo que resultaba esencial para Sertorio. Aunque las fuentes no comentan nada en este sentido, actuaciones posteriores, además de la conocida filiación sertoriana de ciudades como Dianium, la actual Denia, encuentran su justificación en el control previo de esta franja de la costa hispana (Pérez, 1992: 131; Sala *et alii*, 2013: 202). A ello hay que añadir la necesidad imperiosa de mantener aislado a Metelo y evitar la llegada terrestre de cualquier tipo de refuerzo.

Según Livio (*Per.*, 91), Sertorio asedió durante cuarenta y cuatro días una Contrebia, ciudad de

ubicación controvertida. Hay tres Contrebia candidatas a haber sufrido este severo asedio: Contrebia Carbica, correspondiente al yacimiento de Fosos de Bayona, en Huete, Cuenca (Abascal y Ripollés, 2000; Lorrio y Sánchez, 2000-2001; Almagro y Lorrio, 2006-2007; Lorrio *et alii*, 2013: 298-299; Romeo, 2018); Contrebia Belaisca, en el yacimiento del Cabezo de las Minas, Botorrita, Zaragoza, y Contrebia Leucade, en Inestrillas, La Rioja (Hernández, 1982). Hay argumentos a favor y en contra en cada uno de estos emplazamientos para ser la candidata de este ataque sertoriano, máxime cuando en todos estos yacimientos se documentan niveles de destrucción con cronologías compatibles con este episodio (Romeo, 2018: 172; Beltrán, 2002: 50-51; Hernández, 2003: 63).

En un primer momento parece que la Contrebia más lógica para este ataque, siguiendo el itinerario de Sertorio, podría ser la Carbica, ya que este, tras dejar a Lucio Insteio con una fuerte guarnición en esta Contrebia, «ad Hiberum flumen copias adduxit». Se podría considerar en términos militares que Contrebia Belaisca y Contrebia Leucade ya están en el Ebro; antes de llegar a la de los belos ya se divisa el río, y para acceder a Inestrillas la vía natural y más cómoda es remontarlo. Pero tenemos una cita de Livio que precisa que un grupo de forrajeadores de Sertorio fue hostigado por berones y autrigones, que, de estar cerca de la Carbica, se hallarían a 200 kilómetros de sus ciudades. Extraño y difícil.

A favor de los que consideran que la Contrebia asediada es la Belaisca (Schulten, 1949; Spann, 1987; García Morá, 1991a: 160-161) está la localización de importantes niveles de destrucción de estas fechas con presencia de numerosos proyectiles de *ballista* en el yacimiento de Botorrita (Ble, 2011: 237), más de 27 en un solo tramo de derrumbe y varios de 1 talento de peso en el foso (Hernández y Gutiérrez, 2014: 398-400), lo que indica el uso de artillería de torsión de gran calibre en un asedio importante a una ciudad clave en la organización y gestión del territorio, como se desprende de los bronceos epigráficos recuperados en este yacimiento (Beltrán y Beltrán, 1996). En contra, están la ya mencionada proximidad al Ebro (18 kilómetros siguiendo el río Huerva), la distancia existente con el territorio berón, a un mínimo de 150 kilómetros, y el hecho de que Hirtuleyo ya había abierto esta vía el año anterior, como hemos visto, además de que todavía no se ha podido situar con exactitud este nivel de destrucción que hay quien encuadra también en las guerras civiles de César (Hernández y Gutiérrez, 2014: 394). Dado lo intenso de este asedio, soy partidario de encuadrarlo en el *bellum sertorianum*,

ya que el posterior conflicto civil romano fue sustancialmente diferente en estrategia y tácticas al que nos ocupa ahora.

Finalmente, Contrebia Leucade, en Inestrillas, La Rioja, sería perfectamente compatible con el pasaje del ataque de berones y autrigones, dada su proximidad (Hernández, 1982: 230; Pina y Pérez, 1998: 252; Gómez, 2001: 36-37; Salinas, 2014b: 25), y quizás el texto relativo a la ulterior marcha de Sertorio hacia el Ebro tenga su justificación en la distancia del yacimiento al río, 33 kilómetros, y el posterior descenso aguas abajo hacia Castra Aelia, sobre todo si el sabino accedió a esta ciudad abandonando el curso del Jalón a la altura de Bilbilis o quizás por la vía del valle del Aranda, presidido por la potente ciudad de Aratis (Fatás y Romeo, 2021). Quizás sea esta la explicación más lógica, ya que así Sertorio podría haber controlado una zona, como la del río Aranda, altamente estratégica por sus recursos mineros en hierro, cobre y plata y su especialización en metalurgia (Romeo, 2016: 85-86), algo especialmente importante para cualquier ejército de la Antigüedad.

El análisis de los textos de Livio aporta un elemento más de duda cuando, al referirse más adelante a la campaña del 76 a. C., el patavino comenta expresamente: «Postero die M. Marium quaestorem in Arevacos et Cerindones misit ad conscribendos ex iis gentibus milites, frumentumque inde Contrebiam, quae Leucada appellatur comportandum». Al precisar «Contrebiam, quae Leucada appellatur», parece que Livio quiere distinguir esta Contrebia de la anteriormente citada en el mismo párrafo y que fue la asediada. En este sentido, hay que recordar las palabras de Manchón (2014: 159) cuando dice que «una noticia puede estar desplazada de su posición adecuada en la secuencia de eventos para ordenar el material en una manera más lógica o agradable, o para crear un énfasis diferente y un mayor efecto dramático que el que pudiese ser logrado por una narrativa estrictamente cronológica».

Se plantea, de este modo, un problema de difícil solución para ubicar con seguridad la Contrebia asediada. Queda una última posibilidad: quizás el sabino atacó ese año 77 a. C. tanto Contrebia Carbica como Contrebia Leucade. El asedio y el control de ambas tiene sentido dentro del cuadro de operaciones desplegado por el sabino; la primera domina una vía de acceso vital hacia el Mediterráneo y la segunda refuerza la retaguardia, en unión con la ciudad aliada de Kalakoris/Calagurris. La homofonía entre las dos ciudades explicaría la falta de precisión o la confusión

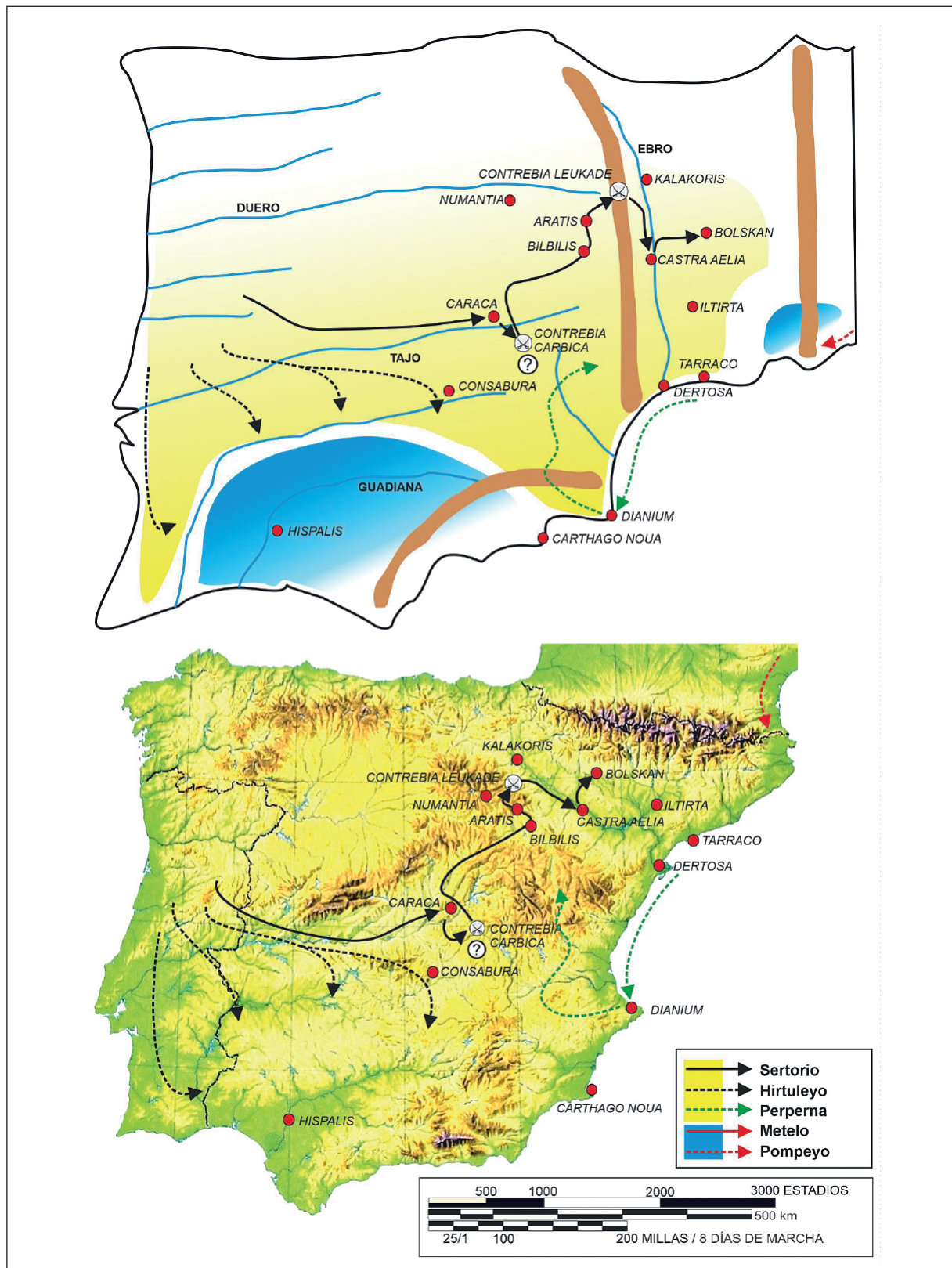


Fig. 6. 77 a. C. Desplazamiento del conflicto al valle medio del Ebro. (Elaboración propia)

de las fuentes y daría sentido a los hechos narrados. Faltaría saber si Contrebia Carbica era hostil a Sertorio o abrazó espontáneamente su causa, ya que la existencia de una trama urbana hipodámica en una amplia zona de este yacimiento en fechas anteriores a este conflicto (Romeo, 2018: 178-179, fig. 11) parece sugerir una implantación itálica previa.

Livio nos dice que, tras controlar esta zona, Sertorio se desplaza hacia el Ebro a pasar el invierno. «Ibi hibernaculis secundum oppidum quod Castra Aelia vocatur» (Liv., *Per.*, 91). Se han propuesto hasta cuatro ubicaciones diferentes para Castra Aelia: Schulten la situó sumariamente en la desembocadura del Jalón, y después se ha planteado su localización en el yacimiento de El Castellar, entre Zaragoza y Alagón (Pina y Pérez, 1998), en Fitero (Olcoz y Medrano, 2006) y en el yacimiento de La Cabañeta, en El Burgo de Ebro (Ferreruela y Mínguez, 2003 y 2006). Frente a la ubicación en la desembocadura del Jalón o aguas más arriba del Ebro, o a la consideración de que incluso nunca llegó a existir Castra Aelia como tal y que cabría leer *castra alia* (García Morá, 1991a: 164), actualmente gana peso la teoría de que este Castra Aelia corresponde al yacimiento de La Cabañeta, en El Burgo de Ebro (Gozalbes, 2000: 200-203; Díaz y Mínguez, 2019: 241), reducción que comparto plenamente tanto por las características del yacimiento como por la coherencia de su ubicación dentro del cuadro de operaciones sertoriano.

Según Plutarco, Salustio y Livio, durante el invierno del 77 al 76 a. C. Sertorio desarrolló una frenética actividad diplomática. Plutarco (*Sert.* xvi, 1) afirma que «Σερτόριος δέ, τῶν ἐντὸς Ἰβηρος αὐτῷ ποταμοῦ πάντων ὁμοῦ τι προστιθεμένων», lo que se podría interpretar como que «abrazaron el partido de Sertorio todos los de la parte de acá del Ebro», es decir, la más próxima a Roma hasta este río (fig. 8). Salustio, por su parte (*Hist.* II, 35), concreta que «At Sertorius vacuus hieme copias augere», es decir, aumentó sus fuerzas con la llegada de contingentes de las ciudades aliadas.

Livio nos proporciona más detalles, reveladores, al detallar que el sabino había dado orden de que cada ciudad fabricase armas, renovando el equipamiento de las tropas y pagando los estipendios. Precisa que reunió obreros escogidos y los estableció en talleres públicos (*officina publica*) para preparar todos los instrumentos de la guerra, asegurando la existencia de los materiales y recursos necesarios. No voy a entrar en las múltiples posibilidades que nos abre este jugoso texto (*vid.* Quesada, 2009: 182-185) y me voy a quedar únicamente con el he-

cho objetivo narrado: el control efectivo de toda la zona de la margen derecha del Ebro, de sus recursos, y el trabajo denodado de Sertorio para preparar un embate decisivo en la península ibérica que le abriese las puertas de Italia. En este momento cabría situar la fortificación de algunas ciudades indígenas que probablemente jugaron un papel fundamental en el abastecimiento y la estrategia de Sertorio. El excepcional sistema defensivo de Los Castellazos, en Mediana de Aragón, a pocos kilómetros de Castra Aelia, puede ser revelador en este sentido; se trata de una ciudad indígena que se fortifica con secuencias de tres fosos de más de 20 metros de anchura cada uno, presididos por una *turris* de factura inequívocamente romana, y que presenta una destrucción y un abandono compatibles con estos convulsos momentos (Romeo, 2002: 172, y 2017: 110-112). Esta fortificación de ciudades aliadas define la táctica defensiva de Sertorio frente a los ejércitos de Roma, una tupida red de centros urbanos fortificados para frenar el avance enemigo y proporcionarle tiempo para desplazar y colocar sus ejércitos de la forma más favorable. Hay que tener en cuenta que estos asentamientos ya contaban con sistemas defensivos desarrollados y avanzados, cuyo potencial era sobradamente conocido por el de Nursia.

Creo que en ese momento, el invierno del 77 al 76 a. C., Sertorio estaba plenamente convencido de que la campaña del año siguiente acabaría con sus tropas a las puertas de la península itálica, pero dos acontecimientos frustrarían estos planes: por un lado, la llegada de Pompeyo, y por otro, paradójicamente, la de Marco Perpenna Ventón.

No entraremos en las razones y los preliminares de la venida de Pompeyo a Hispania. Baste decir que la de Perpenna alertó al Senado romano, que otorgó poderes especiales a Pompeyo (Spann, 1977: 53; Amela, 2003 y 2019: 10-13). Cneo Pompeyo Magno partiría de la península itálica entre abril y mayo del 77 (García Morá, 1991a: 144), o a finales del verano de ese mismo año (Amela, 2019: 14), con unas cinco o seis legiones (*ibidem*, p. 12). Tras un intenso periplo en el que hubo de someter a alógbres, helvios, rutenos, voconcios, volscos y tectosages con el único apoyo de las ciudades de Narbo y Massalia (*ibidem*, p. 25), llegaría a los Pirineos justo a tiempo para establecer los cuarteles de invierno. La campaña de Pompeyo en el sur de la Galia no fue fácil y trae causa tanto del hecho de que la vía marítima para acceder a Hispania estaba controlada por los piratas cilicios como de la necesidad de asegurar un corredor terrestre hacia Hispania, cerrando además al sabino el paso por el

mismo (Salinas, 2006: 164). Los duros enfrentamientos con los galos, junto con la presencia de Hirtuleyo en el valle del Ebro, han dado pie a hablar de una posible alianza de estos pueblos con Sertorio (Holmes, 1923: 142; Sampson, 2013: 175), algo que no se puede confirmar pero que entraría dentro de lo posible, dado que conocemos embajadas de Sertorio a puntos mucho más alejados.

Sobre la fecha de la llegada de Perpenna a la península ibérica, no hay consenso: algunos, como Grispo (1952: 216), la sitúan durante el verano del 77; Spann (1987a: 84) y García Morá (1991a: 170-171), en septiembre, y Scardigli (1971: 252), en invierno. Dado que utilizó la vía marítima, creo que el momento propicio para la navegación y el tiempo necesario para armar la flota nos llevaría como pronto a comienzos del verano del 77. El lugar del desembarco tampoco está claro. Tarraco, sertoriana, quizás se halle demasiado al norte para una navegación próxima al golfo de León, controlado por la flota masaliota, y Cartago Nova estaba bajo control de Metelo. Schulten propuso para el desembarco Dianium, uno de los principales puertos bajo el control de Sertorio, aunque García Morá (1991a: 171) considera más probable que fuese en Dertosa. En este caso quizás el investigador alemán haya acertado, ya que Denia se sitúa en una zona sertoriana con buenos accesos al interior de la Península (fig. 6). Además, contamos con las citas de Estrabón (III, 4, 6) y Salustio (*Hist.* 1, 124), que no dudan en calificar el puerto de Dianium como la base marítima de Sertorio. A ello hay que sumar que se ha identificado una red de puestos de vigilancia marítima y control del territorio en esta zona de la costa que se creen contruidos por el ejército sertoriano (Sala *et alii*, 2013).

Marco Perpenna Ventón fue pretor y gobernador de Sicilia, de donde fue expulsado por el mismo Pompeyo el 82 a. C. Como destacado *popular*, fue igualmente proscrito por Sila y se retiró a Liguria. Estrecho colaborador, quizás amigo, de Marco Emilio Lépido, su muerte lo obligó a huir con su tesoro y sus tropas al único lugar posible: Hispania. Perpenna no albergaba ningún interés en ponerse bajo el mando de Sertorio, al que consideraba menor en linaje e importancia. De hecho, durante el otoño del 77 se mantuvo alejado del sabino y tuvo que ser la amenaza de la presencia de Pompeyo en los Pirineos, junto con la presión de sus propios soldados, si hemos de creer a las fuentes, lo que lo obligó a unirse a Sertorio en el otoño de ese año (Plut., *Sert.* xv, 1-5).

Sobre las acciones de Perpenna el 77 en el solar hispano, las fuentes guardan un completo mutismo.

No creo que el *popular* ascendiese por el Ebro para unirse con Sertorio, como se propuso en su momento (Marco, 1985: 32); considero que simplemente huyó a una zona no controlada por sus enemigos, probablemente sin entablar combates reseñables más allá de la simple supervivencia, hasta que los acontecimientos lo forzaron a una unión militar no deseada.

Así, el 77 acababa con una parte importante y estratégica de Hispania controlada por las fuerzas sertorianas, un Sertorio reforzado y abastecido, Metelo bloqueado al sur por Hirtuleyo y Pompeyo invernando en los Pirineos.

Prueba del control del territorio por parte de Sertorio es la creación de la famosa escuela de Osca (Garcés, 2002), probablemente el otoño o el invierno del 77 al 76 a. C., y no en verano como sostiene Spann (1987: 167), donde Sertorio albergó a niños a partir de siete años procedentes de las élites de los aliados indígenas.

Conviene recordar el texto de Plutarco, *Sert.* II, 4:

Pero lo que más les ganó fue lo de los hijos. Porque a los más nobles de entre los pueblos reunió en Osca, ciudad importante, puso maestros de enseñanzas griegas y romanas y, de hecho, los usó como rehenes, pero de palabra los educaba para hacerlos partícipes, cuando fueran hombres, del gobierno y del poder. Y los padres disfrutaban extraordinariamente al ver a sus hijos con togas orladas de púrpura ir y venir a las escuelas con mucho orden, y a Sertorio pagando sueldos por ellos, haciéndoles pruebas con frecuencia, distribuyendo recompensas a los merecedores de ellas y regalando collares de oro, los que los romanos llaman bullas.

En el *collegium iuvenum* de Osca, el de Nursia los formó como romanos, además de tenerlos realmente como rehenes para asegurarse las voluntades indígenas. Sertorio animaba a estos niños a vestir como jóvenes romanos, con *toga praetexta*, y les prometió la ciudadanía (Plut., *Sert.* XIV, 5). Como señala Manchón (2014: 167), podrían ser los hijos de los reclutados por Pompeyo Estrabón para Asculum el 89 a. C. Así, esta escuela garantizaría la adhesión de las élites, que podrían verse tentadas a unirse a Pompeyo cuando este llegase al solar hispano.

Actualmente se tiende a considerar que Sertorio hizo de Bolískan/Osca su capital, y tanto el hecho de que se ubicase aquí el *collegium* como las emisiones monetales parecen incidir en ello.

En efecto, la aparición de cuños de Bolískan en ciudades tan alejadas como la Bilbilis celtibérica,

en el yacimiento de Valdeherrera (Galindo y Domínguez, 1985: 585-602; Sáenz y Martín, 2015: 101), o Guadalajara (Stylow, 2005: 252), y la masiva aparición de una cuarta emisión de moneda de Bolískan, constituida únicamente por denarios y ases (Domínguez y Aguilera, 2014: 95) en tesorillos (Salinas, 2014b: 35-39), como los 168 denarios encontrados en la Muela de Taracena (Gil, 1980), o niveles y contextos asociados a destrucciones de mediados de la primera mitad del siglo I a. C., sugieren la posibilidad, cada día más sólida, de que hubiese varios talleres itinerantes de esta moneda, siempre en la órbita sertoriana (Gozalbes, 2008: 199). Pese a que otras ciudades indígenas acuñaron denarios, siempre con tipología estrictamente ibérica (Quesada y García-Bellido, 1995: 65-73), para sufragar los costes de la guerra, como Tufiasu, Šekobifikes, Ařekorata o Ikalesken, las emisiones de Bolískan fueron realmente masivas. Tanto es así que Richard (1972: 51 y ss.) afirma taxativamente que las monedas de la Narbonense son indicadoras de la presencia de los *optimates* como las de Bolískan lo son de la de Sertorio.

76. a. C.

Según Spann (1987a: 91), el comienzo de este año contempla un contingente sertoriano formado por cuatro ejércitos de unos 20 000 hombres cada uno: Hirtuleyo en la Ulterior aislando a Metelo, Herenio, el recién llegado Perpenna y el propio Sertorio. Orosio (v, 23, 9), citando a Galba, concreta que la suma del ejército sertoriano ascendía a 60 000 hombres a pie, mientras que Pompeyo contaba con la mitad. García Morá (1991a: 192) da credibilidad a las cifras de Orosio frente a las calculadas por Spann, pero en realidad no difieren tanto, ya que aquel se refiere concretamente a tropas a pie, sin cuantificar la caballería.

Livio nos proporciona un detallado relato de los preparativos de Sertorio para las campañas del 76 que merece la pena reproducir parcialmente por lo preciso:

Disuelta la asamblea, recomendó a todos valor y confianza y les ordenó que regresasen a sus ciudades; al principio de la primavera envió a Marco Perpenna con veinte mil infantes y mil quinientos jinetes al país de los Ilercavones para defender la costa de esta región, indicándole los caminos a seguir para socorrer a las ciudades aliadas que Pompeyo sitiaba, y qué emboscadas podrían tener para atacar al ejército mismo de Pompeyo. Al mismo tiempo, envió cartas a Herennio que se encontraba por los mismos

lugares, y a Lucio Hirtuleyo, en la otra provincia, indicando de qué modo quería que se llevase la guerra; ante todo que se defendiesen las ciudades aliadas de modo que no fuese necesario entablar batalla con Metelo, al cual era desigual en autoridad y en fuerzas. Por su parte, ni creía que él debiese marchar contra Pompeyo, ni Pompeyo había de bajar a entablar batalla con él. Si la guerra se prolongaba, teniendo el enemigo el mar a la espalda, y poseyendo el dominio de todas las provincias, por el mar le llegarían provisiones de todas partes, mientras que él, consumidas todas las provisiones en la anterior campaña, se encontraría en una total inopia. Perpenna había sido colocado junto a la costa con el doble fin de poder proteger los territorios aún intactos por el enemigo y poder atacar de improviso si la situación se presentaba.

Este texto resulta especialmente valioso porque, de creer a Livio, que manejaba información detallada y era un perfecto conocedor de la estrategia y la táctica del ejército romano (Romeo y Garay, 1995: 245), nos proporciona las claves de la idea del sabino. Sertorio con seguridad pretendía aunar las voluntades de todo el interior de la península ibérica para confrontarse y eliminar a Metelo, con Pompeyo aislado en los Pirineos. Neutralizado Metelo, atacaría la vía terrestre y utilizaría igualmente la marítima para aproximarse a Italia.

La disolución de la asamblea, *conventus* en palabras de Livio, sugiere en opinión de García Morá (1991a: 194) que Sertorio había reunido en sus cuarteles de invierno, posiblemente en Castra Aelia (*ibidem*, p. 194; Salinas, 2014b: 27), a un buen número de ciudadanos romanos asentados previamente en la zona, que jugarían un papel relevante como nexo con las poblaciones indígenas. Hay que recordar que en este momento las ciudades de fundación exclusivamente romana son todavía anecdóticas y la intensa romanización de esta zona, promovida ya desde comienzos del siglo II a. C. y facilitada e impulsada por la paz de Graco (Romeo, 2016: 83-84; García Riaza, 2006: 90), haría habitual la presencia de ciudadanos romanos, *mercatores* y guarniciones sobre todo, en las ciudades ibéricas y celtibéricas. Pues bien, les ordena que regresen a sus ciudades, haciendo de las mismas uno de los ejes fundamentales de su estrategia, y asegura de este modo el territorio y la logística de aprovisionamiento de los ejércitos.

No tenemos que olvidar que Sertorio se encontraba en una zona segura; ya se había establecido en Bolískan/Osca, haciendo de ella una de sus principales bases, y controlaba el valle del Jalón y todos los territorios hasta la desembocadura del Ebro.

Sigue el patavino precisando que ordena a Perpenna acudir al territorio ilerjavón para defender la costa y socorrer a las ciudades sitiadas por Pompeyo, y el razonamiento del final del texto no tiene desperdicio; Sertorio estaba convencido de que Pompeyo no penetraría en el territorio hacia el sur para no perder el contacto con la costa, por donde se aprovisionaba con ayuda de la flota masaliota, que controlaría exclusivamente el golfo de León. Pensaba que Pompeyo evitaría a todo trance embolsarse en territorio hostil, ante la defensa en profundidad planteada en el valle del Ebro. Las cartas enviadas a Herennio, que ya se encontraba en esa zona del litoral y que debía ser reforzado por Perpenna, muestran claramente el control sertoriano efectivo de la zona ilerjavona (Oliver, 2018: 87) al comienzo de este 76 a. C. De hecho, el texto precisa que Pompeyo está sitiando ciudades aliadas, quizás ilerjavonas o cessetanas (García Morá, 1991a: 215), lo que nos indica tanto la resistencia de las ciudades frente a un ejército consular, lo que ya de por sí es significativo, como la táctica de Pompeyo de asegurar completamente un territorio al norte del Ebro como cabeza de puente para su penetración efectiva en el litoral mediterráneo, muy posiblemente con la intención de unir sus tropas con las de Metelo y aislar al sabino del contacto con el mar.

El hecho de que Sertorio indique con precisión a Perpenna los caminos a seguir para auxiliar a estas ciudades y los puntos más favorables para emboscar al ejército de Pompeyo no hace sino redundar en algo que ya comenté con anterioridad: el conocimiento detallado por parte de Sertorio del territorio, algo que solo puede conseguirse con mapas precisos a una escala adecuada.

Finalmente, el sabino envía instrucciones detalladas a Hirtuleyo para que siga conteniendo a Metelo, ayudando a las ciudades aliadas atacadas para seguir garantizando su lealtad, pero reitera la orden taxativa de rehuir en todo momento un combate directo.

El libro 91 del epítome de Tito Livio sigue siendo un documento excepcional para esta etapa, que aporta detalles precisos sobre los acontecimientos. Livio nos cuenta que en este momento Sertorio decide avanzar contra berones (Castro, 2019; García Larreina, 2020) y autrigones por su manifiesta hostilidad; además de haberle atacado cuando asediaba Contrebia, habían hablado con arévacos y otros *populi* para que se uniesen a ellos contra Sertorio. Esto nos ubica un foco hostil a Sertorio entre el Jalón y el Ebro y otro al oeste de la frontera formada por Contrebia Leucade y Kalakoris, la que después será Calagurris Nassica

(fig. 7). La necesidad de asegurar su retaguardia en el flanco oeste, prestando apoyo además a ciudades aliadas, justifica la presencia del mismo Sertorio en una acción punitiva contra los berones. La cita de la devastación de Bursau, Cascantum y Graccurris, y el hecho de que asolase sus cosechas y no las recogiese en beneficio propio, nos indican dos cosas: primero, la acción debe situarse en fechas en las que el cereal está alto pero todavía no se puede cosechar, es decir, posiblemente junio o julio, y en segundo lugar, el que los celtíberos fuesen aliados, junto con la breve mención de estas ciudades, parece sugerir que su actitud hostil fue una decisión propia de estas ciudades, que no suponían una grave amenaza pero a las que convenía anular.

Tras acampar cerca de la ciudad aliada de Kalakoris / Calagurris, pero al otro lado del río, construyendo un puente para ello, Sertorio envía al cuestor Marco Mario a territorio de arévacos y pelendones con la misión de reclutar tropas, además de asegurar la lealtad de estos pueblos. Después de ello, Mario debe volver a Contrebia Leucade y aprovisionarse de trigo. Sertorio deja así un cuerpo de ejército de reserva en su retaguardia por si necesita refuerzos. Envía igualmente a Cayo Insteyo, prefecto de caballería, a territorio vacceo para reclutar fuerzas de caballería, con la misma indicación: volver con las tropas a Contrebia Leucade y esperar sus órdenes. El sabino hace de esta su centro de operaciones dada su estratégica situación, que le permitía estar en territorio aliado, aprovisionarse y poder marchar con rapidez hacia el Ebro o hacia el sur, si fuese necesario, sin perder de vista su proximidad a Kalakoris (fig. 7), una ciudad aliada que emitió moneda en ese momento, presumiblemente para financiar al ejército sertoriano (Amela, 2014; Romeo, 2016: 75-76).

Se dirige Sertorio hacia Vareia y, según Livio, «in confinio Beronum posuit castra». Quizás sea este el campamento localizado en las inmediaciones de Fitero (Olcoz y Medrano, 2006). Tras tomar Vareia sin mayor problema y pacificar su retaguardia, Sertorio controlaba *de facto* una amplia zona del territorio peninsular; el frente oeste estaba asegurado, salvo zonas de la sierra cántabra y del extremo este, Metelo encapsulado por Hirtuleyo en el sur y Pompeyo confinado en el extremo nororiental por Perpenna y Herennio. No obstante, a comienzos del verano el curso de la guerra tomó nuevos derroteros con la iniciativa de Pompeyo.

Los textos de Orosio (v, 23, 9) y Frontino (i, 4, 8) sitúan a finales de la primavera a Pompeyo

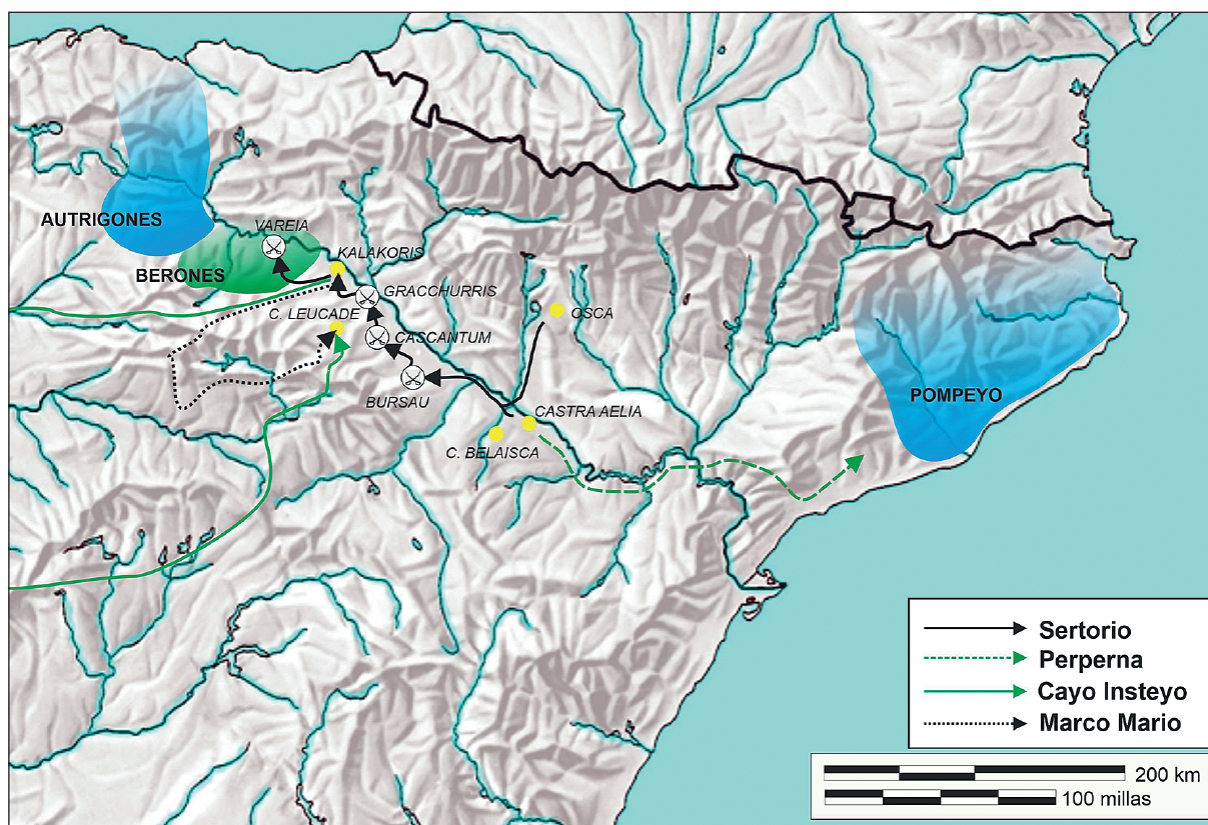


Fig. 7. 76 a. C. Primera fase: control del Ebro y Celtiberia. (Elaboración propia)

reuniendo su ejército en el río Palancia (García Morá, 1991a: 215-216) con el fin de ayudar a la ciudad de Lauro, que estaba siendo, al parecer, asediada por Sertorio.

Si aceptamos este episodio, reproducido por la mayor parte de las fuentes conservadas, podemos deducir al menos dos hechos: en primer lugar, Pompeyo había superado y rebasado las defensas planteadas por Perpenna y Herennio, bajando rápidamente por la costa, y en segundo término, algunas ciudades edetananas, como la de Lauro, habían permanecido fieles a Roma o, al ver próximo a Pompeyo, habían tomado causa por él.

En cualquier caso, Sertorio había previsto esta posibilidad, como se desprende de los encargos realizados a Mario e Insteyo, desandando sus pasos, reforzándose en Contrebia Leucade y dirigiéndose hacia el río Palancia para asegurar la zona, contexto en el que habría que situar el asedio de esta ciudad, según nos transmite Plutarco (*Sert.* VIII, 4-11).

No entraré, como comenté al comienzo, en el análisis de este episodio (Plut., *Pomp.* 18; Frontino, *Strat.* II, 5, 31; App., *BC* I, 109, 510-511; Orosio V,

23, 6-7; Sal., *Hist.* II, 29-31). Nos quedaremos con el hecho de que Pompeyo fue derrotado, siendo tomada Lauro por Sertorio (fig. 8).

Pompeyo hubo de retirarse, pero dejó atrás a parte de su ejército, que, si hacemos caso a Salustio, fue mandado a Cartago Nova para asegurar este puerto vital (Sal., *Hist.* II, 56-57). En concreto, parece que había enviado al cuestor Cayo Memio, que fue sitiado después por tropas sertorianas (García Morá, 1991a: 228-229). Este hecho está indicando una ambiciosa operación pompeyana para asegurar la costa. El asedio no tuvo éxito. Es posible que se tratase solo de una escaramuza y que el grueso del ejército de Sertorio estuviese concentrado en seguir de cerca a Pompeyo, que se retiraba hacia el norte.

Tras Lauro, Sertorio tenía asegurado a mediados del 76 a. C. un buen tramo de costa (fig. 8), pero en ese momento se produjo un acontecimiento que, a mi juicio, fue uno de los detonantes de su derrota final: la destrucción del ejército de Hirtuleyo en Italica a manos de Metelo y el derrumbe del frente sur (Frontino, *Strat.* II, 1, 2; Orosio V, 23, 10; Liv., *Per.*, 91; Sal., *Hist.* II, 28-59).

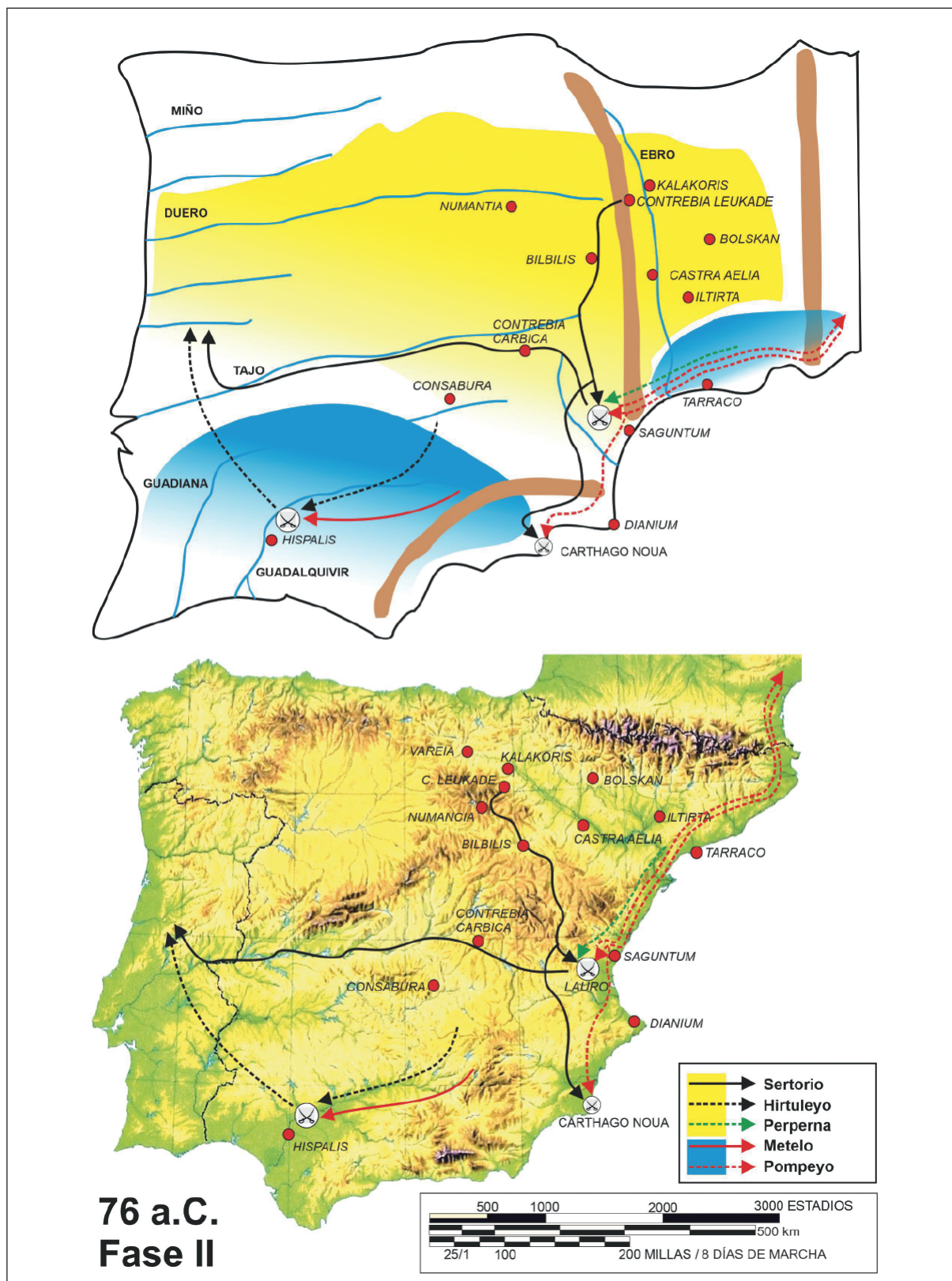


Fig. 8. 76 a. C. Segunda fase: movimientos de Metelo y Pompeyo y retirada de Sertorio hacia el oeste. (Elaboración propia)

Ya hemos comentado que Hirtuleyo había recibido varias veces la consigna de aislar a Metelo y no enfrentarse a él. El general parece contravenir esta orden directa y se interna en territorio controlado por el enemigo, sufriendo una derrota total en Italica... (Frontino, *Strat.* II, 1-2; Orosio V, 23, 10; Liv., *Per.*, 91). ¿Por qué? Hay dos posturas respecto a las razones del lugarteniente de Sertorio, que no era precisamente bisoño en esto de la guerra. Spann consideró en su momento (1987a: 105) que Hirtuleyo, tras ser conocedor del éxito en Lauro, quiso rematar él solo a Metelo. Por el contrario, otros creen que Metelo fingió una retirada de Sierra Morena para atraer a Hirtuleyo, consiguiendo que lo siguiese penetrando en territorio enemigo (García Morá, 1991a: 233), lo que me parece más coherente con el proceder habitual del lugarteniente sabino. Sea como fuere, el astuto general romano había aguardado pacientemente el momento idóneo para destrozar al ejército sertoriano del sur; mantuvo desde el 78 a. C. sus posiciones, accesos y puertos claves, como se deduce de la mención de Salustio (II, 28) sobre un terremoto en Córdoba, y atrajo a una zona propicia al enemigo, entabló combate en situación ventajosa y lo venció, causando graves daños.

La caída del frente sur fue definitiva; Sertorio necesariamente tuvo que dejar huir a Pompeyo, que se retiró a invernar a la Galia, y el sabino se vio obligado a gestionar un amplio frente por el que Metelo podía moverse con libertad. Un enorme cambio de fase, en términos militares. Sertorio se dirigió hacia el este, hacia Lusitania, para reunirse con Hirtuleyo y reelaborar completamente la campaña del año 75 a. C. A partir de este momento Sertorio perderá la iniciativa y se verá obligado a responder a las acciones de sus enemigos. *Alea jacta est*.

75 a. C.

Podemos considerar las campañas de este año como las decisivas para el desenlace de la guerra. Un Sertorio desconcertado por el derrumbe de su frente sur se enfrenta tanto a un Metelo reforzado y libre de movimientos, controlando todo el litoral sur de la Península con Cartago Nova como puerto esencial, como a un Cneo Pompeyo Magno invernando en los Pirineos, en una Galia asegurada, con una importante cabeza de puente en el sector noreste que le abre el paso al valle del Ebro y a la costa mediterránea. Uno de los grandes temores del sabino se hará realidad, como vamos a ver, con la unión de ambos generales y la pérdida de la costa, lo que permitió a Pompeyo,

reforzado, emprender una audaz campaña al corazón del territorio hostil.

Dejamos el invierno del 76 a Sertorio con Hirtuleyo planificando la campaña y reforzándose en Lusitania; a comienzos del 75 Sertorio se dirige hacia el litoral mediterráneo a ocupar la cabecera del Júcar, una zona vital para separar y mantener alejados a los dos ejércitos enemigos, y encarga a su mano derecha que le cubra la retaguardia impidiendo a cualquier medio la aproximación del ejército de Metelo hacia el este (Salinas, 2014a: 27). Spann (1987a: 109) ha querido ver en el ánimo de Hirtuleyo la sed de venganza por la derrota del año anterior, de lo que no cabe duda, pero los movimientos de Sertorio inciden en la necesidad de asegurar retaguardia y flancos de su ejército, impidiendo el movimiento del viejo general silano.

Este experimentado y hábil estratega, conocedor de la necesidad de Sertorio de mantenerlo en la Ulterior a toda costa, decidió remontar el Betis (García Morá, 1991a: 244) planificando un combate decisivo que le dejase totalmente libre. No sabemos cómo, pero en la primavera del 75, quizás cerca del río Anas y de la ciudad de Segoviam, si hacemos caso a Floro (II, 10, 7), en una zona que se ha querido situar en el paraje de la isla del Castillo, a 8 kilómetros de Écija (Bonsor, 1931: 12-14; Tovar, 1974: 113-114), Metelo y los hermanos Hirtuleyo entablan combate formal. El resultado es contundente: «Hirtulei fratres interfecti» (Orosio V, 23, 12) y el ejército sertoriano queda destruido. La muerte de los dos hermanos y la desaparición de su ejército obligarán al sabino a modificar sustancialmente los planes, abriendo un nuevo capítulo.

Mientras tanto, Pompeyo descendió por la costa hacia la línea defensiva establecida por Perpenna y Herennio en el río Turia. La cita de Orosio (V, 23, 11) relativa a la toma de la ciudad de Belgida, que Salustio (II, 98, 5-6) precisa que se produjo en *expeditiones hibernas*, lleva a pensar que comenzó esta marcha al sur en los mismos comienzos del año 75, todavía en invierno (García Morá, 1991a: 241). La más que probable identificación de Belgida con la ciudad celtibérica de Belikiom, en las inmediaciones de la localidad zaragozana de Azuara (Asensio, 1995: 63; Royo, 1992), hace valorar la posibilidad de que Pompeyo descendiese por la costa con un importante cuerpo de ejército asegurando su flanco vulnerable, por el interior, si hacemos caso a Orosio. No obstante, desde un punto de vista geoestratégico lo más lógico es que dicho asedio y la posterior destrucción se produjesen avanzado el año, con Pompeyo persiguiendo a Sertorio (*vid. infra*).

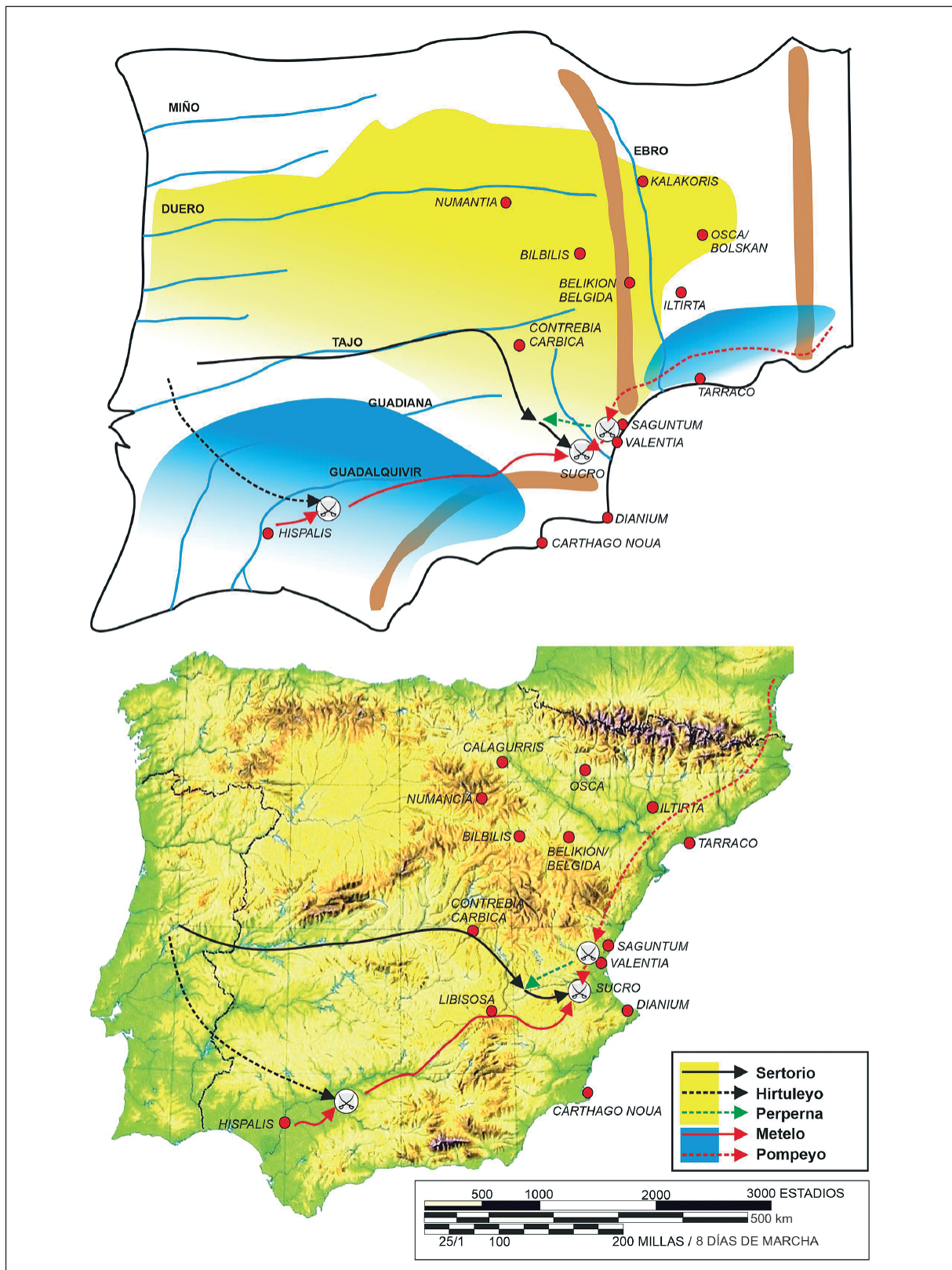


Fig. 9. 75 a. C. Primera fase: movimiento de Sertorio hacia el Mediterráneo. (Elaboración propia)

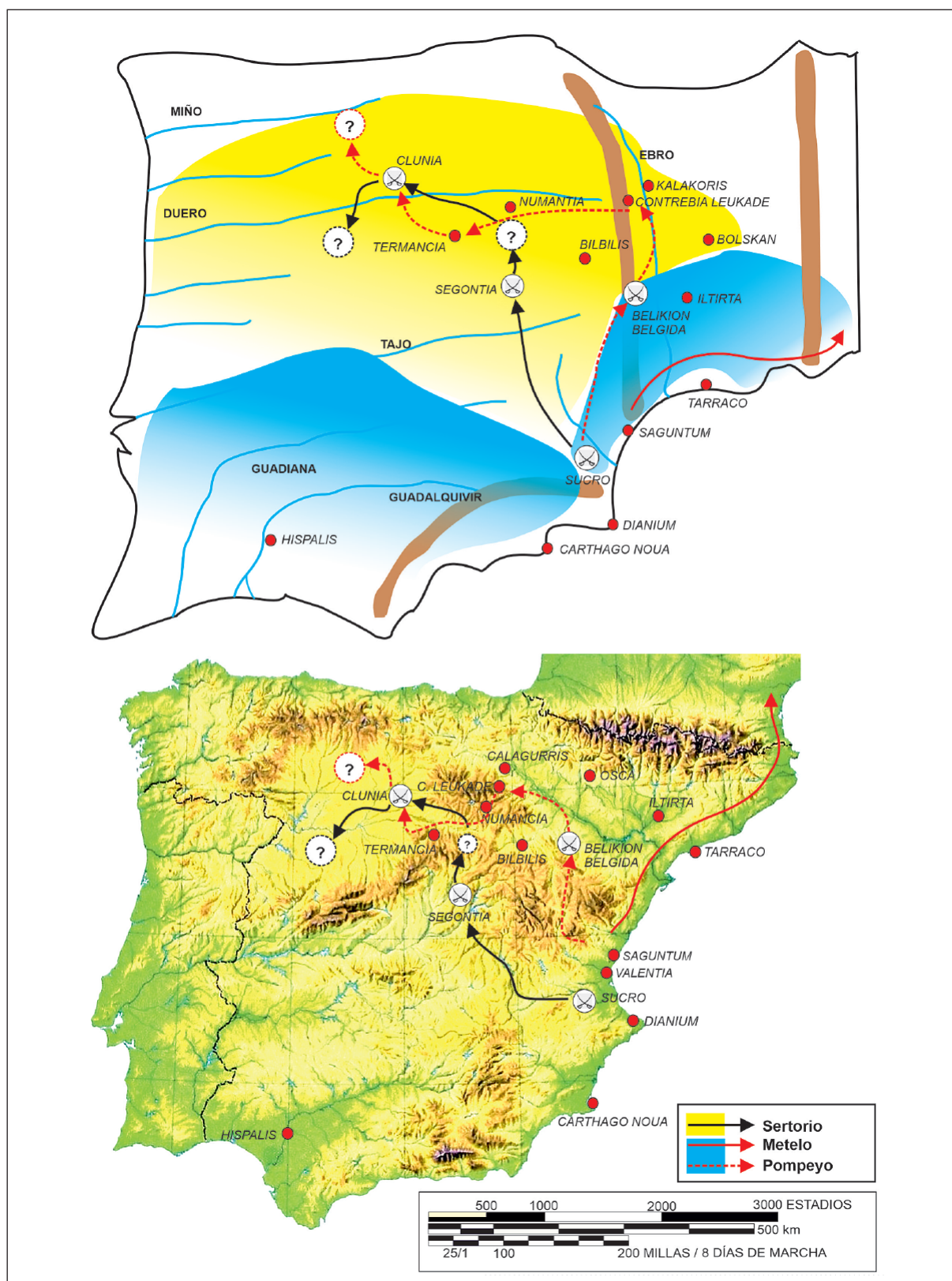


Fig. 10. 75 a. C. Segunda fase: retirada de Sertorio al oeste y de Metelo hacia el norte. (Elaboración propia)

Plutarco (*Pomp.* 18) nos cuenta que los sertorianos son derrotados cerca de Valentia por la poca previsión de Perpenna, mientras que Salustio (*Hist.* II, 53-53) nos proporciona más detalles, indicando que el general se vio atrapado frente a Pompeyo con una ciudad a su izquierda, Valentia, un río a la derecha y el mar a su espalda. La derrota parece que fue dura y que Valentia fue tomada por Roma, llegando hasta nosotros un registro arqueológico de violencia y crueldad extremas (Ribera, 2014: 69-72).

En defensa de este comandante, poco dotado para la estrategia y menos simpático aún para las fuentes antiguas, hay que decir que muy posiblemente Sertorio desplazase el 76 parte del ejército de la costa para reforzar la Ulterior. Sea como fuere, la línea defensiva cae y Sertorio, que estaba esperando a Metelo entre el Segura y el Júcar (García Morá, 1991a: 253), recibe la noticia de que Perpenna se dirige con los restos de su ejército a reunirse con él, seguido de cerca por Pompeyo (fig. 9).

Los escritores clásicos coinciden en afirmar que el sabino prefería enfrentarse a Pompeyo antes que a Metelo (Plut., *Sert.* XIX, 1-11; *Pomp.* 19; App., *BC* I, 110, 512-513; Floro II, 10; Liv., *Per.*, 92), por lo que desplaza el ejército hacia el norte, para esperar al ejército de Pompeyo en el río Sucro, nuestro actual Júcar (Plut., *Sert.* XIX, 2). Pompeyo fue rebasado por Sertorio el primer día de combate (Pérez, 2014: 55-58), y solo la llegada por sorpresa de Metelo el segundo día desde el sur, por uno de los flancos del ejército sertoriano, libró al Magno de otra humillante derrota, siendo Metelo el auténtico vencedor (Livio, *Per.*, 92). El viejo general, tras acabar con los hermanos Hirtuleyo, se había dirigido a máxima velocidad a contactar con Pompeyo, progresando por la vía Heracléa y destruyendo a su paso algunas ciudades como Libisosa (Uroz y Uroz, 2014: 214).

Tras esta confrontación, el ejército sertoriano se repliega hacia una ciudad que se quiso identificar con Sagunto, quizás por ser esta una aliada próxima, pero que Konrad (1994) ha situado con solvencia en Segontia. Allí se entabla un nuevo combate (Plut., *Sert.* XXI, 1-4; App., *BC* I, 110, 515; Sal., *Hist.* II, 64), solo una escaramuza, en opinión de Spann (1984: 116-119), pero que supone la muerte de Memio y en la que incluso el general Metelo es herido (Salinas, 2014a: 29). El ejército sertoriano se debe retirar nuevamente, pero esta vez hacia el interior peninsular, parapetándose en una ciudad montuosa y fortificada, reparando sus muros y asegurando las puertas (Plut., *Sert.* XXI, 1-4), ciudad de la que desconocemos más datos pero que podemos situar en Celtiberia (fig. 10).

Sertorio, desde esta ciudad, emprendió una resistencia activa contra los ejércitos senatoriales con acciones puntuales contra cuerpos de ejército menores y líneas de aprovisionamiento (Plut., *Sert.* XXI, 4-8; App., *BC* I, 110, 516), una situación que no pudo mantener mucho tiempo, de modo que se retiró el otoño hacia el interior, a territorio aliado celtibérico. Esto devolvió a Roma el poder en buena parte de la costa mediterránea, salvo algunas zonas aisladas que seguirían bajo el mando sertoriano, unidas solamente por el control efectivo del mar por los cilicios, un dominio que no llegaría más allá de la desembocadura del Ebro (García Morá, 1991a: 262).

Los ejércitos de los dos generales romanos, por fin unidos, ascienden durante el verano por la costa para separarse, quizás a la altura del Ebro (*ibidem*, p. 263), quizás antes, a dos puntos distintos: Metelo se retira con sus tropas a un merecido descanso en la Galia Narbonense, mientras que Pompeyo decide proseguir campaña en terreno poco seguro. No estamos en condiciones de afirmar taxativamente si el pasaje que describe Livio (*Per.*, 92) de un Sertorio asediado en Clunia por Pompeyo se puede llevar a este momento (García Morá, 1991a: 264) o pertenece al año anterior (Konrad, 1995: 160), pero sí que parece claro que el Magno decidió internarse en la margen derecha del valle del Ebro, con seguridad con el apoyo de pueblos reprimidos por Sertorio como lusones y berones, entablando combates en la zona norte de Celtiberia, como se deduce del célebre pasaje narrado por Salustio (*Hist.* II, 91), donde se cuentan las diferentes posturas tomadas en cada una de las ciudades celtibéricas y el papel de las mujeres para llevar a la *iuventus* celtibérica a una posición beligerante (Ciprés, 2002: 147). En este contexto tendría también sentido el asedio y la toma de Belgida/Belikiom, teniendo que retrasar la campaña de invierno citada por Orosio de comienzos del 75 a. C. a finales de este mismo año.

Los datos de esta fase de la campaña, anecdóticos en las fuentes, provienen en su mayor parte del registro arqueológico de numerosos yacimientos y de la localización de varios campamentos. Así, Salinas (2014b: 27) opina que Pompeyo establecería un *castra stativa* en el valle de Araguren (Armendáriz, 2005: 41-64; Beltrán, 1990: 211-226; Díaz, 2008: 84) para descender después a terreno lusón, remontando el curso del Ebro. Pompeyo ordena al legado Titurio invernar con quince cohortes en Celtiberia «a la cabeza de sus aliados» (Sal., *Hist.* II, 94), quizás en los campamentos de Renieblas IV y V en opinión de García Morá (1991a: 272), aunque yo mantengo mis reservas

sobre esta posición, que implicaría que los arévacos serían en ese momento aliados. Salinas opina que cabe identificar este campamento de Titurio con el localizado en las inmediaciones de Fitero (Medrano y Remírez, 2009).

Pompeyo seguiría su avance, devastando los campos de Termancia y aprovisionándose de trigo (Sal., *Hist.* II, 95), llegando quizás hasta Clunia, como hemos visto anteriormente, e invernando en territorio vacceo (Konrad, 1995: 187), posición que quizás sea compatible con la precisión de «remotus in Vascones» que nos da Salustio (*Hist.* II, 93). La tradición de suponer a Pompeyo invernando y fundando Pompaelo (Pina, 2009a: 196-202) parte de la traducción de Schulten *et alii* (1937: 220), aunque hoy se pone en duda; de hecho, la mención de una ciudad próxima al campamento de invierno llamada *Mutudurei* parece hallarse en relación con el hidrónimo *Duero* (Jordán, 1999).

La estrategia de Pompeyo con este movimiento es clara, y fue realmente efectiva. Con la costa controlada, buscó cortar la otra vía de acceso de Sertorio hacia Italia, el valle del Ebro. Quedaba así el valle medio de este río fuera de la órbita sertoriana, al igual que sus numerosos recursos, pese a que importantes zonas y centros urbanos seguirían siendo fieles al sabino y este sector distaba de estar controlado totalmente por Roma, aunque García Morá (1991a: 273) opina que Metelo había dejado un cuerpo de ejército controlando ya buena parte del curso medio del Ebro, una decisión muy adecuada para no desgarnecer un territorio prácticamente controlado pero no asegurado.

Dejamos este año con Sertorio a la defensiva, abandonando plazas y retirándose hacia el interior peninsular, a una zona desconocida que cabe situar en el curso medio del Duero. Metelo está invernando en Galia y controlando la Ulterior, buena parte de la costa y del valle medio y bajo del Ebro, y Pompeyo se encuentra clavado en el corazón de la mitad norte peninsular, cortando el acceso al valle del Ebro.

No quiero entrar en el asunto de la búsqueda de apoyo de Mitrídates VI del Ponto (García Morá, 1991c; Pina, 2009b: 228). Nos quedaremos con que Sertorio esperaba de su nuevo aliado apoyo económico, suministros y una flota que llegaría el año 74 a. C. al puerto de Dianium, cuando ya era demasiado tarde.

En este momento Pompeyo escribiría su famosa carta al Senado de Roma (Sal., *Hist.* II, 98). Con los movimientos de tropas que hemos visto, y estando reciente una dura campaña, cobra sentido la terrible expresión con la que abre este artículo: «Hispaniam citiorem, quae non ab hostibus tenetur, nos aut Sertorius ad internecionem vastavimus».

74 a. C.

Las fuentes escritas para esta campaña, la decisiva en el valle del Ebro, son realmente muy reducidas (Salinas, 2014a: 29). Salustio y Plutarco no mencionan nada más que la conjuración contra Sertorio y su asesinato (García Morá, 1991a: 305), y solo contamos con Livio hablando del asedio de Pompeyo y Metelo a Calagurris, y con Apiano, Estrabón y Frontino, que proporcionan pocos datos más. Únicamente podemos reconstruir los movimientos *grosso modo* de las tropas y lo que ello pudo suponer. En cualquier caso, sabemos que la carta de Pompeyo hizo su efecto y el Senado de Roma, que había sido hasta cierto punto reticente a la hora de proporcionar demasiados medios al joven general, decidió enviarle dinero, pertrechos y dos legiones, que se unieron a Metelo en la Narbonense.

Desde los Pirineos, el general con seguridad tuvo que remontar el Ebro para unirse a Pompeyo (App., *BC* I, 112, 522), abastecerlo y planificar la campaña. No sabemos si Metelo bajó por la costa para subir por el Ebro o si se internó por el interior, cruzando territorio ilergeta por la vía romana, existente ya a mediados del siglo II a. C. (Járrega, 2019: 146). Quizás esta sea la opción más plausible, tanto por el ahorro en tiempo de marcha, algo especialmente importante, ya que debía reforzar con premura a Pompeyo, como por el hecho de que la campaña del año anterior había asegurado prácticamente esta zona; si quedaron focos y núcleos rebeldes, muy posiblemente fueron anulados (Salinas, 2014b: 28) o, de algún modo, embolsados y neutralizados. La rapidez de los movimientos de Metelo incide en esto mismo; de haber sido territorio hostil, hubiese sido necesario proteger los flancos, rastrear previamente el territorio y desplegar toda una serie de medidas tácticas de protección, habituales en marcha de campaña, que la hubiesen ralentizado.

Muy posiblemente la unión de ambos generales se tuvo que producir en una zona no muy distante de Kalakoris/Calagurris, ya que Livio (*Per.*, 93) especifica que ambos, Pompeyo y Metelo, deciden asediar y tomar juntos esta ciudad (Pina, 2006: 123; Cinca *et alii*, 2003).

Sertorio contraataca, por lo que no debía de haber invernado demasiado lejos, y consigue que los dos generales levanten el sitio y se dirijan en direcciones casi opuestas, siguiendo con seguridad lo que habían planificado: Metelo irá a la Ulterior y Pompeyo penetrará en territorio hostil, hacia poniente.

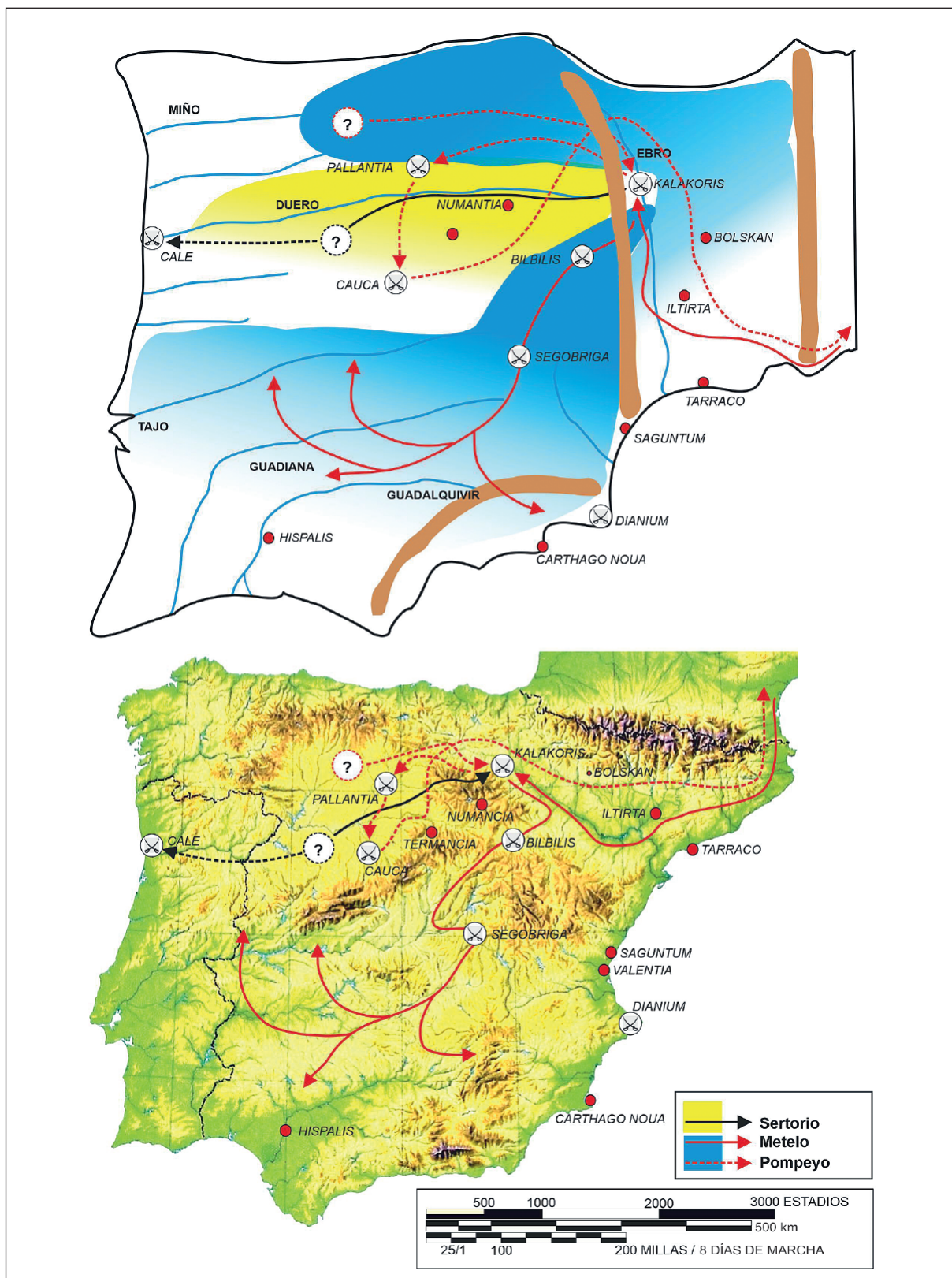


Fig. 11. 74 a. C. Roma asegura el sur de la península ibérica y el valle del Ebro. (Elaboración propia)

El escueto comentario de Estrabón (II, 4, 13) al afirmar que Metelo toma en este momento Bilbilis y Segobriga nos permite identificar la vía tomada por el general hacia el sur: el valle del Jalón, la puerta de acceso al sur peninsular. Para ello bajaría por la margen derecha del Ebro y se internaría hacia el sur, dejando a su paso regiones devastadas como muestran las numerosas destrucciones que nos indica la arqueología.

No todas las ciudades se enfrentaron al ejército de Roma, como parece indicar la tésera de hospitalidad de Fuentes Claras (Díaz, 2008; Salinas, 2014b: 28), y Metelo llegó sin demasiadas complicaciones a la Ulterior, donde fue recibido con celebraciones (Plut., *Sert.* XXII, 2-4; Sal., *Hist.* II, 70).

De Pompeyo sabemos que se dirige hacia el oeste y asedia Pallantia (App., *BC* I, 112, 524) y Cauca (Frontino, II, 11, 2), en territorio vacceo. La razón de este movimiento es obvia: con Metelo controlando la Bética y buena parte de la costa, y asegurado el valle del Ebro, el Magno busca aislar a Sertorio y rodearlo con Metelo desde el sur.

Una serie de noticias dispersas nos hablan de conflictos en puntos alejados del supuesto frente de combate; así, tenemos la toma de Cales, en Gallaecia, por Perpenna (Sal., *Hist.* III, 43) y un ataque a Dianium (*ibidem*, 6), que seguía en manos sertorianas, por Marco Antonio Crético (Schulten *et alii*, 1937: 232). Quizás el pasaje de Cale nos esté indicando la búsqueda del apoyo de los braccarense a la causa sertoriana (García Morá, 1991a: 325), dada la pérdida del valle del Ebro (fig. 11).

Pese a la escasez de las fuentes, parece claro que el dominio sertoriano sobre territorios en principio favorables a su causa se estaba disolviendo como un terrón de azúcar ante el avance de Roma, un avance que muchas ciudades y *populi* indígenas comenzaban a ver como definitivo.

La parquedad de las fuentes nada nos dice del ejército de Metelo una vez alcanzada la Ulterior. Cabe suponer que las celebraciones exageradas que nos narran las fuentes a su llegada no impidieron que el general tomase las medidas más adecuadas para asegurar y ampliar el control de la Ulterior, quizás con movimientos de ejército hacia el norte, hostigando a un Sertorio acosado.

Tras esta campaña Pompeyo se retira al valle alto del Ebro para pasar a invernar en la Galia, en un momento en el que es probable que todo el noreste estuviese controlado por Roma, incluso ciudades como Bolskan/Osca e Ilerda en opinión de García Morá (1991a: 329), aunque Salinas (2014a: 30) con-

sidera que existirían en el valle medio del Ebro otras ciudades importantes todavía en manos de Sertorio. Más adelante volveré sobre este asunto.

73 a. C.

Este año se ha considerado como el último activo de Sertorio, y las fuentes son más parcas si cabe que para el anterior. Prácticamente solo tenemos a Apiano (*BC* I, 113, 525-526), comentando sumariamente que muchas ciudades fueron arrebatadas a Sertorio, y a Estrabón (III, 4, 10), quien precisa que Ilerda, Osca, Calagurris y zonas costeras de Tarraco y Hemeroscopion/Dianium «fueron testigos de los últimos esfuerzos de Sertorio tras su expulsión de entre los celtíberos». Apiano no proporciona más detalles que comentar que «los generales romanos, más envalentonados, atacaron con desprecio a las ciudades fieles a Sertorio, le arrebataron muchas, asaltaron otras [...]. No obstante no sostuvieron ninguna batalla de importancia».

Con estos breves textos resulta imposible dibujar con precisión el cuadro de operaciones de esta campaña. Nos tenemos que quedar con que Sertorio fue expulsado de Celtiberia, posiblemente por Pompeyo y por la defección de los antiguos aliados, y con que unas pocas ciudades serían testigos de sus últimos esfuerzos, fueran estos los que fueran. Apiano remata y precisa que los generales romanos arrebataron muchas ciudades y tomaron al asalto alguna de ellas.

La estrategia de Pompeyo parece que funcionó perfectamente, alejando a Sertorio de las zonas con mayor posibilidad de aprovisionarlo de tropas y recursos. Este se encontraba con un ejército disminuido, con desertiones continuas, intentando mantener algunas plazas pero sin controlar ya casi ningún territorio de forma efectiva.

Siendo conscientes de la importancia del valle medio del Ebro, me cuesta mucho pensar que los generales Metelo y Pompeyo hubiesen dejado sin someter algunas de las ciudades más importantes de este territorio como Bolskan o Ilerda, tanto por motivos estratégicos (fig. 12) como propagandísticos. Releyendo a Estrabón, estas ciudades serían sometidas ese año 73, dentro de los ataques que comenta Apiano (García Morá, 1991a: 337). Cabe deducir que ambos generales se dedicaron a sofocar todos los focos sertorianos que pudieron, campando a sus anchas por casi todo el territorio peninsular, quizás dividiendo sus ejércitos en cuerpos más reducidos de diez o quince cohortes para tomar las ciudades o, llegado el caso, asediarlas y someterlas.

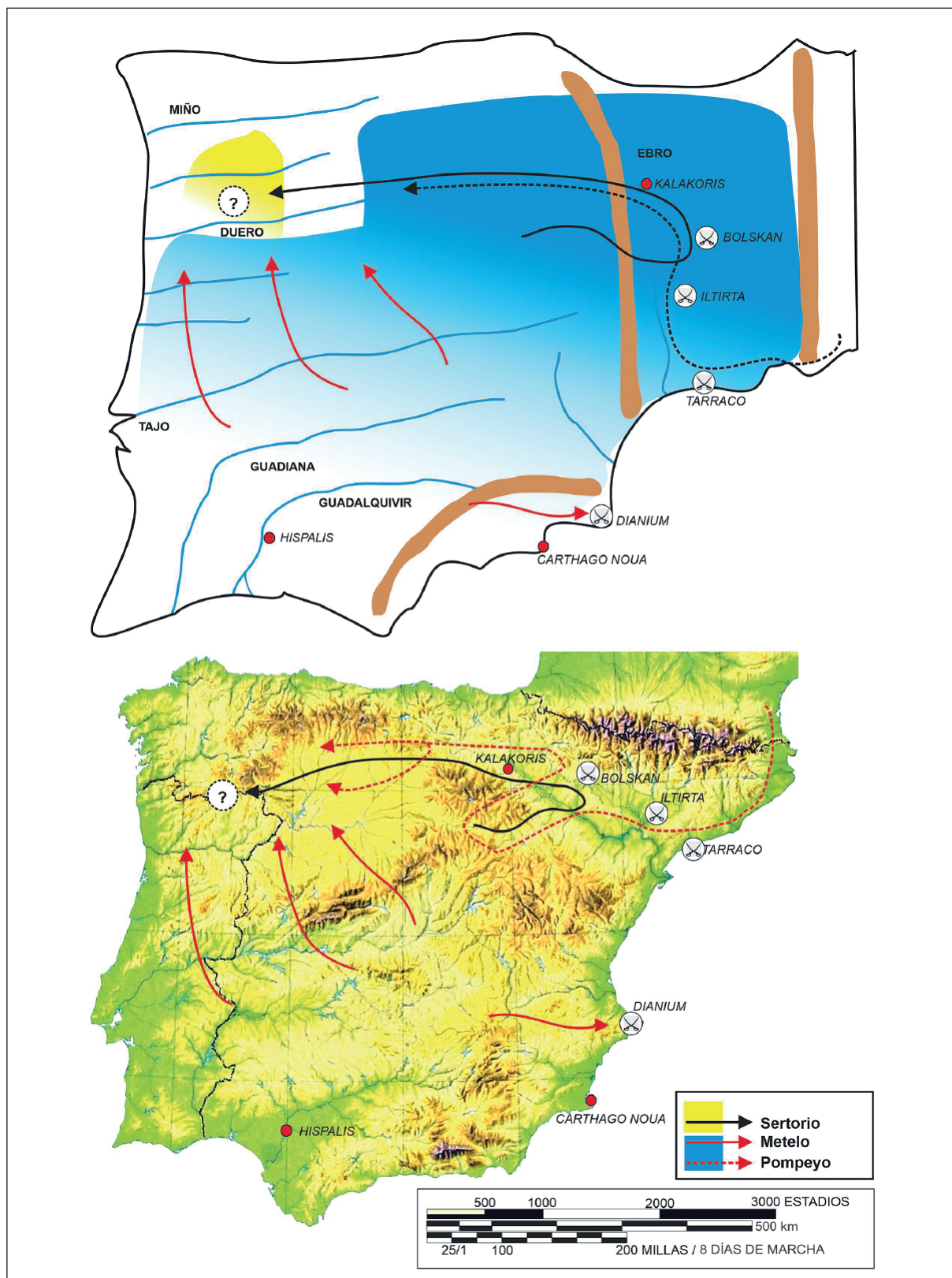


Fig. 12. 73 a. C. Retirada final y derrota de Sertorio. (Elaboración propia)

El ejército de Sertorio mostraría ya un avanzado estado de descomposición, como cabe deducir de las fuentes (App., *BC* I, 113, 526) y de la promulgación de la *Lex Plautia de reductu Lepidanorum*, una ley que parece hecha a medida para favorecer precisamente las deserciones sertorianas, aunque hay dudas respecto a su fecha, entre el 73 y el 70 a. C. (García Morá, 1991a: 340).

Tenemos que pensar en un Sertorio con poca posibilidad de movimiento, no sé si entregado a la molición como maliciosamente precisa Apiano, pero, en cualquier caso, sin capacidad de reacción.

Faltan datos para llegar a dilucidar los mecanismos internos de decisión y las razones de las ciudades que siguieron oponiendo resistencia en esa época frente a Roma; cabe pensar que en ellas se habían refugiado aquellos que no tenían ninguna esperanza de piedad, ya que para cualquiera en ese momento debía de quedar claro que no había esperanzas para Sertorio. Las ciudades mencionadas por Estrabón quizás lo son por haber sido tomadas por Roma ese año 73.

Desde un punto de vista estrictamente estratégico, tiene sentido la opinión de García Morá (1991a: 338), quien opina que el *limes* bélico se situaría en el curso bajo del Duero, con un Sertorio arrinconado «en algún lugar del ángulo noroccidental de Hispania», una zona a la que el sabino ya se había retirado en alguna ocasión (*vid. supra*).

72 a. C. y fin

Sertorio, arrinconado, acaba siendo asesinado por sus allegados, con Perpenna al frente. El hecho de que este prosiguiese el combate solo cabe entenderse en un contexto en el que no había ninguna otra opción, lo que nos deja con varias posibilidades abiertas y sin ninguna opción para resolverlas.

Vayamos con el asunto del final de Sertorio. No voy a describir los detalles de la conjura y el asesinato (Sal., *Hist.* III, 81; Liv., *Per.*, 6; Plut., *Sert.* xxv-xxvi; App., *BC* I, 113, 528) y me centraré en el lugar en el que se produjo el magnicidio. Solo dos fuentes nos precisan dónde fue, Estrabón (III, 4, 10) y Velejo (II, 30, 1), y ambos lo sitúan en Bolskan/Osca.

Hay dos posiciones al respecto. Por un lado, García Morá (1991a: 347) opina que no pudo ser asesinado en Bolskan/Osca, pues esta ciudad estaría ya bajo el control de Roma quizás desde el 74 a. C. y con seguridad desde el 73, y propone para su final una zona entre Lusitania y los vacceos. Esta postura es perfectamente compatible con los movimientos de

ejércitos que hemos visto y resulta difícil pensar que, controlando Roma buena parte del territorio, Sertorio se pudiese desplazar desde la zona vaccea hasta esta ciudad sin ningún tipo de problema.

Por otro lado, autores como Salinas (2014a: 30) dan verosimilitud a las fuentes, ya que, tras la derrota definitiva de Perpenna a manos de Pompeyo, Floro (II, 10, 9) comenta el ataque a ciudades fieles a Sertorio tras su muerte y cita Osca, Termes, Clunia, Valentia, Uxama y Calagurris. Exuperancio 8 solo menciona Uxama, Clunia y Calagurris. Ninguna de estas ciudades se ubica en Lusitania, donde en opinión de García Morá había acabado Sertorio. La fiabilidad de Floro queda bajo la sombra de la duda al incluir en esta nómina a Valentia, que ya hemos visto que fue tomada por las tropas pompeyanas el 75 a. C., aunque es segura, como ya he comentado, la existencia de ciudades como Kalakoris/Calagurris que deciden resistir hasta el final.

La cuestión dista mucho de estar cerrada y no existen más criterios por el momento para dirimirla de modo satisfactorio. Personalmente creo que Sertorio no pudo ser asesinado en Bolskan/Osca por varios motivos. En primer lugar, por la escasa relevancia de las fuentes en relación con los hechos narrados, solo Estrabón y Velejo. Estrabón escribe con relativa proximidad temporal y su fuente para la península ibérica es Posidonio de Apamea y su *Historia*. Este escritor mantuvo algún tipo de relación personal con Pompeyo, pero el relato en su obra acababa el 85 o 84 a. C. (Urias, 1993: 58); la cita de Estrabón no deja de ser una acotación al margen dentro de su obra geográfica, con las dudas que ello implica.

En segundo término, realmente dudo de que esta ciudad estuviese en esos momentos todavía bajo control sertoriano. Ni su situación ni su relevancia parecen permitir que pasase inadvertida para los ejércitos de Roma, que poseían desde el 74 a. C. el control efectivo del curso medio del Ebro. Se trata de una ciudad altamente estratégica, que controla la margen izquierda del Ebro hasta los Pirineos.

Tras el asesinato de Sertorio, Perpenna prosigue el combate y se enfrenta diez días después a Pompeyo (App., *BC* I, 114, 529-538; Plut., *Sert.* xxvii; Plut., *Pomp.* 20, 4-6; Sal., *Hist.* III, 84; Liv., *Per.*, 96; Frontino II, 5, 32; Velejo II, 30, 1; Orosio V, 23, 13). Buena parte del ejército sertoriano se había unido ya a Pompeyo o a Metelo, y muchos de los aliados hispanos habían vuelto a sus ciudades. Por ello, y por la ineptitud de Perpenna según las fuentes, Pompeyo vence sin mayor problema. Especialmente interesante es el texto de Plutarco, quien precisa que Perpenna

le ofrece a Pompeyo, a cambio de su vida, todas las cartas de Sertorio, en las que «varones consulares y otros personajes de gran importancia en Roma, llamaban a Sertorio a Italia, con deseo de trastornar el orden existente y mudar el gobierno». Queda clara una intensa relación epistolar del sabino con Roma durante toda la contienda y la implicación de algunos sectores senatoriales. Pompeyo procede a ejecutar inmediatamente a Perpenna y quemar todas las cartas, lo que da relevancia y verosimilitud al contenido de las mismas.

Una vez ejecutado Perpenna, todas las ciudades hispanas pasan a control de Roma (Plut., *Sert.* xxvii), salvo unas pocas como Uxama o Kalakoris/Calagurris, que resistirán hasta sus últimas consecuencias y serán devastadas por Afranio (Sal., *Hist.* iii, 86; Val. Máx. vii, 6; Floro ii, 10, 9, y Orosio v, 23, 14). La población de Kalakoris será deportada hacia la Galla (Pina, 2006), junto con vetones y celtíberos (Pina, 2004: 204).

Metelo parece que vuelve a Italia el 72 a. C. y Pompeyo lo hace al año siguiente, el 71 (García Morá, 1991a: 357-358). Desconocemos qué hizo exactamente el joven general estos dos años en la península ibérica, quizás acabar con los focos rebeldes que pudieran quedar, estructurando los territorios y sus recursos de acuerdo con el ordenamiento y el aprovechamiento de Roma y el suyo propio, afianzando una potente red clientelar (Amela, 2003b).

SERTORIO EN EL EBRO

Llegados a este punto, hemos visto que Sertorio desde un primer momento fijó sus ojos en el valle del Ebro como la puerta del acceso terrestre hacia Italia. Así, tras desembarcar el 80 a. C. y asegurar su posición, el mismo 78 envió rápidamente a su lugarteniente Hirtuleyo por el valle del Jalón para asegurar esta estratégica zona, a la que acudiría con el grueso de su ejército el año siguiente, el 77.

No creo que se pueda llegar a afirmar con seguridad que las zonas más romanizadas del valle del Ebro serían sertorianas y las menos romanizadas más favorables a Roma (García Morá, 1991a: 281), pero sí que es cierto que hay que valorar el importante papel que en el proceso de colonización tuvieron *mercatores*, colonos y soldados, *homines noui* y otros itálicos no ciudadanos (Marín, 1988: 174), más afines en principio a los postulados *populares*. De hecho, para algunos autores la guerra sertoriana no es sino el epílogo de la guerra social, haciendo los *populares* suyas

las causas de estos *homines noui* que buscaban su participación plena en todo el sistema político romano (Plácido, 1989). El importante papel en la romanización de Hispania de *mercatores* y otros ciudadanos romanos ajenos a las *gentes* y familias relevantes fue considerado con seguridad por Sertorio como una llave importante para concitar la unión de todos aquellos reprimidos por Sila en su momento, itálicos no ciudadanos o, simplemente, ciudadanos romanos situados fuera de la órbita *optimata*. En este sentido debemos entender el Senado formado por Sertorio en Osca, que buscaba legitimar el movimiento sertoriano como la auténtica república frente a la usurpación de Sila y su epílogo (Spann, 1987a: 86; Scardigli, 1971: 229-270; Gabba, 1973: 427-432; García Morá, 1991a: 179-183; De Michelle, 2005: 277).

La contrastada presencia de asentamientos de planta hipodámica y urbanismo romano, como pueden ser La Cabañeta o La Caridad, y otros que muestran en momentos tempranos termas y templos *in antis*, como el Cabezo de Alcalá de Azaila, incide precisamente en la existencia y la relevancia de este perfil de itálicos (Salinas, 2014a: 33). En el mismo sentido se ha señalado la intensa presencia de onomástica de raíz etrusca, osco-umbra y samnita en el valle del Ebro (Gabba, 1973; Roldán, 1993: 86-87), lo que puede justificar las numerosas confiscaciones de tierras realizadas por Sila en el valle del Ebro a favor de sus veteranos (Salinas, 2014: 30), un caldo de cultivo favorable al desarrollo de la revuelta *popular* y al apoyo al sabino.

Una vez asegurada la zona por Hirtuleyo, quizás con el asedio y la toma de Contrebia Belaisca ya el 77 a. C., las fuentes nos muestran el 76 a un Sertorio moviéndose en terreno amigo, consolidando pactos, afianzando su poder y castigando a las pocas ciudades que lo hostigaron. La cita de Livio sobre el encargo a las ciudades amigas de que fabricasen armas, recordemos la riqueza en este sentido del Sistema Ibérico (Romeo, 2016: 86-88), y el registro arqueológico (Beltrán, 2002) parecen indicarnos que Sertorio quiso potenciar la autonomía de las ciudades, aprovechando sus potentes sistemas defensivos y reforzándolos en algunos casos, como en Los Castellazos de Mediana de Aragón (Romeo, 2017: 110-112), creando un sistema de celdas para contener focos hostiles, así como un sistema de defensa en profundidad para frenar a Roma. El sistema de organización del territorio basado en la autonomía de las ciudades ayudó al sabino a tejer esta red, aunque fue esta misma autonomía la que aceleró el declive de Sertorio, como hemos visto.

Sertorio el 77 hace de Bolíska / Osca su capital, utiliza sus cuños en talleres itinerantes para emitir moneda con la que pagar al ejército, funda la famosa academia, reproduce el conato de Senado, reúne a los ciudadanos romanos en un *conuentus* para consensuar las acciones a tomar... y controla totalmente el valle del Ebro hasta la costa. Sin duda hubo numerosos fieles a su causa en muchas de las ciudades, tantos y tanto que, llegado el momento, muchos quizás no pudieron o no quisieron acogerse a la *Lex Plautia de reditu Lepidanorum*, resistiendo hasta el fin en ciudades como Kalakoris / Calagurris, Clunia, Uxama o quizás en la misma Bolíska / Osca.

La defensa en profundidad o elástica se define como una estrategia de defensa militar que consiste en emplazar varias líneas defensivas consecutivas en lugar de una única línea reforzada. De este modo, el empuje inicial se va perdiendo al tener que superar las distintas barreras, buscando que el atacante disperse sus fuerzas, permitiendo al defensor ganar tiempo para reorganizarse y atacar así los puntos más débiles del enemigo, habitualmente los flancos y la retaguardia. La defensa en profundidad requiere que el defensor despliegue todos sus recursos detrás de la primera línea de defensa. Así, aunque el enemigo pueda romper el frente, al avanzar sigue encontrando la resistencia, haciendo sus flancos vulnerables y corriendo el riesgo de envolverse, ralentizando su marcha y perdiendo la logística de abastecimiento, lo que posibilita los contraataques en sus puntos débiles.

Este parece el objetivo de Sertorio en el valle del Ebro: desgastar al ejército de Pompeyo y eliminarlo mediante una tupida red de centros urbanos; ganar tiempo y causar enormes bajas a costa de ceder algo de espacio. Solo así podemos entender las primeras campañas de Pompeyo en el valle del Ebro, en las que puede penetrar con profundidad en territorio hostil, con grandes pérdidas en las dos primeras, como relató él mismo.

No hubo una línea de frente en el valle medio del Ebro. Sertorio evitó en todo momento la confrontación directa, en batalla campal, porque sabía que a igualdad de pérdidas el perdedor real era él. Buscó desgastar al enemigo haciendo de cada ciudad una plaza fuerte preparada para el asedio.

Hemos visto varios casos de ciudades sertorianas que son asediadas y no pueden ser tomadas al llegar Sertorio en su ayuda. Esta fue otra de sus tácticas. Un asedio formal supone frenar el avance del enemigo, que debe detenerse, montar la artillería de torsión que transporta en carros, incluso circunvalar la ciudad para someterla (Romeo, 2021), con el

desgaste que ello conlleva. Una vez fijado el enemigo a los pies de la ciudad, Sertorio es libre de organizar sus movimientos y atacar su retaguardia.

Pompeyo y Metelo fueron plenamente conscientes de ello tras sufrir numerosos reveses en esta situación. Con la lección aprendida, las campañas del 75 y el 74 fueron movimientos precisos que penetraron como un bisturí en el territorio sertoriano. El análisis de las fuentes incide en esta rapidez de movimientos. Metelo y Pompeyo procuraron en la segunda fase del *bellum* no fijarse en una zona determinada; de hecho, no invernarón nunca en el valle del Ebro, como hemos visto. Esto explica los movimientos, *a priori* paradójicos, del ejército de Pompeyo a través de territorios controlados por el enemigo; la velocidad tuvo que ser el factor decisivo de la contienda en este sector de la península ibérica, casi un *blitzkrieg*, en el que la red de vías romanas que comenzaron a implantarse en la segunda mitad del siglo II a. C. (Járrega, 2019: 146) sin duda jugó un papel fundamental.

Los acontecimientos de los años posteriores, hasta el mismo 72 a. C., con los ejércitos de Roma penetrando por el valle del Ebro en varios momentos y direcciones, quedan registrados mejor o peor en las fuentes escritas. La arqueología nos muestra la misma realidad, pero con más detalle; el listado de yacimientos arqueológicos que presentan destrucciones totales y abandonos compatibles con este episodio son abrumadores (Beltrán, 2002; Salinas, 2014b: 20-32). En la mayoría de los casos no se va a poder nunca dilucidar con total seguridad si la destrucción fue por una u otra mano. Al fin y al cabo, eran dos manos, derecha e izquierda, de un mismo agente, Roma, las que devastaron este territorio en una terrible guerra fratricida.

La gran pregunta es qué pasa en el valle del Ebro a partir del 75 a. C. y, sobre todo, tras la campaña de Metelo del 74. ¿Habían dejado pacificado todo el territorio a sus espaldas? La lectura de las fuentes parece indicarnos que no, que la estrategia de Sertorio, pese a estar en desventaja, seguía funcionando y que numerosos núcleos urbanos resistían fieles a la causa del sabino. No obstante, a mediados del 75 el panorama se había modificado radicalmente. El dramático cambio de fase con la desaparición del ejército de Hirtuleyo supuso fijar al ejército de Sertorio, que perdió la iniciativa y la capacidad de movimientos que tenía antes. El de Nursia iba a remolque de los acontecimientos, por lo que fue previsible. Metelo, que había maniobrado con brillantez cuando estaba en inferioridad en la Ulterior, y Pompeyo, que hizo del valle del Ebro un corredor desde la Galia, pudieron dedicarse a asegurar la retaguardia, dejando cuerpos

de ejército en el valle del Ebro. Esto es lo que recomiendan los más básicos principios militares; una vez superada una zona y alejado el ejército principal del enemigo, la aseguras cuando tienes los medios para ello, y en este caso, para el ejército de Roma, ese momento sería el 74 a. C.

Pero, incluso haciendo caso a las fuentes y aceptando la existencia de ciudades que resistieron hasta el 72 a. C., como Kalakoris / Calagurris, no creo que Bolískan / Osca pudiese hacerlo el 73 a. C. Su misma condición de *capital sertoriana* hacía de ella un objetivo primordial y simbólico para Roma, a lo que hay que añadir que mantuvo su estatus tras la guerra. No obstante, aunque así hubiese sido, el control del territorio del valle del Ebro el 73 a. C. por parte de Roma sería prácticamente total, por lo que es difícilmente asumible que Sertorio el 72 a. C. tuviese la capacidad de moverse para ir a Bolískan / Osca a una cena relajada y ser asesinado. Nos movemos siempre en planos hipotéticos a partir del análisis de las fuentes conservadas y la probabilidad militar inherente, porque la arqueología desgraciadamente poco podrá decir en este sentido.

CONCLUSIONES: UNA GUERRA TOTAL

Si algo ha quedado claro es la intención manifiesta de Sertorio de volver a Italia para revertir el Estado, la República, a la normalidad. Todas sus acciones, movimientos, maniobras, contactos y tácticas se encaminaron inequívocamente hacia la península itálica, y el Senado de Roma fue plenamente consciente de ello en todo momento.

Con este fin Sertorio, cuando vuelve el 82 desde el norte de África, pretende eliminar la presencia de ejércitos hostiles en Hispania y, conociendo totalmente la superioridad de los ejércitos enemigos en campo abierto, concibe una estrategia basada en una guerra total frente a Roma. Para ello se apoyará, como buen explorador del territorio enemigo que había sido, en un conocimiento detallado del terreno y en el apoyo de los *populi* indígenas.

Encontramos una descarnada definición, pero exacta, del concepto de *guerra total* en las palabras del general William Sherman, quien, para el sometimiento de Georgia en la guerra de Secesión norteamericana, afirmaba que «la completa destrucción de carreteras, casas y población mutilará sus recursos militares» (Ruiz, 2009: 35). Este concepto de guerra, totalmente inasumible hoy, fue aplicado estrictamente por Sertorio, y por Metelo y Pompeyo después.

La prolongación del conflicto hizo imperativo cortar las líneas de suministro del enemigo, recurriendo a la táctica de la tierra quemada cuando así fue necesario, como nos recuerda la cita de Salustio (*Hist.* I, 112-121): «Illo profectus vicos castellaque incendere et fuga cultorum deserta igni vastare». La arqueología se encarga, con obstinada paciencia, de recordarnos estos términos del conflicto, permitiéndonos incluso reconstruir escenas de violencia extrema, como en el caso de Valentia (Ribera, 2014: 72) o Libisosa (Uroz y Uroz, 2014: 211).

El *bellum sertorianum* fue una guerra total, una guerra de desgaste, no una guerra convencional de enfrentamientos en batallas decisivas. Cada ciudad era un fortín, cada pueblo un reducto, cada casa un riesgo. Sertorio planteó un conflicto estratégico de primer nivel evitando las confrontaciones campales masivas, y no porque no confiase en las capacidades tácticas de sus aliados indígenas. Ha quedado más que acreditado que los ejércitos ibéricos y celtibéricos poseían ya a comienzos del siglo II a. C. las mismas capacidades tácticas que cualquier otro ejército del Mediterráneo. Sertorio planteó este tipo de combate porque era el más ventajoso para él dadas las circunstancias, y por ninguna otra razón.

El sabino abrió un amplio abanico de movimientos, como hemos visto, con una clara estrategia: dividir los ejércitos de Roma y abrirse dos vías de paso hacia Italia: una terrestre, por los Pirineos, y otra marítima, con la ayuda de los piratas cilicios y de Mitrídates VI del Ponto. En todos sus movimientos tuvo buen cuidado de asegurar la retaguardia y los flancos, uno de los principios de la guerra desde la Antigüedad hasta el día de hoy, recurriendo cuando fue necesario a aproximaciones indirectas hacia el territorio hostil (Liddell, 2019). Las fuentes clásicas llegan hasta donde llegan; la aparente inactividad de Metelo durante el 77 a. C. contrasta con el mayor detalle de la primera parte de la campaña de Sertorio del 76 a. C. Con toda seguridad, y así nos lo indica con tenacidad el registro arqueológico, el silencio de las fuentes no se corresponde con un cese de la actividad de los actores de este episodio bélico. Solo podemos hipotetizar a partir de los movimientos de campañas anteriores y posteriores, utilizando para ello la probabilidad militar inherente y el conocimiento de la geografía, la estrategia y las tácticas militares del momento.

La estrategia de Sertorio falló debido principalmente a tres motivos. En primer lugar, se hizo patente el peligro de las transiciones de fase y de las aperturas de segundos frentes (Ruiz, 2009: 45), ya que

al caer Hirtuleyo en combate frontal frente a Metelo cayó todo el frente sur y, por ende, la salida al Mediterráneo. Por otro lado, la fosilización de algunos frentes, especialmente el frente sur, magistralmente gestionado por el general Metelo, jugó en contra del sabino, ya que hizo debilitarse las voluntades y alianzas con los pueblos indígenas, sobre todo teniendo en cuenta el tercer motivo: los recursos inagotables de Roma.

El valle del Ebro fue visto por el sabino como la antesala necesaria de su vía terrestre hacia Roma, por lo que desde el 78 a. C. dedicó buena parte de sus esfuerzos a fortalecer diplomáticamente su relación con las ciudades celtibéricas e ibéricas de la zona, diseñando un sistema de defensa en red o en profundidad para asegurarla. Como hemos visto, este diseño funcionó perfectamente hasta que Roma decidió dar una palmada en la mesa el 75 a. C. enviando más ejércitos y dinero, que es como se solían ganar las guerras.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abascal, Juan Manuel, y Pere Pau Ripollés (2000). Las monedas de *Konterbia Karbika*. En Manuel Olcina y Jorge A. Soler (eds.) (2000), pp. 13-75.
- Almagro, Martín, y Alberto José Lorrio (2006-2007). De Sego a Augusto: los orígenes celtibéricos de Segóbriga. *Boletín del Seminario de Estudio de Arte y Arqueología*, LXXII-LXXIII, pp. 143-181.
- Álvarez, Alfonso, Eduardo Ferrer y Enrique García (coords.) (2013). *Piratería y seguridad marítima en el Mediterráneo antiguo*, Sevilla, Universidad de Sevilla (Spal monografías, xvii).
- Amela, Luis (2000). La *Turma Salluitana* y su relación con la clientela pompeyana. *Veleia*, 17, pp. 79-92.
- (2002). *Las clientelas de Cneo Pompeyo en Hispania*, Barcelona, Universitat de Barcelona.
- (2003a). *Cneo Pompeyo Magno: el defensor de la República romana*, Madrid, Signifer.
- (2003b). *Las clientelas de Cneo Pompeyo Magno en Hispania*, Barcelona, Universitat de Barcelona (Instrumenta, 13).
- (2014). La ceca de Kalakoris (Hesperia: Mon. 53). *Revista Numismática Hécate*, 1, pp. 10-19.
- (2019). Pompeyo Magno y la Galia Transalpina: la guerra sertoriana. *Helmantica: Revista de Filología Clásica y Hebrea*, 70 (204), pp. 9-52.
- Antela, Ignacio Borja (2011). ¿La fuga de Sertorio?: la búsqueda de aliados. *Athenaeum*, 99, pp. 399-409.
- Armendáriz, Javier (2005). Propuesta de identificación del campamento de invierno de Pompeyo en territorio vascón. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 18, pp. 41-64.
- Asensio, José Ángel (1995). *La ciudad en el mundo prerromano en Aragón*, Zaragoza, IFC.
- Badián, Ernst, y Christoph F. Konrad (2012). Viriatus. En *The Oxford Classical Dictionary*, Oxford, Oxford UP, pp. 1560-1560.
- Beaufre, André (1965). *Deterrence and Strategy*, Nueva York, F. A. Praeger.
- Beltrán, Francisco (1990). La *pietas* de Sertorio. *Gerión*, 8, pp. 211-226.
- Beltrán, Miguel (2002). La etapa de Sertorio en el Valle del Ebro: bases arqueológicas. *Pallas*, 60, pp. 45-92.
- y Francisco Beltrán (1996). *Los broncees escritos de Contrebia Belaisca (Botorrita, Zaragoza)*, Zaragoza, Museo de Zaragoza.
- Bernárdez, M.^a José, y Juan Carlos Guisado (2016). El comercio del *lapis specularis* y las vías romanas en Castilla – La Mancha. En Gregorio Carrasco (ed.), *Vías de comunicación romanas en Castilla – La Mancha*, Cuenca, Universidad de Castilla – La Mancha, pp. 231-276.
- y Juan Carlos Guisado (2019). Sertorio en guerra: nuevos datos sobre las guerras civiles romanas en el entorno de Caraca. En Emilio Gamo, Javier Fernández y David Álvarez (eds.), *En ningún lugar... Caraca y la romanización del interior peninsular*, Guadalajara, Diputación Provincial de Guadalajara, pp. 103-121.
- Ble, Eduard (2011). Los *pila catapultaria* como evidencia de la artillería romana: control y conquista del nordeste peninsular durante el período tardorrepblicano. *Estrat Crític*, 5 (1), pp. 227-241.
- Bonsor, Jorge Eduardo (1931). *The archaeological expedition along the Guadalquivir: 1889-1901*, Nueva York, The Hispanic Society of America.
- Burillo, Francisco (ed.) (2006). *Segeda y su contexto histórico: entre Catón y Nobilior (195 al 153 a. C.)*, Mara, Fundación Segeda / Centro de Estudios Celtibéricos.
- Braudel, Fernand (1976). *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, FCE.
- Brennan, T. Corey (2000). *The Praetorship in the Roman Republic*, Oxford, Oxford UP.
- Brodersen, Kai (2012). Cartography. En Daniela Dueck, *Geography in Classical Antiquity*, Cambridge, Cambridge UP, pp. 99-110.

- Broughton, Thomas Robert Shannon (1952). *The Magistrates of the Roman Republic*, Nueva York, The American Philological Association.
- Brunt, Peter Astbury (1971). *Italian Manpower 225 B. C. – A. D. 14*, Oxford, Clarendon Press.
- Cadiou, François (2008). *Hibera in terra miles: les armées romaines et la conquête de l'Hispanie sous la République (218-45 av. J. C.)*, Madrid, Casa de Velázquez (Bibliothèque de la Casa de Velázquez, 38).
- Callegarin, Laurent (2002). Considérations sur le périphe sértorien dans la zone du détroit de Gibraltar (81-78 av. J.-C.). *Pallas*, 60, pp. 11-43.
- Candau, José María, Francisco J. González y Antonio Luis Chávez (eds.) (2011). *Plutarco transmisor: actas del X Simposio Internacional de la Sociedad Española de Plutarquistas (Sevilla, 2009)*, Sevilla, Universidad de Sevilla.
- Carrasco, Gregorio (ed.) (2012). *La ciudad romana en Castilla – La Mancha*, Cuenca, Universidad de Castilla – La Mancha (Estudios, 134).
- Castro, Francisco Javier (2019). *Aproximación al estudio territorial de los berones*, Sarrebruck, Editorial Académica Española.
- Cerdeño, M.^a Luisa, y Emilio Gamo (2016). Estudio preliminar del campamento romano de La Cabeza del Cid (Hinojosa, Guadalajara, España). *Complutum*, 27 (1), pp. 169-184.
- Chaves, Francisca (1993). La amonedación de Caura. *Azotea*, 11-12, pp. 65-74.
- Enrique García y Eduardo Ferrer (2000). Sertorio: de África a Hispania. En *L'Africa romana: atti del 13. Convegno di studio, Djerba, 10-13 dicembre 1998*, Roma, Carocci, vol. 2, pp. 1463-1486.
- Chic, Genaro (1981). La actuación político-militar de Quinto Sertorio durante los años 83-80 a. C. En *Actas del I Congreso Andaluz de Estudios Clásicos*, Jaén, Instituto de Estudios Giennenses, pp. 168-171.
- (1986). Q. Sertorius, procónsul. En *Reunión sobre epigrafía hispánica de época romano-republicana*, Zaragoza, IFC, pp. 171-176.
- Cichorius, Conrad (1922). *Römische Studien*, Leipzig, Teubner.
- Cinca, José Luis, José Luis Ramírez y Javier Velaza (2003). Un depósito de proyectiles de catapulta hallado en Calahorra (La Rioja). *Archivo Español de Arqueología*, 76, pp. 263-271.
- Ciprés, Pilar (2002). Instituciones militares indoeuropeas en la península ibérica. En Pierre Moret y Fernando Quesada (coords.), *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss. VI-II a. de C.): seminario celebrado en la Casa de Velázquez (marzo de 1996)*, Madrid, Casa de Velázquez (Collection de la Casa de Velázquez, 78), pp. 135-153.
- Clausewitz, Carl von (1984). *On war*, Princeton, Princeton UP.
- Cohen, Saul Bernard (1980). *Geografía y política en un mundo dividido*, Madrid, Ediciones Ejército.
- Costa, Benjamí (2002). Un episodio de las guerras civiles en la isla de Ibiza: la ocupación de Ebusus por Sertorio. En *L'Africa romana: atti del 14. Convegno di studio Lo spazio marittimo del Mediterraneo occidentale: geografia storica ed economia, Sassari, 7-10 dicembre 2000*, Roma, Carocci, pp. 665-679.
- Cruz, Gonzalo, Marco Virgilio García y Francisco Javier Gómez (2007). *Estrabón, Geografía de Iberia*, Madrid, Alianza Editorial.
- Díaz, Alejandro (2015). *Provincia et Imperium: el mando provincial en la República romana (227-44 a. C.)*, Sevilla, Universidad de Sevilla.
- Díaz, Borja (2008). *Epigrafía latina republicana de Hispania*, Barcelona, Universitat de Barcelona.
- y José Antonio Mínguez (2019). Dos nuevas inscripciones latinas sobre piedra procedentes de La Cabañeta (El Burgo de Ebro, Zaragoza). *Archivo Español de Arqueología*, 92, pp. 241-249.
- Domínguez, Almudena, y Alberto Aguilera (2014). Del *oppidum* de Sertorio al *municipium* de Augusto: la historia reflejada en el espejo de las monedas. *Bolskan*, 25, pp. 91-109.
- Fatás, Luis, y Francisco Romeo (2021). Aratis: más allá de un nombre. En Ricardo González y Raimon Graells (coords.), *El retorno de los cascós celtibéricos de Aratis: un relato inacabado*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, pp. 107-127.
- Ferreruela, Antonio, y José Antonio Mínguez (2003). Dos modelos de implantación urbana romanorrepublicana en el valle medio del Ebro: las ciudades de La Cabañeta y La Corona. *Archivo Español de Arqueología*, 76, pp. 247-262.
- (2006). *Secundum oppidum quod castra Aelia vocatur*. En Ángel Morillo (coord.) (2006), pp. 671-682.
- Gabba, Emilio (1956). *Appiano e la storia delle guerre civili*, Florencia, La Nuova Italia.
- (1973). *Esercito e società nella tarda Repubblica romana*, Florencia, La Nuova Italia.
- Galindo, M.^a Pilar, y Almudena Domínguez (1985). El yacimiento celtibero-romano de Valdeherrera (Calatayud, Zaragoza). En *XVII Congreso Nacional de Arqueología, 14-16 septiembre, 1983*, Zaragoza, Secretaría General de los Congresos

- Arqueológicos Nacionales / Universidad de Zaragoza, pp. 585-602.
- Gamo, Emilio (2011). El conflicto sertoriano en la actual provincia de Guadalajara: la arqueología y las fuentes. En *Actas de las II Jornadas de Jóvenes en Investigación Arqueológica*, Zaragoza, Pórtico, pp. 179-186.
- y Javier Fernández (2017). Investigaciones en torno a la antigua Caraca (Cerro de la Virgen de la Muela, Driebes, Guadalajara): prospecciones y primera campaña de excavaciones. *Boletín de la Asociación de Amigos del Museo de Guadalajara*, 8, pp. 119-138.
- Garbugino, Giovanni (1978). Il I libro delle *Historiae* di Sallustio in Nonio Marcello. *Studi Noniani*, 5, pp. 39-94.
- Garcés, Carlos (2002). Quinto Sertorio, fundador de la Universidad de Huesca: el mito sertoriano osense. *Alazet*, 14, pp. 243-256.
- García Domínguez, David (2018). Quinto Sertorio, personaje literario: creación, reelaboración y recepción. *Revista Historia Autónoma*, 13, pp. 55-70.
- García González, Juan (2012-2013). *Quintus Sertorius proconsule*: connotaciones de la magistratura proconsular afirmada en las *glandes inscriptae Sertorianae*. *Anas*, 25-26, pp. 189-206.
- (2019). Il corpo degli homines novi: il caso del *bellum Sertorianum*. En Sabina Crippa (ed.), *Corpi e saperi: riflessioni sulla trasmissione della conoscenza*, Bolonia, Pendragon, pp. 229-246.
- García Larreina, Íñigo (2020). Límites territoriales y fronteras en el mundo prerromano peninsular: el caso de la frontera noroeste de la etnia de los berones. *@rqueología y Territorio*, 17: 75-87.
- García Morá, Félix (1991a). *Un episodio de la Hispania republicana, la guerra de Sertorio: planteamientos iniciales*, Granada, Universidad de Granada.
- (1991b). *Quinto Sertorio*. Roma, Granada, Universidad de Granada.
- (1991c). Mithridates y Sertorio. *Florentia Iliberritana*, 2, pp. 215-223.
- (1993). Sertorio frente a Metelo (79-78 a. C.). En *II Congresso Peninsular de História Antiga, Coimbra, 18 a 20 de outubro de 1990*, Coimbra, Universidade de Coimbra, pp. 375-398.
- (1994). El conflicto sertoriano y la provincia Hispania Ulterior. En *Actas del II Congreso de Historia de Andalucía: Córdoba, 1991*, Córdoba, Junta de Andalucía / Obra Social y Cultural CajaSur, vol. 3, pp. 271-284.
- García Morá, Félix (1995). El periplo sertoriano. En *Actas del II Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar: Ceuta, 1990*, Madrid, UNED, vol. 2, pp. 197-209.
- García Riaza, Enrique (2006). La expansión romana en Celtiberia. En Francisco Burillo (ed.), *Segeda y su contexto histórico: entre Catón y Nobilior (195 al 153)*, Mara, Fundación Segeda / Centro de Estudios Celtibéricos, pp. 81-95.
- Garlan, Yvon (1974). *Recherches de poliorcétique grecque*, París, Diffusion de Boccard (Bibliothèque des écoles françaises d'Athènes et de Rome, 223).
- Gazzali, Claudio, Bärbel Kramer y Salvatore Settis (2008). *Il Papiro di Artemidoro*, Milán, LED.
- (2012). *Intorno al Papiro di Artemidoro II: Geografia e Cartografia. Atti del Convegno internazionale del 27 novembre 2009 presso la Società Geografica Italiana. Villa Celimontana, Roma*, Milán, LED.
- Gil, Octavio (1980). Tesoro de denarios hispanorromanos descubiertos en la Muela de Taracena (Guadalajara). *Wad-Al-Hayara*, 7, pp. 205-216.
- Gillis, Daniel (1969). Quintus Sertorius. *Rendiconti dell'Istituto Lombardo. Classe di Lettere e Scienze Morali e Storiche*, 103, pp. 711-727.
- Gómez, José María (2001). Sobre la adscripción étnica de Calagurris y su entorno en las fuentes clásicas. *Calagurris*, 6, pp. 27-70.
- Gozalbes, Enrique (2000). *Caput Celtiberiae: la tierra de Cuenca en las fuentes clásicas*, Cuenca, Universidad de Castilla – La Mancha.
- (2008). Aspectos numismáticos de Guadalajara en la Antigüedad. En Ernesto García-Soto Mateos et alii (eds.), *Actas del Segundo Simposio de Arqueología de Guadalajara: Molina de Aragón, 20-22 de abril de 2006*, Sigüenza, Centro de Profesores de Sigüenza, pp. 193-208.
- Grispo, Renato (1952). Dalla Mellaria a Calagurra. *NRS*, 36, pp. 189-225.
- Harmand, Jacques (1967). *L'Armée et le soldat à Rome de 107 à 50 avant notre ère*, París, Picard.
- Heras, Francisco Javier (2014). El campamento de Cáceres el Viejo y las guerras civiles en Hispania. En Feliciano Sala y Jesús Moratalla (eds.), *Las guerras civiles romanas en Hispania: una revisión histórica desde la Contestania*, Alicante, Universidad de Alicante, pp. 155-167.
- Hernández, José Antonio (1982). *Las ruinas de Inestrillas: estudio arqueológico*, Logroño, Servicio de Cultura de la Diputación Provincial de Logroño.

- Hernández, José Antonio (2003). *Contrebia Leukade* y la definición de un nuevo espacio para la segunda guerra púnica. *Saldvie*, 3, pp. 61-82.
- y Francisco Javier Gutiérrez (2014). Contrebia Belaisca (Botorrita, Zaragoza): avance de resultados de las campañas de 2006 a 2010 y nuevas perspectivas. En M.^a Victoria Escribano *et alii* (coords.), *Miscelánea de estudios en homenaje a Guillermo Fatás Cabeza*, Zaragoza, IFC, pp. 393-406.
- Holmes, T. Rice (1923). *The Roman Republic and the Founder of the Empire*, Oxford, Clarendon Press, vol. I.
- Járrega, Ramón (2019). La Vía Augusta no es un topónimo: aproximación a la organización territorial del este de Hispania en época de Augusto. *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 37, pp. 143-168.
- Jordán, Carlos (1999). Sobre la etimología de Botorrita y su confirmación en la onomástica prelatina. En Francisco Villar y Francisco Beltrán (eds.), *Pueblos, lenguas y escrituras en la Hispania prerromana*, Zaragoza / Salamanca, IFC / Universidad de Salamanca, pp. 471-480.
- Katz, Barry R. (1983). Notes on Sertorius. *Rheinisches Museum für Philologie*, 126, pp. 44-68.
- Konrad, Christoph F. (1985). *A historical commentary on Plutarch's life of Sertorius*, Ann Arbor, University Microfilms International.
- (1989). Cotta off Mellaria and the Identities of Fufidius. *Classical Philology*, 84, pp. 119-129.
- (1994a). *Plutarch's Sertorius. A historical commentary*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- (1994b). Segovia and Segontia. *Historia*, 43 (4), pp. 440-453.
- (1995). A new chronology of the Sertorian War. *Athenaeum*, 83, pp. 157-187.
- (1998). Plutarch on Roman Forces in the Sertorian War. En Julio Mangas y Jaime Alvar (coords.) (1998), pp. 225-230.
- (2006). From the Gracchi to the First Civil War (133-70). En Natan Rosenstein y Robert Morstein (eds.), *A Companion to the Roman Republic*, Malden, Blackwell Publishing, pp. 167-189.
- (2012). Sertorius Quintus. En *The Oxford Classical Dictionary*, Oxford, Oxford UP, pp. 1354-1361.
- Liddell, Basil Henry (2019). *Estrategia: el estudio clásico sobre la estrategia militar*, Madrid, Arzaila.
- Lorrio, Alberto José, y M.^a Dolores Sánchez (2000-2001). Elementos de un taller de orfebre en Contrebia Carbica (Villas Viejas, Cuenca). *Lucentum*, XIX-XX, pp. 127-148.
- Lorrio, Alberto José, M.^a Dolores Sánchez y Pablo Camacho (2013). Las fibulas del *oppidum* celtibérico de Contrebia Carbica. *Jahrbuch des Römisch-Germanischen Zentralmuseums*, 60, pp. 297-352.
- Malitz, Jürgen (1983). *Die Historien des Poseidonios*, Múnich, C. H. Beck (Zetemata, 79).
- Manchón, Alejandro (2014). *Pietas erga patriam*: la propaganda política de Quinto Sertorio y su trascendencia en las fuentes literarias clásicas. *Bolskan*, 25, pp. 153-172.
- (2016). «Generales enviados contra él»: actores secundarios en el sur peninsular a comienzos de la Guerra Sertoriana. Una aproximación a las operaciones militares de 81 a. C. – 78 a. C. *Saldvie*, 16, pp. 63-71.
- Mangas, Julio, y Jaime Alvar (coords.) (1998). *Homenaje a José María Blázquez, v: Hispania romana II*, Madrid, Ediciones Clásicas.
- Marco, Francisco (1985). La romanización. *Historia de Aragón*, II: *Economía y sociedad*, Zaragoza, IFC.
- Marín, M.^a Amalia (1988). *Emigración, colonización y municipalización en la Hispania republicana*, Granada, Universidad de Granada.
- Medrano, Manuel, y Salvador Remírez (2009). Nuevos testimonios arqueológicos romano-republicanos procedentes del campamento de Sertorio en el curso bajo del río Alhama (Cintruénigo-Fitero, Navarra). En Javier Andreu (coord.), *Los vascos de las fuentes antiguas: en torno a una etnia de la antigüedad peninsular*, Barcelona, Universitat de Barcelona (Instrumenta, 32), pp. 371-402.
- Michelle, Lucia de (2005). Fimbria e Sertorio: prodores reipublicae? *Athenaeum*, 93, pp. 277-289.
- Mommsen, Theodor (1861). *Römische Geschichte*, Berlín, Weidmann.
- Moret, Pierre (2017). *Des noms à la carte: figures antiques de l'Ibérie et de la Gaule*, Alcalá de Henares / Sevilla, Universidad de Alcalá / Universidad de Sevilla.
- Moret, Pierre, Fernando Prados, Iván García, Ángel Muñoz y Laurent Callegarin (2008). El *oppidum* de la Silla del Papa (Tarifa, Cádiz) y los orígenes de Baelo Claudia. *Aljaranda*, 68, pp. 2-8.
- Fernando Prados, Iván García y Ángel Muñoz (2014). El *oppidum* de Bailo, Silla del Papa y el Estrecho de Gibraltar en tiempos de Sertorio. En Feliciano Sala y Jesús Moratalla (eds.), *Las guerras civiles romanas en Hispania: una*

- revisión histórica desde la Contestania*, Alicante, Universidad de Alicante, pp. 141-153.
- Morillo, Ángel (2014). Campamentos y fortificaciones tardorrepúblicas en Hispania: calibrando a Sertorio. En Feliciano Sala y Jesús Moratalla (eds.), *Las guerras civiles romanas en Hispania: una revisión histórica desde la Contestania*, Alicante, Universidad de Alicante, pp. 35-49.
- (coord.) (2006). *Arqueología militar romana en Hispania: producción y abastecimiento en el ámbito militar*, León, Universidad de León.
- y Andrés M.^a Adroher (2015). El patrón arqueológico de carácter material: un criterio imprescindible de identificación de recintos militares romano-repúblicas. *Cira Arqueologia*, 3: *Atas Congresso Conquista e Romanização do Vale do Tejo*, Vila Franca de Xira, Câmara Municipal Vila Franca de Xira, pp. 25-43.
- Neira, M.^a Luz (1986). Aportaciones al estudio de las fuentes literarias antiguas de Sertorio. *Gerión*, 4, pp. 189-211.
- Nicolai, Roberto (2020). Il libro e la carta: note sulla terminologia cartografica nella Geografia di Strabone. En Encarnación Castro y Gonzalo Cruz (eds. cient.), *Geografía y cartografía de la Antigüedad al Renacimiento: estudios en honor de Francesco Prontera*, Sevilla / Alcalá de Henares, Universidad de Sevilla / Universidad de Alcalá, pp. 197-216.
- Olcina, Manuel, y Jorge A. Soler (eds.) (2000). *Scripta in honorem Enrique A. Llobregat Conesa*, Valencia, Consell Valencià de Cultura.
- Olcoz, Serafín, y Manuel María Medrano (2006). Tito Livio: *Castra Aelia* y el límite meridional del *ager Vasconum*, antes y después de Sertorio. En *Navarra: memoria e imagen. Actas del VI Congreso de Historia de Navarra: Pamplona, septiembre 2006*, Pamplona, Ediciones Eunat, vol. 1, pp. 55-75.
- Oliver, Arturo (2018). El espacio desértico en el límite ilerconvén cesetano. *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 36, pp. 83-96.
- Palencia, Juan Francisco (2013). Consideraciones sobre una ciudad romana de la antigua Carpetania: Consabura (Consuegra, Toledo). *Espacio, Tiempo y Forma*, serie II: *Historia Antigua*, 26, pp. 155-204.
- Paris, Pierre, George Bonsor, Alfred Laumonier, Robert Ricard y Cayetano de Mergelina (1923). *Fouilles de Belo (Bologna, province de Cadix, 1917-1921)*, 1: *La ville et ses dependences*, Burdeos, Fêret & Fils.
- Pérez, José (2014). El Xúquer, Saitabi y Sertorio. En Feliciano Sala y Jesús Moratalla (eds.), *Las guerras civiles romanas en Hispania: una revisión histórica desde la Contestania*, Alicante, Universidad de Alicante, pp. 51-64.
- Pérez, Luciano (1992). Denia entre Sertorio, Pompeyo y los piratas. *Actes del III Congrès d'Estudis de la Marina Alta (1990)*, Marina Alta / Alicante, Institut d'Estudis Comarcals de la Marina Alta / Institut de Cultura Juan Gil-Albert / Diputació d'Alacant / Escola-Taller Castell de Dénia, pp. 129-139.
- Pina, Francisco (2004). Deportaciones como castigo e instrumento de colonización durante la República romana: el caso de Hispania. En Francisco Marco, Francisco Pina y José Remesal (eds.), *Vivir en tierra extraña: emigración e integración cultural en el mundo antiguo*, Barcelona, Universitat de Barcelona, pp. 211-246.
- (2006). Calagurris contra Roma: de Acidino a Sertorio. *Kalakoris*, 11, pp. 117-129.
- (2009a). Sertorio, Pompeyo y el supuesto alineamiento de los vascones con Roma. En Javier Andreu (ed.), *Los vascones de las fuentes antiguas: en torno a una etnia de la antigüedad peninsular*, Barcelona, Universitat de Barcelona (Instrumenta, 32), pp. 195-214.
- (2009b). Hispania y su conquista en los avatares de la República tardía. En Javier Andreu, Javier Cabrero e Isabel Rodà (eds.), *Hispania: las provincias hispanas en el mundo romano*, Barcelona, Institut Català d'Arqueologia Clàssica, pp. 223-236.
- y Jesús Ángel Pérez (1998). El *oppidum* Castra Aelia y las campañas de Sertorius en los años 77-76 a. C. *Journal of Roman Archaeology*, 11, pp. 245-264.
- Plácido, Domingo (1989). Sertorio. *Studia Historica*, 7, pp. 97-104.
- Pontijas, José Luis (2020). Estrategia y geografía: la geoestrategia. *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política, Humanidades y Relaciones Internacionales*, 44, pp. 399-426.
- Quesada, Fernando (2002). La evolución de la panoplia, modos de combate y tácticas de los iberos. En Pierre Moret y Fernando Quesada (coords.), *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss. VI-II a. de C.)*, Madrid, Casa de Velázquez (Collection de la Casa de Velázquez, 78), pp. 35-64.
- (2006). La Celtiberia y la guerra. En Francisco Burillo (ed.), *Segeda y su contexto histórico: entre Catón y Nobilior (195 al 153 a. C.)*, Mara, Centro de Estudios Celtibéricos de Segeda, pp. 149-169.

- Quesada, Fernando (2008). La «Arqueología de los campos de batalla»: notas para un estado de la cuestión y una guía de investigación. *Saldivie*, 8, pp. 21-35.
- (2009). *Ultima ratio legis: control y prohibición de las armas desde la Antigüedad a la Edad Moderna*, Madrid, Polifemo.
- y M.^a Paz García-Bellido (1995). Sobre la localización de Ikale(n)skan y la iconografía de sus monedas. En *La moneda hispánica: ciudad y territorio. Anejos de Archivo Español de Arqueología*, XIV, pp. 65-73.
- Ribagorda, Miguel (1989). Los lusitanos y el Estrecho en época de Sertorio. En *Actas del II Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar: Ceuta, 1990*, Madrid, UNED, pp. 757-761.
- Ribera, Albert (2014). La destrucción de Valentia (75 a. C.) y la cultura material de época de Sertorio (82-75 a. C.). En Feliciano Sala y Jesús Moratalla (eds.), *Las guerras civiles romanas en Hispania: una revisión histórica desde la Contestania*, Alicante, Universidad de Alicante, pp. 65-78.
- Richard, Jean-Claude (1972). Monnaies gauloises du Cabinet Numismatique de Catalogne: contribution à l'étude de la circulation monétaire dans la Péninsule Ibérique antérieurement à l'époque d'Auguste. *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 8, pp. 51-87.
- Ridley, Ronald T. (1981). The extraordinary commands of Late Republic: A matter of definition. *Historia*, 30 (3), pp. 280-297.
- Rodríguez, Miguel Ángel (2011). Plutarco transmisor de Salustio: la vida de Sertorio, 10. 5-7. En José M.^a Candau, Francisco José González y Antonio Luis Chávez (eds.), *Plutarco transmisor: actas del X Simposio Internacional de la Sociedad Española de Plutarquistas (Sevilla, 2009)*, Sevilla, Universidad de Sevilla, pp. 267-275.
- Roldán, José Manuel (1988). La guerra civil entre Sertorio, Metelo y Pompeyo (82-72 a. C.). En José M.^a Blázquez (coord.), *Historia de España antigua: Hispania romana*, Madrid, Cátedra, vol. II, pp. 113-139.
- (1993). *Los hispanos en el ejército romano de época republicana*, Salamanca, Universidad de Salamanca.
- y Fernando Wulff (2001). *Citerior y Ulterior: las provincias romanas de Hispania en la era republicana*, Madrid, Istmo.
- Romeo, Francisco (2002). Las fortificaciones ibéricas del valle medio del Ebro y el problema de los influjos mediterráneos. En Pierre Moret y Fernando Quesada (coords.), *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss. VI-II a. de C.)*, Madrid, Casa de Velázquez (Collection de la Casa de Velázquez, 78), pp. 153-188.
- Romeo, Francisco (2016). Conflictos y destrucciones en la Celtiberia Citerior entre los siglos III y I a. C.: el yacimiento de El Calvario, en Gotor, Zaragoza. *Lucentum*, XXXV, pp. 65-90.
- (2017). Piedra y plomo: la honda frente a los asentamientos fortificados del noreste de la península ibérica a partir del siglo III a. C. y su repercusión en los sistemas defensivos. *Gladius*, XXXVII, pp. 109-128.
- (2018). Contrebia Carbica: estudio del sistema defensivo para un debate sobre poliorcética y urbanismo en la Celtiberia de los siglos II y I a. C. *Complutum*, 29 (1), pp. 171-190.
- (2021). El sistema ofensivo y campo de batalla del entorno de la ciudad antigua del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel): primeros resultados. *Gladius*, XLI, pp. 67-89.
- y Juan Ignacio Garay (1995). El asedio y la toma de Sagunto según Tito Livio XXI: comentarios sobre aspectos técnicos y estratégicos. *Gerión*, 13, pp. 241-274.
- Rosenstein, Natan, y Robert Morstein (eds.) (2006). *A Companion to the Roman Republic*, Malden, Blackwell Publishing.
- Royo, José Ignacio (1992). Beligion? Piquete de la Atalaya, Azuara. En Miguel Beltrán Lloris (coord.), *Arqueología 92: Museo de Zaragoza, mayo-setiembre de 1992*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, pp. 215-216.
- Ruiz, Francisco José (2009). Estrategia militar y política: temas teóricos y aplicación práctica. *Boletín de Información*, 308, pp. 29-52.
- Sáenz, Juan Carlos, y Manuel A. Martín-Bueno (2015). *La ciudad celtibero-romana de Valdeherrera (Calatayud, Zaragoza)*, Zaragoza, PUZ (Monografías arqueológicas, 50).
- Sala, Feliciano, Sonia Bayo y Jesús Moratalla (2013). Dianium, Sertorio y los piratas cilicios. Conquista y romanización de la Contestania ibérica. En Alfonso Álvarez, Eduardo Ferrer y Enrique García (coords.), *Piratería y seguridad marítima en el Mediterráneo antiguo*, Sevilla, Universidad de Sevilla (Spal monografías, XVIII).
- Jesús Moratalla y Lorenzo Abad (2014). Los fortines de la costa septentrional alicantina: una red de vigilancia de navegación. En Feliciano Sala y Jesús Moratalla (eds.), *Las guerras civiles romanas en Hispania: una revisión histórica desde*

- la Contestania*, Alicante, Universidad de Alicante, pp. 79-90.
- Salinas, Manuel (2006). Geografía ficticia y geografía real de la epopeya sertoriana. En Gonzalo Cruz, Patrick Le Roux y Pierre Moret (coords.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica*, 1: *La época republicana*, Málaga / Madrid, Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga (CEDMA) / Casa de Velázquez, pp. 153-174.
- (2014a). Reflexiones sobre la guerra de Sertorio en la Hispania Citerior y sus fuentes literarias. En Feliciano Sala y Jesús Moratalla (eds.), *Las guerras civiles romanas en Hispania: una revisión histórica desde la Contestania*, Alicante, Universidad de Alicante, pp. 23-33.
- (2014b). Apuntes en torno a las guerras sertorianas: evolución e impacto sobre el poblamiento y la ordenación territorial del valle del Ebro. *Espacio, Tiempo y Forma*, 27, pp. 15-53.
- Sampson, Gareth C. (2013). *The Collapse of Rome: Marius, Sulla and the 1st Civil War (91-70 BC)*, Barnsley, Pen & Sword Military.
- Santos, Juan (2009). Sertorio: ¿un romano contra Roma en la crisis de la República? En Gianpaolo Urso (ed.), *Ordine e sovversione nel mondo greco e romano: atti del Convegno internazionale Cividale del Friuli, 25-27 settembre 2008*, Pisa, Edizioni ETS, pp. 177-192.
- Scardigli, Barbara (1971). Sertorio: problemi cronologici. *Athenaeum*, 49, pp. 229-270.
- Schulten, Adolf, Pedro Bosch y Luis Pericot (1937). *Fontes Hispaniae Antiquae*, fasc. IV: *Las guerras de 154-72 a. de J. C.*, Barcelona, Bosch.
- (1949). *Sertorio*, Barcelona, Bosch.
- Schulze, Wilhelm (1904). *Zur Geschichte lateinischer Eigennamen*, Berlin, Weidmannsche Buchhandlung.
- Sillières, Pierre (1995). *Baelo Claudia: une cité romaine de Bétique*, Madrid, Casa de Velázquez (Collection de la Casa de Velázquez, 51).
- Spann, Philip O. (1976). *Quintus Sertorius: Citizen, soldier, exile*, Ann Arbor, University Microfilms.
- Spann, Philip O. (1977). M. Perpenna and Pompey's Spanish Expedition. *Hispania Antiqua*, 7, pp. 47-62.
- (1984). *Quintus Sertorius and the legacy of Sulla*, Fayetteville, University of Arkansas Press.
- (1987a). Saguntum vs. Segontia. *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, 33, pp. 116-119.
- (1987b). C. L. or M. Cotta and the «Unspeakable» Fufidius: A note on Sulla's *Res Publica Restituta*. *The Classical Journal*, 82/4, pp. 306-309.
- Stahl, Wilhelm Peter Christian (1907). *De Bello Sertoriano*, Erlangen, E. Th. Iacobi.
- Stylow, Armin U. (2005). Fuentes epigráficas para la historia de la «Hispania ulterior» en época republicana. En Enrique Melchor Gil et alii (coords.), *Julio César y Córdoba: tiempo y espacio en la campaña de Munda (49-45 a. C.)*. *Actas del Simposio organizado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Córdoba y el Departamento de Ciencias de la Antigüedad y de la Edad Media, Córdoba, 21-25 de abril de 2003*, Córdoba, Universidad de Córdoba, pp. 247-262.
- Tovar, Antonio (1974). *Iberische Landeskunde*, Baden-Baden, Koerner.
- Urias, Rafael (1993). La historia a través del mundo: Agatárquides de Cnido y la Nueva Historia de Posidonio. *Habis*, 24, pp. 57-67.
- Uroz, Héctor, y José Uroz (2014). La Libisosa ibero-romana: un contexto cerrado de, y por, las guerras sertorianas. En Feliciano Sala y Jesús Moratalla (eds.), *Las guerras civiles romanas en Hispania: una revisión histórica desde la Contestania*, Alicante, Universidad de Alicante, pp. 199-216.
- Urso, Gianpaolo (ed.), *Ordine e sovversione nel mondo greco e romano: atti del Convegno internazionale Cividale del Friuli, 25-27 settembre 2008*, Pisa, Edizioni ETS.
- Vervaeke, Frederik Juliann (2012). The Praetorian Proconsuls of the Roman Republic (211-52 BCE): A constitutional survey. *Chiron*, 42, pp. 45-96.
- Wiseman, Timothy Peter (1971). *New Men in the Roman Senate*, Oxford, Oxford UP.

Nuevos datos arqueológicos sobre el arrabal de Haratalcomez y un depósito de residuos domésticos de la Osca romana: excavación arqueológica en avenida Monreal, n.º 5, de Huesca

Julia Justes Floría* – Silvia Arilla Navarro**

Resumen La excavación arqueológica realizada en la finca situada en avenida Monreal, n.º 5, de Huesca, ha aportado datos de gran interés histórico. Se ha documentado un urbanismo ordenado perteneciente a uno de los arrabales de la Wašqa andalusí. Este barrio se instaló sobre los restos de un gran depósito de planta cuadrangular de cronología romana altoimperial construido mediante sillares de grandes dimensiones (*opus quadratum*). A su vez, este gran depósito de residuos se levantó sobre otras estructuras anteriores cuya dirección constructiva fue mantenida por la fase altoimperial. Estos indicios previos indican una ocupación temprana de este sector de la periferia de la ciudad.

Palabras clave Arrabal. Urbanismo andalusí. Osca. Depósito de residuos.

Abstract The archaeological excavation developed in number 5, Monreal Avenue, of Huesca, has provided very abundant and interesting data about the past of the city which enables to document a regulated urbanism belonging to an external suburb of the Andalusian medina of Wašqa. This neighbourhood was settled above the remains of a quadrangular ground floor of a large Roman Imperial depot constructed with ashlar masonry made up of big blocks (*opus quadratum*). In turn, this depot was built above the remains of other older structures, whose layout was maintained during the Early Imperial period.

This earlier evidence points out to the existence of a Roman Republican occupation in this area of the surroundings of the city.

Keywords Suburb. Andalusian urbanism. Osca (Hispania).

INTRODUCCIÓN

En los últimos veinticinco años se han realizado en la ciudad de Huesca un elevado número de intervenciones arqueológicas, en las que se han recuperado datos fundamentales para el conocimiento de su pasado. Por diversos motivos, lamentablemente estos datos no han contribuido a la actualización del discurso histórico de la ciudad mediante la incorporación de estas aportaciones de la arqueología.¹ Por ello creemos que es imprescindible que los arqueólogos hagamos un esfuerzo por transmitir los datos obtenidos en las intervenciones que dirigimos, a la espera de que dicho discurso histórico sea por fin actualizado.

En este sentido, exponemos de forma necesariamente breve los hitos fundamentales que caracterizan los resultados de la excavación arqueológica desarrollada en la finca situada en el n.º 5 de la avenida

¹ La última monografía histórico-arqueológica del pasado de la ciudad fue publicada por María Nieves Juste en 1995. Ante el tiempo transcurrido sin que se haya actualizado de forma monográfica el relato histórico de Huesca basado en las aportaciones de la arqueología, urge la publicación de la totalidad del ingente número de intervenciones realizadas y todavía más, si cabe, la revisión del pasado de la ciudad a la luz de los datos aportados en las últimas tres décadas gracias al desarrollo de la arqueología urbana.

* Arqueóloga profesional. juliajustes@hotmail.com

** Técnica de Patrimonio, licenciada en Geografía e Historia. silviaarillanavarro@yahoo.es

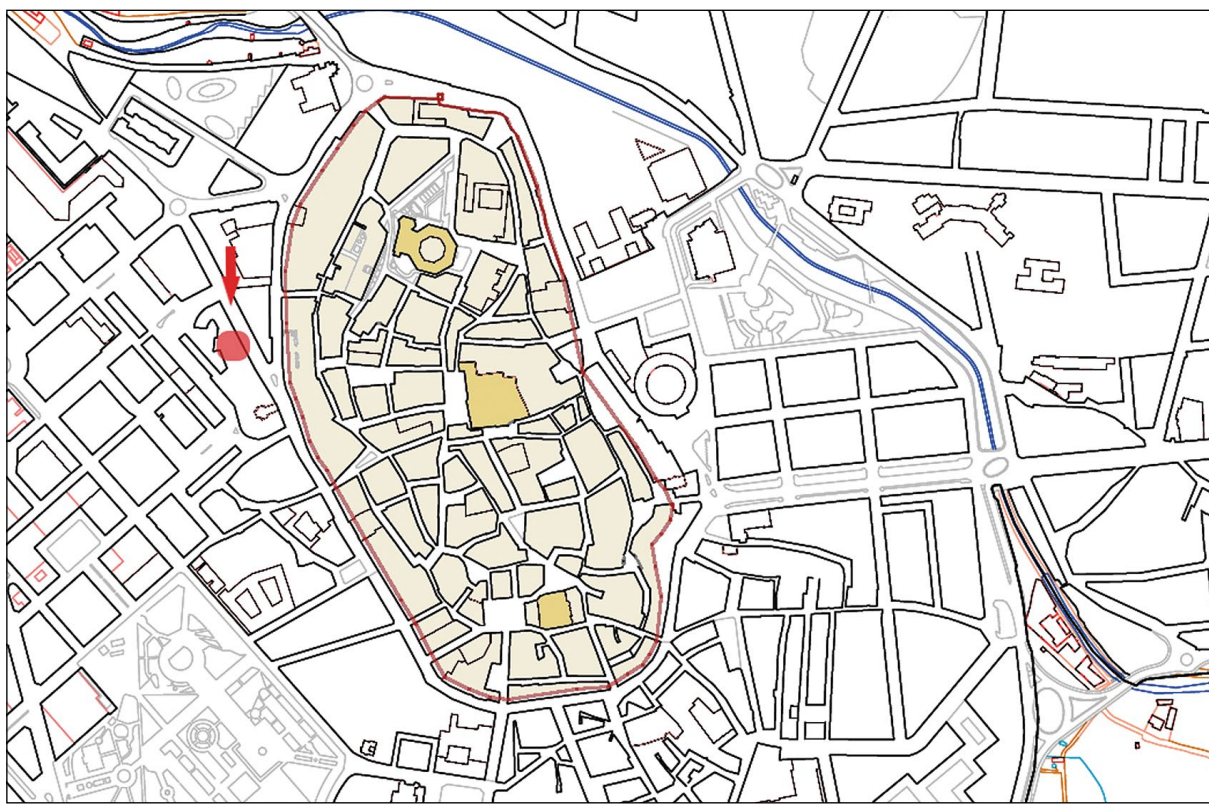


Fig. 1. Mapa de situación de avenida Monreal, n.º 5, al noroeste del recinto amurallado (línea roja), en un área posiblemente periurbana.



Fig. 2. La finca, de forma trapezoidal, se abre hacia el este a la avenida Monreal y al oeste a un área abierta interior de ámbito público. El área excavada mediante metodología arqueológica fue de 250 metros cuadrados, de un total de 400.

Monreal de Huesca en los primeros meses del año 2021.² Esperamos que en el futuro se realice su investigación en profundidad ante el extraordinario interés de los datos recuperados.

El solar se sitúa en el sector noroeste de la ciudad antigua y medieval de Huesca, al exterior del recinto protegido por las murallas de piedra (fig. 1). En esta finca se llevó a cabo la excavación arqueológica de un área de 250 metros cuadrados de superficie, coincidente con la planta del nuevo edificio que iba a construirse (fig. 2), profundizando hasta localizar el estrato de arcilla natural (argilita), indicador de la finalización de los estratos antrópicos objetivo de nuestro trabajo arqueológico. El paquete de tierras extraídas alcanzó una potencia de -2,22 metros en el sector oeste y -4,68 metros en el este, así que se observa un escalonamiento del terreno natural en dirección este sin duda debido a la intervención antrópica, que modeló el terreno según sus necesidades.

ARRABAL DE HARATALCOMEZ

En el año 2017, durante las excavaciones del solar contiguo situado en avenida Monreal, n.º 1 (Justes y Varas, 2020: 328), se documentó la presencia de uno de los barrios extramuros de la ciudad altomedieval con la identificación de varios pozos negros, algunos de ellos reforzados con mampostería en sus paredes, restos de muros y fragmentos de vasijas de menaje doméstico. Constituían estos la primera evidencia arqueológica de la presencia en este sector noroeste de la ciudad de un entorno urbano citado en las fuentes documentales bajo la denominación de *arrabal de Haratalcomez*, que según dichos textos estaría situado entre la iglesia de San Miguel y la judería (Naval, 2016: 46-47; Sénac, 2000: 169-170).

Las estructuras localizadas en el área excavada en avenida Monreal, n.º 5, son mucho más evidentes que las de la finca contigua, dado que se extienden por toda el área excavada. Además, tras el estudio en profundidad tanto de las construcciones ahora exhumadas como del abundante material arqueológico a ellas asociado, será posible establecer la evolución y la funcionalidad de este arrabal, cuya vida activa debió de desarrollarse entre los siglos X y XII (fig. 3).

En este momento hemos realizado un estudio preliminar de las unidades constructivas (en adelante, UU CC) identificadas en el proceso de documentación arqueológica, lo que nos permite confirmar la

existencia de un urbanismo ordenado en el que el eje vertebrador es un vial de dirección norte-sur³ del cual se ha localizado un tramo de casi 10 metros de longitud y 2,6 de anchura, y de entre 50 y 60 centímetros de espesor (fig. 4). A ambos lados de esta infraestructura se articulan varias construcciones, sin que podamos certificar que se trate de establecimientos artesanales o viviendas, aunque creemos más probable esta segunda posibilidad, ya que han sido varios los pozos negros o depósitos de residuos domésticos identificados en su interior.⁴ En lo que se refiere al vial, resulta destacable la rusticidad de su construcción, cuya técnica consistió en realizar una cubeta longitudinal de dirección norte-sur excavada en el estrato de cronología romana (unidad estratigráfica [en adelante, UE] 1035) cuyo interior fue colmatado mediante una capa de relleno compuesta por gravas, bolos, tejas y cerámica muy fragmentada (UE 1009 y 1011). La capa de rodadura, que se superpondría a este relleno comentado, debió de estar formada por una fina capa de tejas y cerámica trituradas, como hemos visto en otros puntos de la ciudad (Justes y Royo, 2018: 64). En el caso que nos ocupa, esta capa estaba muy desdibujada por las cimentaciones modernas que se apoyaban sobre ella. No se han localizado evidencias de la existencia de aceras o accesos a las viviendas.

El elemento singular de este vial es su estructura interior, ya que por su parte central (ligeramente desplazada al oeste) discurría una cloaca (UC 2) (figs. 4-8), de la que se ha documentado una longitud de 9,25 metros, que fue realizada con mampostería y bolos calzados con ripios de ladrillo y teja. La mayor parte de esta estructura se construyó mediante dos filas de losas cuadrangulares dispuestas de forma paralela, mientras que la cubierta estaba compuesta igualmente por losas, en este caso más irregulares que las de las paredes tanto en su grosor como en su forma.⁵

³ La estructura de este vial presenta las siguientes unidades constructivas y estratigráficas: UC 2 (cloaca), UC 6 (fachada de levante), UC 7 (fachada de poniente) y UE 1009 y 1011 (relleno bajo capa de rodadura).

⁴ Documentamos la presencia de cinco pozos negros de similares morfología y características. Todos ellos carecen de estructura de mampostería, son de forma cilíndrica y presentan un diámetro de entre 1,5 y 2,5 metros. Aparecen colmatados por unidades estratigráficas de tierra arenosa escasamente compactada, de intensos tonos oscuros, que ofrecen un lote más o menos abundante de desechos domésticos sólidos: fragmentos de vasijas de cerámica y restos óseos de fauna (UE 1053, 1132, 1133, 1141 y 1153; véase su situación en la fig. 3).

⁵ La anchura exterior de esta estructura oscila entre 0,46 y 0,50 metros, y su altura es de 0,35 metros. La caja interior tiene un hueco cuadrangular de unos 0,25 × 0,25 metros.

² Agradecemos la colaboración de los promotores Monreal Capital n.º 5.

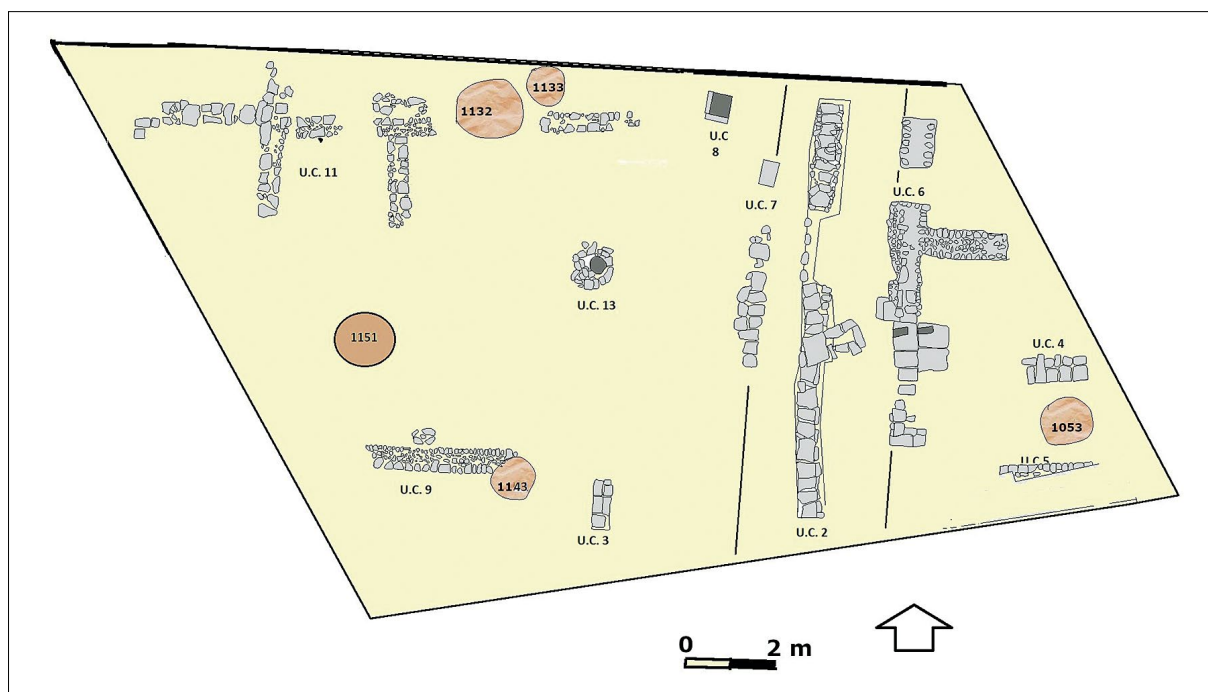


Fig. 3. Planimetría de las construcciones pertenecientes al arrabal andalusí. Destaca en el sector este la construcción longitudinal, de dirección norte-sur, correspondiente a una de las calles del arrabal de Haratalcomez.

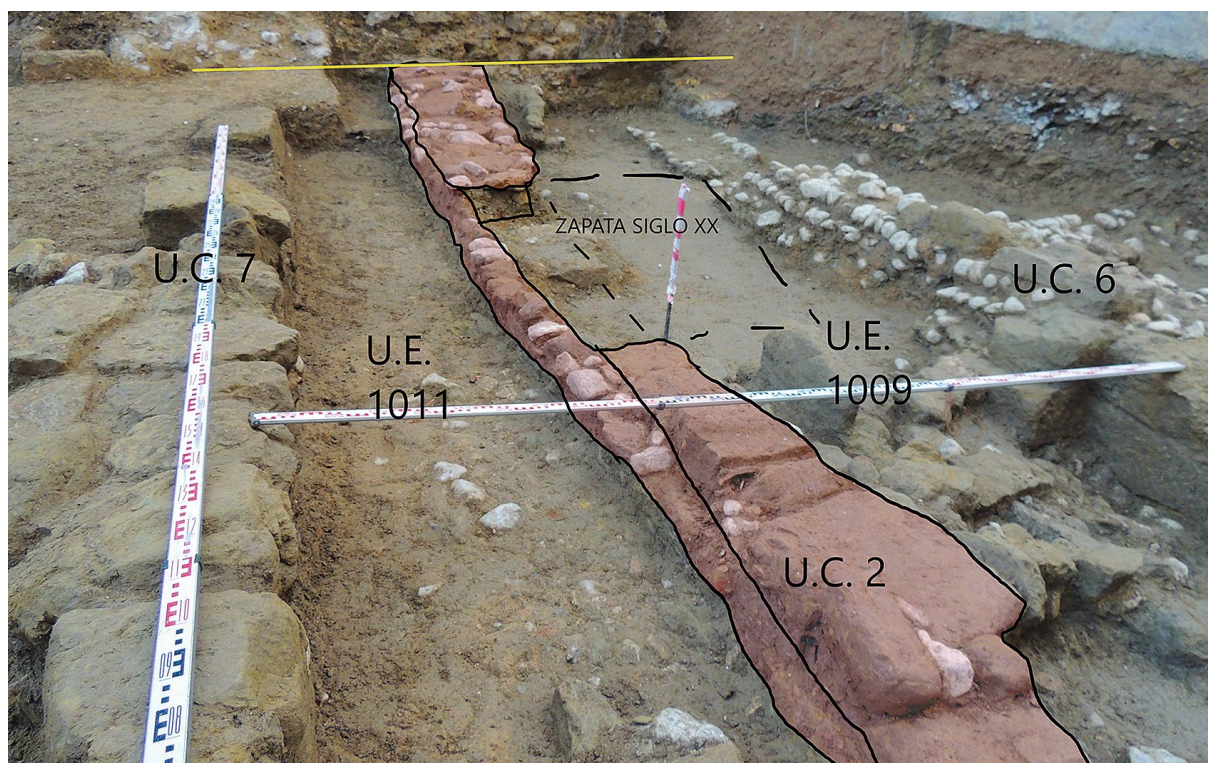


Fig. 4. Imagen desde el sur de la calle altomedieval, por cuyo interior discurría una pequeña cloaca (UC 2). Observamos su esqueleto tras retirar las capas que sustentaban la de rodadura.



Fig. 5. Vista desde el extremo sur de la cloaca con su cubierta.



Fig. 7. Vista general de la cloaca una vez retirada la cubierta. El interior estaba colmatado por un estrato de limo muy fino, sin apenas restos arqueológicos.



Fig. 6. Vista del lateral este de la cloaca. Se observa la construcción a base de losetas cuadrangulares colocadas de forma vertical y apoyadas sobre un lecho de gravilla y cerámica triturada.

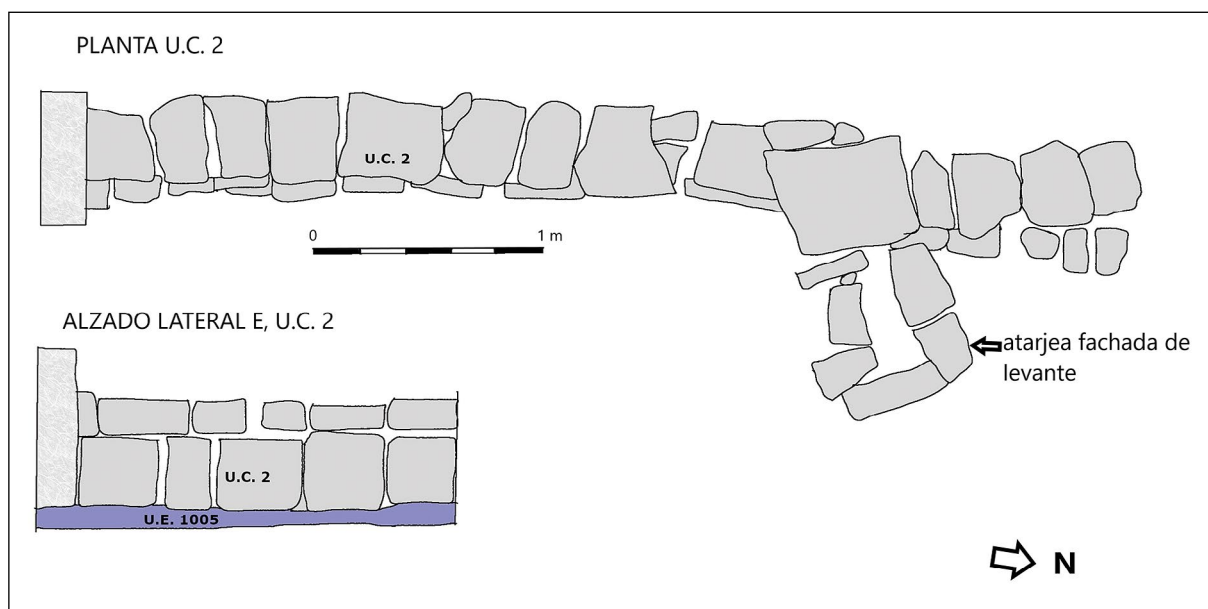


Fig. 8. Planta y sección (detalle del extremo sur) de la cloaca (UC 2).

La canalización presenta buzamiento en dirección sur, con una diferencia de cota de 0,17 metros entre el extremo norte y el meridional. En esta cloaca se han observado sutiles pero evidentes diferencias constructivas entre el sector norte y el sur: la construcción es algo más rudimentaria en el primero, donde las losas laterales son sustituidas por mampuestos y se observa un mayor uso de bolos y ripios. Interpretamos estas diferencias como fruto de la existencia de dos

fases constructivas, de las que la más antigua sería la de la parte sur, que fue posteriormente ampliada en el tramo norte. El elemento común en ambos sectores es el apoyo de la cloaca sobre un tosco pavimento de gravilla y cerámica gruesa (tejas, ladrillo) triturada y compactada que no se ciñe al interior de la cloaca, sino que se proyecta al exterior en una banda de 0,20/0,30 metros (UE 1005).

Esta estructura destinada a la evacuación de residuos líquidos presenta dos entradas o atarjeas, ambas de morfología diferente. La primera entrada, en dirección este, que provenía de la UC 6 o fachada de levante, presenta un pequeño canal de mampostería construido al mismo tiempo que la cloaca (fig. 9). La segunda atarjea, en este caso con origen en la fachada de poniente proveniente de la UC 7, se realizó posteriormente a la construcción de la cloaca primitiva por medio de una sencilla ruptura en su pared lateral, de manera que en este caso la conducción de los líquidos se realizaba mediante un canal construido con tejas colocadas en posición invertida⁶ (fig. 10). Esta cloaca supone una de las novedades arqueológicas identificadas en la presente intervención, ya que por primera vez en Huesca se ha documentado la presencia de un



Fig. 9. Detalle del interior de la atarjea que desde la fachada de levante desaguaba en el interior de la cloaca.

⁶ No es la primera vez que observamos en Huesca la utilización de pequeños canales de evacuación construidos mediante la superposición de tejas en posición invertida, como el documentado en la excavación realizada en Canellas, n.º 3, en este caso asociado a un vial (Justes y Royo, 2018: 64).



Fig. 10. Detalle de la atarjea que vertía desde el edificio que se abría a poniente del vial, mucho más sencilla en su estructura. El canal de vertido se construyó mediante tejas invertidas.

sistema ordenado de evacuación de residuos datado en época andalusí.

A ambos lados del mencionado vial se levantaban varios edificios cuyas plantas se han localizado muy arrasadas. En un único caso se ha identificado un sencillo pavimento de arcilla compactada (UE 1008,

sector SE), ya que del resto de construcciones solamente se ha preservado parte de la cimentación de sus muros. A pesar de este alto grado de desmantelamiento, es posible observar su *ordenación*, puesto que la cimentación de los lienzos sigue las directrices que marca el vial anteriormente descrito.



Fig. 11. Fachada de levante del vial (UC 6). Se observan dos sectores bien diferenciados: el sur, en el que predomina el trabajo en mampostería, y el norte, construido mediante bolos ordenados.

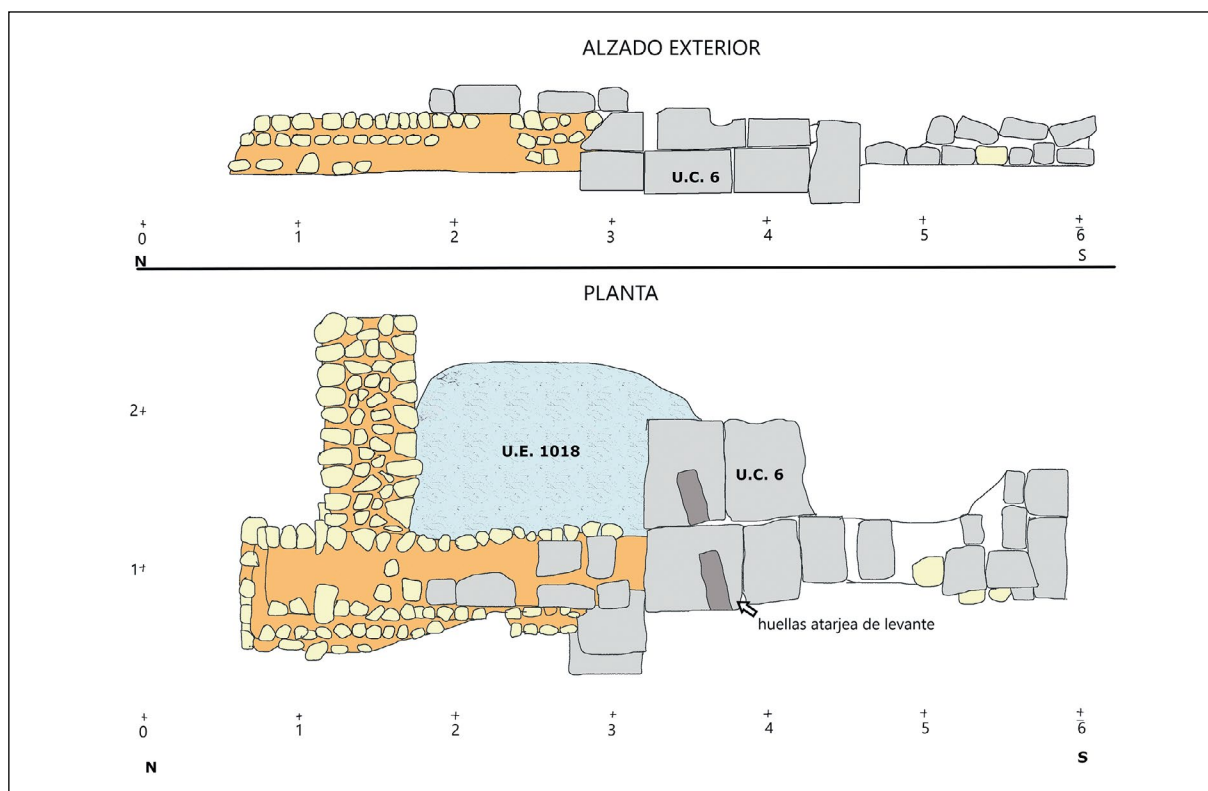


Fig. 12. Planta y alzado del edificio que se levantaba al este del vial.



Fig. 13. Pozo de agua de pequeñas dimensiones hallado en el interior de uno de los edificios situados al oeste del vial.

Estas cimentaciones y parte del alzado de los lienzos (zócalos) se construyeron mediante la colocación de bolos careados o de mampostería, mientras que las partes aéreas de los muros posiblemente estuvieran construidas mediante tapial de arcilla prensada. Los zócalos de los edificios presentan en algunos sectores una morfología característica de las construcciones domésticas de la Marca Superior, al tratarse de basamentos de bolos ordenados en hiladas como ya observamos en el arrabal de San Juan en Barbastro (Royo y Justes, 2008: 62) o en Pla d'Almatà (Balaguer) (Alós *et alii*, 2006-2007: 135, fig. 9; 157, fig. 11; 158, fig. 12). Esta característica forma de realizar cimentaciones y zócalos no se había documentado en la ciudad de Huesca hasta este momento, si bien es cierto que el registro arqueológico andalusí en el interior del recinto amurallado está prácticamente barrido por las ocupaciones posteriores. Por esta circunstancia resulta muy complicado identificar otros restos de viviendas aparte de los

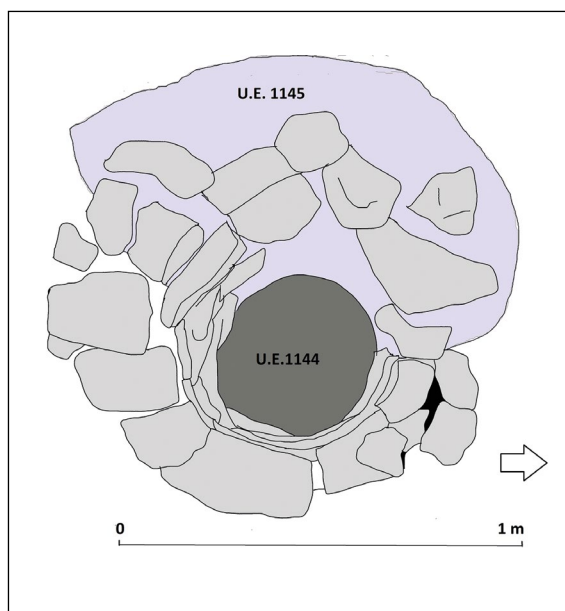


Fig. 14. Planta del pozo destinado a la extracción manual de agua.



Fig. 15. Pileta o depósito de losas de arenisca situado a escasa distancia de la fachada de poniente del vial.

soterrados, como es el caso de silos, pozos negros o aljibes (Justes y Royo, 2018: 58).



Fig. 16. Detalle del interior de la pileta. Se observan los restos de la capa de enlucido de mortero de cal que otorgaba la impermeabilidad a la construcción y la pequeña cazoleta que permitía la limpieza de los residuos acumulados en el fondo.

Llama la atención que no existe uniformidad en el modo de construcción de dichos zócalos, ni siquiera en aquellos que pudieron formar parte de una misma fachada como es el caso de la UC 6 (fig. 11, planimetría y alzado en fig. 12), de lo cual inferimos la existencia de diferentes momentos constructivos cercanos en el tiempo, puesto que puede tratarse de reformas o ampliaciones de un edificio en activo.

Como elementos destacables en la arquitectura de este arrabal andalusi, podemos mencionar dos construcciones singulares: un pozo para la extracción de agua (UC 13) y un pequeño contenedor para líquidos (UC 8), ambos situados al oeste del vial (véase su situación en la fig. 3). El pozo se encontraba muy alterado tanto por intervenciones de cronología medieval como en época reciente,⁷ de ahí su irregular contorno (figs. 13 y 14). La construcción, muy rústica

⁷ La cimentación del último edificio que se levantaba en el solar se apoyó de forma reiterada en las estructuras del arrabal andalusi, que previamente había sido objeto de expolio tras su abandono.



Fig. 17. Detalle de una de las subdivisiones interiores del edificio de levante.
Se observa un trabajo meticuloso en la disposición de los bolos pertenecientes a la cimentación y al zócalo del lienzo.



Fig. 18. Cimentación de mampostería de uno de los edificios que ocupaba el sector noroeste del arrabal (UC 11).

y de escasa consistencia, contaba con una morfología similar a la observada en otros casos hallados en la ciudad (Coso Bajo, n.^{os} 6-8, calle Oteiza...). Por otro lado, su reducido tamaño nos indica que la extracción de agua se realizaba de forma manual. Este pequeño pozo doméstico se construyó mediante mampostería dispuesta en hiladas irregulares. La forma redondeada del interior se conseguía tallando la cara interna de los mampuestos, obteniendo así la forma circular deseada. Su diámetro oscilaba entre 0,48 y 0,62 metros; en el momento de su excavación se identificó una profundidad de 2 metros, sabiendo que al menos faltaba la parte aérea del pozo o brocal. Tras su amortización o abandono, fue utilizado como punto de vertido de desechos domésticos (UE 1144).

Por el contrario, la segunda de las construcciones singulares que queremos destacar en este momento, un pequeño depósito cuadrangular, presenta una esmerada ejecución (fig. 15) y se sitúa muy próximo a la UC 7, que constituye la fachada de poniente del vial. Fue alterado por la cimentación del edificio contemporáneo que se levantaba en este solar, por lo que únicamente se ha conservado una porción de este (0,50 × 0,70 metros). Tanto el fondo como los laterales se construyeron mediante grandes losas de arenisca de casi 0,5 metros de altura. Además, este pequeño depósito fue revestido por una fina capa de mortero de cal y arena cuya cara exterior presenta una intensa tonalidad rojiza. En el fondo se observa una pequeña cazoleta⁸ de estas dimensiones: 0,16 × 0,16 × 0,08 metros (fig. 16).

No es el momento de profundizar en cuestiones como la alineación o los sistemas constructivos del arrabal, que por su complejidad necesitarán estudios monográficos, pero sí queremos recalcar estos dos temas ya mencionados someramente en líneas anteriores: el curioso sistema constructivo mediante la colocación de bolos ordenados (fig. 17, detalle del sector norte de la UC 6) y la existencia de un urbanismo ordenado que alinea las construcciones según las líneas dominantes, con ligeras desviaciones en algunos muros interiores (fig. 18, UC 11).

El necesario estudio de la ingente cantidad de material mueble recuperado nos permitirá caracterizar mejor la función y la cronología de este arrabal de la medina de Wašqa. En este momento no se ha iniciado el proceso de documentación de este material, por lo que apenas podemos aportar otra información que



Fig. 19. Fragmentos de jarritas de cerámica oxidante decoradas mediante la técnica de la cuerda seca (UE 1108) (siglos x-xi).

la observada durante el proceso de excavación y lavado. El material es abundante, aunque aparece muy fragmentado, con la excepción de aquellas UU EE del interior de alguno de los pozos negros (UE 1132), donde el índice de fragmentación es menor. *Grosso modo* podemos afirmar que hemos identificado la presencia del repertorio de vasijas de cerámica habituales en el registro altomedieval andalusí, en el que destacan la vajilla de mesa y servicio, como jarras con decoración en cuerda seca (fig. 19, UE 1108) y ataífores con decoración en verde manganeso sobre engalba blanca o vedrío melado interior. Existe además una numerosa variedad de jarras de cocción oxidante, en ocasiones con decoraciones lineales en manganeso.

GRAN DEPÓSITO DE RESIDUOS DE OSCA

El segundo de los hitos que deseamos destacar en la intervención arqueológica desarrollada en la finca de la avenida Monreal, n.º 5, es la localización de la continuación del gran depósito de cronología romana altoimperial, construido mediante la técnica del *opus quadratum*, de gran tamaño y excelente trabajo de cantería, descubierto en las excavaciones de la avenida Monreal, n.º 1 (UC 1; Justes y Varas, 2020: 328-331).

En lo que se refiere a los resultados obtenidos en la finca de la avenida Monreal, n.º 5, en lo tocante a la construcción mencionada en el párrafo anterior, se ha exhumado un lienzo de 11,5 metros de longitud (UC 12), que atraviesa el solar de sur a norte (véase su situación en la fig. 20), construido mediante un único paño de sillares (*opus quadratum*) de 0,50 metros de anchura (figs. 21 y 22). En el tramo ahora localizado se conservan dos hiladas exentas y una más que permanecía enterrada correspondiente a la cimentación (fig. 23). Presenta dos contrafuertes situados a 5 metros de distancia entre sí, conseguidos mediante

⁸ Su morfología es similar a la de otro observado en Coso Bajo, n.^{os} 6-8, igualmente en un ámbito periurbano, en un arrabal en el que se documentaron actividades artesanales (Justes, 2017: 125-126, UC 5 y UE 3029).

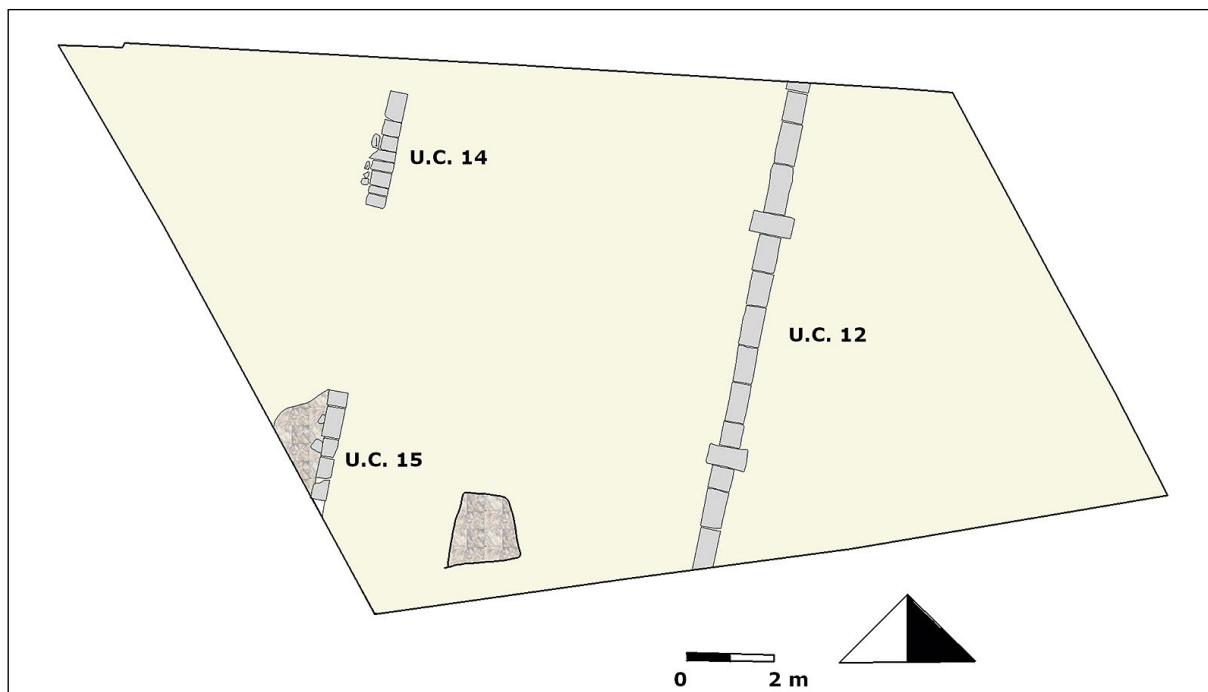


Fig. 20. Situación de las estructuras de cronología romana: UC 12, de cronología altoimperial; UU CC 14 y 15, de cronología romana republicana.



Fig. 21. Interior del depósito, construido mediante la técnica del *opus quadratum*.



Fig. 22. Vista general de la excavación desde el suroeste. Se observa el muro de cierre del depósito desde el exterior del mismo.



Fig. 23. Detalle de la cara interior del lienzo de cierre del depósito (UC 12). Se observan dos hiladas de grandes sillares (*opus quadratum*); la superior presenta su cara desgastada por la erosión, mientras que la inferior muestra un trabajo de labra más nítido.



Fig. 24. Vista del lienzo rectilíneo, en el que sobresalen dos contrafuertes.



Fig. 25. El exterior del depósito presenta una talla fresca, muestra evidente de que este lateral del lienzo siempre permaneció cubierto.

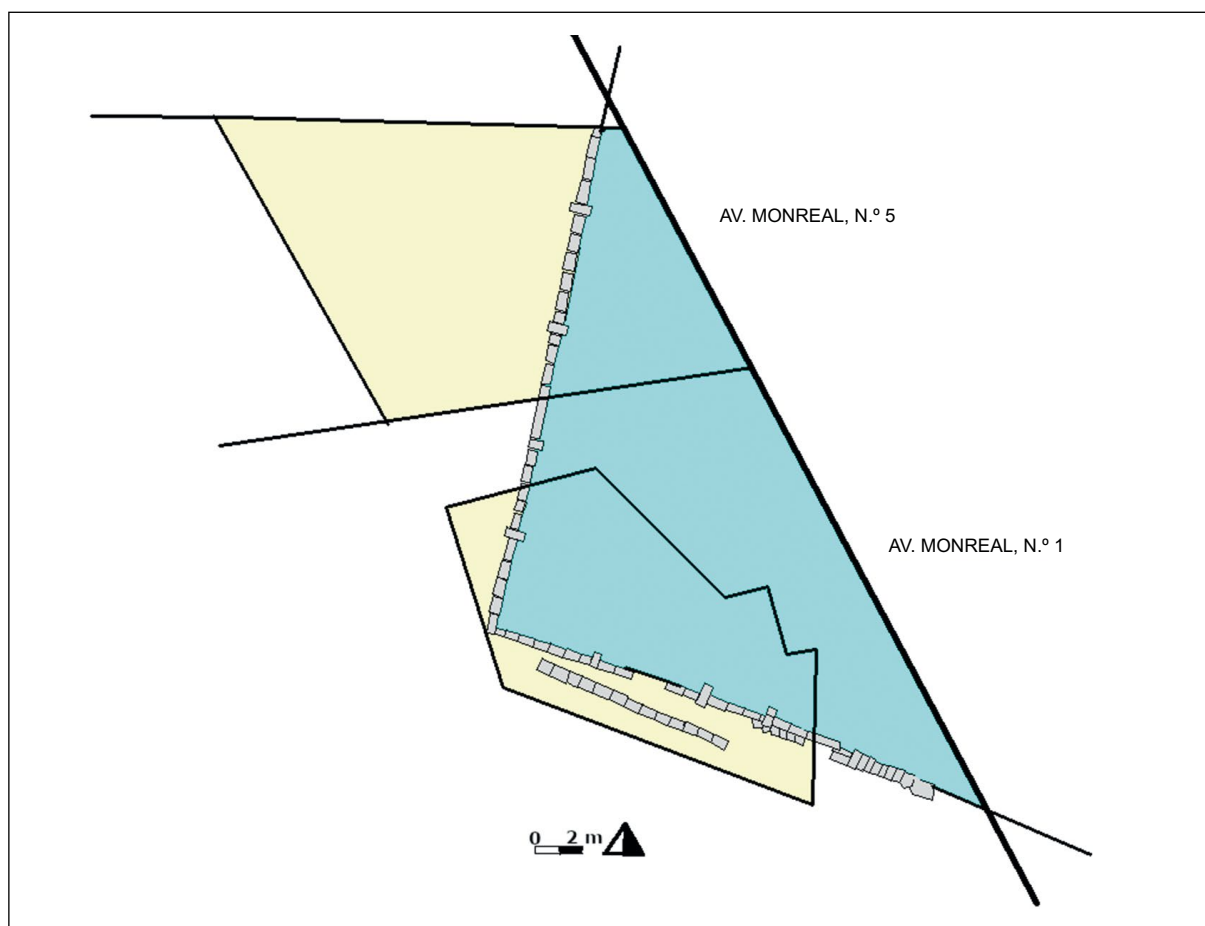


Fig. 26. Planta del gran depósito localizado en los números 1-5 de la avenida Monreal.

la colocación de tres sillares apilados perpendicularmente al eje del muro (fig. 24) que se proyectan hacia el interior y el exterior de la estructura. La altura de las hiladas se aproxima a 0,60 metros, aunque en algunos sectores, para contrarrestar la ligera pendiente del terreno, observamos algún sillar de apenas 0,50 metros de alzado. La pericia de los canteros romanos nunca dejará de sorprendernos, tallando y colocando a hueso, de forma magistral, los grandes sillares que conforman este muro. Buena parte de ellos presenta una delicada talla en espiga, más evidente en la cara oeste o exterior, superficie que siempre estuvo cubierta de tierra (fig. 25). En el interior, la hilada superior presenta su cara más desdibujada, lo que manifiesta una erosión diferencial que ha redondeado las juntas y borrado las marcas de labra (fig. 23). La estructura tuvo en origen, al menos, una hilada más, que fue desmontada ya en época antigua o altomedieval.

No tenemos ninguna duda al afirmar que la UC 12 es la continuación de la UC 1 exhumada en la ex-

cavación del solar contiguo (avenida Monreal, n.º 1). Si contemplamos la construcción de forma conjunta, vemos que el lateral oeste del depósito cuadrangular mediría al menos 22 metros y su anchura sería superior a 24 metros⁹ (fig. 26). A modo de apunte en este momento de la investigación, creemos que estamos ante una estructura diáfana, construida mediante muros rectilíneos en los que se distribuían contrafuertes de forma periódica y en la que es evidente la existencia de varias fases constructivas que se plasman en los diferentes sistemas de disponer los sillares que conformaron sus lienzos (especialmente el sur, documentado en 2017). En este sentido, afirmamos que el fragmento de lienzo ahora localizado en avenida Monreal, n.º 5, puede pertenecer a la primera fase constructiva.

⁹ En 2017 se identificó parte del muro oeste (10,5 metros). Si a lo ya conocido sumamos los 11,5 metros ahora exhumados, obtenemos un lienzo de 22 metros de longitud.

Por el momento no vamos a entrar en la función de este gran depósito, puesto que creemos que se debe realizar una profunda investigación de la estructura y su contenido, para lo que sería fundamental conocer sus dimensiones totales, ya que con seguridad la construcción se prolonga bajo las aceras y el vial de la avenida Monreal. A modo de someras pinceladas, podemos apuntar que el interior del depósito no muestra ningún tipo de recubrimiento para impermeabilizar la construcción y su base de arcilla natural de gran dureza no es plana, sino que presenta un ligero buzamiento en dirección este. Por otro lado, las UUEE localizadas en el interior presentan una composición limosa, muy plástica, propia de los estratos formados en medio líquido; asimismo, la coloración oscura de estas UUEE manifiesta la existencia de materia orgánica descompuesta, aunque apenas si se han recuperado restos de fauna. Hay un dato de gran interés arqueológico que hasta este momento no habíamos mencionado: se trata de la presencia de piezas cuyos fragmentos se han localizado en ambos solares (avenida Monreal, n.º 1 y n.º 5), es decir, a varios metros

de distancia, aunque de momento no nos es posible interpretar esta singular circunstancia.

No solo son singulares la situación y las dimensiones de esta estructura relacionada con la Osca romana, sino que es igualmente muy destacable el hecho de que fue colmatada por una cantidad ingente de desechos domésticos, principalmente vasijas de cerámica cuya cronología fijamos aproximadamente y de forma provisional en los siglos I y II d. C.

Resulta muy complicado resumir en unas breves líneas la riqueza del material recuperado en el interior del depósito, del que numerosas piezas se localizan en un grado de fragmentación bajo y es habitual encontrar piezas de mediano y pequeño tamaño casi completas, por ejemplo vasos de paredes finas o jarras de cerámica engobada (fig. 27). A grandes rasgos, podemos apuntar que en este conjunto está representado casi todo el repertorio de la *instrumenta domestica* utilizado por los habitantes de Osca en los siglos I y II d. C.: vasijas de mesa, servicio, cocina y almacenaje, además de elementos constructivos o incluso relacionados con las creencias y rituales religiosos.



Fig. 27. La riqueza material del interior del depósito es abrumadora. Esta es una pequeña muestra del numeroso lote de vasos de cerámica engobada, con decoración de barbotina o de *terra sigillata*, recuperados.



Fig. 28. UE 14, fragmento de lienzo identificado bajo las construcciones pertenecientes al arrabal andalusí.



Fig. 29. UE 15, continuación del lienzo visto en la figura 28. Los estratos arqueológicos asociados a estos fragmentos de construcciones nos permiten fecharlas en un momento previo al cambio de era, en torno a los siglos II-I a. C.



Fig. 30. Pavimento de gravilla compactada. Tanto los fragmentos de lienzos anteriores como este del pavimento muestran que existieron en este lugar construcciones de cierta entidad, cuyos zócalos eran de sillería, y los pavimentos, de gravilla y cerámica triturada.

OCUPACIÓN PREVIA AL DEPÓSITO ALTOIMPERIAL

El tercero de los hitos arqueológicos relativo a la excavación realizada en la finca de avenida Monreal, n.º 5, es la presencia de restos de construcciones y estratos arqueológicos de cronología previa a la vida útil del depósito más arriba descrito, más en concreto de etapa romana republicana (siglos II-I a. C.) (véase su situación en la fig. 20, UUCC 14 y 15).

En el extremo oeste del solar observamos que inmediatamente, bajo los restos muebles e inmuebles pertenecientes al arrabal andalusí, existían dos fragmentos de lienzos y otros indicios de hábitat como pavimentos de gravilla, además de unidades estratigráficas sedimentarias, que nos hablan de una ocupación más antigua que las detalladas en las líneas precedentes.

Sin entrar en una descripción minuciosa, podemos afirmar que las similitudes morfológicas y la coincidencia en la alineación de las UUCC 14 y 15

(figs. 28-29) nos indican que formaron parte del mismo lienzo. Los elementos que conforman este muro de 0,46 metros de anchura, del cual se conserva la última hilada insertada en la arcilla natural, son sillares de tamaño pequeño y talla irregular.¹⁰ En el caso del fragmento situado más al sur (UC 15), observamos que junto al lienzo existía un pavimento de gravilla similar a otro fragmento de pavimento situado a 3,3 metros al sureste¹¹ (fig. 30). Dicho pavimento, que muestra un trabajo minucioso, se componía de una capa de 8 a 10 centímetros de espesor de gravilla de granulometría fina (de 1 a 5 centímetros de diámetro) concienzudamente compactada (fig. 31), apoyada en un estrato de arena fina estéril; junto a la gravilla se depositaron algunos pequeños fragmentos de cerámica, pero no existía mortero que diera consistencia al pavimento.

¹⁰ Se han conservado dos fragmentos de lienzo, de 3,1 (UC 14) y 3 metros, respectivamente (UC 15).

¹¹ UE 1142, fragmento de 2,5 × 2 metros.



Fig. 31. Detalle de la superficie del pavimento, de 0,08 metros de grosor. A pesar de carecer de matriz que le diera firmeza, el resultado final fue de gran consistencia, fruto del minucioso proceso de compactación.

Es muy destacable que tanto estas estructuras de cronología romana republicana (UU CC 14 y 15) que acabamos de describir y la romana altoimperial (UC 12) descrita en el apartado anterior presentan la misma alineación (norte-sur con ligera desviación noreste), por lo que estamos convencidas de que esta coincidencia no es casual y obedece a motivos fundamentados que en este momento dejamos en suspenso en espera de que futuros estudios aclaren tan interesante *coincidencia*.

Las UU EE asociadas a las UU CC 14 y 15 y que cubren los pavimentos comentados (UU EE 1141 y 1156) ofrecen escasas pero significativas evidencias arqueológicas que permiten datar los restos de construcciones entre los siglos II y I a. C. Para ello, como fósil director, contamos con fragmentos de vasijas de importación de barniz negro, campaniense, que aparecieron acompañadas por fragmentos de cerámicas grises ibéricas y algunos fragmentos de vasijas realizadas mediante técnica ibérica.

RECAPITULANDO

Estamos firmemente convencidas de que los hallazgos arqueológicos más arriba descritos, situados en el área periurbana de la ciudad antigua y medieval, van a suponer un gran cambio en el conocimiento del pasado de Huesca.

Como hemos desgranado en las páginas precedentes, son varios los elementos que hacen singular la excavación arqueológica objeto del presente artículo. En primer lugar, la identificación de un sector del arrabal de Haratalcomez, del que ahora conocemos parte de su infraestructura urbana; en segundo lugar, se ha ampliado la documentación del depósito de época altoimperial romana ya identificado en la finca colindante (Justes y Varas, 2020), y por último, se ha comprobado que el hábitat en este sector periférico de la ciudad se inicia en fecha temprana, puesto que se han localizado restos muebles e inmuebles datados en la etapa romana republicana (siglos II-I a. C.).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alòs Trepà, Carme, Anna Camats Malet, Marta Monjo Gallego, Eva Solanes Potrony, Natàlia Alonso Martínez y Jorge Martines Moreno (2006-2007). El Pla d'Almatà (Balaguer, la Noguera): primeres aportacions interdisciplinàries a l'estudi de les sitges i els pous negres de la Zona 5. *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 16-17, pp. 145-167.
- Juste Arruga, María Nieves (1995). *Huesca: más de dos mil años. Arqueología urbana (1984-1994)*, Huesca, Ayuntamiento de Huesca.
- Justes Floría, Julia (2017). Nuevos datos acerca de la topografía de Wašqa: intervenciones arqueológicas en el Coso Bajo de la ciudad de Huesca. *Bolskan*, 26, pp. 115-132.
- y José Ignacio Royo Guillén (2018). La arqueología andalusí en Wašqa: presencias y ausencias en los inicios del tercer milenio. En *II Jornadas de Arqueología Medieval en Aragón, Teruel*, Teruel, IET / Museo de Teruel, pp. 43-79.
- Justes Floría, Julia, y Fernando Varas Cruzado (2020). Dos nuevas estructuras relacionadas con el agua en Osca. En José Ignacio Lorenzo Lizalde y José María Rodanés Vicente (coords.), *Actas del III Congreso de Arqueología y Patrimonio Aragones (CAPA) (Zaragoza, 14 y 15 de noviembre de 2019)*, Zaragoza, Colegio Oficial de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias de Aragón, pp. 323-332.
- Naval Mas, Antonio (2016). *Huesca, Urbs (Huesca, Desarrollo de su arquitectura y Urbanismo)*, Huesca, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Huesca, 2.^a ed.
- Royo Guillén, José Ignacio, y Julia Justes Floría (2006-2008). Aportaciones sobre el origen y la evolución de uno de los arrabales islámicos de Barbastro: la excavación arqueológica de la era de San Juan (Cerler, 11). *Bolskan*, 23, pp. 51-110.
- Sénac, Philippe (2000). *La Frontière et les hommes (VIII^e-XII^e siècle): le peuplement musulman au nord de l'Èbre et les débuts de la reconquête aragonaise*, París, Maisonneuve & Larose.

Las pinturas rupestres esquemáticas de Las Parideras de Pano (Graus)

Amor Olomi^{*} – Jordi Borràs^{**} – Miguel Bartolomé^{***} – Jaume Mas^{****}

Resumen En este artículo se presenta el conjunto de pinturas rupestres del lugar conocido como Las Parideras, situado en Pano (municipio de Graus). A las pinturas de estilo esquemático, de diferentes pigmentos y motivos, se suman otras, cruciformes y de color blanco, que a lo largo de este artículo denominaremos *graffitis* porque pertenecen a una cronología muy posterior.

Palabras clave Arte esquemático. Grafitis. Las Parideras. Pano (Graus).

Abstract In this work we present the group of cave paintings situated in Las Parideras, a site located in Pano (municipality of Graus). In addition to the schematic style paintings, with different pigments and motifs, there are other white cruciform paintings, which we will call *graffiti* throughout this article, as they belong to a much later chronology.

Keywords Schematic art. Graffiti. Las Parideras. Pano, Graus (Spain).

INTRODUCCIÓN

Las pinturas rupestres de Las Parideras de Pano son poco conocidas en la zona por hallarse en un lugar semidespoblado. No se sabe con certeza a quién debemos su descubrimiento. A este equipo le llegó la noticia de su existencia a través de Xavier Reñé Escué, historiador de la Guerra Civil.

El conjunto de estas pinturas obtuvo la consideración de Bien de Interés Cultural en 2011 (*Boletín*

Oficial de Aragón, n.º 222, de 10 de noviembre) y no se conoce estudio o publicación alguna que las describa, ni anterior ni posterior a esta fecha.

Los trabajos de documentación para el presente artículo se llevaron a cabo entre los años 2014 y 2015 y se tomó la decisión de no publicarlo por motivos de seguridad a la espera de un cierre que preservase los paneles, porque a su proceso de deterioro natural se suma el vandalismo, ya manifiesto en algunas de sus figuras. En la actualidad siguen sin protección.

Para la realización de los trabajos se solicitaron los permisos reglamentarios a la Dirección General de Cultura y Patrimonio del Gobierno de Aragón. Los objetivos marcados fueron el estudio de la naturaleza del soporte sobre el que se encuentran las pinturas, la prospección periférica en busca de otras manifestaciones arqueológicas, el levantamiento topográfico del lugar, la elaboración de calcos y la descripción de paneles y figuras. Los resultados son los que a continuación damos a conocer en este artículo.

LOCALIZACIÓN Y DESCRIPCIÓN DEL ABRIGO

El conjunto rupestre se localiza en la sierra de Torón, en el término de Pano, perteneciente al municipio altoaragonés de Graus, concretamente en la partida conocida como Las Parideras, situada al noreste del núcleo de la población, a unos 200 metros de distancia. El acceso a Pano se lleva a cabo por la carretera que desde Graus conduce al valle de La Fueva, la HU-V-6441.

El gran abrigo de Las Parideras, de unos 400 metros aproximadamente, se encuentra orientado al oeste, a una altitud de 880 metros. Su posición privilegiada le permitía dominar la red de antiguos

* Arqueóloga. aolomi@gmail.com

** Espeleólogo. jborras@ecmbarcelones.com

*** Geólogo. mbart@mncn.csic.es

**** Espeleólogo. jmasmoiset@gmail.com

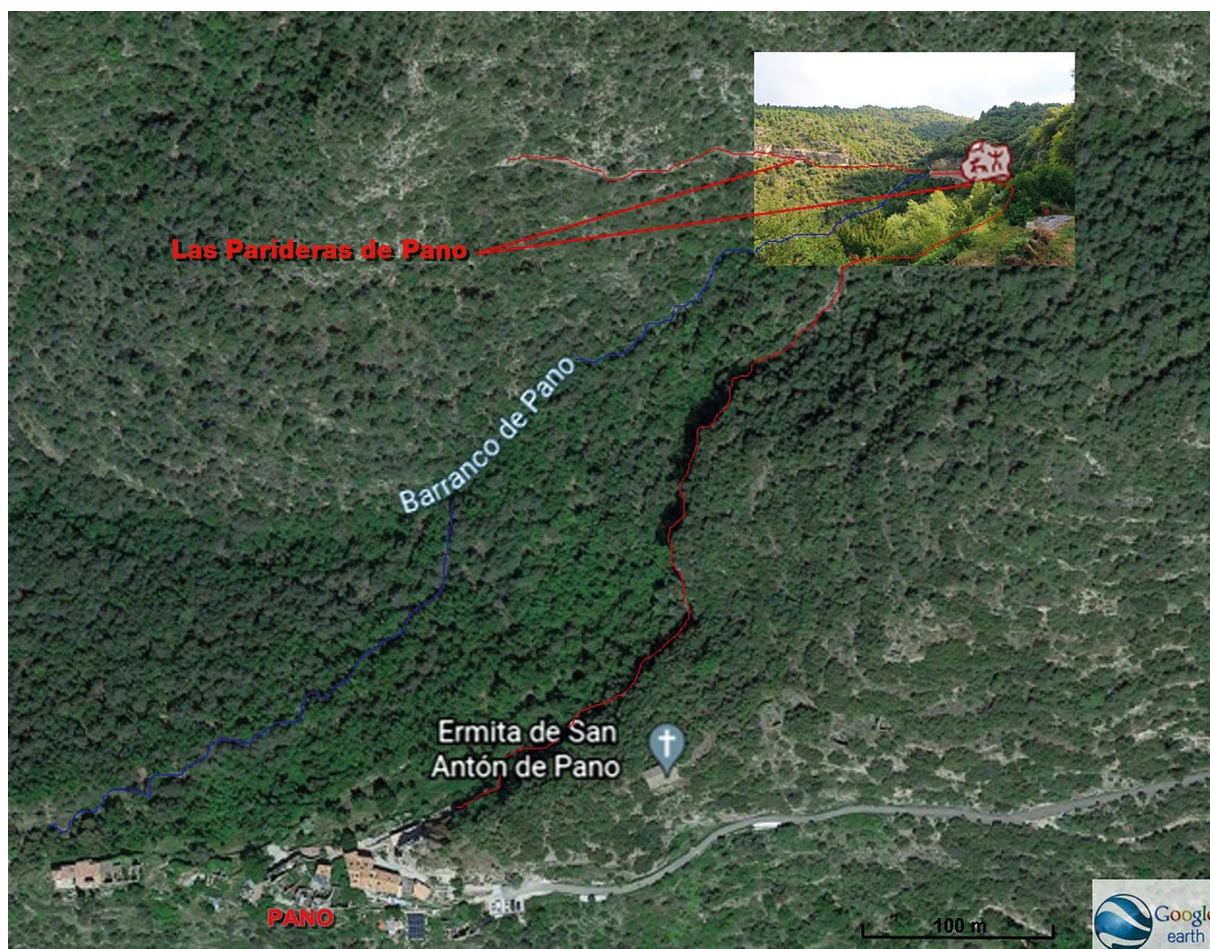


Fig. 1. Ubicación del abrigo con las pinturas y senda natural que atraviesa el barranco de Pano.

caminos que, siguiendo el cauce del río Cinca, vertebraban el territorio. En la actualidad algunos de ellos se encuentran bajo las aguas del pantano de El Grado.

Una estrecha senda en dirección noreste, a modo de corredor natural, discurre bajo la visera del abrigo y atraviesa el barranco (fig. 1). Su trazado es paralelo al del histórico GR-1, y más adelante ambos acaban convergiendo. El abrigo está dividido en dos por el barranco de Pano.

Su orografía curva —torcida—, *pandus* en latín, posiblemente esté en el origen del topónimo (Rizos Giménez, 2005), y quién sabe si también sea indicadora de la ubicación original del antiguo poblado. Conviene señalar que al valor histórico de las pinturas hay que añadir el componente etnológico que posee este lugar. A pesar de su estado ruinoso, aún conserva los muros y las paredes que formaron parte de su compartimentación, elaborados con la técnica de *piedra seca* (fig. 2).

De las dos partes, divididas por el barranco, tan solo en la primera, la más inmediata al núcleo poblacional, se han hallado pinturas rupestres. Es donde se centró nuestro trabajo.

Desde el inicio de las construcciones hasta el barranco distan unos 120 metros, aproximadamente, de los que se topografiaron 86 metros, espacio repartido entre un total de ocho cubículos (fig. 3).

GEOLOGÍA DE LA ZONA Y NATURALEZA DEL SOPORTE

En la geología de la zona predominan, principalmente, las areniscas bioclásticas y las lutitas del Eoceno, en estratificación horizontal (fig. 4). Las principales formas de relieve se conforman debido a la erosión diferenciada que sufren estos materiales y al desarrollo del barranco. El abrigo parece haberse



Fig. 2. Vista de los compartimentos y de la parte frontal del abrigo.

originado a partir de la erosión diferencial de los materiales arenosos lutíticos.

Conocedores del contexto geológico, decidimos levantar una columna estratigráfica con el objetivo principal de caracterizar la roca que sirve de soporte a las pinturas. Sus resultados se muestran en la figura 5.

Tal y como se esquematiza en la figura 5, del análisis efectuado destacan tres tramos:

- *Tramo 1* (3,5 metros). Composición de areniscas grises y ocre de grano fino, medio y grueso, con microfósiles y margas laminadas, donde se observan acuñamientos laterales, signos de bioturbación (icnitas, principalmente *Thalassinoides*), estratificaciones cruzadas y presencia de cantos duros y blandos. Cabe destacar en este primer tramo la presencia de grandes acumulaciones de numulites.
- *Tramo 2*. Se trata de un tramo formado por areniscas de grano fino de color grisáceo y de aspecto masivo que culmina a techo con 20 centímetros de areniscas con laminación horizontal. El tramo pasa de masivo en la base a más tableado hacia el techo. Se observa la presencia de fósiles dispersos a lo largo del mismo. En superficie se

aprecian numerosas zonas con eflorescencias salinas.

- *Tramo 3* (5 metros). Areniscas de tamaño medio de color ocre. Son frecuentes los acuñamientos laterales, las estratificaciones cruzadas y la presencia dispersa de numulites.

LAS PINTURAS RUPESTRES

Localización

Las pinturas rupestres se encuentran repartidas en cuatro paneles, sobre el soporte rocoso de la pared, a lo largo de la primera parte del abrigo. En todos ellos predominan motivos de estilo esquemático: antropomorfos y geométricos. Solo en dos de los paneles coexisten motivos de estilo esquemático con cruciformes de color blanco, grafitis elaborados posiblemente con cal, de una época muy posterior, y que podemos encontrar tanto en paredes rocosas como en muros de construcción muy posterior. Su distribución espacial en el abrigo se muestra en las figuras 6 y 7.



Fig. 3. Topografía de los 86 metros correspondientes al primer tramo del abrigo.

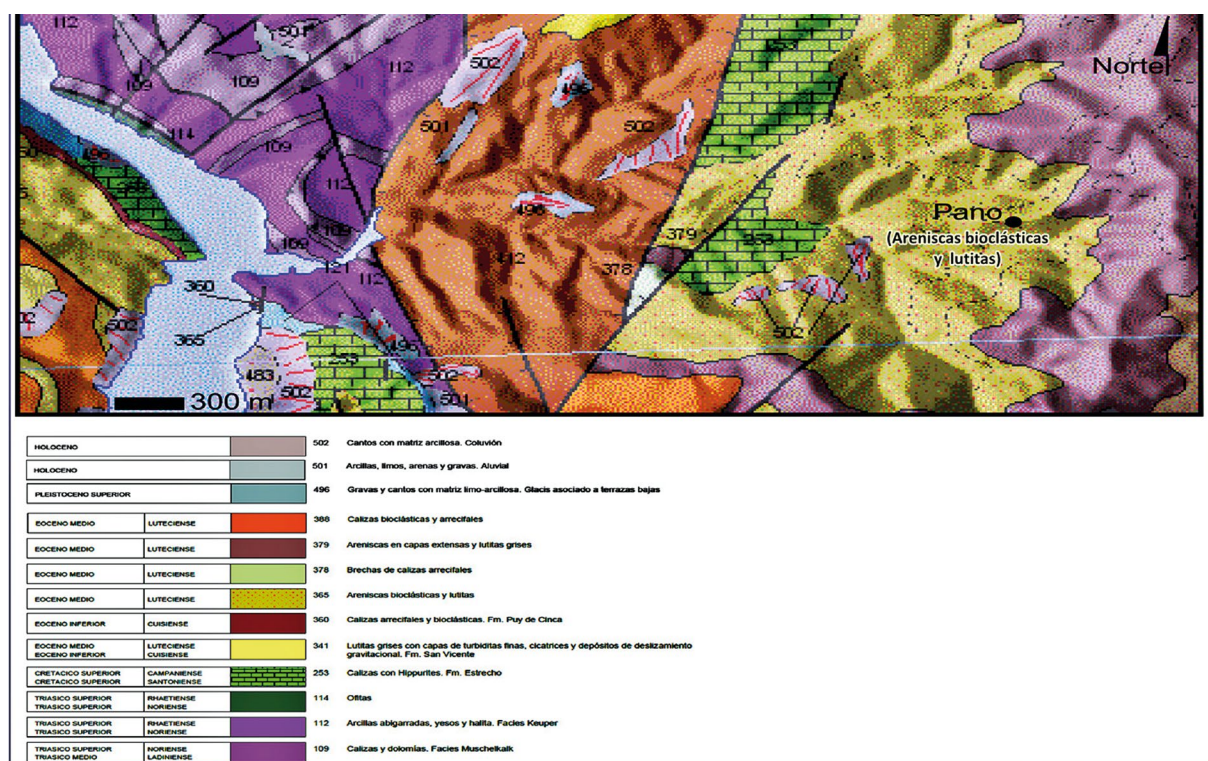


Fig. 4. Mapa geológico del término de Pano.

Descripción y estado

— *Panel 1.* Consta de cuatro figuras (fig. 8). Dos de ellas son de estilo esquemático, ambas antropomorfas, realizadas en tinta plana; guardan similitud en cuanto al color (burdeos) y su tonalidad (número de Pantone 490U). Las otras dos son grafitis cruciformes de color blanco; la segunda presenta incisiones pictiformes que han borrado una buena parte de su eje vertical.

1.1. Destaca entre las figuras la antropomorfía cruciforme (fig. 9). Con una de sus extremidades inferiores flexionada y levantada, podría esta interpretarse como una postura danzante. Por debajo de las extremidades superiores, los brazos en cruz, un círculo recuerda el trazo antropomorfo de la phi griega (Φ) (Acosta, 1968; Beltrán Martínez, 1993). Podría tratarse de dos figuras en una sola representación partiendo de un mismo eje central, una superposición. Sobre la

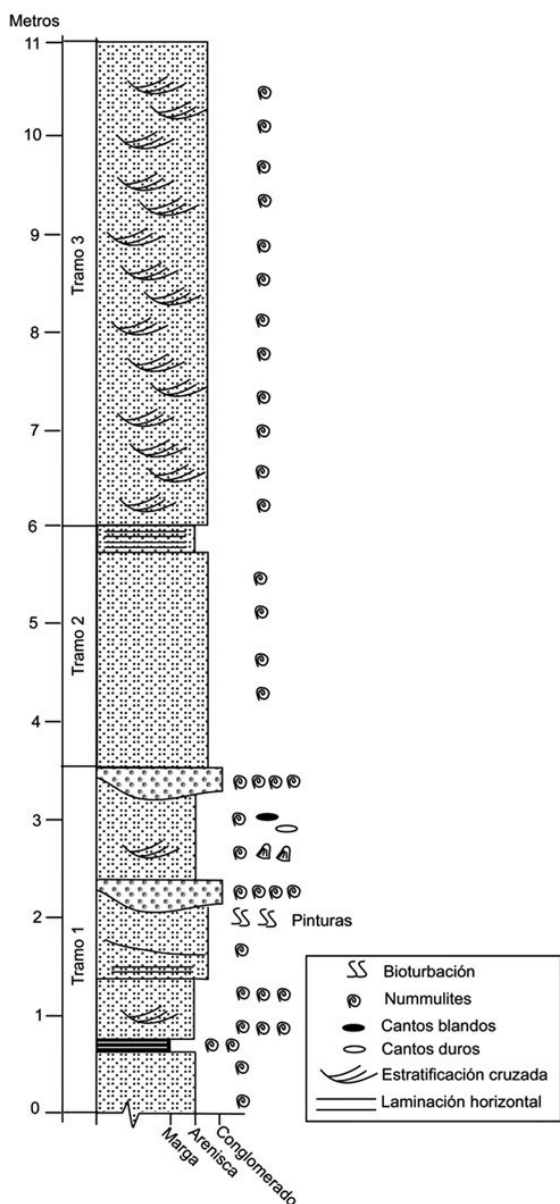


Fig. 5. Columna estratigráfica.

imagen se aprecian trazos pectiniformes de carácter incisivo, también presentes en el panel número 4, que serían interpretables como un registro numérico, tal vez de ganado.

1.2. La figura cruciforme (fig. 10) muestra un avanzado deterioro a causa de la erosión eólica (alvéolos), a la que se suman los efectos de las eflorescencias salinas que, debido a la migración de sales del interior de los materiales a la superficie, producen la *descamación* de las areniscas.

— *Panel 2.* Consta de una sola imagen (fig. 11) realizada en tinta plana que, al igual que las figuras del panel 3, se corresponde con el número de Pantone 484U, cuya descripción es la de un color bermellón. La representación recuerda a un ánade.

— *Panel 3.* Situado a una distancia de 17 metros del anterior, está compuesto por un conjunto de imágenes (fig. 12), todas ellas de color bermellón, que, al igual que la figura del panel anterior, se corresponde con el número de Pantone 484U. En ambos paneles llama la atención el contraste cromático, mucho más intenso, en comparación con las otras dos figuras esquemáticas del panel 1 o las del panel 4, todas ellas de tonalidad más tenue. Tampoco pasa desapercibida la complejidad del ideograma, bastante más elaborado que las figuras del resto de los paneles. En él se aprecia una disposición vertical de los elementos: barras, puntos, aspas, digitaciones y una pequeña figura en la parte superior izquierda que podría interpretarse como un antropomorfo.

— *Panel 4.* Tal y como se observan, de derecha a izquierda, las imágenes del panel número 4 (fig. 13), lo componen tres figuras: dos esquemáticas y un grafiti blanco cruciforme.

Además del grado de erosión ya documentado en el panel número 1, destaca en el 4 una notable alteración de los materiales que conforman el soporte, en los que se puede apreciar su enrojecimiento. Llama nuestra atención la huella del vandalismo perpetrado en la figura esquemática 4.2. Conviene recordar de nuevo que el conjunto, a pesar de ser un bien de interés cultural, carece de protección.

4.1. A la derecha, tal y como se presenta el panel (fig. 14), la primera figura es de apariencia cruciforme. Podría corresponder a un antropomorfo, aunque sus rasgos también recuerdan los de un ave en pleno vuelo. El dibujo mide 17 × 17 centímetros y está realizado en tinta plana, con una tonalidad pictórica que se corresponde con el Pantone 490U (color burdeos).

4.2. La segunda figura (fig. 15) se corresponde con un antropomorfo tipo golondrina, uno de cuyos brazos está doblado hacia abajo mientras el otro parece semiextendido. En el dibujo se aprecia la cabeza, y el tronco es largo, simplificado, y carece de extremidades posteriores, aunque la falta de soporte debido a la erosión podría indicar la pérdida de esa parte de la figura. El dibujo mide 28 × 20 centímetros y, al igual que el anterior, está realizado en tinta plana con una tonalidad pictórica que se corresponde con el Pantone 490U (color burdeos).

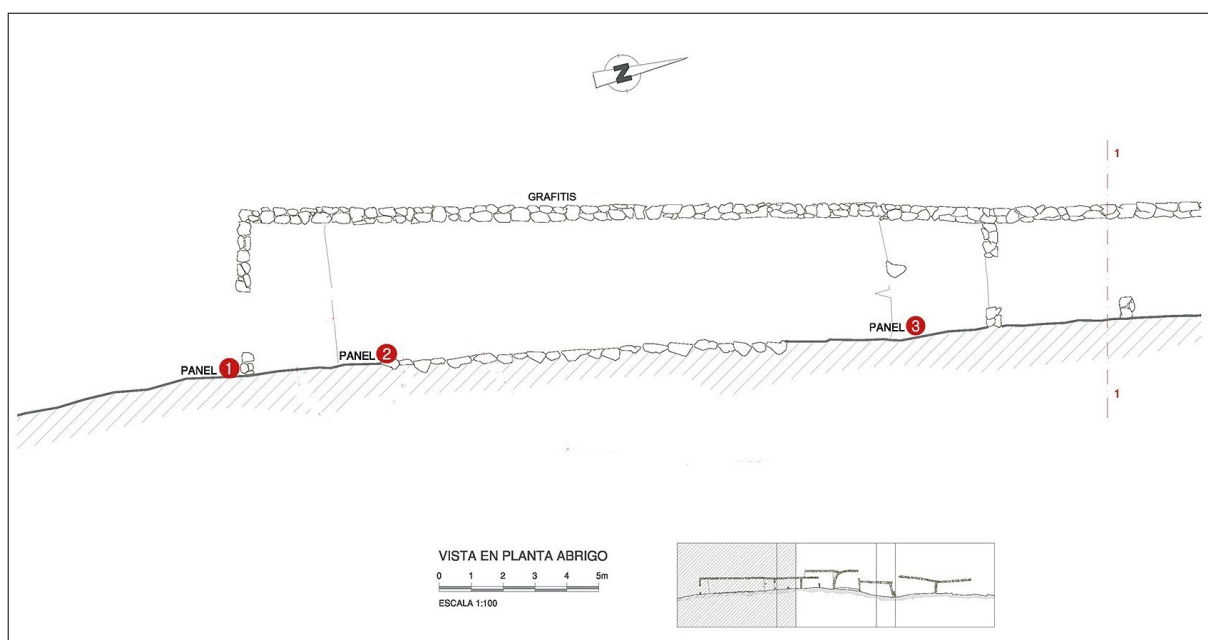


Fig. 6. Topografía en la que se muestra la disposición de los tres primeros paneles y los grafitis en el exterior del muro.

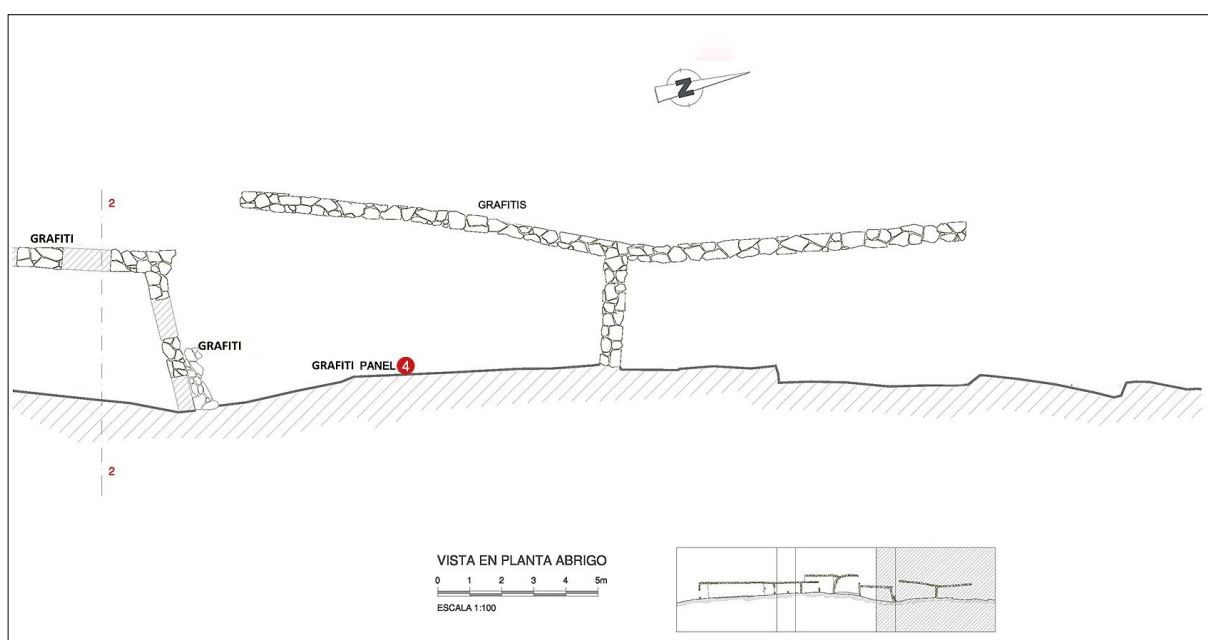


Fig. 7. Topografía en la que se muestra la disposición del cuarto panel y los grafitis en muros y paredes exteriores.



Fig. 8. Primer panel, compuesto por dos figuras esquemáticas y dos grafitis.

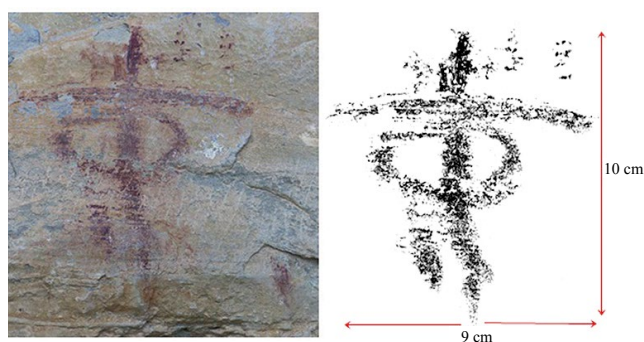


Fig. 9. Imagen y calco de la figura antropomorfa 1 en el panel número 1.

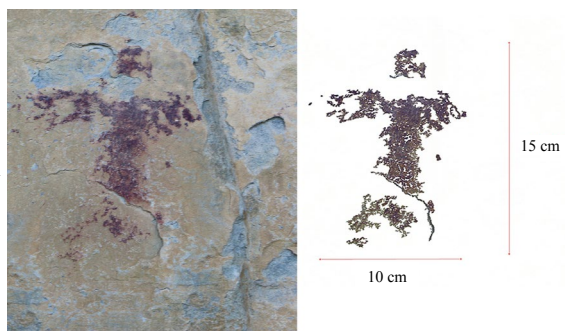


Fig. 10. Imagen y calco de la figura antropomorfa 2 en el panel número 1.



Fig. 11. Imagen y calco de la figura del panel número 2.

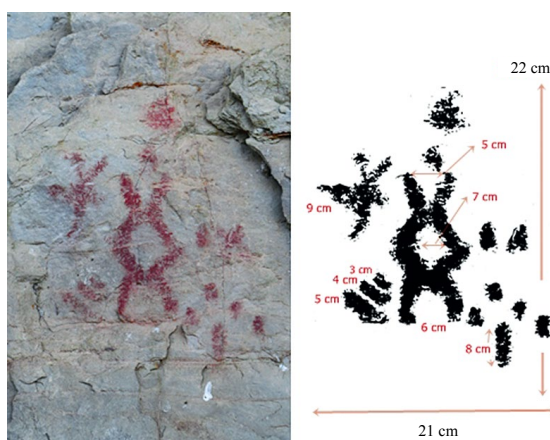


Fig. 12. Ideograma compuesto por figuras en disposición vertical en el panel número 3.

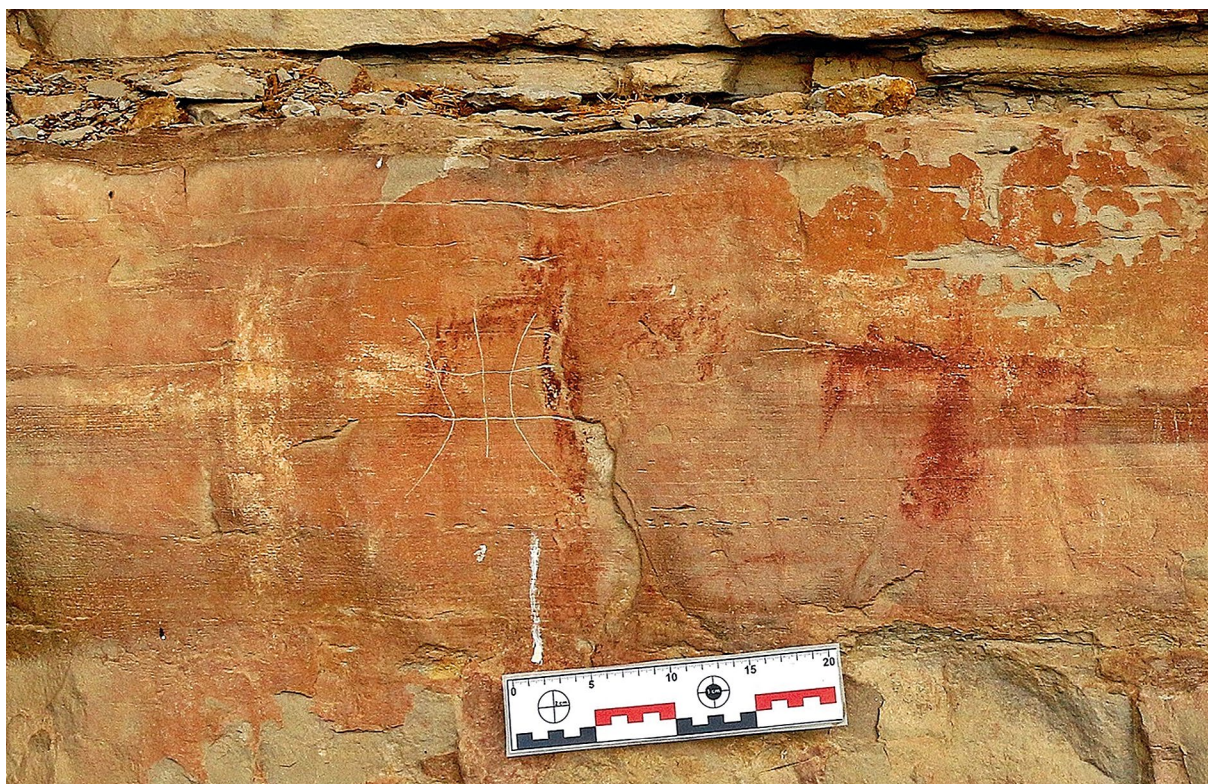


Fig. 13. Panel número 4, compuesto por dos figuras antropomorfas y un grafiti. Sobre la segunda puede apreciarse la huella del vandalismo.



Fig. 14. Imagen y calco del cruciforme del panel número 4.
El dibujo mide 17 x 17 centímetros.

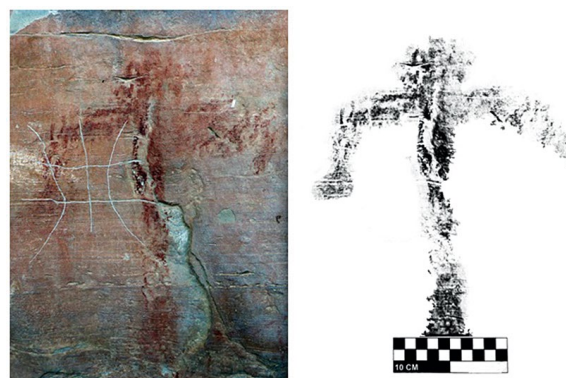


Fig. 15. Imagen y calco del antropomorfo del panel número 4.
El dibujo mide 28 x 20 centímetros.

LOS GRAFITIS

A pesar de formar parte del conjunto, hemos preferido aislar los grafitis del resto de las pinturas por los motivos que a continuación se exponen.

Los grafitis son todos cruciformes y de color blanco, posiblemente fueron elaborados con cal viva (fig. 16). A falta de una constatación cronológica, y te-

miéndonos que algunos puedan pertenecer a fechas mucho más recientes, los hemos dividido en dos grupos: los que comparten panel sobre el soporte rocoso junto con figuras esquemáticas de fechas muy anteriores y los que aparecen de forma aislada en las piedras que conforman los muros exteriores de los compartimentos.

Al efecto apotropaico de la cruz se unía el poder purificador de la cal, un mecanismo protector de



Fig. 16. Conjunto de grafitis cruciformes, localizados en su mayoría en los muros exteriores y los lugares de acceso a las construcciones del primer tramo del abrigo.

gran arraigo en la cultura popular que durante siglos se utilizó para defender los espacios de entrada, como las puertas de las villas y de los cementerios, así como también en el ámbito doméstico, en ventanas y puertas de las casas (Schmitt, 1992; Sánchez Rivera, 2010). Podría pensarse que sus moradores le daban más un valor de carácter mágico, concediendo a su presencia una acción automática, que una consideración mística.

PROSPECCIÓN ARQUEOLÓGICA

La prospección arqueológica no solo se limitó al recorrido de Las Parideras, sino que también se practicó en los alrededores inmediatos al abrigo, sin obte-

ner resultado alguno. Sin paralelos muebles indiscutibles, es difícil dotar a las pinturas de una adscripción cronocultural a partir de su estudio.

El suelo del abrigo está formado por el regolito resultante de la descomposición de las paredes y el techo de la visera. A este regolito superficial le sucede un estrato compactado de materia orgánica, como consecuencia de un proceso de estabulación ovicaprina, de una media de 10 centímetros de espesor, al que precede la roca madre. Los únicos signos de fuego hallados en su interior son superficiales.

Por debajo de Las Parideras, ocultos bajo una densa masa de vegetación, aún se conservan los restos de los antiguos banales, a un lado y otro del barranco de Pano.

OTROS HALLAZGOS

En el primer tramo, al inicio del abrigo, concretamente en el lugar que se muestra en la topografía (fig. 17), llama la atención una serie de excrecencias de color oscuro y apariencia cristalizada que, esparcidas por la pared, parecen aflorar de las grietas. Su aspecto es el del alquitrán.

La toma de una muestra y su posterior introducción en una probeta en contacto con una solución de diclorometano reveló que su composición no estaba formada por materiales bituminosos, presentes en los hidrocarburos aromáticos policíclicos, sino por materia orgánica, tal y como se describe más detalladamente en la analítica infrarroja que se llevó a cabo con posterioridad (fig. 18).

CONCLUSIONES

Al problema de la falta de documentación escrita, se une el de la carencia de restos arqueológicos con los que poder dotar a las pinturas de una datación indirecta.

En el panel número 1 la primera imagen antropomorfa, en posición danzante, descrita en este artículo como una posible superposición de una figura en forma de phi griega (Φ) con otra cruciforme aprovechando el mismo eje, podría también tratarse de la plasmación de una figura en movimiento.

La diferencia cromática y de contenido entre las figuras esquemáticas de los paneles 1 y 4 con respecto a las de los números 2 y 3, mucho más complejas (Ramírez Moreno, 2018; Martínez García, 1998, 2002), es una de las incógnitas que se nos plantea y que nos lleva a pensar que existe una distancia cronológica, por confirmar, entre unas y otras. Se pretende llevar a cabo una analítica de los componentes que integran los diferentes pigmentos con tal de recabar más información.

En relación con el emplazamiento del abrigo y el análisis del paisaje en el que se encuentra enclavado, podemos afirmar que cumple todos los requisitos para ser descrito como un lugar de paso, de control (Montes *et alii*, 2016) y cercano a un punto de abastecimiento de agua. En cuanto a la localización espacial de los paneles con respecto al abrigo, estos van en dirección noreste y se hallan en lugares claramente

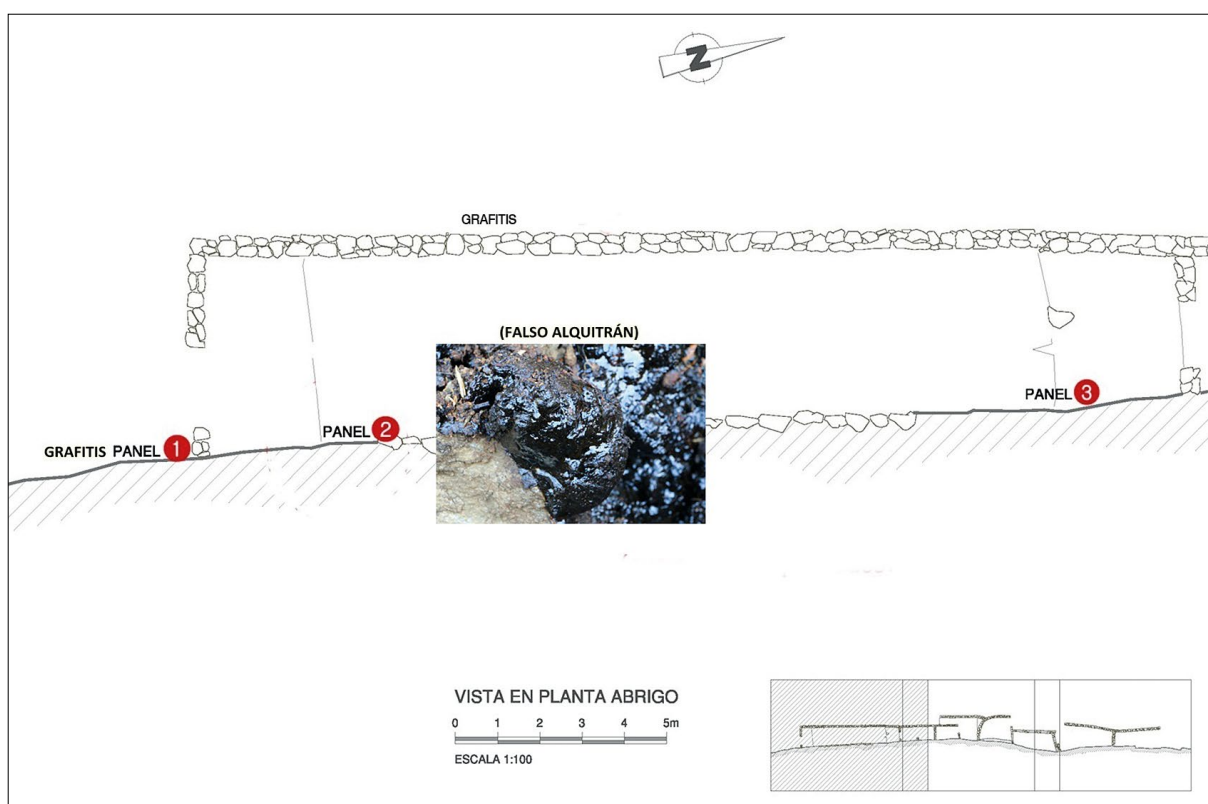


Fig. 17. Localización en la topografía e imagen del falso alquitrán.

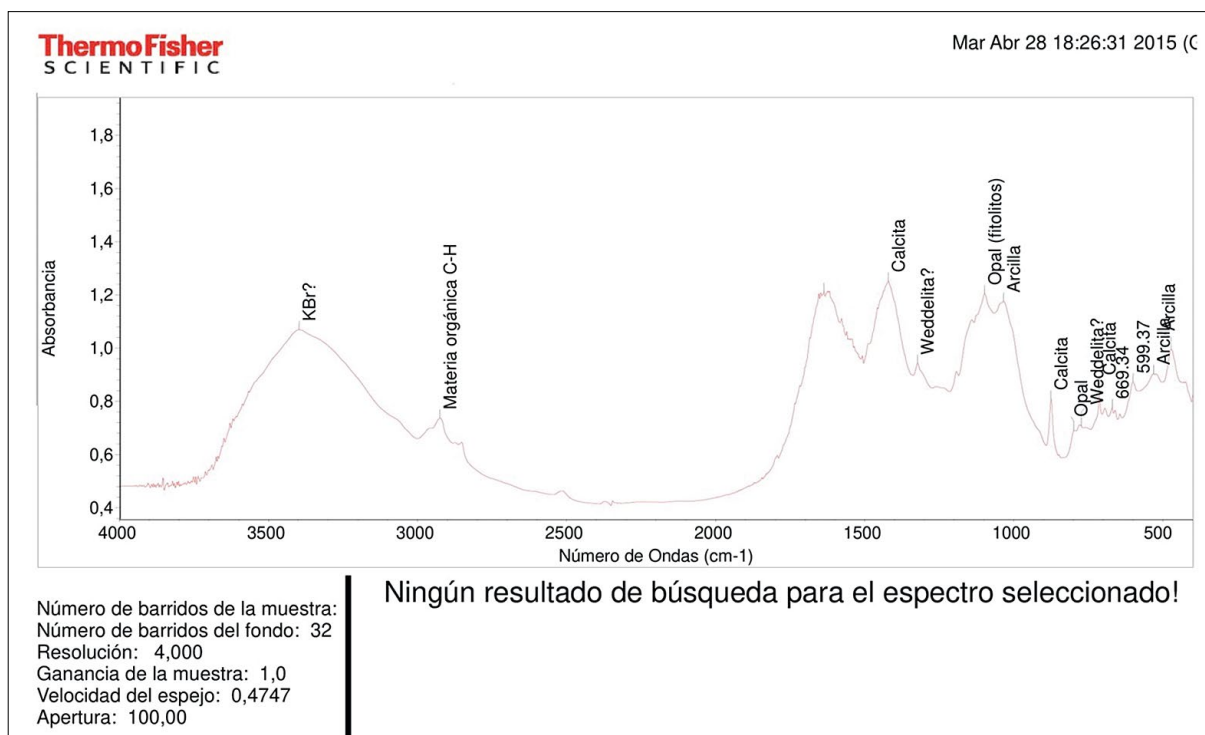


Fig. 18. Desglose de los componentes de la muestra del falso alquitrán.

visibles (Hameau y Painaud, 1997; Torregrosa Giménez, 2001), aunque en la actualidad los números 2 y 3 se encuentren en el interior de las construcciones.

En cuanto a los grafitis, de los que tampoco poseemos información, ni oral ni escrita, podemos remitirlos a una cronología mucho más reciente porque en su mayoría se utilizaron como soporte las piedras que conforman los muros exteriores, algunos coincidiendo con puertas aún visibles, otros lindando con el camino como iconos protectores en espacios de tránsito. Todos ellos, sin duda alguna, tenían una función protectora.

AGRADECIMIENTOS

A David Balart por su ayuda en los trabajos de topografía; a Albert Permanyer, catedrático de Petroquímica de la Universitat de Barcelona (Departamento de Geoquímica, Petrología y Prospección Geológica), y a Montserrat Sanz y Joan Daura, miembros de la misma universidad (Departamento de Prehistòria, Història Antiga i Arqueologia), por su inestimable y desinteresada colaboración en las analíticas del falso alquitrán, así como a José Antonio Cuchí por atender todas nuestras dudas, que han sido muchas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acosta Martínez, Pilar (1968). *La pintura rupestre esquemática en España*, Salamanca, Universidad de Salamanca.
- Beltrán Martínez, Antonio (1993). *Arte prehistórico en Aragón*, Zaragoza, Ibercaja.
- (1999). El arte prehistórico aragonés en el año 2000: problemas de significación y su actualización. *Industrias y arte parietal. Bolskan*, 16 [Jornadas Técnicas «Arte Rupestre y Territorio Arqueológico»: Alquézar, 24-27 de octubre de 2000], pp. 13-20.
- Hameau, Philippe, y Albert Painaud (1997). Los abrigos con pinturas esquemáticas del valle del río Carami (Var, Francia) y de la confluencia del río Vero con el barranco de la Choca (Huesca, España): analogías y diferencias espaciales. *Bolskan*, 14, pp. 61-101.
- Martínez García, Julián (1998). Abrigos y accidentes geográficos como categorías de análisis en el paisaje de la pintura rupestre esquemática: el sudeste como marco. *Arqueología Espacial*, 19-20, pp. 543-561.
- (2002). Pintura rupestre esquemática: el panel, espacio social. *Trabajos de Prehistoria*, 59 (1), pp. 65-87.

- Montes Ramírez, Lourdes, Rafael Domingo Martínez, María Sebastián López y Paloma Lanau Hernáez (2016). Construyendo un paisaje: megalitos, arte esquemático y cabañeras en el Pirineo Central. *ARPI: Arqueología y Prehistoria del Interior Peninsular*, 4 [Homenaje a Rodrigo de Balbín Behrmann], pp. 248-263.
- Ramírez Moreno, Pablo José (2018). La influencia del arte prehistórico en el origen de las escrituras paleohispánicas: bases para un debate. *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*, 20, pp. 75-108.
- Rizos Jiménez, Carlos Ángel (2005). *Toponimia de la Baja Ribagorza Occidental*, tesis doctoral, Universitat de Lleida.
- Sánchez Rivera, José Ignacio (2010). La cruz como icono protector en los espacios de tránsito. *Estudios del Patrimonio Cultural*, 5, pp. 18-30.
- Schmitt, Jean-Claude (1992). *Historia de la superstición*, Barcelona, Crítica.
- Torregrosa Giménez, Palmira (2001). Pintura rupestre esquemática y territorio: análisis de su distribución espacial en el Levante peninsular. *Lycen-tvm*, XIX-XX, pp. 6-91.

NORMAS DE PUBLICACIÓN DE LA REVISTA

Las normas específicas de publicación de la revista *Bolskan* se inscriben en el marco más amplio de las «Normas generales para la presentación de originales» del IEA (<https://www.iea.es/normas-de-publicacion>), las cuales deberán ser tenidas en cuenta en la misma medida.

Bolskan publicará los trabajos científicos que, en forma de artículo, se centren en una temática arqueológica y se refieran al ámbito geográfico de la provincia de Huesca y áreas limítrofes.

Solo en casos excepcionales se aceptarán estudios que se refieran a otras provincias, siempre y cuando la edición de los mismos se justifique por razones de proximidad física o porque su contenido tenga una especial repercusión sobre cuestiones de la investigación arqueológica oscense.

La selección y la aprobación de los diversos trabajos son competencia del consejo de redacción de la revista *Bolskan*, el cual actuará colegiadamente al respecto. Dos miembros, como mínimo, del comité de redacción evalúan todos los artículos, reservándose el derecho a rechazar los que, a su juicio, no se ajusten a las normas de publicación o a la línea editorial.

La redacción de los trabajos se hará en español o en cualquiera de los restantes idiomas oficiales de la Unión Europea.

Los trabajos irán encabezados por el título y el nombre completo del autor o autores. Se deberá añadir al texto un resumen de unas cien palabras y cinco o seis palabras clave, tanto en la lengua empleada en el artículo como en español y en inglés o francés. Es fundamental que el artículo incluya objetivos, métodos, resultados y conclusiones.

Cada artículo deberá ir acompañado de las referencias bibliográficas correspondientes a las publicaciones citadas en el texto. Las referencias seguirán los modelos siguientes, según se trate de libros, artículos de revista o trabajos incluidos en una publicación colectiva:

- Beltrán Lloris, Miguel (1979). *El poblado ibérico de Castillejo de la Romana (La Puebla de Híjar, Teruel)*, Madrid, Ministerio de Cultura.
- Baldellou, Vicente (1985). La cueva del Forcón (La Fueva, Huesca). *Bolskan*, 1, pp. 149-175.
- Royo Guillén, José Ignacio, José Luis Cebolla Berlanga, Julia Justes Floría y José Ignacio Lafragüeta

Puente (2009). Excavar, proteger y musealizar: el caso de la arqueología urbana en Huesca en los albores del tercer milenio. En Almudena Domínguez Arranz (ed.), *El patrimonio arqueológico a debate: su valor cultural y económico. Actas de las Jornadas celebradas en Huesca los días 7 y 8 de mayo de 2007*, Huesca, IEA, pp. 125-171.

El texto contará con un máximo de 90 000 caracteres en total, incluida la bibliografía y las notas. Las figuras, ilustraciones o tablas se contabilizan aparte. Los autores deciden la proporción entre texto e ilustraciones en cada caso.

El contenido de los artículos publicados en *Bolskan* representa exclusivamente la opinión de sus autores.

Los archivos informáticos en formato texto, así como los archivos digitales correspondientes a imágenes u otras ilustraciones, se pueden mandar vía correo electrónico, indicando claramente que se dirigen a la revista *Bolskan*, a la siguiente dirección: publicaciones@iea.es. Los originales también pueden enviarse por correo ordinario, impresos y en soporte informático, a la siguiente dirección: IEA / Diputación Provincial de Huesca. Calle del Parque, 10. E-22002 Huesca. Teléfono: 974 294 120.

Como parte del proceso de solicitud, los autores están obligados a comprobar que su propuesta cumpla todas las condiciones que se detallan a continuación. Se devolverán a los autores aquellas que no sigan estas directrices.

1. El trabajo no ha sido publicado previamente ni se ha sometido a consideración de ninguna otra revista (o se ha proporcionado una explicación al respecto al editor).
2. El archivo del trabajo está en formato texto, sin perjuicio de enviar igualmente una versión en PDF para mayor seguridad.
3. Siempre que sea posible, se proporcionan direcciones URL para las referencias.
4. El texto tiene interlineado sencillo y 12 puntos de tamaño de fuente, y en el mismo se encuentran colocadas todas las ilustraciones, figuras y tablas en su lugar correspondiente, en vez de al final.

CONTENIDOS 28 | 2021

Arqueología protohistórica

**Los broches de cinturón protohistóricos del Museo de Huesca
y su contexto en el valle medio del Ebro**

José Ignacio Royo Guillén

Lengua y epigrafía paleohispánicas

De cronopaleografía ibera: el grupo arcaizante pirenaico

Jesús Rodríguez Ramos

Historia antigua y arqueología

**Geoestrategia del *bellum sertorianum*: defensa en profundidad
en el valle del Ebro en una guerra total frente a Roma**

Francisco Romeo Marugán

Arqueología urbana

**Nuevos datos arqueológicos sobre el arrabal de Haratalcomez y un depósito
de residuos domésticos de la Osa romana: excavación arqueológica
en avenida Monreal, n.º 5, de Huesca**

Julia Justes Floría – Silvia Arilla Navarro

Arte rupestre

Las pinturas rupestres esquemáticas de Las Parideras de Pano (Graus)

Amor Olomí – Jordi Borràs – Miguel Bartolomé – Jaume Mas



IEA
Instituto
de Estudios
Altoaragoneses

**DIPUTACIÓN
DE HUESCA**